



Tokio Blues

(Norwegian Wood)

Haruki Murakami

Lectulandia

Tôru Watanabe, un ejecutivo de 37 años, escucha casualmente mientras aterriza en un aeropuerto europeo una vieja canción de los Beatles, y la música le hace retroceder a su juventud, al turbulento Tokio de finales de los sesenta. Tôru recuerda, con una mezcla de melancolía y desasosiego, a la inestable y misteriosa Naoko, la novia de su mejor —y único— amigo de la adolescencia, Kizuki. El suicidio de éste les distancia durante un año hasta que se reencuentran en la universidad. Inician allí una relación íntima; sin embargo, la frágil salud mental de Naoko se resiente y la internan en un centro de reposo. Al poco, Tôru se enamora de Midori, una joven activa y resuelta. Indeciso, sumido en dudas y temores, experimenta el deslumbramiento y el desengaño allá donde todo parece cobrar sentido: el sexo, el amor y la muerte. La situación, para él, para los tres, se ha vuelto insostenible; ninguno parece capaz de alcanzar el delicado equilibrio entre las esperanzas juveniles y la necesidad de encontrar un lugar en el mundo.

Lectulandia

Haruki Murakami

Tokio Blues (Norwegian Wood)

ePUB v1.7

Mística 31.01.12

más libros en lectulandia.com

Título original:
Traducción: Lourdes Porta Fuentes

Para muchas festividades

Yo entonces tenía treinta y siete años y me encontraba a bordo de un Boeing 747. El gigantesco avión había iniciado el descenso atravesando unos espesos nubarrones y ahora se disponía a aterrizar en el aeropuerto de Hamburgo. La fría lluvia de noviembre teñía la tierra de gris y hacía que los mecánicos cubiertos con recios impermeables, las banderas que se erguían sobre los bajos edificios del aeropuerto, las vallas que anunciaban los BMW, todo, se asemejara al fondo de una melancólica pintura de la escuela flamenca. «¡Vaya! ¡Otra vez en Alemania!», pensé.

Tras completarse el aterrizaje, se apagaron las señales de «Prohibido fumar» y por los altavoces del techo empezó a sonar una música ambiental. Era una interpretación ramplona de *Norwegian Wood* de los Beatles. La melodía me conmovió, como siempre. No. En realidad, me turbó; me produjo una emoción mucho más violenta que de costumbre.

Para que no me estallara la cabeza, me encorvé, me cubrí la cara con las manos y permanecí inmóvil. Al poco se acercó a mí una azafata alemana y me preguntó si me encontraba mal. Le respondí que no, que se trataba de un ligero mareo.

—¿Seguro que está usted bien?

—Sí, gracias —dije.

La azafata me sonrió y se fue. La música cambió a una melodía de Billy Joel. Alcé la cabeza, contemplé las nubes oscuras que cubrían el Mar del Norte, pensé en la infinidad de cosas que había perdido en el curso de mi vida. Pensé en el tiempo perdido, en las personas que habían muerto, en las que me habían abandonado, en los sentimientos que jamás volverían.

Seguí pensando en aquel prado hasta que el avión se detuvo y los pasajeros se desabrocharon los cinturones y empezaron a sacar sus bolsas y chaquetas de los portaequipajes. Olí la hierba, sentí el viento en la piel, oí el canto de los pájaros. Corría el otoño de 1969, y yo estaba a punto de cumplir veinte años.

Volvió a acercarse la misma azafata de antes, que se sentó a mi lado y me preguntó si me encontraba mejor.

—Estoy bien, gracias. De pronto me he sentido triste. Es sólo eso —dije, y sonreí.

—También a mí me sucede a veces. Le comprendo muy bien —contestó ella. Irguió la cabeza, se levantó del asiento y me regaló una sonrisa resplandeciente—. Le deseo un buen viaje. *Auf Wiedersehen!*

—*Auf Wiedersehen!* —repetí...

Incluso ahora, dieciocho años después, recuerdo aquel prado en sus pequeños detalles. Recuerdo el verde profundo y brillante de las laderas de la montaña, donde una lluvia fina y pertinaz barría el polvo acumulado durante el verano. Recuerdo las espigas de *susuki*^[1] balanceándose al compás del viento de octubre, las nubes largas y estrechas coronando las cimas azules, como congeladas, de las montañas. El cielo estaba tan alto que si alguien lo miraba fijamente le dolían los ojos. El viento que silbaba en aquel prado agitaba suavemente sus cabellos, atravesaba el bosque. Las hojas de las copas de los árboles susurraban y, en la lejanía, se oía ladrar un perro. Era un ladrido tan tenue y apagado que parecía proceder de otro mundo. No se oía nada más. Ningún otro ruido llegaba a nuestros oídos. No nos habíamos cruzado con nadie. La única presencia, dos pájaros rojos que alzaban el vuelo de aquel prado, como espantados por algo, se dirigían hacia el bosque. Mientras andábamos, Naoko me hablaba de un pozo.

La memoria es algo extraño. Mientras estuve allí, apenas presté atención al paisaje. No me pareció que tuviera nada de particular y jamás hubiera sospechado que, dieciocho años después, me acordaría de él hasta en sus pequeños detalles. A decir verdad, en aquella época a mí me importaba muy poco el paisaje. Pensaba en mí, pensaba en la hermosa mujer que caminaba a mi lado, pensaba en ella y en mí, y luego volvía a pensar en mí. Estaba en una edad en que, mirara lo que mirase, sintiera lo que sintiese, pensara lo que pensase, al final, como un bumerán, todo volvía al mismo punto de partida: yo. Además, estaba enamorado, y aquel amor me había conducido a una situación extremadamente complicada. No, no estaba en disposición de admirar el paisaje que me rodeaba.

Sin embargo, ahora la primera imagen que se perfila en mi memoria es la de aquel prado. El olor de la hierba, el viento gélido, las crestas de las montañas, el ladrido de un perro. Esto es lo primero que recuerdo. Con tanta nitidez que tengo la impresión de que, si alargara la mano, podría ubicarlos, uno tras otro, con la punta del dedo. Pero este paisaje está desierto. No hay nadie. No está Naoko, ni estoy yo. «¿Adónde hemos ido?», pienso. «¿Cómo ha podido ocurrir una cosa así? Todo lo que parecía tener más valor —ella, mi yo de entonces, nuestro mundo— ¿adónde ha ido a parar?». Lo cierto es que ya no recuerdo el rostro de Naoko. Conservo un decorado sin personajes.

Aunque, si me tomo el tiempo suficiente, puedo revivir su imagen. Sus manos pequeñas y frías, su pelo liso, tan bonito y agradable al tacto; los lóbulos de sus orejas, suaves y carnosos, y el lunar que tenía debajo; el elegante abrigo de piel de camello que solía llevar en invierno; su costumbre de mirar fijamente a los ojos

cuando hacía una pregunta; el ligero temblor que, por una u otra razón, vibraba en su voz (como si estuviera hablando en lo alto de una colina barrida por un fuerte viento). Al sobreponer estas imágenes, su rostro emerge de repente. Primero se dibuja su perfil. Tal vez porque Naoko y yo solíamos andar el uno al lado del otro. Por eso el perfil es lo que primero emerge en mi recuerdo. Después ella se vuelve hacia mí, me sonríe, ladea la cabeza, me habla y me mira fijamente a los ojos. Tal vez esperaba ver en ellos el rastro de un pececillo que cruzaba, veloz como una centella, el fondo de un manantial de aguas cristalinas.

Me lleva tiempo evocar su rostro. Y conforme vayan pasando los años, más tiempo me llevará. Es triste, pero cierto. Al principio era capaz de recordarla en cinco segundos, luego éstos se convirtieron en diez, en treinta segundos, en un minuto. El tiempo fue alargándose paulatinamente, igual que las sombras en el crepúsculo. Puede que pronto su rostro desaparezca absorbido por las tinieblas de la noche. Sí, es cierto. Mi memoria se está distanciando del lugar donde se hallaba Naoko. De la misma forma que se está distanciando del lugar donde estaba mi yo de entonces. Sólo el paisaje, aquella imagen del prado en octubre, vuelve una y otra vez a mi mente como la escena simbólica de una película. Aquel paisaje sigue sacudiendo, pertinaz, una parte de mi cabeza. «¡Vamos! ¡Arriba! ¡Aún estoy aquí! ¡Arriba! ¡Levántate y comprende! ¿Cuál es la razón de que todavía esté aquí?» No siento dolor. Únicamente el sonido hueco que acompaña cada patada. Pero también este eco se apagará algún día. Como se ha ido borrando, inexorablemente, lo demás. Con todo, a bordo de aquel avión en el aeropuerto de Hamburgo, la sacudida fue más fuerte, más prolongada que de costumbre.

«¡Arriba! ¡Comprende!», decía. Por eso ahora estoy escribiendo. Soy de ese tipo de personas que no acaba de comprender las cosas hasta que las pone por escrito.

¿De qué me estaba hablando ella?

¡Ah, sí! Me hablaba de un pozo. No sé si existía en realidad o si era alguna imagen o símbolo que sólo existía para ella. Como tantas otras cosas que, en aquellos días inciertos, entretejía su mente. Sin embargo, después de que Naoko me hablara del pozo, he sido incapaz de imaginarme aquel prado sin su existencia. La figura de un pozo que jamás he visto con mis propios ojos está grabada a fuego en mi mente como parte inseparable del paisaje. Puedo describirlo en sus detalles más triviales. Se encuentra en la linde donde termina el prado y empieza el bosque. Es un gran agujero negro de un metro de diámetro que se abre en el suelo, oculto hábilmente entre la hierba. No lo circunda brocal alguno, ni siquiera un cercado de piedra de una altura prudente. Se trata de un simple agujero abierto en el suelo. Aquí y allá, las piedras del reborde, expuestas a la lluvia y al viento, han mudado a un extraño color blancuzco, se han agrietado y han ido desmoronándose. Unas lagartijas verdes se deslizan entre

las grietas. Sé que si me asomo y miro hacia dentro no veré nada. Es muy profundo. No puedo imaginar cuánto. Y está tan oscuro como si en una marmita alguien hubiera cocido todas las negruras de este mundo.

—Es muy, pero que muy profundo —decía Naoko escogiendo cuidadosamente las palabras. Ella hablaba así a veces: muy despacio, buscando los términos adecuados—. Es muy profundo. Pero nadie sabe dónde se encuentra. Claro que está por allí, en algún sitio. Eso es seguro.

Y, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta de *tweed*, se volvió hacia mí y me sonrió como diciendo: «¡Es verdad!».

—Tiene que ser muy peligroso —comenté—. Hay un pozo muy hondo por alguna parte. Pero nadie sabe encontrarlo. Si alguien se cae dentro, está perdido.

—Pues sí, está perdido. ¡Catapún! Y se acabó.

—¿Y eso ocurre?

—Quizás una vez cada dos o tres años. Alguien desaparece de repente, y por más que lo buscan no lo encuentran. Entonces la gente de por aquí dice: «Se habrá caído dentro del pozo».

—¡Vaya! No es una muerte muy agradable que digamos.

—¡Oh, no! Es una muerte horrible —dijo Naoko sacudiéndose con la mano unas briznas de hierba de la chaqueta—. Si te rompes el cuello y te mueres sin más, todavía, pero si resulta que sólo te tuerces el tobillo, o algo parecido, estás perdido. Por más que grites, nadie va a oírte, no hay esperanza alguna de que nadie te encuentre, los ciempiés y las arañas pululan a tu alrededor, el suelo está lleno de huesos de personas que han muerto allá dentro, todo está oscuro, húmedo... Y allá arriba se dibuja un pequeño círculo de luz parecido a la luna en invierno. Y tú vas muriéndote allí, solo.

—Si lo pienso se me ponen los pelos de punta —dije—. Alguien tendría que buscarlo y cercarlo.

—Pero nadie puede encontrarlo. Así que ten cuidado y no te apartes del camino.

—No temas. No lo haré.

Naoko sacó la mano izquierda del bolsillo y agarró la mía.

—Pero a ti no te pasará nada. Tú no tienes por qué preocuparte. Aunque anduvieras por aquí de noche con los ojos cerrados, tú jamás te caerías dentro. Seguro. Y a mí, mientras esté contigo, tampoco me pasará nada.

—¿Jamás?

—Jamás.

—¿Y cómo lo sabes?

—Lo sé. —Naoko asió mi mano con fuerza. Luego siguió andando un rato en silencio—. Estas cosas las sé muy bien. De pronto las siento, y punto. Por ejemplo, ahora que estoy agarrada a ti con fuerza, no tengo miedo. Nada puede hacerme daño.

—Entonces es fácil. Basta con que estés siempre así —dije.

—¿Eso... lo dices en serio?

—Desde luego.

Naoko se detuvo. Yo también. Ella posó sus manos sobre mis hombros y se quedó mirándome fijamente. En el fondo de sus pupilas, un líquido negrísimo y espeso dibujaba una extraña espiral. Las pupilas permanecieron largo tiempo clavadas en mí. Después se puso de puntillas y acercó su mejilla a la mía. Fue un gesto tan cálido y dulce que mi corazón dejó de latir por un instante.

—Gracias —dijo Naoko.

—De nada —contesté.

—Estoy muy contenta de que me digas eso. —Esbozó una sonrisa triste—. Pero no es posible.

—¿Por qué?

—Porque no puede ser. Porque es horrible. Eso... —Pero enmudeció y siguió andando en silencio.

Comprendí que debía de darle vueltas a algo, así que, sin mediar palabra, empecé a andar a su lado en silencio.

—Porque eso... no es bueno. Ni para ti, ni para mí —prosiguió ella mucho rato después.

—¿Y en qué sentido no lo es? —le pregunté en voz baja.

—Eso de que alguien proteja eternamente a alguien... es imposible. Mira. Suponiendo, ¿eh?, suponiendo que te casaras conmigo... Tú trabajarías en alguna empresa, ¿no es así? ¿Quién me protegería mientras tú estuvieses en el trabajo? ¿Y quién me protegería mientras estuvieses de viaje de negocios? ¿Tengo que estar pegada a ti hasta que me muera? ¿Dónde está la igualdad? A eso no puede llamarse una relación humana, ¿no te parece? Además, cualquier día acabarías hartándote de mí. Te preguntarías: «¿Qué es mi vida? ¿Hacer de niñera de esta mujer?». Yo no quiero eso. No resolvería mis problemas.

—Mis problemas no tienen por qué durar toda la vida. —Posé mi mano en su espalda—. Algún día acabarán. Y cuando todo haya terminado, bastará con que reconsideremos el asunto. Bastará con que pensemos qué debemos hacer a partir de entonces. Y ese día tal vez seas tú quien me ayude a mí. No tenemos por qué vivir haciendo balance. Si tú ahora me necesitas a mí, me utilizas sin más. ¿Por qué eres tan terca? Relájate. Estás tensa y por eso te lo tomas así. Si te relajas, te sentirás más ligera.

—¿Por qué dices eso? —La voz de Naoko sonó muy seca.

Al oírla, comprendí que acababa de pronunciar las palabras equivocadas.

—¿Por qué? —repitió Naoko con la vista clavada en el suelo—. Si te relajas, te sientes más ligero, eso también lo sé yo. No hace ninguna falta que me lo recuerdes.

Pero si ahora me relajo me haré pedazos. Desde hace tiempo he sido incapaz de vivir de otra manera, y todavía lo soy. Si bajara la guardia, aunque fuera una sola vez, sería incapaz de recomponerme a mí misma. Me haría pedazos y éstos volarían con un soplo de viento. ¿Cómo puede ser que no lo entiendas? ¿Cómo puedes decir que cuidarás de mí si no comprendes eso?

Enmudecí.

—Me siento mucho más perdida de lo que puedas imaginarte. Perdida entre tinieblas y hielo... Escucha... ¿Por qué te acostaste conmigo aquel día? ¿Por qué no me dejaste en paz?

Andábamos por un pinar en el más absoluto silencio. En lo alto de una cuesta había esparcidos los restos de unas cigarras muertas a finales del verano, que crujían bajo nuestros pies. Naoko y yo cruzamos el pinar despacio, con la mirada fija ante nosotros, como quien busca algo.

—Lo siento —dijo Naoko tomándome del brazo cariñosamente. Sacudió varias veces la cabeza—. No pretendía herirte. No hagas caso de mis palabras, ¿eh? Lo siento muchísimo. Sólo estaba enfadada conmigo misma.

—Quizás aún no te comprenda —afirmé—. No soy muy inteligente y me cuesta entender las cosas. Pero, con un poco de tiempo, llegaré a entenderte. Y no habrá nadie en el mundo que te comprenda mejor que yo.

Nos detuvimos un momento y aguzamos el oído en el silencio que nos envolvía. Con la punta del zapato hice rodar los restos de las cigarras y unas piñas, contemplé el cielo a través de las ramas de los pinos. Naoko permanecía absorta con las manos en los bolsillos, sin mirar nada en concreto.

—Watanabe, ¿me quieres?

—Claro —respondí.

—¿Puedo pedirte dos favores?

—Incluso tres.

Naoko sacudió la cabeza sonriendo.

—Con dos es suficiente. El primero es que te agradezco que vengas a verme. Estoy muy contenta y me... me ayuda mucho. Quizá no lo parezca, pero es así.

—Volveré a venir —dije—. ¿Y el otro?

—Que te acuerdes de mí. ¿Te acordarás siempre de que existo y de que he estado a tu lado?

—Me acordaré siempre.

Ella prosiguió la marcha sin más, en silencio. La luz del otoño se filtraba a través de las copas de los árboles y danzaba sobre los hombros de su chaqueta. Volvió a oírse el ladrido del perro, ahora más cercano. Naoko subió un ligero promontorio parecido a una colina pequeña, salió del pinar y bajó la suave pendiente a paso ligero. Yo la seguía dos o tres pasos detrás.

—Ven. El pozo puede estar por aquí cerca —le advertí a sus espaldas.

Naoko se detuvo, me sonrió y me tomó del brazo. Recorrimos el resto del camino el uno junto al otro.

—¿No me olvidarás jamás? —me preguntó en un susurro.

—Jamás te olvidaré. No podría hacerlo.

Pero lo cierto es que mi memoria se ha ido alejando de aquel prado y son ya muchas las cosas que he olvidado. Al escribir así, persiguiendo mis recuerdos, a menudo me asalta una inseguridad terrible. ¿No estaré olvidando la parte más importante? ¿Acaso no existe en mi cuerpo una especie de limbo de la memoria donde todos los recuerdos cruciales van acumulándose y convirtiéndose en lodo?

Esto es cuanto puedo conseguir por ahora: asir con fuerza dentro de mi pecho unos recuerdos incompletos que ya han palidecido y siguen palideciendo a cada instante que pasa, y escribir estas líneas con la desesperación de un hombre que va chupándose la médula de los huesos. Ésta es la única forma de mantener la promesa que le hice a Naoko.

Tiempo atrás, cuando todavía era joven y mis recuerdos eran mucho más nítidos que ahora, intenté escribir varias veces sobre Naoko. Pero entonces fui incapaz de escribir una sola línea. Era consciente de que una vez brotara la primera frase, las restantes fluirían espontáneamente, pero ésta jamás brotó. Todo era demasiado nítido, y yo nunca supe cómo moldearlo. El mapa más detallado puede no servirnos en algunas ocasiones por esta misma razón. Pero ahora lo sé. En definitiva —así lo creo—, lo único que puedo verter en este receptáculo imperfecto que es un texto son recuerdos imperfectos, pensamientos imperfectos. Y cuanto más ha ido palideciendo el recuerdo de Naoko, más capaz he sido de comprenderla. Ahora sé por qué me pidió que no la olvidara. Por supuesto, ella intuía que mi memoria la borraría algún día. Por eso me lo pidió: «¿Te acordarás siempre de que existo y de que he estado a tu lado?».

Este pensamiento me llena de una tristeza insoportable. Porque Naoko jamás me amó.

Hace mucho tiempo —aunque, por más que lo repita, apenas han transcurrido veinte años— yo vivía en una residencia de estudiantes. Tenía dieciocho años y acababa de ingresar en la universidad. No conocía Tokio y era la primera vez que vivía solo, así que mis padres, intranquilos, me matricularon en aquella residencia. Estaban incluidas las comidas y disponían de unas buenas instalaciones. En fin, aquél era el clásico sitio en que podía sobrevivir un muchacho inexperto de dieciocho años. La cuestión monetaria también contaba, por supuesto. Alojarme en una residencia era mucho más barato que vivir solo. Un futón y una lámpara era todo cuanto necesitaba. Yo hubiera preferido alquilar un apartamento y vivir a mi aire, pero, teniendo en cuenta el importe de la matrícula de la universidad, el coste de las clases y el de mi manutención, la verdad es que no podía quejarme. En realidad, tanto me daba vivir en un lugar como en otro.

La residencia estaba en la ciudad misma, en lo alto de una loma que tenía unas vistas magníficas sobre Tokio. Ocupaba un extenso terreno rodeado por un alto muro de cemento. Frente al portal se erguía un olmo gigantesco. Al parecer, las instalaciones tenían más de ciento cincuenta años. Al pie del árbol, no podías vislumbrar el cielo, oculto por entero tras el verde follaje.

El camino de cemento daba un rodeo para evitar el impresionante olmo y luego cruzaba el patio en línea recta. A ambos lados del patio se alineaban, en paralelo, dos bloques de hormigón de tres pisos: los dormitorios. Eran unos edificios grandes y con tantas aberturas por ventanas que parecían celdas de una cárcel reconvertidas en apartamentos, o apartamentos reconvertidos en celdas. Sin embargo, no estaban sucios ni daban una impresión deprimente. A través de las ventanas abiertas de par en par, se oían las radios. Las cortinas que colgaban de las ventanas eran todas del mismo tono crema, el color que mejor resistía la decoloración solar.

El camino daba al pabellón principal, de dos pisos de altura. En la planta baja estaba el comedor y el baño grande; en la primera planta, el paraninfo, varias salas de reuniones y, aunque desconozco qué utilidad podía tener, el salón para recepciones de huéspedes importantes. Al lado del pabellón principal, se levantaba un tercer bloque de tres plantas. En el césped del amplio patio, un sistema automático de riego por aspersión daba vueltas, de modo que las gotitas de agua reflejaban los rayos del sol. Detrás del pabellón principal había un campo de béisbol, uno de fútbol y seis pistas de tenis. En fin, a la residencia no le faltaba nada.

El problema era que la envolvía un turbio halo de misterio. La dirigía una fundación poco transparente donde se concentraban individuos de extrema derecha, y —a mis ojos, por supuesto— la política directiva mostraba una curiosa perversión. Se evidenciaba en los folletos informativos para los nuevos residentes y también en el reglamento. «El principio rector de la enseñanza consiste en la formación de hombres de talento para servir a la patria.» Ésta era la filosofía que regía la fundación de la residencia, y muchos empresarios que comulgaban con ella habían hecho importantes donaciones de capital... Así rezaba en la fachada. Pero detrás se escondía algo, cuando menos, sospechoso. Nadie conocía la verdad a ciencia cierta. Había quien afirmaba que la fundación era un medio para desgravar impuestos, o pura propaganda, o que la construcción de la residencia había sido un mero pretexto, rozando la estafa, para hacerse con aquel terreno de primera categoría. Incluso había quien decía que no, que la cosa iba mucho más lejos. Según esta última hipótesis, el objetivo de los fundadores era crear un clan subterráneo en el mundo de la política y las finanzas entre los antiguos residentes de la institución. Ciertamente, había un club de estudiantes privilegiado donde se agrupaba la élite de los internos y, aunque desconozco los detalles, según parece se celebraban varias veces al mes una especie de seminarios a los que asistían los fundadores; quien pertenecía a ese club tenía un puesto de trabajo asegurado al terminar los estudios. No puedo juzgar cuál de las hipótesis era cierta, pero todas ellas coincidían en un mismo aspecto: allí había gato encerrado.

Pasé en aquella residencia sospechosa los dos años que van de la primavera de 1968 a la primavera de 1970. Si me preguntaran por qué permanecí tanto tiempo allí, no sabría qué responder. En cuanto a la vida cotidiana, no hay tanta diferencia entre la derecha y la izquierda, o entre parecer mejor o peor de lo que uno es en realidad.

El día empezaba con la ceremonia solemne de izamiento de la bandera. Himno nacional incluido, por supuesto. Del mismo modo que en televisión la melodía de inicio de un programa no puede separarse de las noticias deportivas, el himno nacional no puede desligarse del izamiento de la bandera. El podio estaba en el centro del patio para que pudiera verse desde las ventanas de todos los bloques.

Izar la bandera era función del celador del bloque este (donde estaba mi dormitorio), un personaje de unos sesenta años, alto y de mirada acerada. En su pelo espeso se entreveían algunas canas y lucía una larga cicatriz en la nuca tostada por el sol. Se rumoreaba que el sujeto procedía de la Escuela Militar de Espionaje del Ejército de Tierra de Nakano. A su lado, un estudiante oficiaba de asistente en la ceremonia. Tampoco a ése lo conocía nadie: cabeza rapada, siempre vestido de uniforme. No sé cómo se llamaba ni en qué habitación vivía. Jamás habíamos coincidido en el comedor o en el baño. Ni siquiera estoy seguro de que fuera estudiante. En fin, si llevaba uniforme, debía de serlo. Era lo único que cabía pensar.

Y, al contrario que don Escuela-Militar-de-Nakano, éste era bajo, rollizo, de tez pálida. Cada día a las seis de la mañana aquella pareja, siniestra en extremo, izaba el sol naciente en el patio.

En mis primeros tiempos en la residencia, movido por la curiosidad, solía levantarme a las seis de la mañana para presenciar aquel ritual patriótico. Y, a las seis de la mañana, casi en el mismo instante en que la radio daba la señal horaria, aparecía aquella pareja. Uniforme, así llamábamos al asistente, llevaba, por supuesto, el uniforme de estudiante y unos zapatos negros de piel; Escuela-Militar-de-Nakano, una cazadora y unas zapatillas de deporte blancas. Uniforme sostenía una caja alargada de madera de paulonia. Escuela-Militar-de-Nakano, un magnetófono portátil de la casa Sony. Escuela-Militar-de-Nakano depositaba el magnetófono a los pies del podio. Uniforme abría la caja de madera de paulonia. Dentro estaba la bandera nacional, doblada con esmero. Uniforme entregaba ceremoniosamente la bandera a Escuela-Militar-de-Nakano. Éste la ensartaba en la cuerda. Uniforme pulsaba el botón del magnetófono.

«Que tu reinado...»

Y la bandera ascendía deslizándose por el asta.

«... perdure hasta que...»

En este instante la bandera estaba a media asta.

«... las pequeñas piedras...»

Ya había alcanzado lo más alto. Y ambos se cuadraban adoptando la posición de «¡Firmes!» y miraban la bandera de frente. Si el cielo estaba despejado y tenían la suerte de que soplara el viento, aquél era un hermoso espectáculo.

Al atardecer se arriaba la bandera siguiendo el mismo ritual. Sólo que en orden inverso al matutino. Se arriaba la bandera y se guardaba dentro de la caja. Durante la noche no ondeaba.

¿Por qué tenían que arriarla de noche? Las razones se me escapaban. La nación sigue existiendo durante la noche, y hay mucha gente que trabaja a esas horas. Las brigadas del ferrocarril, los taxistas, las chicas de alterne, los bomberos con turno de noche, los guardas nocturnos de los edificios... Me parecía injusto que todas las personas que trabajaban de noche no contaran con la tutela del Estado. Aunque era cierto, quizá no tenía mucha importancia. Tal vez no le preocupaba a nadie y fui yo el único que reparó en ello. Y a mí, en realidad, sólo se me pasó una vez por la cabeza, y no tuve ganas de llevar las cosas más lejos.

Las habitaciones se distribuían de la siguiente manera: las dobles para los estudiantes de primero y segundo; las individuales para los de tercero y cuarto curso. Las habitaciones dobles tenían una superficie de seis *tatami*^[2], si bien la forma era un poco más estrecha y alargada de lo habitual. En la pared del fondo había una ventana con el marco de aluminio y, frente a la ventana, dos mesas y dos sillas, espalda contra

espalda, para facilitar el estudio. A la izquierda de la puerta, una litera de hierro de dos pisos. Todos los muebles eran austeros y resistentes. Aparte de las mesas y la litera, había una mesita baja y una estantería empotrada. Por más buenos ojos con que la miraras, la estancia no tenía nada de poético. En los estantes de la mayoría de habitaciones se alineaban transistores, secadores del pelo, cafeteras y hervidores eléctricos, café instantáneo, bolsitas de té, terrones de azúcar, ollas y vajilla sencilla para preparar *raamen*^[3] instantáneo. En las paredes de yeso, *pin-ups* de *Heibon Panchi*^[4] o pósters, arrancados de alguna parte, de películas porno. En una de las paredes habían pegado, en broma, la fotografía de dos cerdos copulando, pero ésa era una excepción, pues lo que colgaba de la mayoría de las paredes eran fotos de mujeres desnudas y de jóvenes cantantes y actrices. Encima de la mesa se alineaban manuales, diccionarios y novelas.

Al ser habitaciones masculinas, solían estar muy sucias. En el fondo de las papeleras había pegadas pieles de mandarinas enmohecidas, y las latas vacías que hacían las veces de ceniceros estaban atiborradas, hasta una altura de unos diez centímetros, de colillas que, cuando humeaban, apagábamos echándoles café o cerveza, por lo que despedían un asfixiante olor agrio. Todos los utensilios de cocina estaban ennegrecidos y tenían pegados restos de comida de dudosa procedencia, y el suelo estaba sembrado de envoltorios de celofán de *raamen* instantáneo, botellas de cerveza vacías, tapas..., un poco de todo. A nadie se le ocurría tomar una escoba, barrer la porquería, recogerla con la pala y tirarla a la papelera. Las ráfagas de aire levantaban nubes de polvo del suelo. Todas las habitaciones despedían un hedor nauseabundo, distinto en cada habitación, aunque los componentes eran exactamente los mismos: sudor, olor corporal y basura. Todos arrojábamos la ropa sucia debajo de la cama y, como a nadie se le ocurría airear los futones a menudo, éstos estaban completamente empapados en sudor y apestaban sin remedio. Que un caos de tal magnitud no originara una epidemia letal es algo que aún hoy sigue extrañándome.

Mi habitación, por el contrario, estaba limpia como una patena. No había ni una mota de polvo en el suelo, ni vaho que empañara el cristal de las ventanas; los futones se tendían al sol una vez por semana, los lápices estaban colocados dentro de su bote, las cortinas se lavaban cada mes. Y es que mi compañero de habitación era patológicamente limpio. En una ocasión les conté a los chicos de las otras habitaciones: «El tío incluso lava las cortinas», pero no me creyeron. Nadie sabía que las cortinas tuvieran que lavarse de vez en cuando. Todos pensaban que era algo que siempre había colgado de las ventanas.

«Es un anormal», decían. Y, empezaron a llamarlo Nazi o Tropa-de-Asalto.

Ni siquiera teníamos *pin-ups*. De nuestra pared colgaba la imagen de un canal de Ámsterdam. Cuando intenté pegar el póster de una mujer desnuda, mi compañero me espetó: «Wat-wat-anabe. A mí, no me gus-gustan esas co-cosas», lo arrancó y pegó el

póster del canal. Puesto que yo no suspiraba por tener una mujer desnuda colgando de la pared, no protesté. Todos los que venían a nuestra habitación decían: «¿Pero esto qué es?». Alguna vez comenté: «Tropa-de-Asalto se masturba mirándolo». Fue una broma, pero todos lo creyeron. Lo aceptaron con tanta naturalidad que yo mismo acabé pensando que era cierto.

Todos me compadecían por tener que compartir habitación con Tropa-de-Asalto, pero a mí no me desagradaba. Mientras yo mantuviera limpias mis cosas, él me dejaba en paz, así que era un compañero bastante cómodo. Él se encargaba de la limpieza, tendía los futones, sacaba la basura. Cuando yo tenía mucho trabajo y llevaba tres días sin bañarme, él arrugaba la nariz y me aconsejaba que me diera un baño. También solía decirme que fuera al barbero o que me cortara los pelos de la nariz. Lo único molesto era que, en cuanto veía un insecto, pulverizaba insecticida por toda la habitación, y yo entonces tenía que refugiarme en el caos de la habitación vecina.

Tropa-de-Asalto estudiaba geografía en una universidad pública.

—Es-estoy estu-tudiando ma-mapas —me dijo cuando nos conocimos.

—¿Te gustan los mapas? —le pregunté.

—Sí. Cuando acabe la universidad quiero entrar en el Instituto Nacional de Geografía y hacer ma-mapas.

Me admiró la gran diversidad de deseos y objetivos que pretende alcanzar el ser humano. Era una de las primeras cosas que me habían sorprendido al llegar a Tokio. Si no hubiera algunas personas —no hace falta que sean muchas— que se interesan, apasionan incluso, por la cartografía, tendríamos un serio problema. Pero me extrañaba que alguien que tartamudeaba cada vez que pronunciaba la palabra «mapa» quisiera entrar en el Instituto Nacional de Geografía. A veces tartamudeaba y a veces no, pero cuando se trataba de la palabra «mapa» tartamudeaba el cien por cien de las veces.

—¿Qué es-estudias? —me preguntó.

—Teatro —le respondí.

—¿Haces teatro?

—No. Se trata de leer obras de teatro, de investigar. Ya sabes, Racine, Ionesco, Shakespeare...

Repuso que, aparte de Shakespeare, no había oído hablar jamás de los otros autores. Yo apenas los conocía, pero figuraban en el índice de materias del curso.

—Bu-bueno, sea como sea, eso es lo que te gusta —dijo.

—No especialmente —repuse.

Esta respuesta lo desconcertó. Y cuando se desconcertaba su tartamudeo se agravaba. Me sentí culpable.

—Me daba igual una cosa que otra —le expliqué—. Etnología, historia de Asia...

Al final elegí teatro un poco por casualidad.

Por supuesto, no era ése el tipo de explicación que podía convencerlo.

—No lo en-entiendo. —Puso cara de no entender nada—. En mi ca-caso, me gustan los ma-mapas, y por eso estudio ma-mapas. Por eso, he en-entrado en una universidad de Tokio, y mis padres me envían di-dinero. Pero tú dices que a ti no te pa-pasa lo mismo que a mí...

Su argumento era más lógico que el mío, así que desistí de seguir dándole explicaciones. Luego nos jugamos a los chinos qué litera usaría cada uno. A mí me tocó la de arriba y a él la de abajo.

Él siempre vestía camisa blanca, pantalones negros y jersey azul marino. Llevaba la cabeza rapada, era alto, de pómulos marcados. Para ir a la universidad, se ponía siempre el uniforme de estudiante y zapatos de cordones negros. Tenía toda la pinta de ser un estudiante de derechas y, por eso, los demás chicos lo llamaban Tropa-de-Asalto, pero la verdad es que no sentía ningún interés por la política. Le daba pereza elegir la ropa y, en consecuencia, vestía siempre así. Su interés se limitaba a las transformaciones de la línea costera, a la construcción de un nuevo túnel del ferrocarril, a ese tipo de cosas. Cuando empezaba a hablar de esos temas, podía pasarse una o dos horas tartamudeando y encallándose, hasta que yo acababa huyendo de la habitación o me dormía.

Cada mañana se levantaba a las seis usando el «Que tu reinado...» como despertador. Así que no puede decirse que aquella ceremonia ostentosa de izamiento de la bandera no sirviera para nada. Se vestía, iba al baño y se lavaba la cara. Tardaba tanto rato que yo me preguntaba si se quitaba los dientes y se los lavaba uno por uno. Cuando volvía a la habitación, alisaba con esmero las arrugas de la toalla y la ponía a secar sobre el radiador, depositaba el cepillo de dientes y el jabón en la repisa. Luego encendía la radio y empezaba su sesión de gimnasia radiofónica.

Solía quedarme leyendo hasta tarde y, por las mañanas, dormía como un bendito hasta las ocho. Por más que Tropa-de-Asalto se levantaba y daba vueltas por la habitación, por más que encendía la radio y empezaba a hacer gimnasia, yo seguía durmiendo como si nada. Hasta que se ponía a dar saltos, claro. No me despertaba exactamente, pero, cada vez que brincaba —y daba grandes saltos—, con la vibración, la litera daba una sacudida. Lo soporté tres días. Había oído que, en la convivencia, hay que aguantarse hasta cierto punto. A la cuarta mañana llegué a la conclusión de que mi tolerancia había llegado a un límite.

—Perdona, pero ¿no podrías hacer gimnasia en la azotea? —le solté a bocajarro—. No puedo dormir.

—Pero si son ya las seis y media —dijo con cara de incredulidad.

—Ya lo sé. Para mí las seis y media es hora de estar durmiendo. No podría explicarte por qué, pero es así.

—Im-imposible. Si lo hago en la azotea, los del tercer piso se quejarán. Aquí no hay problema, como debajo hay un almacén nadie se queja.

—Entonces puedes hacerla en el patio. En el césped.

—Im-imposible también. Mi ra-radio no es un transistor. Si no hay enchufe, no puedo usarla. Y sin música, no puedo hacer la gimnasia de la ra-radio.

La verdad es que su radio era de un modelo muy anticuado y funcionaba sin pilas. Yo tenía un transistor, pero sólo sintonizaba FM para escuchar música. «¡Qué fuerte!», pensé.

—Negociemos —sugerí—. Tú puedes hacer la gimnasia aquí. Pero, a cambio, te olvidas de la parte de los saltos. Haces mucho ruido...

—¿Saltos? —repitió asombrado—. ¿Saltos? ¿Y eso qué es?

—Saltos son saltos. Levantar una pierna y otra, saltar...

—De eso no hay.

Empezó a dolerme la cabeza. Sentí que tanto me daba una cosa que otra, pero ya que había sacado el tema a colación, decidí que lo mejor sería zanjarlo y, tarareando la música de apertura del programa radiofónico de gimnasia de la cadena de televisión NHK, empecé a dar saltos en el suelo.

—¡Mira! Es esto. Hay, ¿no?

—Sí que los hay. No me había da-dado cuenta.

—Así que —proseguí sentándome en la cama— quiero que te saltes esta parte. El resto lo soportaré. ¿Harás el favor de olvidarte de la parte de los saltos y me dejarás dormir en paz?

—Im-imposible —me dijo con la mayor naturalidad del mundo—. No puedo saltarme ninguna parte. Hace diez años que hago lo mismo todos los días. En cuanto empiezo me sale todo, una cosa tras otra. Si me saltara una parte, no podría continuar.

Nada pude responder a eso. ¿Qué podía decirle? Lo más sencillo hubiese sido arrojar aquella maldita radio por la ventana cuando él no estuviera, pero era evidente que si lo hacía abriría la caja de los truenos. Tropa-de-Asalto era un chico extremadamente celoso de sus pertenencias. Cuando, ya sin palabras, me senté desalentado en la cama, me consoló con una sonrisa.

—Wat-watanabe, ¿por qué no te levantas y hacemos gimnasia los dos juntos? —Y se fue a desayunar.

Naoko se rió cuando le conté el incidente de la gimnasia radiofónica con Tropa-de-Asalto. No se lo había contado con la intención de divertirla, pero al final me reí con ella. Aunque su sonrisa duró un instante, hacía mucho tiempo que no la veía sonreír. Naoko y yo nos habíamos apeado en la estación de Yotsuya e íbamos andando por el malecón paralelo a la vía en dirección a Ichigaya. Era la tarde de un domingo de mediados de mayo. Esa mañana había llovizado a ratos; al mediodía la

lluvia había cesado y el viento del sur barría los oscuros nubarrones que cubrían el cielo. Las hojas de los cerezos, de un fresco color verde, se mecían al viento y reflejaban los destellos de los rayos del sol. Ya era un día de principios de verano. Las personas con quienes nos cruzábamos se habían quitado los jerséis y las chaquetas, que llevaban sobre los hombros o colgados del brazo. Todo el mundo parecía feliz bajo los cálidos rayos del sol de aquella tarde de domingo. En la pista de tenis, frente al malecón, un chico se había quitado la camisa y blandía la raqueta apenas vestido con unos sucintos pantalones cortos. Dos monjas sentadas en un banco vestían pulcramente sus negros hábitos, por lo que, a su alrededor, parecía no haber llegado todavía la luz del verano. Con todo, ambas disfrutaban con aire satisfecho de su charla.

Tras quince minutos de caminata, tenía la espalda bañada en sudor, así que me quité la gruesa camisa de algodón y me quedé en camiseta. Naoko se había subido hasta los codos las mangas de la chaqueta de su chándal color perla. La prenda había adquirido una bonita tonalidad al desteñirse, a fuerza de lavados. Tenía la impresión de haberla visto enfundada en un chándal parecido mucho tiempo antes, pero no estaba seguro. En aquella época no eran muchos los recuerdos que yo tenía de Naoko.

—¿Qué tal la convivencia? ¿Es divertido vivir con otra gente? —me preguntó.

—Todavía no lo sé. Llevo un mes —dije yo—. No está mal. Como mínimo, no es insoportable.

Ella se detuvo delante de una fuente, bebió un sorbo de agua, se sacó un pañuelo del bolsillo de los pantalones y se secó los labios. Luego se agachó y se anudó los cordones de los zapatos.

—¿Crees que yo también podría vivir así?

—¿Con otra gente?

—Sí —dijo Naoko.

—No lo sé. Depende de cómo te lo tomes. Supone muchas molestias, ésa es la verdad. Las reglas son una pesadez, y hay muchos imbéciles prepotentes. Mi compañero de habitación, por ejemplo, hace gimnasia con la radio puesta a las seis de la mañana. Pero cuando pienso que en cualquier otra parte hay casos parecidos, me conformo. Si te haces a la idea de que no tienes más remedio que estar allí, puedes ir tirando. De eso se trata.

—Claro —asintió ella.

Durante unos instantes pareció darle vueltas a algo. Me clavó los ojos con cara de estar observando un objeto extraño. Su mirada era tan profunda y cristalina que me dio un vuelco el corazón. No me había dado cuenta de que tuviera una mirada tan clara. De hecho, jamás había tenido la oportunidad de mirarla a los ojos. Era la primera vez que paseábamos los dos solos, y la primera vez que hablábamos tanto rato.

—¿Quieres ir a vivir a una residencia? —le pregunté.

—¡Oh, no, no! —respondió Naoko—. Me estaba imaginando cómo debe de ser vivir con gente. O sea que... —Naoko buscó las palabras apropiadas mordiéndose los labios, pero al parecer no logró encontrarlas. Apartó la mirada lanzando un suspiro—. No sé. Da igual.

Así terminó la conversación. Naoko reemprendió su marcha hacia el este, y yo la seguí unos pasos detrás.

Hacía casi un año que no la veía. Durante este tiempo, Naoko había adelgazado tanto que apenas la reconocí. La carne había desaparecido de sus mejillas, antes rellenas, y su nuca se había afinado. Sin embargo, no se la veía huesuda ni tenía un aire enfermizo. Su delgadez resultaba natural y serena. Parecía que su cuerpo hubiese estado oculto en un lugar largo y estrecho al que se hubiera amoldado. Y estaba mucho más hermosa de lo que recordaba. Estuve a punto de decírselo, pero no sabía cómo y al final me callé.

No habíamos ido allí por nada en concreto. Nos habíamos encontrado por casualidad en un tren de la línea Chûô. Ella acababa de salir de casa para ir al cine, y yo me dirigía a las librerías del viejo de Kanda. Ninguno de los dos había quedado con nadie. Naoko propuso que nos apeáramos del tren, y casualmente bajamos en Yotsuya. No teníamos nada especial que decirnos. No entendía por qué Naoko me había propuesto irnos juntos. El punto de partida es tener algún tema de conversación.

En cuanto salimos de la estación, ella empezó a andar resuelta sin mencionar siquiera adónde nos dirigíamos. No tuve más remedio que seguirla, siempre un metro detrás de ella. De haber querido, hubiese podido reducir esa distancia, pero una repentina timidez me lo impidió. Andaba detrás de Naoko con la vista clavada en su espalda y en su melena, negra y lisa. En el pelo lucía un gran pasador de color marrón y, al ladear la cabeza, mostraba sus pequeñas orejas blancas. A trechos se volvía y me decía algo. A veces era capaz de darle una respuesta adecuada; otras, no tenía ni idea de qué contestarle. Y otras, ni siquiera entendía lo que me estaba diciendo. Pero a ella parecía tenerla sin cuidado si la oía. Cuando acababa de expresar lo que pensaba, volvía a darme la espalda y reemprendía la marcha. «¡En fin! Hoy hace un día perfecto para pasear», terminé resignándome.

La forma de andar de Naoko era demasiado sistemática para que aquello fuera un simple paseo. En Iidabashi giró hacia la derecha, cruzó el foso, atravesó el cruce de Jinbochô, subió la cuesta de Ochanomizu y llegó a Hongô. Después prosiguió hasta Komagome bordeando la línea férrea. Fue un itinerario nada desdeñable. Cuando llegamos a Komagome, el sol declinaba. Era un apacible atardecer de primavera.

—¿Dónde estamos? —preguntó Naoko como si descubriera aquel lugar de repente.

—En Komagome —dije—. ¿No te has fijado? Hemos dado una vuelta enorme.

—¿Y por qué hemos venido hasta aquí?

—Has sido tú quien me ha traído. Yo me he limitado a seguirte.

Entramos en una *soba-ya*^[5] cerca de la estación y tomamos un bol de *soba*. Como tenía sed, bebí cerveza, yo solo. Encargamos los fideos y comimos en silencio. Yo estaba agotado por la caminata, y ella, con sus manos descansando sobre la mesa, parecía estar de nuevo absorta en sus cavilaciones. Las noticias de la televisión anunciaban que aquel domingo los lugares de ocio habían tenido una ocupación plena. «Y nosotros hemos ido a pie desde Yotsuya hasta Komagome», me dije.

—Estás en forma —bromeé cuando terminé mis fideos.

—¿Sorprendido?

—Sí.

—En el instituto era corredora de fondo. Corría unos diez o quince kilómetros. Además, como a mi padre le gustaba el montañismo, desde pequeña, todos los domingos me llevaba con él de excursión. Ya has visto que detrás de casa está la montaña. Así que las piernas se me han ido fortaleciendo poco a poco.

—Pues no lo parece —dije.

—No, ¿verdad? Todo el mundo piensa que soy una chica muy delicada. Pero uno jamás debe fiarse de las apariencias. —Subrayó sus palabras con una media sonrisa.

—Sintiéndolo mucho, estoy hecho polvo.

—Vaya, perdona. Te he llevado todo el día de aquí para allá.

—No te lo negaré. Pero así hemos tenido la oportunidad de charlar. Que yo recuerde, ésta es la primera vez que lo hacemos.

Sin embargo, por más que lo intentaba, era incapaz de recordar de qué habíamos hablado.

Naoko, sin razón aparente, hacía girar el cenicero sobre la mesa.

—Si quieres..., si no te va mal..., si no fuese una molestia..., podríamos vernos otra vez. Ya sé que no tengo ningún derecho a proponértelo, pero...

—¿Derecho? —me extrañé—, ¿qué quieres decir con «derecho»?

Ella enrojeció. Tal vez mi sorpresa había sido excesiva.

—No sé explicarlo —comentó en tono de disculpa. Se subió las mangas del chándal hasta los codos y volvió a bajárselas. La luz de la lámpara confería un bonito color dorado al suave vello de sus brazos—. No es «derecho» lo que quería decir. Era otra cosa muy distinta.

Naoko hincó los codos sobre la mesa y clavó la vista en un calendario que colgaba de la pared. Tal vez esperaba encontrar allí las palabras adecuadas. Por supuesto, no las halló. Suspiró, cerró los ojos y se arregló el pasador del pelo.

—No importa —tercié—. Comprendo lo que quieres decir. Pero yo tampoco sé cómo expresarlo.

—No puedo hablar bien —dijo Naoko—. Me pasa desde hace un tiempo. Cuando

intento decir algo, sólo se me ocurren palabras que no vienen a cuento o que expresan todo lo contrario de lo que quiero decir. Y, si intento corregirlas, me lío aún más, y más equivocadas son las palabras, y al final acabo por no saber qué quería decir al principio. Es como si tuviera el cuerpo dividido por la mitad y las dos partes estuviesen jugando al corre que te pillo. En medio hay una columna muy gruesa y van dando vueltas a su alrededor jugando al corre que te pillo. Siempre que una parte de mí encuentra la palabra adecuada, la otra parte no puede alcanzarla.

Naoko levantó la vista y me miró a los ojos.

—¿Entiendes lo que quiero decir?

—Esto nos sucede a todos —añadí—. Todos queremos expresarnos y nos impacientamos cuando no encontramos las palabras apropiadas.

Naoko pareció decepcionada por mi comentario.

—No era eso —dijo, pero no añadió nada más.

—No me importa quedar contigo. Los domingos nunca tengo nada que hacer, y andar es bueno para la salud.

Tomamos la línea de tren Yamanote y, en Shinjuku, Naoko hizo trasbordo a la línea Chûô. Vivía en un pequeño apartamento de alquiler en Kokubunji.

—¿Crees que hablo de forma diferente a como lo hacía antes? —me preguntó al separarnos.

—Sí, me da esa impresión —contesté—. Pero no podría decirte por qué. Aunque nos veíamos mucho, no recuerdo que habláramos demasiado.

—Es cierto —reconoció Naoko—. ¿Puedo llamarte el sábado que viene?

—Claro. Te estaré esperando.

Conocí a Naoko durante la primavera de mi segundo año de bachillerato. Ella también estaba en segundo curso e iba a un exclusivo colegio de monjas. Un colegio tan fino que, si estudiabas demasiado, te tildaban de hortera. Yo tenía un buen amigo llamado Kizuki (más que bueno era, literalmente, el único); Naoko era su novia. Kizuki y Naoko salían juntos casi desde su nacimiento; sus casas quedaban a menos de doscientos metros la una de la otra.

Al igual que muchas parejas que han crecido juntas, mantenían una relación muy abierta y no sentían unos deseos muy fuertes de estar a solas. Se visitaban con frecuencia, solían cenar con la familia del uno o del otro, jugaban al *mahjong* con ellos. Me habían incluido en varias citas dobles. Naoko venía con una compañera de clase y los cuatro íbamos al zoo, a la piscina o al cine. Debo reconocer que las chicas que me presentaba Naoko eran guapas, pero algo refinadas para mi gusto. Yo hubiera preferido a una de mis compañeras de la escuela pública, aunque fuesen un poco menos sofisticadas, alguien con quien poder hablar relajadamente. Para mí era un misterio saber qué estarían rumiando aquellas lindas cabecitas. Tal vez no nos

hubiéramos entendido.

Total, que Kizuki desistió de organizar citas dobles y, en vez de esto, empezamos a salir los tres: Kizuki, Naoko y yo. Visto ahora, no era una situación muy normal, pero sí lo que mejor resultaba. En cuanto entraba una cuarta persona todo rechinaba. Cuando estábamos los tres juntos, aquello parecía un *talk show* televisivo: yo era el invitado; Kizuki, el anfitrión talentoso, y Naoko, su ayudante. Kizuki siempre era el centro de atención y sabía cómo llevarlo. Era cierto que tenía una vena sarcástica y que solían tacharlo de arrogante, pero, en esencia, era una persona amable y justa. Cuando estábamos los tres juntos, hablaba y bromeaba con Naoko y conmigo de manera equitativa, e intentaba que ninguno de los dos se sintiera marginado. Si uno permanecía largo rato en silencio, sabía cómo sacarle las palabras. Mirándolo, yo pensaba que debía de resultarle muy difícil, pero ahora no lo creo. Kizuki tenía la capacidad de graduar, en cada segundo, la atmósfera del lugar y de adaptarse a ella. Además, tenía el talento de sacar a relucir las partes interesantes de la charla de un interlocutor que no lo era especialmente. Y cuando uno hablaba con él, tenía la impresión de ser alguien excepcional que llevaba una vida interesantísima.

Sin embargo, no era una persona sociable. En la escuela, yo era su único amigo. No entendía cómo una persona tan inteligente, un conversador tan brillante, no llevaba su talento a círculos más amplios y se contentaba con nuestro pequeño mundo a tres. Tampoco entendía por qué me había escogido como amigo. Yo era una persona corriente a quien le gustaba estar a solas leyendo o escuchando música, no tenía nada que pudiera llamarle la atención a alguien como Kizuki. Con todo, congeniamos enseguida. Su padre era un dentista famoso por su habilidad y sus altos honorarios.

—¿Te apetece que salgamos en parejas este domingo? Mi novia va a un colegio de monjas y traerá a una chica guapa —me dijo Kizuki al poco de conocernos.

—Vale —le respondí.

Así conocí a Naoko.

Pasábamos mucho tiempo los tres juntos, pero, en cuanto Kizuki se levantaba y nos quedábamos solos Naoko y yo, jamás lográbamos mantener una conversación fluida. No se nos ocurría nada de que hablar. En realidad, no teníamos ningún tema de conversación en común. Y, ¡qué remedio!, nos limitábamos a beber agua o a jugar con los objetos que había encima de la mesa sin apenas dirigirnos la palabra. Esperando a que volviera Kizuki. En cuanto aparecía él se reanudaba la conversación. Naoko era poco habladora, y yo prefería escuchar a hablar, así que, siempre que me quedaba a solas con ella, me sentía incómodo. No es que no congeniáramos, pero no teníamos nada que decirnos.

Naoko y yo volvimos a vernos pocas semanas después del funeral de Kizuki. Teníamos un asunto que tratar y quedamos en una cafetería, pero una vez solventamos el problema no supimos qué decirnos. Saqué varios temas, pero la

conversación languideció enseguida. Además, noté en la manera de hablar de Naoko cierta agresividad. Parecía enfadada conmigo, aunque yo desconocía el motivo. Luego nos separamos y no volvimos a vernos hasta pasados unos años, cuando nos encontramos por casualidad en aquel tren de la línea Chûô.

Quizás el motivo del enfado de Naoko fuese el hecho de que la última persona que habló con Kizuki fui yo, y no ella. Ésta no es la mejor manera de expresarlo, pero creo que entiendo cómo se sentía. De haber podido, me hubiera cambiado por ella. Pero era la típica cosa que, una vez ha sucedido, no cabe hacer ni pensar nada.

Aquella agradable tarde de mayo, después de comer, Kizuki me propuso saltarnos la clase e ir a jugar unas partidas de billar. Dado que no sentía un interés desbordante por las clases de la tarde, salimos de la escuela, bajamos tan campantes la colina en dirección al puerto, entramos en un billar y nos pusimos a jugar. Gané la primera partida, y entonces él se puso serio de repente, se concentró en el juego y ganó las tres partidas siguientes. Mientras jugábamos, no bromeó ni una sola vez, cosa rara en él. Después fumamos un cigarrillo.

—¿Qué te pasa hoy que estás tan serio? —le pregunté.

—Hoy no quería perder —me dijo Kizuki sonriendo satisfecho.

Se mató aquella misma noche en el garaje de su casa. Conectó una manguera al tubo de escape de su N-360, selló los resquicios de las ventanillas con cinta adhesiva y puso en marcha el motor. No sé cuánto tiempo tardó en morir. Cuando sus padres, que volvían de visitar a un pariente enfermo, abrieron la puerta del garaje para meter el coche, Kizuki ya estaba muerto. La radio del coche permanecía encendida; había un recibo de la gasolinera prendido en el limpiaparabrisas.

No había motivos aparentes, ni dejó escrita una carta. Fui la última persona que habló con él, y la policía me llamó a declarar. Le expliqué al inspector encargado de la investigación que la actitud de Kizuki no me hizo sospechar nada, que se había comportado como siempre. El policía no parecía haberse formado una buena impresión ni de Kizuki ni de mí. Parecía creer que no era extraño que un chico que se saltaba las clases para ir a jugar al billar se suicidara. Salió publicada una pequeña nota en el periódico, y con eso se zanjó el asunto. Sus padres se deshicieron del N-360 rojo. En el colegio, sobre su pupitre, lucieron durante un tiempo unas flores blancas.

En los diez meses que transcurrieron desde el suicidio de Kizuki hasta que terminé el instituto, fui incapaz de hallar mi propio espacio en el mundo que me rodeaba. Salí con una chica, me acosté con ella, pero no duramos más de medio año. Ella no poseía nada que la hiciera especialmente atractiva a mis ojos. Elegí una universidad privada de Tokio en la que pudiera entrar sin estudiar demasiado e hice el examen de ingreso sin ilusión alguna. Aquella chica me pidió que no me fuera a

Tokio, pero yo deseaba alejarme de Kôbe como fuese. Necesitaba empezar una nueva vida en un lugar donde no me conociera nadie.

—¡Como te has acostado conmigo, ya no te importo nada! —berreó la chica.

—No es verdad —le dije.

Lo único que quería era irme de la ciudad. Pero ella no lo entendió. Y nos separamos. En el tren, camino de Tokio, me acordé de sus cualidades, de sus virtudes, y me arrepentí pensando que había sido muy injusto. Pese a todo, no podía volver atrás. Decidí olvidarla.

Recién llegado a Tokio, cuando empecé una nueva vida en la residencia, tenía un único propósito: tratar de no tomarme las cosas a pecho, mantener la debida distancia con el mundo. Nada más. Y decidí olvidar por completo la mesa de billar forrada de fieltro verde, el N-360 rojo y las flores blancas sobre el pupitre, la columna de humo alzándose desde la alta chimenea del crematorio, el pisapapeles con forma achaparrada en la sala de interrogatorios. Al principio, pensé que iba a lograrlo. Sin embargo, por más que intentase olvidarlo, en mi interior permanecía una especie de masa de aire de contornos imprecisos. Con el paso del tiempo, esta masa empezó a definirse. Ahora puedo traducirla en las siguientes palabras: «La muerte no existe en contraposición a la vida sino como parte de ella».

Expresado en palabras, suena a tópico, pero yo en ese momento lo sentía como una masa de aire en mi interior. La muerte estaba presente en el pisapapeles, en las cuatro bolas rojas y blancas alineadas sobre la mesa de billar. Y nosotros vivimos respirándola, y va adentrándose en nuestros pulmones como un polvo fino.

Hasta entonces había concebido la muerte como una existencia independiente, separada por completo de la vida. «Algún día la muerte nos tomará de la mano. Pero hasta el día en que nos atrape nos veremos libres de ella.» Yo pensaba así. Me parecía un razonamiento lógico. La vida está en esta orilla; la muerte, en la otra. Nosotros estamos aquí, y no allí.

A partir de la noche en que murió Kizuki, fui incapaz de concebir la muerte (y la vida) de una manera tan simple. La muerte no se contrapone a la vida. La muerte había estado implícita en mi ser desde un principio. Y éste era un hecho que, por más que lo intenté, no pude olvidar. Aquella noche de mayo, cuando la muerte se llevó a Kizuki a sus diecisiete años, se llevó una parte de mí.

Viví la primavera de mis dieciocho años sintiendo esta masa de aire en mi interior. Al mismo tiempo, intentaba no mostrarme serio, pues intuía que la seriedad no me acercaba a la verdad. Pero la muerte es un asunto grave. Quedé atrapado en este círculo vicioso, en esta asfixiante contradicción. Cuando miro hacia atrás, hoy pienso que fueron unos días extraños. Estaba en la plenitud de la vida y todo giraba en torno a la muerte.

Naoko me llamó el sábado y concertamos una cita para el domingo. Si es que a aquello puede llamarse una «cita». A mí no se me ocurre otra palabra.

Igual que la vez anterior, recorrimos las calles, entramos en una cafetería, tomamos una taza de café, reemprendimos la marcha, cenamos al atardecer, nos despedimos y nos separamos. Fiel a su costumbre, ella no soltó más que algunas frases sueltas, pero, como no parecía importarle, no me esforcé en mantener una conversación. Cuando nos apetecía, hablábamos de nuestras vidas cotidianas o de la universidad, pero siempre de una manera fragmentaria, sin hilvanarlo con nada. No mencionamos el pasado. Paseamos todo el tiempo. Es una suerte que Tokio sea una ciudad tan grande; por más que la recorras, siempre hay algún sitio adónde ir.

A partir de entonces, quedábamos casi todos los fines de semana, y siempre dábamos el mismo paseo. Ella iba delante, y yo la seguía unos pasos detrás. Naoko lucía pasadores en el pelo, pero siempre mostraba la oreja derecha. Puesto que siempre la veía de espaldas, ésta es la imagen que hoy mejor recuerdo. Cuando se sentía avergonzada, jugueteaba con el pasador. Y se secaba las comisuras de los labios antes de decir algo. Mirándola hacer estos gestos, poco a poco empezó a gustarme. Estudiaba en una pequeña universidad femenina en las afueras de Musashino, conocida por la enseñanza del inglés. Cerca de su apartamento discurría un canal de riego de aguas cristalinas por donde solíamos pasear.

Naoko me había invitado alguna vez a su apartamento y había cocinado para mí. No parecía sentirse incómoda estando a solas conmigo. Era una única estancia, sobria y desprovista de adornos. Si no fuera por las medias colgando en el rincón de la ventana, nadie hubiera dicho que allí vivía una chica. Llevaba una vida muy austera y sencilla, y apenas tenía amigos. Quien la conoció en el instituto no hubiera podido imaginarlo. Antes Naoko llevaba vestidos bonitos y siempre estaba rodeada de gente. Mirando su cuarto, me dio la impresión de que, al igual que yo, había querido alejarse de la ciudad y empezar una nueva vida en un lugar donde nadie la conociese.

—Elegí esta universidad porque nadie de la escuela pensaba venir aquí —me dijo Naoko sonriendo—. Todas nosotras íbamos a estudiar en universidades más elegantes.

No puede decirse que la relación entre Naoko y yo no progresara. Poco a poco, ella fue acostumbrándose a mí, y yo a ella. Cuando finalizaron las vacaciones de verano y empezó el nuevo curso, automáticamente Naoko reemprendió sus paseos a

mi lado, como si fuera lo más natural del mundo. Lo interpreté como la señal de que me aceptaba como amigo; por mi parte, no puedo decir que me desagradara pasear con una chica tan guapa. Y seguimos deambulando por las calles de Tokio. Subiendo cuestras, cruzando ríos, atravesando las vías del tren... Caminamos sin rumbo, andando por andar, cual si fuera un rito para aliviar las ánimas en pena. Si llovía, paseábamos bajo el paraguas.

Llegó el otoño y el suelo del patio de la residencia se cubrió con las hojas del olmo. Al ponerme el primer jersey, me llegó el olor de la nueva estación. Gasté un par de zapatos y me compré otros de ante.

No logro recordar de qué charlábamos. Probablemente, de nada que valiera la pena. Seguimos sin mencionar el pasado. El nombre de Kizuki apenas salía en nuestras conversaciones. Hablábamos poco, pues entonces ya nos habíamos acostumbrado a estar sentados en una cafetería frente a frente en silencio.

Dado que a Naoko le gustaba oír las historias de Tropa-de-Asalto, yo se las contaba a menudo. Tropa-de-Asalto tuvo una cita con una chica (una compañera de clase de geografía, cómo no), pero regresó al atardecer con aire abatido. Sucedió en junio. «Wat-watanabe, cuando sales con una chi-chica, ¿de qué hablas?», me preguntó. No recuerdo qué le respondí. De todas formas, no era la persona más indicada para aconsejarle. En julio, mientras él no estaba, alguien arrancó la fotografía del canal de Ámsterdam y pegó otra del Golden Gate Bridge de San Francisco. He aquí la razón: querían averiguar si Tropa-de-Asalto sería capaz de masturbarse mirando el Golden Gate Bridge. Cuando les dije que «lo hizo encantado de la vida», alguien sugirió sustituirla por una de un iceberg. Cada cambio de fotografía provocaba en Tropa-de-Asalto un desconcierto terrible.

—¿Qui-quién diablos debe de hacer una co-cosa así? —dijo.

—¡Vete a saber! Pero no está mal, ¿no? Las fotos son bonitas. Sea quien sea, puedes estarle agradecido, ¿no te parece?

—Qui-quizá sí. Pero es desagradable —comentó.

Naoko se reía siempre que escuchaba las historias de Tropa-de-Asalto y, puesto que era poco frecuente verla reír, empecé a contárselas a menudo, aunque no me sentía a gusto utilizando a mi compañero como objeto de mofa. Era el tercer hijo, algo formal, de una familia que no podía calificarse de acomodada. Y hacer mapas era el único sueño que tenía en su vida. ¿Quién podía burlarse de eso?

Con todo, los chistes sobre Tropa-de-Asalto acabaron convirtiéndose en un tema de conversación indispensable en el dormitorio, y entonces, por mucho que hubiese intentado parar todo aquello, no hubiera podido. Ver a Naoko riéndose me hacía sentirme feliz. Así que seguí contándoles a todos sus historias.

Naoko me preguntó una sola vez si me gustaba alguna chica. Le hablé de la novia que había dejado. Le conté que era una buena chica, que me gustaba hacer el amor

con ella y que todavía la echaba de menos, pero que jamás me había calado hondo.

—Tal vez mi corazón esté recubierto por una coraza y sea imposible atravesarla —le dije—. Por eso no puedo querer a nadie.

—¿No has estado nunca enamorado?

—No —le respondí.

No quiso saber nada más.

Al final del otoño, cuando el gélido viento barría la ciudad, ella a veces se arrimaba a mi brazo. Notaba su respiración a través de la gruesa tela del abrigo. Me tomaba del brazo, metía la mano en el bolsillo de mi abrigo o, si hacía mucho frío, se me agarraba al brazo temblando. Pero no era más que eso. No había que darle importancia. Yo continuaba andando con las manos metidas en los bolsillos, como siempre. Como los dos calzábamos zapatos de suela de goma, nuestros pasos apenas se oían. Sólo cuando pisábamos las grandes hojas caídas de los plátanos. Cada vez que oía este crujido seco, sentía compasión por Naoko. No era mi brazo lo que ella buscaba, sino el brazo de alguien. No era mi calor lo que ella necesitaba, sino el calor de alguien. Entonces sentía algo rayano en la culpabilidad por ser yo ese alguien.

Conforme iba avanzando el invierno, los ojos de Naoko parecían ir ganando en transparencia. Una transparencia ausente. Pronto, sin razón aparente, clavaba sus ojos en los míos como si buscara algo, y, cada vez que esto ocurría, me embargaba una extraña e insoportable sensación de soledad.

Me pregunté si trataba de decirme algo. Quizás era incapaz de expresarlo con palabras. No, antes de traducirlo al lenguaje hablado, tendría que haberlo comprendido ella misma. Por eso no hallaba las palabras. En esas ocasiones, Naoko jugueteaba con el pasador del pelo, se secaba las comisuras de los labios y me clavaba su mirada ausente. De haber podido, hubiese deseado abrazarla, pero siempre me quedé con la duda y desistí. Temía herirla. Seguimos paseando por las calles de Tokio, y ella seguía buscando las palabras en el vacío.

Los compañeros del dormitorio me tomaban el pelo cada vez que recibía una llamada de Naoko o salía los domingos por la mañana. En fin, puede que fuera lo más natural que supusieran que me había echado novia. No sabía cómo explicárselo, y tampoco había ninguna necesidad de hacerlo, así que dejé que pensarán lo que quisieran. Cuando volvía al atardecer, siempre había alguno que me preguntaba en qué postura lo habíamos hecho, cómo tenía el coño, de qué color llevaba la ropa interior y demás estupideces. Yo me los sacaba de encima diciéndoles cualquier tontería.

Así pasé de los dieciocho a los diecinueve años. El sol salía y se ponía; izaban la bandera y la arriaban. Y al llegar el domingo salía con la novia de mi amigo muerto. No tenía ni idea de qué estaba haciendo ni de qué vendría a continuación. En las

clases de la universidad, leía a Claudel, a Racine y a Eisenstein, pero sus libros me interesaron muy poco. En clase no había hecho ningún amigo y en la residencia tenía simples conocidos. Como siempre me veían leyendo, los de la residencia pensaban que yo quería ser escritor, lo que jamás se me había ocurrido. A mí, en realidad, no se me había ocurrido ser nada.

Intenté explicarle mis sentimientos a Naoko. Tenía la sensación de que, con un grado mayor o menor de exactitud, ella podría entenderme. Pero no logré hallar las palabras. Pensé: «¡Qué extraño! ¿Se me habrá contagiado su manía de buscar las palabras?».

Los sábados por la noche me sentaba en el vestíbulo, al lado del teléfono, esperando la llamada de Naoko. Dado que los sábados por la noche casi todos salían a divertirse, el vestíbulo estaba más tranquilo que de costumbre. Analizaba mis sentimientos absorto en las motas de luz que brillaban suspendidas en el aire silencioso. ¿Qué quería la gente de mí? Pero no encontraba respuesta alguna. A veces alargaba la mano hacia las motas de luz que flotaban en el aire, pero mis dedos no tocaban nada.

Leía mucho, lo que no quiere decir que leyera muchos libros. Más bien prefería releer las obras que me habían gustado. En esa época mis escritores favoritos eran Truman Capote, John Updike, Scott Fitzgerald, Raymond Chandler, pero no había nadie en clase o en la residencia que disfrutara leyendo a este tipo de autores. Ellos preferían a Kazumi Takahashi, Kenzaburô Ôe, Yukio Mishima, o a novelistas franceses contemporáneos. Así pues, no tenía este punto en común con los demás, y leía mis libros a solas y en silencio. Los releía y cerraba los ojos y me llenaban de su aroma. Sólo aspirando la fragancia de un libro, tocando sus páginas, me sentía feliz.

A los dieciocho años, mi libro favorito era *El centauro*, de John Updike, pero cuando lo hube releído varias veces, perdió su chispa y cedió la primera posición a *El gran Gatsby*, de Fitzgerald, obra que continuó encabezando mi lista de favoritos durante mucho tiempo. Tomar *El gran Gatsby* de la estantería, abrirlo al azar y leer unos párrafos se convirtió en una costumbre, y jamás me decepcionó. No había una sola página de más. «¡Es una novela extraordinaria!», pensaba. Me hubiera gustado hacer partícipes a los otros chicos de tal maravilla. Pero a mi alrededor no había nadie que leyera *El gran Gatsby*. Dudo que lo hubieran apreciado. En 1968 leer *El gran Gatsby* no llegaba a ser un acto reaccionario, pero tampoco podía calificarse de encomiable.

Pese a todo, conocí a una persona que había leído *El gran Gatsby*, y nos hicimos amigos precisamente por ello. Se llamaba Nagasawa y estudiaba Derecho en la Universidad de Tokio, dos cursos por encima de mí. Nos conocíamos de vista, ya que vivíamos en la misma residencia, hasta que, un día en que yo estaba leyendo *El gran*

Gatsby en un rincón soleado del comedor, él se sentó a mi lado y me preguntó qué leía. «*El gran Gatsby*», le dije. «¿Es interesante?», me preguntó. Le respondí que lo había leído tres veces, pero que cuanto más lo releía más párrafos interesantes encontraba. «Un hombre que ha leído tres veces *El gran Gatsby* bien puede ser mi amigo», repuso como hablando para sí mismo. Y nos hicimos amigos. Corría el mes de octubre.

Cuanto más conocía a Nagasawa, más extraño me parecía. A lo largo de mi vida, me había cruzado, había encontrado o conocido a muchas personas extrañas, pero jamás a nadie que lo fuera tanto. Leía muchísimo más que yo, pero tenía por principio no adentrarse en una obra hasta que hubieran transcurrido treinta años de la muerte del autor. «Sólo me fío de estos libros», decía.

—No es que no crea en la literatura contemporánea, pero no quiero perder un tiempo precioso leyendo libros que no hayan sido bautizados por el paso del tiempo. ¿Sabes?, la vida es corta.

—¿Y qué escritores te gustan? —le pregunté.

—Balzac, Dante, Joseph Conrad, Dickens —me respondió al instante.

—No son muy actuales que digamos.

—Si leyera lo mismo que los demás, acabaría pensando como ellos. ¡El mundo está lleno de mediocres! A la gente que vale la pena le daría vergüenza hacer lo que hacen esos. ¿No te has dado cuenta, Watanabe? Los únicos medianamente decentes de toda la residencia somos tú y yo. El resto son basura.

—¿Por qué lo dices? —Me sorprendí.

—Porque lo sé. Lo llevan escrito en la cara. Basta con mirarlos. Además, nosotros dos leemos *El gran Gatsby*.

Hice un cálculo mental: «Todavía no han pasado treinta años desde la muerte de Scott Fitzgerald».

—Y qué más da. ¡Por dos años! —exclamó—. A un escritor tan extraordinario como él lo adelanto, y no hay más que hablar.

Nadie en la residencia imaginaba que Nagasawa era un lector secreto de obras clásicas, aunque, de haberlo sabido, no les hubiera extrañado. Él era famoso por su inteligencia. Había entrado sin dificultad en la Universidad de Tokio, sacaba unas notas irreprochables y pensaba opositar al Ministerio de Asuntos Exteriores y ser diplomático. Su padre dirigía un importante hospital en Nagoya, y su hermano mayor se había licenciado en medicina, ¡cómo no!, por la Universidad de Tokio, y estaba destinado a suceder a su padre. Tenía una familia impecable. Siempre llevaba la cartera forrada y era distinguido. Así que todo el mundo lo respetaba; incluso el director de la residencia hacía con él una excepción y pensaba dos veces lo que le decía. Si Nagasawa pedía algo, se le obedecía sin rechistar. No podía ser de otro modo. Tenía un don innato para hechizar a los demás y lograr que le hicieran caso.

Poseía la capacidad de proclamarse líder, evaluaba rápidamente una situación, daba las indicaciones precisas y conseguía que lo obedecieran dócilmente. Sobre su cabeza flotaba un aura que revelaba su poder, como la corona de un ángel. Al verlo, la gente pensaba: «Este chico es un ser excepcional», y se sentían intimidados. El que me eligiera a mí como amigo, es decir, a alguien sin nada en especial, dejó a todos boquiabiertos. Incluso me cobraron respeto personas a las que apenas conocía. Se les pasaba por alto que la razón de que me hubiera elegido era muy simple: Nagasawa me prefería a mí porque no sentía por él ni admiración ni respeto. Ciertamente es que me interesaba su aspecto peculiar, su complejidad, pero sentía una indiferencia absoluta hacia sus notas sobresalientes y su aura. A él esto debía de extrañarle sobremanera.

Nagasawa reunía polos opuestos. A veces era tan cariñoso que me conmovía; otras, en cambio, rebosaba mala intención. Poseía un espíritu muy noble, no exento de vulgaridad. Mientras avanzaba a paso ligero guiando a los demás, su corazón se debatía en soledad en el fondo de un sombrío cenagal. Desde el principio, percibí estas contradicciones con toda claridad sin entender por qué la gente no las veía. Aquel chico vivía llevando a cuestas su particular infierno.

En el fondo, creo que le tenía simpatía. Su principal virtud era la honestidad. No mentía jamás, siempre reconocía sus errores y sus faltas. Tampoco ocultaba lo que no le convenía. Conmigo siempre se mostraba amable. Y me ayudaba. De no ser por él, supongo que mi vida en la residencia hubiera sido mucho más complicada y desagradable. A pesar de ello, jamás le abrí mi corazón. En este sentido, nuestra relación era muy diferente de mi amistad con Kizuki. El día en que vi cómo Nagasawa, ebrio, molestaba a una chica, decidí que bajo ningún concepto confiaría en aquel individuo.

En el dormitorio circulaban muchas leyendas sobre Nagasawa. Una, que en una ocasión se había comido tres babosas. Otra, que tenía un pene enorme y se había acostado con cien mujeres.

La historia de las babosas era cierta. Al preguntárselo, me dijo:

—¡Ah, sí! Es verdad. Me tragué tres babosas enormes.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Por varias razones —comentó—. Esto ocurrió el año en que entré aquí. Había mal rollo entre los novatos y los veteranos. Era septiembre. Yo, en nombre de los novatos, fui a hablar con los veteranos, unos tíos de derechas con espadas de madera y todo. Vamos, que no estaban por la labor. Les dije: «Muy bien. Haré lo que sea. Pero espero que quede zanjado el asunto». Y ellos me respondieron: «Entonces trágate unas babosas». «De acuerdo», dije. «Me las tragaré.» Por eso lo hice. Aquellos cerdos me trajeron tres babosas enormes.

—¿Y qué sentiste?

—¿Que qué sentí? Lo que siente uno al tragarse una babosa sólo puede saberlo el

que se ha tragado una. Sientes la babosa deslizándose por la garganta hacia el estómago... ¡Aj! Es asqueroso. Repugnante. Está fría y te deja un regustillo en la boca que... Al recordarlo, se me ponen los pelos de punta. Me daban arcadas, pero me aguanté. Si las hubiera vomitado hubiera tenido que tragármelas igualmente. Al final me tragué las tres.

—¿Y qué hiciste después?

—Fui a mi habitación y me hinché de agua salada. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Sí, claro —admití.

—Nadie más se metió conmigo. Ni siquiera los mayores. Porque yo era el único capaz de hacer una cosa así.

—Ya lo creo.

Lo del tamaño del pene fue fácil de averiguar. Bastó con entrar juntos en el baño. En efecto, lo tenía bastante grande. En cambio, el asunto de las cien mujeres era una exageración. «Serán unas setenta y cinco», dijo él tras pensárselo unos instantes. «No me acuerdo bien, pero sin duda más de setenta.» Cuando le confesé que yo sólo me había acostado con una, exclamó:

—¡Pero si es lo más fácil del mundo! Un día de éstos saldremos tú y yo. Y ya verás como te acuestas con una.

No me lo creí, pero, viéndolo actuar, tuve que reconocer que tenía razón. Era tan fácil que casi carecía de interés. Entraba con él en algún bar de Shibuya o de Shinjuku (casi siempre en los mismos), buscábamos a un par de chicas que nos gustaran (el mundo está lleno de pares de chicas), hablábamos con ellas, bebíamos, íbamos a un hotel y nos acostábamos. Él era un buen conversador. Aunque no decía nada del otro mundo, las chicas caían rendidas ante sus palabras, quedaban atrapadas en la conversación, iban bebiendo sin darse cuenta, se emborrachaban y acababan acostándose con él.

Y, encima, era guapo, amable, inteligente; las chicas se sentían bien a su lado. Al parecer, a mí también me encontraban encantador por el simple hecho de acompañarlo. Cuando yo, instado por Nagasawa, contaba algo, las chicas se sentían fascinadas por mi charla y me reían las gracias igual que le sucedía a él. Todo gracias a los poderes mágicos de Nagasawa. No dejaba de sorprenderme: «¡Qué talento tiene!».

Comparado con Nagasawa, las dotes de Kizuki como conversador eran un juego de niños. Algo muy distinto. Aunque me impresionaran las malas artes de Nagasawa, añoraba a Kizuki. «Era un chico leal», me decía. «Reservaba sus habilidades para Naoko y para mí.» Por el contrario, Nagasawa derrochaba su talento abrumador a diestro y siniestro. No le apetecía acostarse con las chicas que tenía delante. Para él todo era un juego.

A mí no me gustaba demasiado acostarme con desconocidas. Era una forma

cómoda de satisfacer el deseo sexual y, además, disfrutaba abrazando a una chica, acariciándola. Lo que odiaba era la mañana siguiente. Al despertarme, encontraba a una desconocida durmiendo a mi lado, con la habitación apestando a alcohol y la nota chillona característica de los *love hotels* sobre la cama, en las lamparitas, en las cortinas, en todas partes, y sentía la cabeza embotada por la resaca. Al rato, la chica, se despertaba y buscaba la ropa interior por la habitación. Luego, mientras se ponía las medias, decía: «¿Tomaste precauciones? Porque estaba en el día del mes más peligroso...». Después se dirigía al espejo y, rezongando que le dolía la cabeza o que el maquillaje no lo arreglaba aquella mañana, se pintaba los labios y se ponía las pestañas postizas. Lo odiaba. Hubiese preferido no quedarme hasta la mañana siguiente, pero no podía cortejar a una chica pensando que cerraban la residencia a las doce de la noche (era humanamente imposible), así que pedía permiso para pernoctar fuera. Y entonces tenía que quedarme en el hotel hasta la mañana siguiente y volvía a la residencia lleno de odio hacia mí mismo, odio y desilusión, cegado por la luz de la mañana, con la boca áspera, como si la cabeza perteneciera a otra persona.

Interrogué a Nagasawa tras acostarme con tres o cuatro chicas. ¿No se sentía vacío tras haber hecho aquello setenta veces?

—Que te sientas vacío demuestra que eres un tío decente. Esto es algo positivo —dijo—. No ganas nada acostándote con desconocidas. Sólo consigues cansarte y odiarte a ti mismo. A mí también me pasa.

—¿Y por qué no dejas de hacerlo?

—Me cuesta explicarlo. Se parece a lo que Dostoievski escribió sobre el juego. Es decir, cuando a tu alrededor todo son oportunidades, es muy difícil pasar de largo sin aprovecharlas, ¿entiendes?

—Más o menos —afirmé.

—Se pone el sol. Las chicas salen, dan una vuelta, beben. Quieren algo, y yo puedo dárselo. Es algo tan sencillo como abrir el grifo y beber agua. Esto es lo que ellas esperan. Pues bien, las posibilidades están al alcance de mi mano. ¿Debo dejarlas escapar? Tengo el talento y las circunstancias idóneas para valerme de él. ¿Tengo que cerrar la boca y pasar de largo?

—No lo sé. Nunca me he encontrado en esta situación. Ni siquiera puedo imaginármelo —le dije riendo.

—Según como lo mires, es una suerte —repuso Nagasawa.

Su afición a las mujeres había sido el motivo por el que Nagasawa, que pertenecía a una familia pudiente, había llegado a la residencia. El padre, temiendo que, si vivía solo, se pasara el día corriendo detrás de las faldas, le exigió que estuviera los cuatro años en la residencia. A Nagasawa le daba igual porque allí vivía a su aire, haciendo caso omiso de las normas. Cuando le apetecía, sacaba un pase de pernoctación y salía a ligar o pasaba la noche en el apartamento de su novia. Conseguir ese permiso no era

fácil, pero, por lo visto, Nagasawa tenía paso franco, y yo, si él lo pedía, también.

Nagasawa tenía una novia formal desde el primer año de universidad. Se llamaba Hatsumi y tenía su misma edad. Yo la había visto algunas veces y me había parecido una chica muy agradable. No era una belleza, sino que su aspecto era más bien anodino. Al principio me extrañó que Nagasawa saliera con una chica tan poco vistosa, pero en cuanto crucé unas palabras con ella me gustó. Era tranquila, inteligente, considerada, tenía sentido del humor y vestía siempre con elegancia. A mí me encantaba Hatsumi y pensaba que, si tuviera una novia como ella, no iría acostándome con mujeres estúpidas. Yo a ella le caía bien, e insistía en presentarme a alguna chica más joven del club de estudiantes de su universidad para que saliéramos los cuatro, pero no quería repetir los errores del pasado y siempre me zafaba con alguna excusa. La universidad donde estudiaba Hatsumi era conocida por reunir a las hijas de las familias más ricas, con quienes no creía tener nada en común.

Ella intuía que Nagasawa se acostaba con otras chicas, pero jamás se lo reprochó. Lo amaba con locura y no quería presionarlo lo más mínimo.

—No me merezco una mujer así —decía Nagasawa.

Y yo estaba de acuerdo con él.

En invierno encontré un trabajo de media jornada en una tienda de discos de Shinjuku. No pagaban demasiado, pero el trabajo era ameno y no me suponía un gran esfuerzo pasar tres noches por semana en la tienda. Además, podía comprar discos con descuento. En Navidad le regalé a Naoko uno de Henry Mancini que incluía su adorada *Dear Heart*. Se lo envolví yo mismo y le puse una cinta roja. Naoko, por su parte, me obsequió con unos guantes de lana que había tricotado para mí. El dedo gordo era un poco corto pero, lo que es calentar, calentaban.

—Perdona. Soy muy torpe —se disculpó sonrojándose.

—No importa. Me van perfectos —le dije enseñándole los guantes puestos.

—Al menos no tendrás que meterte las manos en los bolsillos —añadió.

Naoko no volvió a Kôbe durante las vacaciones. Yo tenía trabajo en la tienda hasta fin de año y también me quedé en Tokio. En Kôbe no tenía ninguna perspectiva interesante ni a nadie a quien me apeteciera ver. El comedor cerraba en Año Nuevo, así que comí en el apartamento de Naoko. Cocinamos unos *mochi* y un *zôni*^[6] sencillo.

Entre enero y febrero de 1969 pasaron bastantes cosas.

A finales de enero, Tropa-de-Asalto cayó en cama con casi cuarenta grados de fiebre. Por esta razón tuve que anular una cita con Naoko. Había conseguido, con gran esfuerzo, dos invitaciones para un concierto y le propuse a Naoko que me acompañara. A ella le hacía mucha ilusión porque la orquesta interpretaba la *Cuarta*

sinfonía de Brahms, su preferida. Pero Tropa-de-Asalto estaba retorciéndose de dolor en la cama, con aire de ir a morir de un momento a otro, y no era cuestión de dejarlo en ese estado. No encontré ningún alma caritativa dispuesta a cuidarlo en mi ausencia. Total, que fui a comprar hielo, le hice una compresa apilando varias bolsas de plástico llenas, le enjuagué el sudor con una toalla fría, le tomé la temperatura cada hora e incluso le cambié la camisa. La fiebre no bajó durante todo el día. Pero, a la mañana siguiente, se levantó de repente y empezó a hacer gimnasia como si nada hubiera sucedido. El termómetro marcaba treinta y seis grados y dos décimas. Era imposible creer que fuera un ser humano.

—¡Qué extraño! Jamás había tenido fiebre —me dijo como si fuese culpa mía.

—Pues ahora la has tenido —repliqué enfadado. Y le mostré las entradas desperdiciadas por culpa de su calentura.

—¡Menos mal que eran invitaciones!

Tuve el impulso de agarrar la radio y tirarla por la ventana, pero empezó a dolerme la cabeza, me metí en la cama y me dormí.

En febrero nevó en varias ocasiones.

A finales de mes tuve una pelea estúpida con uno de los alumnos mayores que vivía en la misma planta que yo. Le aticé y se golpeó la cabeza contra el muro de cemento. Por suerte, no fue grave y, además, Nagasawa intercedió por mí. De todas formas, el director de la residencia me llamó a su despacho y me soltó una reprimenda. A partir de entonces, jamás volví a sentirme a gusto en la residencia.

Así terminó el curso escolar y llegó la primavera. Suspendí algunas asignaturas. Mis notas fueron mediocres. Muchas C y D, alguna B. Naoko pasó a segundo sin suspender ninguna asignatura. Habíamos completado el ciclo de las cuatro estaciones.

A mediados de abril Naoko cumplió veinte años. Puesto que yo había nacido en noviembre, ella era siete meses mayor. No acababa de hacerme a la idea de que ella cumpliera veinte años. Me daba la impresión de que lo normal sería que, tanto ella como yo, viviéramos eternamente entre los dieciocho y diecinueve años. Después de los dieciocho, cumplir diecinueve; después de los diecinueve, cumplir otra vez dieciocho. Eso sí tendría sentido. Pero ella había cumplido veinte años. Y yo en otoño también los cumpliría. Sólo un muerto podía quedarse en los diecisiete años para siempre.

El día de su cumpleaños llovió. Después de las clases compré un pastel, subí al tren y me dirigí a su casa. «Hoy cumples veinte años y hay que celebrarlo», le dije. A mí me hubiera gustado que ella hiciera lo mismo. Debe de ser muy triste celebrar que cumples veinte años solo. El tren estaba lleno y traqueteaba, de modo que cuando llegué a su casa el pastel parecía las ruinas del Coliseo romano. Con todo, tras poner las veinte velitas que tenía preparadas, encenderlas, correr las cortinas y apagar la luz,

aquello pareció un cumpleaños. Naoko abrió una botella de vino. Bebimos, comimos pastel, tomamos una cena sencilla.

—No sé por qué pero me parece estúpido cumplir veinte años —dijo Naoko—. No estoy preparada. Me siento rarísima. Parece que alguien está empujándome por detrás.

—Yo aún tengo siete meses para ir haciéndome a la idea. —Me reí.

—¡Qué suerte! Todavía tienes diecinueve años. —Naoko sintió envidia.

Durante la comida le conté que Tropa-de-Asalto se había comprado un jersey nuevo. Antes sólo tenía uno (el azul marino del uniforme del instituto). El nuevo era rojo y negro, muy bonito, con un motivo de ciervos. El jersey era precioso, pero cuando Tropa-de-Asalto lo llevaba puesto, despertaba la hilaridad general. Él no podía entender de qué se reían.

—Wat-watanabe, ¿qué te-tengo de ra-raro? —me preguntó sentándose a mi lado en el comedor—. ¿Llevo algo pegado en la cara?

—Ni llevas nada pegado, ni pasa nada raro. —Intenté mantener la compostura—. Por cierto, bonito jersey.

—Gracias. —Sonrió muy contento.

A Naoko le divirtió esta historia.

—Quiero conocerlo. Aunque sea una vez.

—No puede ser. Seguro que te partirías de risa —dije.

—¿Tú crees?

—Apostaría por ello. Incluso a mí, que vivo con él todos los días, a veces me cuesta aguantarme.

Después de comer, recogimos los platos de la mesa y nos sentamos en el suelo para escuchar música mientras bebíamos el resto del vino. En el tiempo de tomarme una copa, ella se bebió dos.

Aquel día Naoko habló mucho, algo poco frecuente en ella. Me habló de su infancia, de su escuela, de su familia. Cada relato era largo y detallado como una miniatura. Escuchándola, me quedé admirado de su portentosa memoria. De pronto, empezó a llamarme la atención algo en su manera de hablar. Algo extraño, poco natural, forzado. Cada uno de los episodios era, en sí mismo, creíble y lógico, pero me sorprendió la manera de ligarlos. En un momento determinado, la historia A derivaba hacia la historia B, que ya estaba contenida en la historia A; poco después, pasaba de la historia B a la historia C, implícita en la anterior, y así de manera indefinida. Sin un final previsible. Al principio asentía, pero pronto dejé de hacerlo. Puse un disco y, cuando éste acabó, levanté la aguja y pinché otro. Cuando los hube escuchado todos, volví a empezar por el primero. Naoko sólo tenía seis discos, el primero del ciclo era *Sargeant Pepper's Lonely Hearts Club Band*, y el último, *Waltz for Debbie*, de Bill Evans. Al otro lado de la ventana seguía lloviendo. El tiempo

discurría despacio, y Naoko continuaba hablando sola. Aquella extraña forma de contar las cosas se debía a que al hablar sorteaba ciertos puntos. Uno, por supuesto, era Kizuki, pero no era el único. Relataba con extrema minuciosidad algo intrascendente al tiempo que eludía otros temas. No obstante, por primera vez la veía charlar con entusiasmo. Dejé que se expresara.

Cuando dieron las once empecé a sentirme intranquilo. Naoko llevaba ya más de cuatro horas hablando sin parar. Además, me preocupaban el último tren y la hora de cierre de la residencia. Esperé el momento adecuado para interrumpirla:

—Tendría que irme ya. Voy a perder el último tren. —Consulté el reloj.

Al parecer, mis palabras no llegaron a sus oídos. O, si llegaron, no las entendió. Enmudeció unos instantes y luego siguió hablando. Me conformé, volví a sentarme y bebí el vino que quedaba en la segunda botella. Así las cosas, lo mejor sería dejarla hablar cuanto quisiera. Y decidí olvidarme del último tren, de la hora de cierre del portal y de todo lo demás.

Pero Naoko no siguió hablando mucho tiempo. Antes de que me hubiera dado cuenta, se detuvo. La última sílaba quedó suspendida en el aire, como desgajada. Para ser precisos, no dejó de hablar. Sus palabras se habían esfumado de repente. Intentó continuar, pero ya no quedaba nada. Algo se había perdido. O quizás era yo quien lo había echado a perder. Tal vez mis palabras habían llegado finalmente a sus oídos, al fin las había comprendido y había perdido las ganas de seguir charlando. Me clavó una mirada perdida con la boca entreabierta. Parecía una máquina que hubiese dejado de funcionar al desenchufarla. Sus ojos estaban cubiertos por un velo opaco.

—Me sabe mal haberte interrumpido —le dije—, pero es tarde y...

Las lágrimas afloraron a sus ojos, resbalaron por sus mejillas, cayeron en grandes goterones sobre la funda del disco. En cuanto vertió la primera lágrima, el llanto fue imparable. Lloraba encorvada hacia delante, con las manos apoyadas en el suelo, como si estuviera vomitando. Era la primera vez que veía a alguien sollozar con tanta desesperación. Alargué la mano, la posé en su hombro. Éste se agitaba sacudido por pequeñas convulsiones. En un gesto casi reflejo, la atraje hacia mí. Continuó llorando en silencio, temblando entre mis brazos. Se me humedeció la camisa, que quedó empapada de sus lágrimas y de su aliento cálido. Los diez dedos de Naoko recorrían mi espalda como si buscaran algo. Mientras sostenía su cuerpo con la mano izquierda, le acariciaba el pelo liso y suave con la derecha. Me mantuve en esta posición mucho rato esperando a que su llanto cesara. Pero ella no dejó de llorar.

Aquella noche me acosté con Naoko. No sé si fue lo correcto. Ni siquiera hoy, veinte años después, podría decirlo. Tal vez jamás lo sepa. Pero entonces era lo único que podía hacer. Ella estaba en un terrible estado de nerviosismo y confusión; deseaba que yo la tranquilizase. Apagué la luz de la habitación, la desnudé despacio,

con ternura; luego me quité la ropa. La abracé. Aquella noche de lluvia tibia no sentimos el frío. En la oscuridad, exploramos nuestros cuerpos sin palabras. La besé, envolví con suavidad sus senos con mis manos. Naoko asió mi pene erecto. Su vagina, húmeda y cálida, me esperaba. Sin embargo, cuando la penetré sintió mucho dolor. Le pregunté si era la primera vez, y ella asintió. Me quedé desconcertado. Creía que ella y Kizuki se acostaban. Introduje el pene hasta lo más hondo, lo dejé inmóvil y la abracé durante mucho tiempo. Cuando vi que se tranquilizaba, empecé a moverlo despacio y, mucho después, eyaculé. Al rato, Naoko me abrazó muy fuerte y gritó. Era el orgasmo más triste que había oído nunca.

Cuando todo hubo terminado, le pregunté por qué no se había acostado con Kizuki. No debí preguntarlo. Naoko apartó los brazos de mi cuerpo y volvió a llorar en silencio. Saqué el futón del armario empotrado y la acosté. Luego me fumé un cigarrillo mientras contemplaba la lluvia de abril que caía al otro lado de la ventana.

A la mañana siguiente había escampado. Naoko dormía dándome la espalda. O quizá no había dormido en toda la noche. Despierta o dormida, sus labios habían perdido todas las palabras, su cuerpo estaba tan rígido que parecía congelado. Le dirigí varias veces la palabra, pero no obtuve respuesta. No se movió siquiera. Me quedé mucho tiempo con la vista clavada en su hombro desnudo; al final, desistí y me incorporé en la cama.

En el suelo quedaban los restos de la noche anterior: fundas de disco, copas, botellas de vino, un cenicero. Sobre la mesa, medio pastel de cumpleaños hecho migas. Como si el tiempo se hubiese detenido de repente. Recogí las cosas esparcidas por el suelo y bebí dos vasos de agua del grifo.

Encima del pupitre yacía un diccionario y una tabla de verbos franceses. De la pared de encima del pupitre colgaba un calendario. Sólo cifras, sin fotografías ni dibujo alguno. El calendario estaba immaculado. Ni una nota, nada.

Recogí mi ropa del suelo y me vestí. La pechera de la camisa todavía estaba húmeda y fría. Acerqué el rostro; olía a Naoko. En el bloc de encima del pupitre escribí: «Cuando te tranquilices, me gustaría hablar contigo con calma. Llámame pronto. Feliz cumpleaños». Contemplé una vez más el hombro de Naoko, salí de la habitación y cerré la puerta con cuidado.

Una semana después aún no me había llamado. En casa de Naoko no se podía dejar ningún recado en el contestador, así que el domingo por la mañana me acerqué a Kokubunji. Ella no estaba y la placa con su nombre había sido arrancada de la puerta. Las ventanas y contraventanas estaban cerradas. Al preguntar por ella al portero, me dijo que se había mudado tres días antes. Y que no sabía adónde.

Volví a la residencia y le escribí una larga carta a su casa de Kôbe. Pensé que, estuviera dónde estuviese, sus padres se la remitirían.

Le expresé mis sentimientos.

«Hay muchas cosas que no entiendo todavía, pero estoy tratando de comprenderlas. Necesito tiempo. No tengo la más remota idea de dónde estaré llegado ese momento. Por eso no puedo decirte palabras bonitas prometiéndote o pidiéndote nada. Todavía nos conocemos poco. Pero, si me das tiempo, haré lo imposible para que podamos conocernos mejor. Quiero volver a verte y hablar contigo. Cuando perdí a Kizuki, perdí a la única persona con quien podía sincerarme. Supongo que a ti te sucedió lo mismo. Es probable que tú y yo nos necesitemos más el uno al otro de lo que suponíamos. Y que, debido a esto, nuestra relación haya dado un rodeo, que, en cierto sentido, se haya torcido. Quizá no tendría que haber hecho lo que hice. Pero no podía actuar de otro modo. Y la intimidad y el cariño que sentí hacia ti en aquel momento no los había experimentado nunca antes. Quiero una respuesta. La necesito.»

Esto decía mi carta. No obtuve respuesta.

Algo se hundió en mi interior y, sin nada que pudiera rellenar ese vacío, quedó un gran hueco en mi corazón. Mi cuerpo mostraba una ligereza anormal y una resonancia hueca. Empecé a ir a la universidad con mayor frecuencia. Las clases eran aburridas y apenas hablaba con mis compañeros, pero no tenía otra cosa que hacer. Me sentaba solo en un extremo de la primera fila y atendía a las lecciones, no cruzaba palabra con nadie, comía solo. Dejé de fumar.

A finales de mayo la universidad declaró una huelga. La llamaban «desarticulación de la universidad». Yo pensaba: «Ya ves. Desarticuladla si es eso lo que queréis. Desmontadla a piezas, aplastadla bajo vuestros pies, reducidla a polvo. No me importa lo más mínimo. Me quedará más fresco que una rosa. Es más. Si es preciso, os echaré una mano. ¡Adelante!».

Dado que la universidad permanecía cerrada y las clases habían sido suspendidas, empecé un trabajo de media jornada en una empresa de transportes. Me sentaba en el camión en el asiento del copiloto y cargaba y descargaba trastos. El trabajo era más duro de lo que esperaba. Al principio me dolían todos los huesos y a duras penas podía levantarme por las mañanas. Pero me pagaban bien y, mientras estaba ocupado y me mantenía activo, olvidaba el vacío que sentía en mi interior. Trabajaba durante el día en la empresa de transportes y, tres noches por semana, en la tienda de discos. Las noches que libraba, leía en mi habitación y bebía whisky. Tropa-de-Asalto no probaba el alcohol y no soportaba su olor. Cuando me vio tumbado en la cama

bebiendo whisky, se quejó diciendo que con aquella peste no podía estudiar. Que bebiera fuera.

—Vete tú —le espeté.

—Pe-pero en el dor-dormitorio no se puede tomar alcohol. Son las nor-normas.

—Vete tú —le repetí.

No insistió. Me había puesto de malhumor, así que subí a la azotea y me tomé allí mi vaso de whisky.

En junio volví a escribirle una larga carta a Naoko, que le envié a Kôbe. El contenido era similar al de la primera. Añadí que era muy duro estar esperando su respuesta y que sólo quería saber si la había herido. Al echarla al buzón, sentí cómo el hueco que había en mi corazón se agrandaba un poco más.

En junio salí un par de veces con Nagasawa y me acosté con otras chicas. Fue muy sencillo en ambas ocasiones. Una de las dos chicas, ya en la cama del hotel, cuando me disponía a desnudarla, ofreció una resistencia salvaje, pero cuando, harto del asunto, me puse a leer un libro en la cama, pegó inmediatamente su cuerpo contra el mío. La otra chica, después de hacer el amor, quiso saberlo todo sobre mí. Con cuántas mujeres me había acostado en mi vida, de dónde era, a qué universidad iba, qué tipo de música me gustaba, si había leído alguna novela de Osamu Dazai, a qué país del extranjero preferiría viajar, si sus senos me parecían más grandes que los de las demás chicas... Me hizo toda clase de preguntas. Le respondí como pude y me dormí. Al despertarme, me dijo que quería desayunar conmigo. Entramos en una cafetería y tomamos el menú: unos huevos malos, unas tostadas infames y un café peor todavía. Durante el desayuno ella siguió interrogándome. En qué trabajaba mi padre, si había sacado buenas notas en el instituto, en qué mes había nacido, si había comido ranas alguna vez, etcétera. Empezó a dolerme la cabeza, así que, después del desayuno, le dije que tenía que irme a trabajar.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó con semblante triste.

—Seguro que nos encontramos por ahí cualquier día —le respondí, y me fui.

«¿Qué coño estás haciendo?», me dije asqueado al quedarme solo. No tendría que actuar de ese modo. Pero no podía evitarlo. Mi cuerpo tenía un hambre y una sed terribles y necesitaba acostarme con chicas. Cuando estaba con ellas pensaba todo el tiempo en Naoko. En la blancura de su cuerpo emergiendo en la oscuridad, en sus suspiros, en el ruido de la lluvia. Y cuanto más pensaba en ella, más hambriento, más sediento me sentía. En la azotea, bebiendo whisky, pensaba: «¿Adónde quieres llegar?».

A principios de julio recibí una carta de Naoko. Era una misiva breve.

«Perdona que haya tardado tanto tiempo en responderte. Intenta comprenderme. Me ha resultado muy difícil. He escrito y reescrito esta carta cientos de veces, pero

me cuesta mucho. Empiezo por las conclusiones. Por ahora he dejado mis estudios. Aunque diga “por ahora” es probable que no vuelva nunca más a la universidad. De hecho, la licencia por interrupción de estudios no ha sido más que un trámite. Quizá creas que ha sido una decisión precipitada, pero llevaba mucho tiempo pensando en hacerlo. Intenté hablarte varias veces de ello, pero me sentía incapaz de abordar el tema. Me daba miedo pronunciar estas palabras.

»No te preocupes por nada. Así han ido las cosas. No quiero hacerte daño. Si es así, lo siento. Lo único que trato de decirte es que no soporto la idea de que, por culpa mía, te reproches nada. Yo soy la única responsable. Durante todo este año lo he ido posponiendo, y esto te ha creado a ti muchas molestias. Tal vez hasta hoy.

»Abandoné mi apartamento en Kokubunji y volví a mi casa de Kôbe. Durante un tiempo he estado acudiendo al hospital. El médico dice que en las montañas de Kioto hay un sanatorio que me conviene, y estoy pensando en ingresar allí. No es un hospital en el sentido estricto de la palabra. Es una especie de institución muy abierta. Ya te lo contaré con más detalle en otra ocasión. Todavía no puedo escribir bien. Ahora lo que necesito es calmar mis nervios en un lugar tranquilo, alejado del mundo.

»A mi manera, te agradezco que hayas estado a mi lado durante este último año. Créeme. No eres tú quien me has herido. He sido yo misma. Esto lo tengo muy claro.

»Aún no estoy preparada para verte. No es que no quiera, es que no me veo con ánimos. Cuando lo esté, te escribiré enseguida. Y entonces quizá podríamos conocernos mejor. Como tú dices, tendríamos que saber más el uno del otro.

»Adiós.»

Leí la carta más de cien veces. Y siempre que lo hacía me invadía una tristeza insondable. La misma que sentía cuando Naoko me miraba fijamente a los ojos. Era incapaz de soportar aquel desconsuelo, pero no podía encerrarlo en ninguna parte. No tenía contornos, ni peso, igual que un fuerte viento soplando a mi alrededor. Ni siquiera podía investirme de él. La escena discurría despacio ante mis ojos. Pero las palabras que se pronunciaban no llegaban a mis oídos.

Los sábados por la noche seguía sentándome en la silla del vestíbulo y dejaba pasar el tiempo. Nadie iba a llamarme, pero tampoco tenía otra cosa que hacer. Siempre fingía que estaba viendo en la televisión la retransmisión del partido de béisbol. El espacio inconmensurable que se abría entre el televisor y yo se dividía en dos; luego este espacio volvía a partirse por la mitad. El proceso se repetía una y otra vez, hasta que al final era tan pequeño que cabía en la palma de mi mano.

A las diez apagaba el televisor, regresaba a mi habitación y me dormía.

A finales de mes Tropa-de-Asalto me regaló una luciérnaga. La había metido en un bote de café instantáneo. Dentro había unas briznas de hierba y un poco de agua; en la tapa se abrían unos pequeños agujeros para la ventilación. A la luz del día, parecía un vulgar insecto como los que se ven en las orillas de las charcas, pero Tropa-de-Asalto me aseguró que era una luciérnaga. «Sé mucho de luciérnagas», me dijo. Y yo no tenía razones ni pruebas para negarlo. Así que quedó en que se trataba de una luciérnaga. El bicho tenía una cara más bien somnolienta. Intentaba trepar por las resbaladizas paredes de cristal cayendo invariablemente al fondo.

—Estaba en el jardín.

—¿En éste? —le pregunté sorprendido.

—Sí. En el ho-hotel que hay aquí cerca, en ve-verano sueltan luciérnagas en el jardín para los clientes. Y ésta ha venido a parar aquí —explicó mientras introducía algo de ropa y unos cuadernos en su bolsa de viaje color negro.

Hacía ya varias semanas que habían empezado las vacaciones de verano y en la residencia sólo quedábamos él y yo. A mí no me apetecía volver a Kôbe y seguí trabajando; él había hecho unas prácticas. Pero ahora que éstas habían terminado, se disponía a volver a su casa. A Yamanashi.

—Se la pue-puedes regalar a una chica. Se-seguro que le gustará —me dijo.

—Gracias.

Al caer la noche, la residencia estaba tan silenciosa que hacía pensar en unas ruinas. La bandera había sido arriada de su mástil, las ventanas del comedor estaban iluminadas. Al quedar pocos estudiantes, encendían la mitad de las luces. El ala derecha permanecía a oscuras. Con todo, un ligero olor a comida subía desde el comedor. Un olor a estofado.

Tomé el bote con la luciérnaga y fui a la azotea. Estaba desierta. Una camisa blanca tendida en una cuerda, que alguien había olvidado recoger, se mecía con la brisa nocturna como si fuera la piel de un animal. Trepé por la escalera metálica hasta lo alto de la torre del agua. El tanque cilíndrico aún estaba caliente tras haber absorbido durante todo el día el calor de los rayos del sol. Me senté en aquel espacio reducido y me apoyé en la barandilla. Una luna blanca casi llena flotaba en el cielo. A mi derecha se veían las luces de Shinjuku; a mi izquierda, las de Ikebukuro. Los faros de los coches formaban un río de luz que discurría entre las calles. Un zumbido sordo, mezcla de varios sonidos, flotaba en una nube sobre la ciudad.

Dentro del bote, la luciérnaga brillaba con luz mortecina. La luz era demasiado débil; el tono, demasiado pálido. Hacía mucho tiempo que no había visto una luciérnaga, pero creía recordar que éstas despedían una luz mucho más nítida y brillante en la oscuridad de las noches de verano. Tenía grabada en mi memoria la imagen de un bicho que desprendía una luz llameante.

Quizás aquélla estuviese débil, medio muerta. Agarré el bote y lo sacudí con

cuidado varias veces. La luciérnaga se golpeó contra la pared de cristal y levantó el vuelo. Pero su luz continuó siendo tan mortecina como antes.

Intenté recordar cuándo había visto una luciérnaga por última vez. ¿Dónde había sido? Logré recordar la escena. Pero no el lugar ni el momento. En la oscuridad de la noche se oía el ruido del agua. Había una esclusa de ladrillo, de modelo antiguo, que se abría y cerraba al girar una manivela. El río no era una corriente tan pequeña como para que las hierbas de la orilla pudieran ocultar casi por completo la superficie del agua. Los alrededores estaban sumidos en la penumbra. Una oscuridad tan profunda que, tras apagar la linterna de bolsillo, no me veía los pies siquiera. Y sobre el estanque de la esclusa volaban cientos de luciérnagas. Los destellos de luz se reflejaban en la superficie del agua como chispas ardientes. Cerré los ojos y me sumergí un momento en el recuerdo. Oía el viento con una claridad meridiana. Aunque no soplaba con fuerza, en mi cuerpo dejaba a su paso un rastro extrañamente brillante. Abrí los ojos y comprobé que esa noche de verano era, si cabe, más oscura.

Destapé el bote, saqué la luciérnaga y la deposité en un reborde que sobresalía unos tres centímetros del depósito. La luciérnaga se sostenía a duras penas en su nuevo hábitat. Dio una vuelta alrededor del perno tambaleándose y se subió a unos desconchones de la pintura que parecían costras. De pronto avanzó hacia la derecha, se dio cuenta de que aquello era un callejón sin salida y viró de nuevo hacia la izquierda. Después se encaramó muy despacio a la cabeza del perno y se acurrucó. Permaneció inmóvil, como si hubiese exhalado el último suspiro.

Yo la observaba apoyado en la barandilla. Durante mucho rato, ni la luciérnaga ni yo hicimos el menor movimiento. El viento soplaba a nuestro alrededor. Las incontables hojas del olmo susurraban en la oscuridad.

Esperé una eternidad.

Fue mucho después cuando la luciérnaga levantó el vuelo. Desplegó las alas como si se le hubiese ocurrido de repente. Un instante más tarde, cruzaba la barandilla y se sumergía en la envolvente oscuridad. Describió, ágil, un arco en torno al depósito, tal vez intentando recuperar el tiempo perdido. Y tras permanecer unos segundos inmóvil observando cómo la línea de luz se extendía en el viento, voló hacia el sur.

Aún después de que la luciérnaga hubiera desaparecido, el rastro de su luz permaneció largo tiempo en mi interior. Aquella pequeña llama, semejante a un alma que hubiese perdido su destino, siguió errando eternamente en la oscuridad de mis ojos cerrados. Alargué la mano repetidas veces hacia esa oscuridad. Pero no pude tocarla. La tenue luz quedaba más allá de las yemas de mis dedos.

Durante las vacaciones de verano, la universidad pidió la intervención de las fuerzas antidisturbios, que desmontaron las barricadas y arrestaron a todos los estudiantes parapetados tras ellas. No era nada nuevo. En aquella época sucedía lo mismo en todas las universidades. Después de todo, la universidad no fue desalojada. Había demasiado capital invertido en ella para que una revuelta de estudiantes pudiera desmantelarla así como así. Además, ni siquiera los mismos estudiantes que habían levantado las barricadas pretendían desalojarla seriamente. Sólo pretendían cambiar el organigrama de la universidad, y a mí me traía sin cuidado en qué manos estaba el poder. Así que no me conmoví cuando aplastaron la huelga.

Cuando en septiembre volví a la universidad, esperaba encontrármela casi en ruinas. Pero estaba intacta. No habían saqueado los libros de la biblioteca, ni habían desvalijado los despachos de los profesores ni habían incendiado el edificio que alojaba la asociación de alumnos. Me quedé estupefacto. «¿Entonces qué han estado haciendo esos tíos?», pensé.

Al volver a la normalidad, bajo la tutela de las fuerzas antidisturbios, los primeros en asistir a clase fueron los líderes de la huelga. Entraban en el aula, tomaban apuntes, respondían cuando los profesores pasaban lista como si nada hubiese sucedido. Era inconcebible, porque la huelga seguía en pie y nadie la había desconvocado. Lo único que había ocurrido era que la universidad había solicitado la presencia de las fuerzas antidisturbios y éstas habían desmontado las barricadas. Pero, en teoría, la huelga seguía activa. Aquellos tipos, al declarar el inicio de la huelga, habían aullado y se habían pavoneado tanto como habían querido, habían insultado a los estudiantes que se oponían (o a los que manifestaban sus dudas), linchándolos casi. Me dirigí hacia ellos y les pregunté por qué asistían a clase en vez de hacer huelga. No supieron responderme. ¿Qué podían decir? Temían perder los créditos por falta de asistencia. Me costó creerlo. Era patético que aquellos tipos hubieran proclamado que desalojaran la universidad. Los muy miserables aullaban o susurraban según de qué lado soplaban el viento.

«¡Eh, Kizuki! ¡Ya ves qué mierda de mundo!», me dije. Los tipejos de esta calaña sacarán buenas notas, empezarán a trabajar e irán construyendo, ladrillo a ladrillo, una sociedad vil y mezquina.

Durante un tiempo opté por ir a clase y no responder cuando pasaban lista. Sabía muy bien que esto me haría un flaco favor pero, de no haber hecho siquiera este

gesto, me hubiera sentido mal. Sin embargo, acabé aislándome todavía más del resto de los estudiantes. Cuando decían mi nombre y yo permanecía en silencio, en el aula flotaba un aire de incomodidad. Nadie me dirigía la palabra y yo no dirigía la palabra a nadie.

Durante la segunda semana de septiembre llegué a la conclusión de que la educación universitaria no tenía ningún sentido. Y decidí tomármelo como un periodo de aprendizaje del tedio. No había nada que me apeteciera hacer o que me instara a dejar los estudios y enfrentarme al mundo. Así que cada día acudía a la universidad, asistía a las clases, tomaba apuntes y, en mi tiempo libre, iba a la biblioteca y leía un libro o consultaba algo.

Esa segunda semana de septiembre Tropa-de-Asalto aún no había vuelto. El hecho, más que extraño, era uno de esos acontecimientos que conmocionan al mundo. En su universidad ya habían empezado las clases y era impensable que él se las saltara. Sobre su pupitre y su radio se había depositado una fina capa de polvo. En la estantería, el vaso de plástico y el cepillo de dientes, una lata de té y un spray insecticida permanecían perfectamente alineados.

Durante la ausencia de Tropa-de-Asalto, yo era quien limpiaba la habitación. A lo largo de un año y medio, me había acostumbrado a tenerla aseada y, si él no estaba, tenía que ser yo quien la mantuviera limpia. Cada mañana fregaba el suelo. Cada tres días limpiaba los cristales y, una vez por semana, aireaba el futón. Esperaba que él volviera alabándome: «Eh, Wat-watanabe, ¿qué ha pa-pasado? ¡Está to-todo limpísimo!».

Pero no regresó. Un día, al volver de la universidad, vi que todas sus cosas habían desaparecido. Habían arrancado de la puerta la placa con su nombre; sólo quedaba la mía. Me dirigí a dirección y le pregunté al director de la residencia qué había ocurrido.

—Se ha ido —me dijo—. Por ahora estarás tú solo en la habitación.

El director no me dio ninguna explicación. Lo teníamos por uno de esos manipuladores cuyo máximo placer reside en controlarlo todo dejando a los demás en la inopia.

El póster del iceberg permaneció durante un tiempo pegado en la pared, pero acabé sustituyéndolo por uno de Jim Morrison y otro de Miles Davis. De este modo, la habitación me pareció más mía. Me compré un equipo de música sencillo con los ahorros del trabajo de media jornada. Y así, por la noche, pude escuchar música mientras me tomaba una copa. De vez en cuando me acordaba de Tropa-de-Asalto, pero vivir solo no estaba nada mal.

La clase de Historia del Teatro II del lunes, sobre Eurípides, terminó a las once y media. Después de clase me dirigí a pie a un pequeño restaurante que había a unos

diez minutos de la universidad y pedí una tortilla y una ensalada. El restaurante estaba apartado de las calles transitadas y era un poco más caro que el comedor de estudiantes, pero se trataba de un lugar tranquilo donde podía relajarme y, de paso, comer una buena tortilla. Lo llevaban un matrimonio poco hablador y una chica que trabajaba a media jornada. Yo estaba comiendo sentado junto a la ventana cuando entraron cuatro estudiantes: dos chicos y dos chicas vestidos de punta en blanco. Se sentaron a una mesa cerca de la puerta, examinaron la carta, discutieron varias opciones, uno de ellos resumió el pedido y se lo comunicó a la camarera de media jornada.

En cierto momento, me di cuenta de que una de las chicas me miraba con disimulo. Llevaba el pelo muy corto, unas gafas de sol oscuras y un ceñido vestido blanco de algodón. Su cara no me sonaba, así que seguí comiendo sin darle importancia, pero ella se levantó y se acercó a mí. Apoyó una mano en el extremo de la mesa y dijo mi nombre.

—¿Eres Watanabe?

Levanté la cabeza y me quedé mirándola. No recordaba haberla visto jamás. Era una chica muy llamativa y, de habérmela encontrado en alguna parte, la hubiera reconocido de inmediato. Por otra parte, no podía haber mucha gente en la universidad que supiera cómo me llamaba.

—¿Puedo sentarme un momento? ¿O esperas a alguien?

Todavía sin terminar de entender, le dije que no con la cabeza.

—No, a nadie. Siéntate.

Arrastró una silla, se sentó frente a mí, me clavó los ojos a través de las gafas de sol y después echó un vistazo a mi plato.

—Tiene buena pinta.

—Es una tortilla de champiñones con ensalada de guisantes.

—¡Oh! —dijo ella—. La próxima vez comeré eso. Hoy ya he pedido otra cosa.

—¿Qué has pedido?

—Macarrones gratinados.

—Los macarrones tampoco están mal —comenté—. Por cierto, ¿de qué nos conocemos? No logro acordarme.

—Eurípides —dijo ella de manera lacónica—. Electra. «Los dioses no prestan oído a tu infortunio...» Ya sabes, la clase de hace un rato.

La miré de arriba abajo. Ella se quitó las gafas de sol. Entonces la reconocí. Era una estudiante de primero que había visto varias veces en Historia del Teatro II. El cambio de peinado era tan radical que al principio no la reconocí.

—¡Vaya! Antes de las vacaciones llevabas el pelo hasta aquí. —Señalé unos diez centímetros por debajo de los hombros.

—En verano me hice la permanente. ¡Fue horroroso! ¡Me sentaba fatal! Pensé en

suicidarme. ¡Era horrible! Parecía un ahogado con un montón de algas enrolladas alrededor de la cabeza. Total, ya que pensaba morirme, en mi desesperación decidí raparme. Así estoy más fresca. —Se pasó la mano por su nuevo corte de pelo y después me sonrió.

—Te favorece —le dije mientras comía el resto de la tortilla—. A ver, mira hacia ese lado.

Ella se puso de perfil y permaneció inmóvil unos cinco segundos.

—Sí. Te sienta muy bien. Tienes la forma de la cabeza bonita. Y las orejas también.

—A mí también me lo parece, la verdad. Me dije: «¡Venga, rápate! No te sentará tan mal». Pero a los chicos no les gusta. Dicen que parezco un alumno de primaria, que es como si me hubiesen metido en un campo de concentración... y esas estupideces. ¿Por qué a los hombres os gustan tanto las mujeres con melena? ¡Sois unos fascistas! ¿Por qué pensáis que las chicas con el pelo largo son elegantes, dulces y femeninas? Yo conozco a unas doscientas cincuenta mujeres con el pelo largo que son de lo más vulgar.

—A mí me gustas más así —le dije.

No mentía. Por lo que recordaba, con el pelo largo era una chica muy normalita. En cambio, la que estaba sentada frente a mí destilaba vida y frescura por cada uno de sus poros, como si fuera un animalito que acabara de irrumpir en el mundo para recibir la primavera. Sus pupilas se movían como si tuvieran vida propia, riendo, enfadándose, asombrándose, conformándose. Hacía mucho tiempo que no veía un rostro tan expresivo, y me quedé unos instantes mirándola impresionado.

—¿De veras? —preguntó.

Asentí mientras comía la ensalada. Ella volvió a ponerse las gafas oscuras y me miró a través de ellas.

—¿Me estás mintiendo?

—Intento ser siempre lo más sincero posible —afirmé.

—¡Vaya!

—¿Por qué llevas gafas oscuras?

—Al verme de repente con el pelo tan corto, me sentí indefensa. Como si me hubieran arrojado desnuda entre la multitud. No logro sentirme cómoda. Por eso me pongo las gafas de sol.

—Entiendo. —Terminé la tortilla. Ella miraba con profundo interés cómo comía—. ¿No tendrías que volver con ellos? —Señalé a sus tres acompañantes.

—¡Qué más da! Ya iré cuando traigan la comida. No importa. Pero quizá te estorbo mientras comes.

—Para nada. Si ya he terminado...

Como no hizo ademán de volver a su mesa, pedí una taza de café de postre. La

dueña me retiró el plato y, en su lugar, me trajo el azúcar y la leche.

—¿Por qué no has respondido hoy cuando han pasado lista? Te llamas Watanabe, ¿no? Tôru Watanabe.

—Sí.

—¿Y por qué no has respondido?

—Hoy no me apetecía responder.

Ella volvió a quitarse las gafas, las dejó sobre la mesa y me clavó la mirada con ojos de estar observando a un animal enjaulado.

—«Hoy no me apetecía responder» —repitió—. ¡Vaya! Pero si hablas como Humphrey Bogart... Impasible, duro...

—¡Qué dices! Yo soy un chico de lo más normal. De los que te encuentras por todas partes.

La dueña dejó la taza de café sobre la mesa. Tomé un sorbo sin leche ni azúcar.

—¡Lo ves! No te pones leche ni azúcar.

—No me gustan las cosas dulces —le expliqué cargándome de paciencia—. ¿Me estás confundiendo con alguien?

—¿Por qué estás tan bronceado?

—Porque me he pasado dos semanas andando de aquí para allá. Con la mochila y el saco de dormir a la espalda. Por eso estoy tan bronceado.

—¿Y adónde has ido?

—He recorrido la región que va de Kanazawa a la península de Nôtô. He llegado hasta Niigata.

—¿Solo?

—Sí —dije—. A trechos, me ha acompañado gente que he conocido por el camino.

—¿Y has tenido muchos romances? Conoces inesperadamente a una chica y...

—¿Romances? —exclamé sorprendido—. Decididamente, no das una. A ver, un tío que da vueltas por ahí con un saco de dormir a la espalda, sin afeitarse... ¿Dónde y cómo vive un romance?

—¿Y siempre viajas solo?

—Sí.

—¿Te gusta la soledad? —Apoyó la mejilla sobre la palma de su mano—. ¿Te gusta viajar solo, comer solo, sentarte en las clases solo, apartado de la gente?

—A nadie le gusta la soledad. Pero no me interesa hacer amigos a cualquier precio. No estoy dispuesto a desilusionarme —aclaré.

Con una patilla de las gafas metida en la boca, la chica murmuró:

—A nadie le gusta la soledad. Pero detesto que me decepcionen. Si te decides a escribir tu autobiografía, puedes incluir estas líneas.

—Gracias.

—¿Te gusta el color verde?

—¿Por qué?

—Porque llevas un polo verde. Por eso te lo pregunto.

—No especialmente. Me pongo cualquier cosa.

—«No especialmente. Me pongo cualquier cosa» —repitió—. Me encanta cómo hablas. Como si estuvieras estucando la pared. Limpio. Fino. ¿Te lo habían dicho alguna vez?

Le respondí que no.

—Me llamo *Midori*^[7]. Pero el color verde me sienta fatal. Es extraño. ¿No te parece terrible? Es como una maldición. Mi hermana mayor se llama *Momoko*^[8].

—¿Y le favorece el color rosa?

—Muchísimo. Parece que ha nacido para ir vestida con prendas de color rosa. Es una gran injusticia.

Le llevaron el almuerzo a la mesa y un chico con una chaqueta de colorines la llamó:

—¡Eh, Midori! ¡La comida!

Ella se volvió y levantó una mano como diciendo: «¡Ya voy!».

—Watanabe, ¿tomas apuntes en clase? ¿En la de Historia del Teatro II?

—Sí, tomo apuntes —dije.

—Siento pedirte, pero ¿te importaría dejármelos? He faltado dos veces. Y de esa clase no conozco a nadie.

—Claro —dije. Saqué mi cuaderno de la cartera, comprobé que no había escrito nada de más y se lo entregué a Midori.

—Gracias. ¿Vendrás a clase pasado mañana?

—Sí.

—¿Quieres quedar aquí a las doce? Así te devuelvo el cuaderno y te invito a comer. Supongo que no tendrás una indigestión si no comes solo.

—¡No seas tonta! Pero no hace falta que me lo agradezcas. Total, sólo te presto los apuntes...

—No es ninguna molestia. A mí me gusta agradecer las cosas. No hay problema, ¿verdad? ¿No te olvidarás? Aunque no lo apuntes en la agenda...

—No me olvidaré. Nos encontraremos aquí, pasado mañana, a las doce.

Volvió a llegar una voz desde su mesa:

—¡Eh, Midori! ¡Se te está enfriando la comida!

—Watanabe, ¿hace tiempo que hablas de este modo? —me preguntó Midori ignorando la voz.

—Creo que sí. Aunque nunca había tenido conciencia de ello —respondí. En realidad, aquélla era la primera vez que me decían que hablaba de una manera extraña.

Ella estuvo rumiando algo durante unos instantes, hasta que al final se levantó esbozando una sonrisa y regresó a su mesa. Cuando pasé por su lado, se volvió hacia mí y levantó la mano. Los otros tres se limitaron a dirigirme una breve mirada.

El miércoles, a las doce, Midori no apareció por el restaurante. Yo pensaba esperarla tomando una cerveza, pero el local empezó a llenarse y no tuve más remedio que encargar la comida y almorzar solo. Terminé a las 12:35. Midori aún no había hecho acto de presencia. Pagué la cuenta y me senté en la escalera de piedra de un pequeño templo que había al otro lado de la calle, donde esperé hasta la una mientras, de paso, se me despejaba la cabeza del alcohol. Fue inútil. Volví, resignado, a la universidad y estuve leyendo un libro en la biblioteca. A las dos fui a clase de alemán.

Después de la clase, me dirigí a la asociación de alumnos, consulté la lista de alumnos matriculados y busqué su nombre en la clase de Historia del Teatro II. Sólo había una Midori: una tal Midori Kobayashi. A continuación, al hojear las fichas de los alumnos, encontré la de Midori Kobayashi entre las de los alumnos ingresados en la universidad en el año 1969. Anoté su dirección y número de teléfono. Vivía en una casa del distrito de Toshima. Entré en una cabina telefónica y marqué su número.

—Librería Kobayashi, dígame —dijo una voz masculina.

«¿Librería Kobayashi?», pensé.

—Perdone, ¿está Midori, por favor? —pregunté.

—Midori ahora no está —respondió mi interlocutor.

—¿Ha ido a la universidad?

—No lo sé. Querrás decir al hospital. ¿Quién llama?

Sin decirle mi nombre, le di las gracias y colgué. ¿Al hospital? ¿Se había hecho daño? ¿Estaba enferma? Sin embargo, en la voz del hombre no se apreciaba la menor tensión ante una urgencia de este tipo. Había dicho: «Querrás decir al hospital». Como si el hospital formara parte de su vida cotidiana. Como quien dice: «Ha ido a la pescadería». Estuve un rato dándole vueltas a la frase, pero acabé hartándome y volví a la residencia, me eché sobre la cama y acabé de leer *Lord Jim*, de Joseph Conrad, que me había prestado Nagasawa. Luego fui a su habitación a devolvérselo.

Nagasawa se disponía a ir a cenar, así que lo acompañé al comedor y comí con él.

Le pregunté cómo le habían ido los exámenes del Ministerio de Asuntos Exteriores. En agosto había tenido lugar la segunda convocatoria de exámenes del nivel superior.

—Lo normal —respondió como si nada—. Tú vas, haces lo mismo de siempre y apruebas. Debates, entrevistas... Es como ligarse a una chica. No hay ninguna diferencia.

—O sea, que han sido fáciles —dije—. ¿Cuándo te darán los resultados?

—A principios de octubre. Si apruebo te invitaré a una buena comida.

—¿Y cómo son esos exámenes? ¿Sólo se presentan personas como tú?

—¡No jodas! La mayoría son unos cretinos. Imbéciles o chalados. De la gente que aspira a burócrata, el noventa y cinco por ciento es basura. No te miento. Tíos que apenas saben leer.

—¿Entonces por qué quieres entrar en el Ministerio de Asuntos Exteriores?

—Por varias razones —comentó Nagasawa—. Por una parte, me apetece trabajar en el extranjero. Sobre todo porque allí podré medir mis fuerzas en el ámbito más amplio posible, es decir, en el Estado. Quiero ver hasta dónde puedo llegar, cuánto poder puedo detentar dentro de ese estúpido y enorme sistema burocrático.

—Suenas como si fuese un juego.

—Exacto. No ambiciono el poder o el dinero. Tal vez sea un egoísta, pero es increíble lo poco que me interesan. En eso parezco un santo. Es más que nada curiosidad. Quiero medir mis fuerzas en el mundo cruel.

—Supongo que no tienes ideales...

—Claro que no. La vida no los necesita. Lo que hace falta son pautas de conducta, no ideales.

—Pero también hay otras formas de vida, ¿no crees? —le pregunté.

—¿No te gustaría tener una vida como la mía?

—Dejémoslo correr. Ni me gusta ni me disgusta. No puedo entrar en la Universidad de Tokio, ni puedo acostarme con quien quiera cuando quiera. Tampoco tengo el don de la palabra. La gente no me trata con respeto. No tengo novia, ni perspectivas de futuro cuando me haya licenciado en literatura por una universidad privada de segunda categoría. ¿Qué puedo decir?

—¿Envidias mi vida?

—No, no la quiero para mí —añadí—. Estoy demasiado acostumbrado a ser yo. Y, a decir verdad, no siento el menor interés por la Universidad de Tokio o por el Ministerio de Asuntos Exteriores. Pero sí te envidio por tener una novia tan maravillosa como Hatsumi.

Nagasawa comió en silencio durante un rato.

—Watanabe —dijo una vez terminó de cenar—, tengo la sensación de que, dentro de diez o veinte años, volveremos a encontrarnos. Intuyo que estaremos conectados de una u otra manera.

—Pareces salido de una novela de Dickens. —Me reí.

—Lo que tú digas. —Soltó una carcajada—. Pero suelo acertar en mis predicciones.

Después de la cena fuimos a un bar que había por allí cerca a tomar unas copas. Estuvimos bebiendo hasta pasadas las nueve.

—Nagasawa, ¿cuáles son tus principios? —pregunté.

—Te vas a reír —dijo.

—No me reiré.

—Ser un caballero.

No me reí, pero estuve a punto de caerme de la silla.

—¿Lo que se entiende por un caballero?

—Sí, un caballero de esos.

—¿Y qué quiere decir ser un caballero? Dame una definición, por favor.

—Un caballero es quien hace, no lo que quiere, sino lo que debe hacer.

—Te aseguro que eres el tío más raro que jamás he conocido —le solté.

—Y tú eres la persona más honesta que jamás he conocido —dijo a su vez. Y pagó las consumiciones de ambos.

El lunes siguiente, Midori Kobayashi siguió sin aparecer por la clase de Historia del Teatro II. Tras comprobar de una ojeada que no estaba en el aula, me senté como siempre en la primera fila y, mientras el profesor llegaba, empecé a escribirle una carta a Naoko. Le hablé de mi viaje durante las vacaciones de verano. Le hablé de los caminos que había recorrido, de los pueblos por dónde había pasado, de la gente que había conocido.

«Por la noche siempre pensaba en ti. Al dejar de verte, he comprendido cuánto te necesito. La universidad es insoportablemente aburrida, pero asisto a todas las clases y estudiar es una disciplina. Desde que tú no estás, todo me parece insignificante, absurdo. Quiero verte alguna vez y hablar contigo. Si fuera posible, me gustaría ir a visitarte al sanatorio y pasar unas horas contigo. Si fuera posible, me gustaría andar a tu lado como antes. Quizá te moleste, pero respóndeme, por favor, aunque sólo sean unas líneas.»

Cuando terminé de escribir la carta, doblé con cuidado las cuatro hojas de papel, las metí en el sobre que tenía preparado y escribí en él la dirección de la casa paterna de Naoko.

Poco después llegó el profesor, un hombre de baja estatura y expresión melancólica. Pasó lista y se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo. El profesor era cojo y se apoyaba en un bastón metálico al andar. Aunque no podía calificarse de divertida, Historia del Teatro II era una asignatura interesante a la que valía la pena asistir. Tras el comentario «Sigue haciendo calor, ¿no creen?», el profesor empezó a hablar de la función del *deus ex machina* en el teatro de Eurípides. Nos explicó la diferencia entre los dioses en las obras de Eurípides y en las de Esquilo y Sófocles. Al cabo de unos diez minutos se abrió la puerta y entró Midori. Vestía una camisa

deportiva azul marino y unos pantalones de algodón color crema, y llevaba gafas oscuras como la vez anterior. Se sentó a mi lado después de dirigir una sonrisa al profesor como diciendo: «Siento llegar tarde». Y sacó un cuaderno de su bolso, que me entregó. En él había escrita una nota: «Perdón por lo del miércoles. ¿Estás enfadado?». A media clase, cuando el profesor estaba dibujando en la pizarra el escenario del teatro griego, volvió a abrirse la puerta y entraron dos estudiantes con casco. Parecían una pareja de *Manzai*^[9]. Uno era alto y pálido de tez; el otro, bajito, con la cara redondeada y la piel morena, y llevaba una barba que no le sentaba bien. El alto llevaba octavillas en los brazos. El bajo se dirigió al profesor, le pidió su consentimiento para dedicar la segunda mitad de la clase al debate político. Dijo que el mundo actual estaba lleno de problemas mucho más graves que la tragedia griega. No fue una petición sino un anuncio. «Yo no creo que el mundo actual esté lleno de problemas mucho más graves que la tragedia griega, pero nada de lo que diga servirá para convenceros, así que haced lo que queráis», claudicó el profesor. Y, agarrándose al borde de la mesa, apoyó los pies en el suelo, tomó el bastón y salió del aula cojeando.

Mientras el chico alto repartía los panfletos, el de la cara redonda se subió a la tarima y nos soltó un discurso. Las octavillas estaban escritas con el estilo simplista característico: «¡Hundamos las elecciones fraudulentas al rectorado! ¡Unamos nuestras fuerzas en una nueva huelga general en la universidad! ¡Demos un golpe decisivo a la conjunción poder industrial + poder académico = imperialismo japonés!». La teoría era magnífica, nada podía reprochársele al contenido, pero el texto carecía de poder de convicción. No inspiraba confianza ni movía los corazones. Otro tanto sucedía con el discurso del chico de la cara redonda. La misma canción de siempre. La melodía era idéntica, sólo diferían algunas comas. «El auténtico enemigo de estos tíos no es el poder estatal, es la falta de imaginación», pensé.

—¡Vámonos! —me susurró Midori.

Asentí y nos levantamos. Al salir del aula, el chico de la cara redonda me abordó, pero no entendí sus palabras. Midori le dirigió un «¡Hasta luego!» y le dijo adiós con la mano.

—¿Crees que tú y yo somos unos contrarrevolucionarios? —me preguntó Midori una vez fuera del aula—. Si triunfa la revolución, nos colgarán de un poste de la electricidad, el uno al lado del otro.

—Antes de que me cuelguen, me gustaría comer —comenté.

—¡Es verdad! Me apetece llevarte a un sitio, pero está lejos. ¿Tienes tiempo?

—Tengo tiempo hasta la clase de las dos.

Subimos al autobús y fuimos hasta Yotsuya. El lugar adónde Midori quería llevarme era una tienda de *bentô*^[10] que estaba detrás de la estación de Yotsuya. Cuando nos sentamos a la mesa, nos trajeron una caja cuadrada, lacada en rojo, con el

almuerzo del día y un bol con la sopa. Había valido la pena ir en autobús hasta allí.

—¡Qué bueno! —exclamé.

—Sí. Y además está bien de precio. Vengo a comer aquí de vez en cuando desde que iba al instituto. Mi escuela estaba muy cerca de aquí. Había unas normas muy estrictas y nosotras veníamos a comer a escondidas. Era la clásica escuela donde te expulsan temporalmente sólo por escaparte a comer fuera.

Al quitarse las gafas de sol, me pareció que Midori tenía los ojos más somnolientos que la vez anterior. Jugueteaba con un brazalete de plata que llevaba en la muñeca izquierda o se rascaba el rabillo del ojo con la yema del dedo meñique.

—¿Tienes sueño? —le pregunté.

—Un poco. No duermo bien —dijo—. Entre una cosa y otra, no tengo tiempo. Pero no pasa nada. No te preocupes. ¡Ah! Y perdona por lo del otro día. Me surgió uno de esos compromisos ineludibles. Fue por la mañana, de repente, y no pude arreglarlo. Pensé en llamarte al restaurante, pero no recordaba el nombre. Tampoco sabía tu número de teléfono. ¿Me esperaste mucho rato?

—No importa. A mí me sobra tiempo.

—¿Tanto tiempo tienes?

—Tengo tanto tiempo que hasta puedo darte un poco para que duermas.

Midori me sonrió con una mejilla apoyada en la palma de la mano y me miró a los ojos.

—¡Qué amable eres!

—No soy amable; tengo mucho tiempo libre —expliqué—. Por cierto, el otro día, cuando te llamé a casa, me dijeron que habías ido al hospital. ¿Te pasaba algo?

—¿A casa? —Arqueó las cejas—. ¿Y cómo averiguaste mi número de teléfono?

—Lo busqué en la asociación de alumnos. Cualquiera puede hacerlo.

Ella asintió con dos o tres movimientos de cabeza como diciendo «¡Claro!», y volvió a jugar con el brazalete.

—No se me había ocurrido. Yo también hubiera podido averiguar tu número de esta manera. Del hospital ya te hablaré otro día. Ahora no me apetece. Perdona.

—No importa. Me parece que he preguntado demasiado.

—¡No, qué va! Pero estoy cansada. Como un mono mojado bajo la lluvia...

—¿No deberías volver a casa y dormir un poco? —dije.

—Ahora no tengo sueño. Paseemos.

Me llevó hasta su antigua escuela, que se hallaba muy cerca de la estación de Yotsuya.

Al pasar por delante de la estación, me acordé de Naoko y de nuestros interminables paseos. Todo empezó en aquel lugar. Pensé: «¡Qué diferente sería ahora mi vida si no me hubiese encontrado con Naoko aquel domingo de mayo en el tren de

la línea Chûô!». Pero me corregí de inmediato diciéndome que, aunque no hubiera sido así, el resultado hubiera sido el mismo. Quizás aquel día nos encontramos porque así tenía que ser y, aunque no nos hubiésemos encontrado entonces, hubiese ocurrido en otra ocasión. No tenía ninguna razón para creerlo, pero me daba esa impresión.

Midori Kobayashi y yo nos sentamos en un banco del parque y contemplamos la escuela donde ella había estudiado. La hiedra se encaramaba por los muros y, en los balcones, unas palomas recobraban fuerzas antes de alzar el vuelo. Era un edificio vetusto. En el jardín había un roble muy alto y, junto a él, ascendía una columna de humo blanco. La luz del verano lo oscurecía y empañaba.

—Watanabe, ¿sabes qué es este humo? —me preguntó Midori.

Le respondí que no.

—Compresas quemadas.

—¿Ah, sí? —repuse. No se me ocurrió otra cosa que decir.

—Compresas, tampones —dijo Midori sonriendo—. Todo eso se tira al cubo de la basura de los lavabos. Piensa que ésta es una escuela de niñas. El viejo conserje lo recoge de los cubos y lo quema en el incinerador. De ahí el humo.

—Da una sensación de amenaza... —comenté.

—Sí, eso es lo que yo pensaba cada vez que lo veía a través de las ventanas de la clase: «¡Qué amenazador!». Entre todos los cursos, en la escuela habrá unas mil niñas. Restando las que aún no menstrúan, quedarán unas novecientas. De éstas, una de cada cinco tiene la regla a la vez, lo que representa unas ciento ochenta niñas. Es decir que, en un día, se tiran al cubo de la basura las compresas usadas por esas ciento ochenta niñas.

—No sé cuánto será exactamente...

—Una cantidad considerable. Las compresas de ciento ochenta chicas. ¿Qué debe de sentirse al ir recogiendo y quemando todo eso?

—No tengo ni idea —dije.

¿Cómo iba a saberlo yo? Ambos permanecemos unos instantes contemplando el humo blanco.

—En realidad, a mí no me gustaba venir aquí. —Midori ladeó la cabeza—. Yo quería ingresar en una escuela pública. Ser una persona corriente que va a una escuela normal y vivir una adolescencia divertida y relajada. Pero a mis padres se les ocurrió meterme aquí. Por las apariencias. A veces ocurre. Cuando una niña es buena estudiante en primaria, los maestros dicen: «Con las notas que saca esta niña, deberían llevarla a ese colegio». Y eso es lo que me pasó. Estudié seis años en esta escuela, pero jamás llegó a gustarme. Venía a clase con una única idea en la cabeza: ¡salir de aquí cuanto antes! Incluso recibí el premio de puntualidad y asistencia. ¡Pese a lo mucho que detestaba la escuela! ¿Y sabes por qué?

—No.

—Porque la odiaba a muerte. Por eso no falté un solo día. No quería que la escuela me venciese. Conque me hubiera derrotado una vez, hubiese sido el fin. Tenía miedo de que, si me vencía una vez, empezaría a deslizarme pendiente abajo. He ido a la escuela a rastras, con treinta y nueve grados de temperatura, y al preguntarme el profesor: «Kobayashi, ¿te encuentras mal?», mentía diciendo que estaba bien. Así me dieron el premio de puntualidad y asistencia, junto con un diccionario de francés. Por eso en la universidad elegí estudiar alemán. Porque no quería deberle nada a este colegio. No es broma.

—¿Y por qué lo odiabas tanto?

—¿A ti te gustaba el tuyo?

—Yo fui a una escuela pública de lo más normal. Jamás me lo planteé.

—En este colegio se reúne la élite —dijo Midori—. Aquí se juntan casi mil niñas de buena familia. De buena familia y que, encima, sacan buenas notas. Todas eran niñas ricas. Hay que serlo. La matrícula es cara, hay muchas contribuciones, en los viajes de estudios se alojan en hoteles de lujo de Kioto y toman manjares selectos en bandejas lacadas, y una vez al año dan, en el comedor del hotel Okura, clase de modales en la mesa. Vamos, que no es una escuela normal. ¿Sabes que, de las ciento sesenta alumnas del curso, yo era la única que vivía en Toshima? Una vez miré la lista de alumnas matriculadas. Me preguntaba dónde vivían. ¡Increíble! En Chiyoda-ku Sanban-chô, Minato-ku Moto-Azabu, Ôta-ku Denenchôfu, Setagaya-ku Seijô^[11] ... Todas en sitios así. Sólo había una que vivía en Chiba-ken^[12]. Intenté hacerme amiga suya. Era una buena chica. Me dijo: «¿Quieres venir a mi casa?». «Está lejos. Me sabe mal», respondí, pero no me importaba y fui. ¡Me quedé atónita! ¡Qué casa! Tardabas quince minutos en dar la vuelta al recinto. Un jardín increíble con dos perros enormes comiendo pedazos de carne de ternera. Con todo, aquella niña se sentía acomplejada por vivir en Chiba. Era una niña a la que, cuando se le hacía tarde, la llevaban a la escuela en Mercedes. Con chófer. Un chófer con gorra y guantes blancos, como salido de *Green Hornet*^[13]. Sin embargo, esta niña se avergonzaba de sí misma. ¿Puedes creerlo?

Sacudí la cabeza.

—Miré las listas de toda la escuela, pero yo era la única que vivía en Toshima-ku Kita-Ôtsuka. Por si fuera poco, en la columna donde se especificaba la profesión de los padres, ponía: «Propietarios de una librería». Gracias a eso, yo, a las de mi clase, les parecía un ejemplar de lo más exótico. «¡Qué suerte tienes! ¡Puedes leer todos los libros que quieras!» Todas pensaban en una librería enorme como Kinokuniya. Ésa era la única imagen que les venía a la cabeza al oír la palabra «librería». Pero la librería Kobayashi es patética. ¡Pobre! La puerta se abre con un sonido de campanillas y, ante tus ojos, se extiende un gran despliegue de revistas. Las de venta

segura son las revistas femeninas, esas que tienen un suplemento sobre nuevas técnicas sexuales con ilustraciones de cuarenta y ocho posturas. Las amas de casa del vecindario las compran, devoran sus páginas sentadas a la mesa de la cocina mientras esperan que lleguen sus maridos para ponerlas en práctica. ¡Hay cada cosa! No sé en qué deben de estar pensando en la vida estas mujeres. Las revistas manga también se venden bien: *Magazine*, *Sunday*, *Jump*... Y, por supuesto, las revistas del corazón. En fin, casi todo son revistas. También tenemos algún libro de bolsillo, pero ninguno que valga la pena. Novelas de misterio, libros viejos, novelitas: eso es lo único que la gente compra. Y manuales. Cómo jugar al *go*, cómo cuidar un *bonsai*, discursos de boda. Todo lo que debes saber sobre la vida sexual, cómo dejar de fumar, etcétera. ¡Ah! Además vendemos artículos de papelería. Al lado de la caja registradora hay apilados cuadernos, bolígrafos y lápices. Nada más que eso. No encontrarás *Guerra y paz*, ni *Sei-teki Ningen*^[14] ni tampoco *El guardián entre el centeno*. Así es la librería Kobayashi. ¿Qué podían envidiar de ella? ¿A ti te da envidia?

—La estoy viendo.

—Los vecinos vienen a comprar desde siempre. Hacemos repartos a domicilio. Toda la vida hemos tenido muchos clientes y la librería nos ha dado de comer a los cuatro. No tenemos deudas. Las dos hijas hemos podido ir a la universidad. Pero no da para más. En casa no hay dinero para caprichos. Por eso jamás debieron llevarme a esa escuela. Eso únicamente nos hizo desgraciados. Cada vez que había un gasto extra, mis padres rezongaban; cuando salía con mis amigas del colegio e íbamos a tomar algo a un sitio caro, yo temía que no me alcanzase el dinero. Una manera miserable de vivir. ¿Tu familia es rica?

—No. Somos una familia trabajadora, ni rica ni pobre. Supongo que mis padres hacen un esfuerzo por enviar a su hijo a una universidad privada de Tokio, pero, como sólo me tienen a mí, no es tan grave. No me mandan mucho dinero, así que trabajo a media jornada. Somos una familia de lo más normal. Tenemos un pequeño jardín, un Toyota Corolla...

—¿Y de qué trabajas?

—Trabajo tres noches por semana en una tienda de discos de Shinjuku. Es un trabajo sencillo. Tengo que vigilar la tienda.

—¡Vaya! —dijo Midori—. Yo pensaba que nunca habías tenido problemas de dinero. No sé por qué. Por la pinta, supongo.

—De hecho, nunca he pasado estrecheces. Pero no me sobra el dinero. Como a la mayoría de la gente.

—En mi escuela la mayoría de la gente era rica. —Posó las manos sobre su regazo con las palmas vueltas hacia arriba—. Ése era el problema.

—A partir de ahora te hartarás de ver mundos distintos.

—¿Cuál crees que es la mayor ventaja de ser rico?

—No lo sé.

—Poder decir que no tienes dinero. Por ejemplo, yo iba y le proponía hacer algo a una compañera de clase. Entonces ella me decía: «No puedo. No tengo dinero». Yo, en cambio, hubiera sido incapaz de decir lo mismo. Si yo decía «No tengo dinero», era porque no lo tenía. ¡Patético! Igual que una chica guapa puede decir: «Hoy me veo tan horrorosa que no me apetece salir». Eso mismo, en boca de una chica fea, da risa. Éste fue mi mundo durante seis años, hasta el año pasado.

—Ya lo olvidarás —dije.

—Quiero olvidarlo pronto. Cuando entré en la universidad, me quité un peso de encima. Ver a gente normal por todas partes.

Durante un momento curvó los labios en una sonrisa y se acarició el pelo con la palma de la mano.

—¿Trabajas? —le pregunté.

—Sí. Escribo las leyendas de los mapas. Cuando compras un mapa, te dan un folleto con información sobre las ciudades, la población, los lugares... Qué rutas turísticas hay, qué leyendas, qué pájaros, qué flores. Pues yo escribo los textos. Es muy sencillo. Los hago en un santiamén. Voy a la biblioteca de Hibiya, consulto varios libros y en un día escribo un folleto. Y si descubres el truco, te dan tanto trabajo como quieras.

—¿Qué truco?

—Escribir lo que otra persona no pondría. Así el encargado de la empresa que edita los mapas piensa: «¡Esta chica escribe muy bien!». Los tengo impresionados. Y me dan mucho trabajo. No hace falta que escriba nada del otro mundo. Basta con redactar algo decente. Por ejemplo: «Al construir una presa, una aldea quedó sumergida bajo las aguas, pero las aves migratorias aún la recuerdan y, al llegar la estación, podrán ver los pájaros sobrevolando el embalse». Les encanta este tipo de anécdotas. Son visuales, emotivas. A los chicos que trabajan a tiempo parcial no se les ocurren estas cosas. Gano bastante dinero con los textos.

—Sí, pero tienes que buscar todas esas anécdotas y no debe de ser fácil.

—Tienes razón —dijo Midori ladeando la cabeza—. Pero si las buscas, las encuentras. Y, si no las encuentras, siempre puedes inventarte algo. Algo inofensivo, claro.

—Ya veo. —Estaba admirado.

—¡Así es!

Midori quería que le explicara cosas de mi residencia, así que le conté las consabidas historias del izamiento de la bandera y de la gimnasia radiofónica de Tropa-de-Asalto. También ella se rió a carcajadas al oír las anécdotas de Tropa-de-Asalto. Al parecer, mi antiguo compañero ponía de buen humor a cualquier persona. Midori comentó que la residencia debía de ser muy cómica y que quería verla. Le dije

que ahí no había nada interesante.

—Sólo cientos de estudiantes metidos en habitaciones sucias bebiendo y masturbándose.

—¿Tú también te incluyes?

—No hay ningún hombre que no lo haga —comenté—. Al igual que las chicas tienen las regla, los hombres se masturban. Todos. Cualquiera.

—¿También los que tienen novia? Es decir, los que tienen pareja con quien acostarse.

—No tiene nada que ver. El chico de Keiô de la habitación de al lado se masturba antes de acudir a una cita. Dice que así se relaja.

—No sé mucho al respecto. He estudiado siempre en una escuela de niñas.

—Eso no lo explican en los suplementos de las revistas femeninas, ¿verdad?

—¡Claro que no! —Midori se rió—. Por cierto, Watanabe, ¿tienes algo que hacer este domingo? ¿Estás libre?

—Lo estoy todos los domingos. Pero a las seis de la tarde tengo que ir a trabajar.

—¿Por qué no vienes a mi casa? A la librería Kobayashi. Aunque la tienda está cerrada, hago guardia hasta el anochecer. Espero una llamada importante. ¿Te apetece comer en mi casa? Cocinaré para ti.

—Sí. Gracias.

Midori rasgó una hoja del cuaderno y me dibujó un detallado mapa. Luego sacó un bolígrafo rojo y trazó una enorme «X» en el lugar donde se hallaba su casa.

—La encontrarás aunque no quieras. Hay un gran letrero que dice «Librería Kobayashi». ¿Podrás venir a las doce? Tendré la comida preparada.

Le di las gracias y me metí el mapa en el bolsillo. Le dije que debía volver a la universidad porque a las dos tenía clase de alemán. Midori tenía que ir a un sitio y tomó el tren en Yotsuya.

El domingo me levanté a las nueve de la mañana, me afeité, hice la colada y tendí la ropa en la azotea. Hacía un día espléndido. Se percibían los primeros efluvios del otoño. Un enjambre de libélulas rojas revoloteaba en el patio y los niños del barrio las perseguían con un cazamariposas en la mano. No hacía ni pizca de viento y la bandera colgaba, lacia, del asta. Me puse una camisa bien planchada, salí del dormitorio y me dirigí a pie a la estación del tranvía. El domingo por la mañana no se veía un alma por aquel barrio de estudiantes, desierto y con la mayoría de tiendas cerradas. Los ruidos de la ciudad resonaban con una claridad inusitada. Una chica que calzaba unos zuecos cruzó la calle con un repiqueteo de madera sobre el asfalto; junto a la cochera del tranvía unos cuatro o cinco niños tiraban piedras a unas latas vacías alineadas. Había una floristería abierta donde compré unos narcisos. Era un poco extraño comprar narcisos en otoño, pero a mí siempre me han gustado los narcisos.

Aquel domingo por la mañana sólo había tres ancianas en el tranvía. Cuando subí, las tres me miraron de arriba abajo y luego miraron las flores que llevaba en la mano. Una de las ancianas me sonrió. Le devolví la sonrisa. Me senté en el último asiento, contemplé los viejos edificios que iban sucediéndose, uno tras otro, a ras de la ventanilla. El tranvía casi rozaba los edificios al pasar. En el tendedero de una casa vi diez macetas de tomates y, a su lado, un gato negro y grande dormitando al sol. Más allá, un niño hacía pompas de jabón. Se oía una canción de Ayumi Ishida. Incluso podía olerse el curry. El tranvía se abría paso entre la intimidad de las callejuelas. A lo largo del trayecto, subieron algunos pasajeros, pero las tres ancianas continuaron absortas en su conversación, incansables, con las cabezas muy juntas.

Me apeé cerca de la estación de Ôtsuka y, siguiendo el plano que Midori me había dibujado, caminé por una avenida poco concurrida. Los comercios situados a ambos lados no parecían muy prósperos y los interiores se adivinaban oscuros. Los letreros estaban medio borrados. A juzgar por la antigüedad y el estilo de los edificios, aquella zona no había sido bombardeada durante la guerra. Y la hilera de casas había quedado tal como estaba. Por supuesto, algunas casas habían sido reconstruidas, otras, ampliadas o restauradas, pero éstas eran precisamente las que más ruinosas se veían. La atmósfera del barrio hacía suponer que la mayoría de la gente, harta de la contaminación, del ruido y de los alquileres altos, se había mudado a los suburbios, y que sólo quedaban los apartamentos baratos, las viviendas cedidas por la compañía, las tiendas de difícil traslado y algunas personas tercas que se aferraban al lugar donde habían vivido siempre. El humo de los tubos de escape de los coches lo cubría todo de una pátina de suciedad, como si fuera una bruma. Cuando, tras andar unos diez minutos, giré en una gasolinera, encontré una pequeña calle comercial y, justo en el medio, vi un letrero que decía LIBRERÍA KOBAYASHI. Ciertamente, no era una tienda grande, pero tampoco tan pequeña como se desprendía del relato de Midori. Era la típica librería de barrio. Se parecía mucho a la librería a la que yo, de pequeño, corría a comprar mis tebeos el día en que salían a la venta. De pie frente a ella, sentí nostalgia. En cualquier barrio había una librería como aquélla.

La tienda tenía la puerta metálica bajada donde se leía el rótulo: SEMANARIO *BUNSHUN*. TODOS LOS JUEVES A LA VENTA. Faltaban quince minutos para las doce. Dado que no me apetecía matar el tiempo andando por la calle con los narcisos en la mano, pulsé el timbre que estaba al lado de la puerta metálica, retrocedí dos o tres pasos y esperé. Quince segundos después, aún no me habían respondido. Estaba dudando si volver a llamar al timbre cuando, sobre mi cabeza, una ventana se abrió con estrépito. Alcé la mirada y vi que Midori se asomaba secándose las manos.

—¡Sube la puerta y entra! —me gritó.

—¡Llego pronto! ¿Te importa? —le grité en respuesta.

—En absoluto. Sube al primer piso. Ahora no puedo dejar lo que estoy haciendo.

—Y cerró la ventana.

Levanté un metro la puerta haciendo un ruido espantoso, me escurrí hacia el interior y volví a bajarla. La tienda estaba oscura como boca de lobo. Tropecé con un paquete de revistas para devolver depositado en el suelo y a punto estuve de caer, pero, al final, logré cruzar la librería. Me quité los zapatos a tientas y subí. El interior de la casa estaba sumido en la penumbra. En la entrada había un sencillo recibidor con un tresillo. La estancia no era muy amplia y, por la ventana, entraba una luz mortecina que recordaba una película polaca antigua. A mano izquierda, vi una especie de almacén; también se vislumbraba la puerta del lavabo. Subí con infinitas precauciones una escalera empinada que quedaba a la derecha y llegué al primer piso. Éste era mucho más luminoso que la planta baja, lo que me hizo lanzar un suspiro de alivio.

—¡Eh! ¡Por aquí! —se oyó en algún lugar la voz de Midori.

En lo alto de las escaleras, a la derecha, estaba el comedor y, al fondo, la cocina. La casa, aunque vieja, parecía haber sido reformada recientemente y tanto el fregadero como los grifos y los armarios de la cocina eran nuevos y relucientes. Midori preparaba la comida. Se la oía remover algo en la cazuela y el olor a pescado asado inundaba la cocina.

—En la nevera hay cerveza. Siéntate ahí y tómate una —dijo Midori mirándome.

Saqué una lata de cerveza del frigorífico, me senté a la mesa y me la bebí. Estaba tan fría que me pregunté si llevaría medio año dentro de la nevera. Sobre la mesa había un pequeño cenicero de color blanco, un periódico y una salsera con salsa de soja, papel de notas y un bolígrafo; en el papel había anotado un número de teléfono y unas cifras que parecían la cuenta de la compra.

—Termino en diez minutos. ¿Te importa esperarme ahí sentado?

—No —dije.

—Ve abriendo el apetito. Hay mucha comida.

Entre sorbo y sorbo de cerveza fría, observé a Midori, de espaldas, que cocinaba con esmero. Movía su cuerpo con agilidad y destreza mientras realizaba cuatro tareas a la vez. Viéndola, uno pensaba que estaba probando lo que se cocía en la cazuela, que picaba algo sobre la tabla de cortar o sacaba algo del frigorífico y lo servía en un plato, o que estaba lavando un cacharro que ya no necesitaba. De espaldas, recordaba a un percusionista indio. De esos que, mientras están haciendo sonar unas campanillas, aporrean una tabla y golpean unos huesos de búfalo de agua. Todos sus movimientos eran rápidos y precisos, el equilibrio perfecto. La contemplé con admiración.

—Si puedo ayudarte en algo, dímelo.

—Tranquilo. Estoy acostumbrada a hacerlo sola. —Midori me miró de soslayo y esbozó una sonrisa.

Vestía unos vaqueros ceñidos y una camiseta azul marino con una gran manzana, el logotipo de Apple Records, impresa detrás. De espaldas, Midori tenía unas caderas muy estrechas. De tan frágiles que parecían, hacían pensar que se había saltado una etapa del crecimiento, la de cuando se desarrollan las caderas. Eso le daba un aspecto mucho más andrógino que la mayoría de las chicas cuando llevan vaqueros ceñidos. La luz clara que entraba por la ventana de encima del fregadero, ribeteaba vagamente su silueta.

—No tenías que haber preparado semejante banquete —le dije.

—No es ningún banquete. —Midori se volvió—. Ayer estuve ocupada y no pude comprar gran cosa. He tenido que apañarme con lo que había en la nevera. Así que no te preocupes. Además, la hospitalidad es una tradición familiar. En mi casa nos gusta agasajar a la gente. Lo llevamos en la sangre. Es una especie de enfermedad. No somos especialmente amables, tampoco somos especialmente populares, pero cuando tenemos invitados nos desvivimos por ellos. Para bien o para mal, todos compartimos esta característica. Mi padre, a pesar de que no bebe alcohol, tiene la casa llena de botellas. ¿Y para qué crees que las compra? Para obsequiar a los invitados. Bebe tanta cerveza como quieras. No hagas cumplidos.

—Gracias —dije.

De repente, recordé que había olvidado los narcisos en la planta baja. Al quitarme los zapatos los había dejado en el suelo y allí se habían quedado. Volví a bajar, recogí los narcisos blancos, que yacían en la penumbra, y volví a la cocina. Midori sacó de la alacena un vaso largo y estrecho y los metió dentro.

—Me encantan los narcisos —dijo—. Una vez, cuando estudiaba secundaria, canté *Siete narcisos* en la fiesta de la cultura de la escuela. ¿La conoces?

—Por supuesto.

—Hace tiempo estuve en un grupo de música folk. Tocaba la guitarra.

Sirvió la comida en los platos mientras cantaba *Siete narcisos*.

La comida rebasó con mucho mis expectativas. Caballa a la vinagreta, una gruesa tortilla japonesa, *sawara*^[15] macerada, berenjena cocida, sopa de hierbas acuáticas, arroz con setas, rábano cortado fino curado en salmuera y abundantes semillas de sésamo esparcidas por encima. Y todo ello condimentado al estilo de la región de Kansai.

—¡Está buenísimo! —exclamé admirado.

—Watanabe, dime la verdad. ¿Te esperabas que cocinara tan bien? Lo digo por mi aspecto.

—Pues no —reconocí.

—Tú eres de Kansai, así que debe de gustarte esta comida.

—¿Lo has hecho con un sabor más ligero por mí?

—¡No, hombre, no! ¡Vaya trabajo! Yo siempre cocino así.

—¡Ah! Entonces tu padre o tu madre son de Kansai...

—No, mi padre es de aquí, de toda la vida, y mi madre procede de Fukushima. No tengo familia en Kansai. Todos son de Tokio o del norte de Kantô.

—No lo entiendo. Entonces, ¿por qué cocinas al estilo de Kansai? ¿Te ha enseñado alguien?

—Es un poco largo de explicar —dijo mientras comía la tortilla—. Mi madre odiaba las tareas domésticas. Apenas cocinaba. Además, ya sabes que tenemos una tienda. Así que: «Hoy estoy ocupada, haré traer comida hecha». O bien: «Conque compremos unas croquetas en la carnicería...». Y eso un día tras otro. De niña, yo lo odiaba a muerte. No podía soportarlo. Ella hacía curry para tres días y siempre comíamos lo mismo. Un día, cuando estaba en tercero de secundaria, decidí que yo misma cocinaría, y lo haría bien. Fui a la librería Kinokuniya de Shinjuku, me compré el libro más grande y bonito que encontré y me lo aprendí de cabo a rabo: cómo elegir una tabla de cortar, cómo afilar un cuchillo, cómo abrir el pescado, cómo rallar bonito seco, todo. Y como el autor del libro era de Kansai, aprendí a cocinar al estilo de Kansai.

—¿Todo eso lo aprendiste de un libro? —Me sorprendí.

—Gastaba mis ahorros en comida. Así eduqué mi paladar. Tengo mucha intuición. Mi punto débil es el pensamiento lógico.

—Es increíble que hayas llegado a cocinar tan bien sin que nadie te haya enseñado.

—Fue muy duro, no creas. —Midori lanzó un suspiro—. Para empezar, mi familia no entendía de cocina ni le interesaba lo más mínimo. Cuando quería comprar un cuchillo o una cazuela, me decían: «Pero si nos basta con los que tenemos». No es broma. Cuando les explicaba que con un cuchillo de hoja tan endeble no podía abrir el pescado, me venían con que no hacía falta que hiciera tal cosa. ¡En fin! Ahorraba del dinero que tenía para mis gastos e iba comprando cuchillos de cocina, cazuelas y coladores. Una chica de quince o dieciséis años que va ahorrando céntimo a céntimo para comprar asperones, cuchillos, sartenes para hacer *tempura*. Mientras, mis amigas, que tenían mucho dinero para sus gastos, se compraban vestidos preciosos y zapatos. ¿No te doy pena?

Asentí al tiempo que sorbía la sopa.

—En primero de bachillerato me encapriché de un cacharro para hacer tortillas. Esta especie de sartén larga y estrecha que estás viendo. Me la compré con el dinero que tenía reservado para un sujetador nuevo. Fue horrible. Tuve que pasarme tres meses con un solo sujetador. Por la noche lo lavaba y lo secaba como podía, y por la mañana me lo ponía y salía a la calle. Si no se secaba bien era una tragedia. No hay

nada más triste en el mundo que ponerte un sujetador húmedo. ¡Al recordarlo se me saltan las lágrimas! ¡Y todo por una sartén para hacer tortillas!

—¡Vaya! —dije, riéndome.

—Por eso, cuando murió mi madre, me sabe mal decirlo por ella pero me sentí aliviada. Pude emplear a mi antojo el dinero para los gastos de la casa y comprar lo que quisiera. Así que ahora tengo una colección muy completa de utensilios de cocina. Mi padre no se imagina en qué gasto el dinero.

—¿Cuándo murió tu madre?

—Hace dos años —matizó concisa—. De cáncer. Un tumor cerebral. Estuvo ingresada un año y medio y sufrió tanto que enloqueció y tenía que estar todo el día drogada. A pesar de ello, no se moría. Al final, murió. Para ella, la muerte fue una especie de eutanasia. ¡Qué muerte más terrible! El enfermo sufre y sus allegados lo pasan fatal. Con la enfermedad de mamá, en casa nos quedamos sin dinero. Le ponían inyecciones a veinte yenes la unidad, una tras otra, teníamos que estar siempre con ella... Y yo también quedé muy mal parada. Puesto que la cuidaba, no podía estudiar y no entré en la universidad. Encima, para más inri... —Iba a añadir algo pero cambió de idea, dejó los palillos y suspiró—. ¡Qué conversación tan deprimente! ¿A qué ha venido hablar de cosas tan tristes?

—A raíz de lo del sujetador —dije.

—Fíjate en la tortilla. Y cómetela con plena conciencia de lo mucho que vale. —Puso una expresión seria.

Al terminar mi parte, me sentí lleno a rebosar. Midori no había comido tanto como yo. «Cocinando ya te llenas», me dijo. Después de comer quitó los platos, pasó un trapo por la superficie de la mesa, trajo un paquete de Marlboro, se llevó un cigarrillo a los labios y le prendió fuego con una cerilla. Luego tomó el vaso donde estaban los narcisos y se quedó mirándolos.

—Me gustan más así —dijo—. Es mejor que no los meta en un jarrón. Así parece que acabas de recogerlos en la orilla del agua y que, de momento, los hayas puesto en un vaso.

—Acabo de cogerlos en el estanque de la estación de Ôtsuka —informé.

Midori soltó una risita.

—¡Eres único! Cuando bromeas pones cara de estar hablando en serio.

Con la mejilla apoyada en la palma de la mano, Midori se fumó medio cigarrillo, que después apagó aplastándolo contra el cenicero. A renglón seguido, se frotó los ojos como si le hubiese entrado humo dentro.

—Siendo una chica, tendrías que apagar el cigarrillo de una forma más elegante —la regañé—. Pareces una leñadora. No debes machacarlo así. Tienes que ir apagándolo poco a poco, por los lados, dándole la vuelta. Así no te quedará la colilla despanzurrada. No seas tan bruta. Y bajo ningún concepto debes sacar el humo por la

nariz. Además, las chicas refinadas, cuando comen a solas con un hombre, no van contando que han estado tres meses llevando el mismo sujetador.

—Verás. Soy una leñadora. —Midori se hurgó la aleta de la nariz—. Nunca he logrado ser una chica refinada. A veces lo intento medio en broma, pero nunca se me pega. ¿Hay algo más que quieras decirme?

—Que las chicas no fuman Marlboro.

—Tanto da. Todos saben igual de mal —dijo. Hizo girar la cajetilla roja en su mano—. Empecé a fumar el mes pasado. En realidad, no me apetecía. Pero se me ocurrió que estaría bien probarlo.

—¿Por qué?

Midori juntó las palmas de sus manos sobre la mesa y reflexionó un momento.

—¿Y por qué no? ¿Tú no fumas?

—Lo dejé en junio.

—¿Y por qué lo dejaste?

—Porque era muy pesado. Quedarme sin tabaco a medianoche era un tormento. Por eso lo dejé. No me gusta depender tanto de las cosas.

—Estoy segura de que eres de esas personas que se lo piensan todo muy bien.

—No sé. Tal vez. Quizá por eso no le gusto demasiado a la gente.

—Eso te pasa porque da la impresión de que no te importa no gustar a los demás. Y hay gente que no lo soporta —musitó ella con la mejilla apoyada en la palma de la mano—. Pero a mí me gusta hablar contigo. ¡Hablas de una manera tan rara! «No me gusta depender tanto de las cosas.»

La ayudé a lavar los platos. De pie, a su lado, iba secando con un trapo los cacharros que ella fregaba y los iba apilando al lado del fregadero.

—Por cierto, ¿dónde está tu familia? —pregunté.

—Mi madre, en la tumba. Murió hace dos años.

—Eso ya me lo has dicho antes.

—Y mi hermana mayor ha salido con su prometido. Supongo que habrán ido a algún sitio en coche. Él trabaja en una empresa de automóviles y le encantan los coches. A mí no mucho, si te soy sincera.

Midori siguió lavando platos en silencio; yo también enmudecí y seguí secando cacharros.

—Queda mi padre... —prosiguió poco después.

—Sí.

—Mi padre se fue a Uruguay en junio del año pasado y todavía no ha vuelto.

—¿A Uruguay? —pregunté sorprendido.

—Quería irse a vivir allí. Es una locura, pero resulta que un compañero suyo del ejército tiene una granja en Uruguay. Un día, sin más, mi padre nos informó de que se

iba a Uruguay, que allí tenía un futuro; subió al avión y se marchó. Nosotros intentamos disuadirle como pudimos diciéndole que allí no se le había perdido nada, que no hablaba el idioma, que a duras penas había salido de Tokio en toda su vida. Pero fue inútil. Cuando perdió a mamá recibió un duro golpe. Y se le aflojó un tornillo. De tanto como quería a mi madre.

Me quedé mirándola boquiabierto sin saber qué añadir.

—¿Sabes lo que nos dijo a mi hermana y a mí cuando murió mi madre? Lo siguiente: «¡Qué rabia me da! Hubiera preferido mil veces que os murierais vosotras antes que perder a vuestra madre». Nosotras nos quedamos pasmadas. Estas palabras no pueden justificarse bajo ningún concepto. Puedo entender la amargura, la soledad, el desconsuelo que sentía al haber perdido a su querida compañera. Y lo compadezco. Pero no podía dirigirse a sus hijas y decirles: «¡Ojalá hubierais muerto vosotras en su lugar!». Es demasiado cruel, ¿no te parece?

—Tienes razón.

—A nosotras eso nos duele. —Midori cabeceó varias veces—. En fin, en mi familia todos somos un poco raros. Todos tenemos algo que no acaba de encajar.

—Eso parece —reconocí.

—Pero es maravilloso que dos personas se quieran tanto, ¿verdad? ¿Tanto quería a su esposa para decirles a sus hijas que ojalá hubieran muerto en su lugar?

—Supongo que sí.

—Y luego se fue a Uruguay dejándonos a nosotras dos solas.

Sequé los platos en silencio. Cuando terminé, Midori los colocó en la alacena.

—¿Habéis tenido noticias tuyas?

—Este marzo nos envió una postal. Pero no pone nada concreto. Comenta que hace calor, que la fruta no es tan buena como imaginaba... Ese tipo de cosas. ¡Y encima en la postal salía una mula! Ese hombre está loco. Ni siquiera dice si ha encontrado a aquel amigo o conocido del ejército. Hacia el final, parece que se centra y promete que nos llamará para que nos reunamos con él, pero desde entonces no hemos tenido noticias tuyas. Por más que le escribimos, no responde.

—¿Y tú qué harás si tu padre te pide que te vayas con él a Uruguay?

—Ir. Puede ser interesante, ¿no crees? Mi hermana dice que no va ni muerta. A ella le horrorizan las cosas dejadas, los lugares sucios.

—¿Tan sucio es Uruguay?

—Mi hermana cree que los caminos están llenos de estiércol con montones de moscas revoloteando por encima, que no hay agua en las cisternas de los váteres y que hay lagartos y escorpiones pululando por todas partes. Debe de haberlo visto en alguna película. Odia los bichos. A ella lo que le gusta es subir en coches bonitos y pasearse por *Shônan*^[16].

—¿Ah, sí?

—¿Qué tiene de malo Uruguay? A mí no me importaría ir.

—¿Quién lleva ahora la tienda?

—Mi hermana, a regañadientes. Un tío mío que vive aquí cerca nos ayuda todos los días y se encarga del reparto. Yo también colaboro cuando puedo. Además, una librería no da tanto trabajo, así que vamos tirando. Cuando no podamos llevarla, bastará con cerrar y venderla. Ésa es nuestra intención.

—¿Quieres a tu padre?

Midori sacudió la cabeza.

—No demasiado, la verdad.

—Entonces, ¿por qué quieres seguirlo a Uruguay?

—Porque confío en él.

—¿Confías en él?

—Sí, no lo quiero con locura pero confío en él. Confío en mi padre, en una persona que, a causa del golpe recibido al perder a su esposa, deja su casa, a sus hijas, su trabajo y se marcha por las buenas a Uruguay. ¿Me entiendes?

Lancé un suspiro.

—No sé qué decirte.

Midori se rió divertida y me dio unos golpecitos en la espalda.

—Déjalo correr. Tanto da —añadió.

Aquella tarde de domingo sucedieron muchas cosas, una tras otra. Fue un día extraño. Hubo un incendio allí cerca y nosotros subimos al terrado del segundo piso para verlo, donde nos besamos sin más. Dicho de esta manera, suena estúpido, pero así fueron las cosas.

Estábamos de sobremesa, tomando una taza de café y charlando sobre la universidad cuando empezaron a oírse las sirenas de los bomberos. El volumen de las sirenas fue creciendo; también pareció aumentar de número. Bajo la ventana corría mucha gente, algunos gritaban. Midori fue a una habitación que daba a la calle, abrió la ventana y, tras decirme que esperara un momento, desapareció. Se oyeron sus pasos subiendo precipitadamente la escalera.

Mientras me tomaba el café yo solo, me estuve preguntando dónde debía de estar Uruguay. Pensé: «Allí está Brasil, allá Venezuela y allá Colombia». Pero no logré acordarme de dónde estaba Uruguay. En éstas, Midori bajó y gritó: «¡Eh! ¡Ven, deprisa!». Tras ella, subí una escalera empinada y estrecha que había al fondo del pasillo y salí a un amplio terrado. Dado que la finca era bastante más alta que los edificios de alrededor, desde el terrado se dominaba el vecindario con la mirada. Tres o cuatro casas más allá, se alzaba una densa nube de humo que cabalgaba sobre la brisa hacia la avenida. El aire olía a quemado.

—¡Es en casa del señor Sakamoto! —Midori se asomó por encima de la barandilla—. El señor Sakamoto antes era carpintero. Pero cerró el negocio y ahora

ya no trabaja.

Yo también me asomé por encima de la barandilla. La casa quedaba oculta tras un edificio de tres plantas y no podía calibrarse bien la situación, pero, al parecer, habían llegado tres o cuatro coches de bomberos y las labores de extinción del fuego proseguían. La calle era estrecha, de modo que, a lo sumo, podían entrar dos coches, y el resto aguardaba su turno en la avenida. En la calle se agolpaban los curiosos.

—Quizá deberíamos reunir los objetos de valor y evacuar la casa —traté de decirle a Midori—. Por suerte, el viento sopla en dirección contraria, pero puede cambiar en cualquier momento, y aquí al lado hay una gasolinera. ¡Vamos, te ayudo a recoger los objetos de valor!

—No tenemos nada valioso —claudicó Midori.

—Algo habrá. Libretas de ahorro, sellos registrados, certificados, esas cosas. Para empezar, necesitarás dinero.

—No lo necesito porque no pienso huir.

—¿Aunque se queme la casa?

—Sí. No me importa morir.

La miré a los ojos. Ella me devolvió la mirada. No tenía la menor idea de hasta qué punto bromeaba. Mantuve la mirada fija en ella unos instantes, pero luego pensé: «Qué importa...».

—Como quieras. Me quedo contigo —dije.

—¿Morirás a mi lado? —A Midori le brillaban los ojos.

—¡Ni hablar! Si las cosas se ponen feas huiré. Si quieres morirte, hazlo tú solita.

—¿Qué despiadado eres!

—No voy a morir contigo sólo porque me has invitado a comer. Si se tratara de una cena, todavía.

—¡Entendido! Pero, de todas formas, quedémonos un rato más a ver qué ocurre. Podemos cantar canciones. Y si las cosas se ponen feas, ya decidiremos qué hacemos.

—¿Cantar?

Midori subió al terrado dos cojines, cuatro latas de cerveza y una guitarra. Y bebimos cerveza contemplando la densa columna de humo. La chica cantó acompañándose de la guitarra. Le pregunté si los vecinos se enfadarían, porque contemplar desde el terrado como se quema el barrio bebiendo y cantando no me parecía una actitud encomiable.

—No te preocupes. A nosotras no nos importa el qué dirán.

Cantó las canciones folk que había tocado tiempo atrás. Por más buena intención que le pusiera, no puedo decir que Midori tocara o cantara bien, pero parecía disfrutar haciéndolo. Lo cantó todo de principio a fin: *Lemon Tree*, *Puff el dragón mágico*, *Five Hundred Miles*, *Where Have All the Flowers Gone?*, *Michael*, *Row the Boat Ashore*. La acompañé tarareando los tonos bajos que ella me indicó, pero lo hacía tan

mal que pronto desistí, y ella siguió cantando sola, a su aire. Entre sorbo y sorbo de cerveza, yo la escuchaba, muy atento a la evolución del incendio. Vi repetidas veces que la humareda se espesaba de repente para remitir a continuación. La gente gritaba y daba órdenes. Un helicóptero de un periódico sobrevoló la escena con un fuerte batir de aspas, tomó unas fotografías y se alejó. Recé por que no saliéramos en ninguna. Un policía gritaba por el megáfono a la multitud que retrocediera. Los niños llamaban a sus madres entre sollozos. Se oyó el estrépito de cristales rotos. Poco después, el viento se arremolinó y una blanca lluvia de ascuas y ceniza empezó a caer a nuestro alrededor. Entre trago y trago de cerveza, Midori siguió cantando como si tal cosa. Cuando terminó su repertorio, interpretó una curiosa canción que había compuesto ella misma.

*Quiero cocinarte un estofado,
pero no tengo cazuela.
Quiero tejerte una bufanda,
pero no tengo lana.
Quiero escribirte una poesía,
pero no tengo pluma.*

—Se titula *No tengo nada* —dijo.

La letra era espantosa, lo mismo que la melodía.

Mientras escuchaba aquella canción absurda, pensaba que si el fuego alcanzaba la gasolinera la casa volaría por los aires. Cuando se hartó de cantar, Midori se tendió como un gato al sol y posó la cabeza en mi hombro.

—¿Qué te ha parecido mi canción? —me preguntó.

—Es única y original y refleja fielmente tu personalidad —respondí con cautela.

—Gracias —dijo ella—. *No tengo nada...*, ése es el lema.

—Sí, ya me lo ha parecido —asentí.

—Cuando murió mi madre —Midori se volvió hacia mí—, no sentí la menor tristeza.

—¿Ah, no?

—Y ahora que mi padre se ha ido, tampoco.

—¿Ah, no?

—¿Te parece inhumano?

—Supongo que tendrás tus razones.

—Pues sí, varias —reconoció Midori—. Todo ha sido muy complicado en casa. Pero yo siempre he pensado que, tratándose de mis padres, al morirse o al separarnos yo debía sentirme triste. Sin embargo, no siento nada. Ni tristeza, ni soledad, ni

amargura; apenas pienso en ellos. A veces sueño con ellos, eso sí. Mi madre me mira fijamente desde las tinieblas y me hace reproches. «¡Tú te alegras de que esté muerta!», me dice. No me alegra que mi madre haya muerto, pero tampoco estoy muy triste. No derramé una sola lágrima. Aunque, cuando de pequeña se murió el gatito, me pasé toda la noche llorando.

«¿Por qué sale tanto humo?», me decía. Aunque no se veía fuego, no parecía que el incendio se hubiera extendido, porque emanaba esa imponente columna de humo. «¿Cuánto tiempo seguirá ardiendo?», me pregunté.

—No es sólo culpa mía. Me refiero a que yo sea tan poco afectuosa. Y lo reconozco. Pero si ellos..., si mi padre y mi madre..., si ellos me hubiesen querido un poco más, yo, por mi parte, ahora sentiría de otra forma. Y estaría mucho, pero que mucho más triste.

—¿Crees que no te quisieron demasiado?

Ella volvió la cabeza y me miró fijamente. Hizo un gesto afirmativo.

—Yo diría que entre un «no lo suficiente» y un «nada de nada». Siempre estuve hambrienta. Aunque sólo hubiera sido una vez, hubiera querido recibir amor a raudales. Hasta hartarme. Hasta poder decir: «Ya basta. Estoy llena. No puedo más». Me hubiera conformado con una vez. Pero ellos jamás me dieron cariño. Si me acercaba con ganas de mimos, mis padres me apartaban de un empujón. «Esto cuesta dinero», decían. Únicamente sabían quejarse. Siempre igual. Así que pensé lo siguiente: «Conoceré a alguien que me quiera con toda su alma los trescientos sesenta y cinco días del año». Estaba en quinto o sexto curso de primaria cuando lo decidí.

—¡Qué fuerte! —exclamé admirado—. ¿Y lo has conseguido?

—No es tan fácil como creía —reconoció Midori. Reflexionó un momento contemplando el humo—. Quizá sea por haber esperado tanto tiempo, pero ahora busco la perfección. Por eso es tan difícil.

—¿Un amor perfecto?

—¡No, hombre! No pido tanto. Lo que quiero es simple egoísmo. Un egoísmo perfecto. Por ejemplo: te digo que quiero un pastel de fresa, y entonces tú lo dejas todo y vas a comprármelo. Vuelves jadeando y me lo ofreces. «Toma, Midori. Tu pastel de fresa», me dices. Y te suelto: «¡Ya se me han quitado las ganas de comérmelo!». Y lo arrojo por la ventana. Eso es lo que yo quiero.

—No creo que eso sea el amor —le dije con semblante atónito.

—Sí tiene que ver. Pero tú no lo sabes —replicó Midori—. Para las chicas, a veces esto tiene una gran importancia.

—¿Arrojar pasteles de fresa por la ventana?

—Sí. Y yo quiero que mi novio me diga lo siguiente: «Ha sido culpa mía. Tendría que haber supuesto que se te quitarían las ganas de comer pastel de fresa. Soy un estúpido, un insensible. Iré a comprarte otra cosa para que me perdones. ¿Qué te

apetece? ¿Mousse de chocolate? ¿Tarta de queso?».

—¿Y qué sucedería a continuación?

—Pues que yo a una persona que hiciera esto por mí la querría mucho.

—A mí me parece un desatino.

—Yo creo que el amor es eso. Pero nadie me comprende. —Midori sacudió la cabeza sobre mi hombro—. Para un cierto tipo de personas el amor surge con un pequeño detalle. Y, si no, no surge.

—Eres la primera chica que conozco que piensa así.

—Me lo ha dicho mucha gente. —Se toqueteó las cutículas de las uñas—. Pero yo no puedo pensar de otro modo. Estoy hablando con el corazón en la mano. Jamás he creído que mis ideas sean diferentes de las de los demás, ni lo busco. Pero cuando digo lo que pienso, la gente cree que bromeo, o que estoy haciendo comedia. Todo acaba dándome lo mismo.

—¿Sigues queriendo morir en el incendio?

—¡Ostras! ¡No! Eso es otro asunto. Sentía curiosidad.

—¿Por morir en un incendio?

—No. Me interesaba ver cómo reaccionabas. Pero morir no me da miedo. Te ves envuelto en humo, pierdes el conocimiento y te mueres sin más. Es un momento. No me da ni pizca de miedo. ¡Bah! ¡Comparado con la forma en que he visto morir a mi madre y a otros parientes! En mi familia todos contraemos enfermedades graves y morimos tras una larga agonía. Debemos de llevarlo en la sangre. Tardamos muchísimo en morirnos. Tanto que al final ya no sabes si estás vivo o muerto. La única conciencia que queda es la del dolor y el sufrimiento.

Midori se acercó un cigarrillo Marlboro a los labios y lo encendió.

—Tengo miedo de morir de ese modo. La sombra de la muerte va invadiendo despacio, muy despacio, el territorio de la vida y, antes de que te des cuenta, todo está oscuro y no se ve nada, y la gente que te rodea piensa que estás más muerta que viva... Es eso. Yo eso no lo quiero. No podría soportarlo.

Por fin, al cabo de media hora el incendio fue sofocado. No hubo heridos. Todos los coches de bomberos, menos uno, abandonaron el lugar, y los curiosos se dirigieron a la calle comercial entre un baturrillo de voces. Un coche patrulla se quedó regulando el tráfico con las luces girando en el callejón. Dos cuervos, que habían venido de vete a saber dónde, posados sobre un poste de la electricidad, observaban la actividad que se desarrollaba bajo sus ojos.

Midori parecía exhausta. Tenía el cuerpo desmadejado, la vista perdida en la lejanía. Apenas hablaba.

—¿Estás cansada? —le pregunté.

—No, no es eso —dijo—. Hacía mucho tiempo que no me dejaba ir de este

modo.

Nos miramos a los ojos. Le rodeé los hombros con un brazo y la besé. Midori tensó el cuerpo un momento, se relajó de inmediato y cerró los ojos. Nuestros labios permanecieron unidos unos cinco o seis segundos. El sol de principios de otoño proyectaba en sus mejillas la sombra de las pestañas, agitadas por un temblor casi imperceptible. Fue un beso dulce, cariñoso, sin ningún significado. De no haberme encontrado sentado en el terrado, al sol de la tarde, bebiendo cerveza y contemplando el incendio, no la hubiera besado, y creo que a ella le sucedía lo mismo. Al contemplar los tejados brillantes de las casas, el humo y las libélulas rojas, había brotado entre nosotros un sentimiento cálido e íntimo que, de manera inconsciente, habíamos deseado materializar. Así fue nuestro beso. Sin embargo, era un beso que no estaba exento de peligro.

La primera en hablar fue Midori. Me acarició la mano mientras me contestaba con embarazo que salía con alguien. Contesté que ya lo suponía.

—¿Y a ti te gusta alguna chica?

—Sí.

—Pero estás libre todos los domingos.

—Es muy complicado.

Comprendí que la magia de aquella tarde de principios de otoño se había desvanecido.

A las cinco le dije a Midori que me iba a trabajar y abandoné su casa. Le había propuesto salir a tomar algo, pero ella había rechazado mi invitación alegando que estaba esperando una llamada.

—Quedarme todo el día en casa esperando una llamada es algo que odio con todo el alma. Si estoy sola, me da la sensación de que voy pudriéndome y deshaciéndome, hasta convertirme en un líquido verdoso que es absorbido por la tierra. De mí sólo sobrevive la ropa. Ésta es la sensación que tengo cuando me quedo todo el día en casa esperando una llamada.

—Si tienes que quedarte otro día, puedo hacerte compañía. Comida incluida.

—Está bien. Te prepararé un incendio de postre —bromeó Midori.

Al día siguiente Midori no apareció en clase de Historia del Teatro II. Al terminar ésta, entré en el comedor y tomé un almuerzo frío y malo a solas, y después me senté al sol a contemplar la escena que se desarrollaba a mi alrededor. A mi lado, de pie, dos chicas mantenían una larga conversación. Una de ellas abrazaba contra su pecho una raqueta de tenis con tanto amor como si fuera un bebé; la otra llevaba varios libros y un LP de Leonard Bernstein. Ambas eran hermosas y parecían disfrutar enormemente de su charla. Desde el club de estudiantes, llegaba una voz haciendo escalas en tonos graves. Aquí y allá se veían grupos de cuatro o cinco estudiantes debatiendo lo que les pasaba por la cabeza, riéndose y gritando. En los aparcamientos

vi a unos chavales montados en patín. Un profesor con una cartera de cuero entre los brazos cruzaba el lugar, esquivándolos. En el patio unas chicas con casco de moto y en cuclillas escribían en un cartel algo sobre la invasión del imperialismo americano en Asia. Aquélla era una típica escena de universidad durante el descanso del mediodía. Pero ese día, al contemplarla por primera vez después de tanto tiempo, me di cuenta de un hecho. Cada cual a su manera, todos parecían felices. ¿Lo eran en realidad? En cualquier caso, aquel plácido mediodía de finales de septiembre, la gente se veía contenta y eso me hizo sentir aún más solo que de costumbre. Porque yo era el único que no pertenecía a ese cuadro.

¿A qué cuadro pertenecí durante esos años? La última escena familiar que recordaba era jugando al billar con Kizuki cerca del puerto. Aquella misma noche Kizuki se había suicidado y, a partir de entonces, una corriente de aire helado se había interpuesto entre el mundo y yo. Me pregunté qué había representado Kizuki para mí. No hallé respuesta. Lo único que sabía era que, con su muerte, había perdido para siempre una parte de mi adolescencia. Podía percibirlo con toda claridad. Pero discernir qué significado podía tener o qué consecuencias podía conllevar era algo que no alcanzaba a ver.

Permanecí largo tiempo allí sentado, observando cómo la gente iba y venía por el campus. Pensé que quizás encontraría a Midori, a quien no vi aquel día. Cuando acabó el descanso del mediodía, me fui a la biblioteca a preparar la clase de alemán.

Esa tarde de sábado Nagasawa vino a mi cuarto y me dijo que había conseguido pases de pernoctación, que si me apetecía salir con él por la noche. Acepté. Toda la semana había estado aturdido y me apetecía acostarme con una chica, fuera quien fuese.

Al atardecer me tomé un baño, me afeité y me puse una chaqueta de algodón encima del polo. Cené con Nagasawa en el comedor y subimos al autobús en dirección a Shinjuku. Nos apeamos en la animada zona de Shinjuku Sanchôme y, tras vagar un rato por allí, entramos en el bar de siempre y esperamos a que se acercaran unas chicas que nos gustaran. Aquel local se distinguía porque lo frecuentaban grupos de chicas solas, aunque esa noche no apareció ninguna. Estuvimos allí unas dos horas bebiendo whiskies con soda para permanecer sobrios. Dos chicas con cara de simpáticas se sentaron en la barra y pidieron un Gimlet y un Margarita. Raudo y veloz, Nagasawa se les acercó, pero ellas ya habían quedado con otros. A pesar de ello, estuvimos un rato hablando con ellas distendidamente, hasta que llegaron sus chicos y nos abandonaron.

Nagasawa me propuso probar suerte en otro sitio y me llevó a un pequeño bar apartado de las calles principales, donde la mayoría de los clientes ya estaban borrachos y armando alboroto. En la mesa del rincón había tres chicas sentadas; nos

encaminamos hacia ellas y nos pusimos a hablar los cinco. La atmósfera era agradable. Todos estábamos de muy buen humor. Pero cuando les propusimos ir a tomar la última copa, ellas dijeron que tenían que marcharse porque les cerraban el portal. Las tres vivían en una residencia femenina. Volvimos a cambiar de local, pero no resultó. Por una u otra razón, aquella noche no tuvimos éxito con las chicas.

A las once y media Nagasawa reconoció que no había habido suerte.

—Me sabe mal haberte arrastrado de aquí para allá —dijo.

—No importa. Lo he pasado bien viendo que tú también tienes días malos.

—Uno al año, no creas —bromeó Nagasawa.

A decir verdad, a mí ya tanto me daba el sexo. Tras haber estado vagando tres horas y media, un sábado por la noche, por aquella ruidosa parte de Shinjuku, observando aquella energía fruto del deseo sexual y del alcohol, mi propio deseo había llegado a parecerme mezquino e insignificante.

—¿Qué harás ahora? —me preguntó.

—Iré a ver una película en sesión golfa. Hace tiempo que no piso un cine.

—Entonces yo me voy a casa de Hatsumi. ¿Te importa?

—¿Por qué tendría que importarme? —le dije riéndome.

—Si quieres, puedo presentarte a alguna chica para pasar la noche en su casa. ¿Qué te parece?

—Hoy me apetece ir al cine.

—Me sabe mal. Otro día te compensaré.

Nagasawa se perdió entre la multitud. Yo fui a una hamburguesería, comí una hamburguesa con queso, bebí una taza de café y, en cuanto se me despejó la cabeza del alcohol, entré en un cine que había cerca y vi *El Graduado*. No es una película muy interesante pero, como no tenía otra cosa que hacer, la vi dos veces seguidas. Salí del cine a las cuatro de la madrugada y deambulé sin rumbo por las frías calles de Shinjuku, sumido en mis cavilaciones.

Cuando me harté de andar, entré en una cafetería que permanecía abierta toda la noche y me dispuse a esperar el primer tren leyendo y tomando otra taza de café. Poco después la cafetería se llenó de personas que, al igual que yo, esperaban el primer tren. El camarero se acercó y me preguntó si me importaba compartir la mesa con otros clientes. Accedí. Total, estaba leyendo. ¿Por qué iba a molestarme que se sentara alguien enfrente?

Dos chicas tomaron asiento. Tendrían una edad similar a la mía. Aunque no eran dos bellezas, no estaban mal. Tanto el vestido como el maquillaje de ambas eran discretos, y no parecían la clase de chicas que ronda a las cinco de la madrugada por *Kabukichô*^[17]. Pensé que algo debía de haberles sucedido para que hubieran perdido el último tren. Ellas suspiraron aliviadas al verme. Yo iba correctamente vestido, me había afeitado aquella misma tarde y, además, estaba absorto en la lectura de *La*

montaña mágica, de Thomas Mann.

Una de las dos chicas era alta y corpulenta, vestía una parka de color gris y unos vaqueros blancos, en las orejas lucía unos grandes pendientes con forma de concha, y cargaba una cartera de plástico grande. La otra era menuda, llevaba gafas, vestía una camisa a cuadros, una chaqueta azul y, en un dedo, lucía una sortija con una turquesa. Tenía dos tics: quitarse y ponerse las gafas y presionarse los ojos con las puntas de los dedos.

Ambas pidieron café con leche y dos trozos de pastel, y se lo tomaron despacio mientras discutían algo en voz baja. La chica alta inclinó varias veces la cabeza en ademán dubitativo, la menuda asintió otras tantas. La música de Marvin Gaye, o de los Bee Gees, me impidió entender lo que estaban diciendo, pero, por lo que pude colegir, la menuda estaba triste, o enfadada, y la otra intentaba tranquilizarla. Yo leía el libro y las observaba, alternativamente.

Cuando la chica menuda, bolso al hombro, se dirigió a los servicios, la otra me abordó. Yo dejé el libro y la miré.

—Disculpa. ¿Conoces algún bar por aquí cerca donde podamos tomar una copa?

—¿A las cinco de la madrugada? —le pregunté sorprendido.

—Sí.

—A las cinco y veinte de la mañana, la gente está tratando de que se le pase la borrachera o bien deseando llegar a casa.

—Lo sé —dijo ella avergonzada—. Pero a mi amiga le apetece tomar una copa. Tiene sus razones y...

—Me parece que no tendréis otro remedio que beber en casa.

—Ya... Pero yo tomo un tren para Nagano a las siete y media de la mañana.

—En ese caso, lo único que se me ocurre es que compréis unas bebidas en una máquina expendedora y os sentéis en la calle.

Me pidió que las acompañara porque dos chicas no podían hacer semejante cosa. Yo había tenido varias experiencias extrañas en Shinjuku a aquellas horas, pero era la primera vez que dos desconocidas me invitaban a beber a las cinco y veinte de la madrugada. Me daba pereza negarme, y tampoco tenía otra cosa que hacer, así que me acerqué a una máquina expendedora de allí cerca, compré varias botellas de sake y algo para picar, y los tres nos dirigimos a la salida oeste de la estación y allí iniciamos nuestro improvisado festín.

Me contaron que las dos trabajaban en la misma agencia de viajes. Ambas se habían licenciado y habían empezado a trabajar aquel mismo año. La menuda tenía novio desde hacía un año y se llevaban bien, pero acababa de saber que él se acostaba con otra chica y estaba muy deprimida. Ésta era, en líneas generales, la historia. La amiga tenía que estar el sábado por la tarde en la casa de sus padres, en Nagano, para asistir, el domingo, a la boda de su hermano mayor, pero había decidido quedarse con

su amiga en Shinjuku e ir a Nagano en el primer expreso de la mañana del domingo.

—¿Y cómo te has enterado de que se acostaba con otra chica? —le pregunté a la menuda.

Ella, entre sorbo y sorbo de sake, arrancaba los hierbajos del suelo.

—Abrí la puerta de su habitación y los vi con mis propios ojos. Nadie tuvo que decírmelo.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Anteayer por la noche.

—¿Y la puerta no estaba cerrada con llave? —dije.

—No.

—¿Por qué no la cerraron? —me pregunté en voz alta.

—¡Y yo qué sé! ¿Cómo voy a saberlo?

—Debió de ser un golpe terrible. ¡Cómo debió de sentirse la pobre! —me comentó, bienintencionada, la amiga.

—Yo que tú lo hablaría con él. En definitiva, se trata de decidir si lo perdonas —le aconsejé.

—Nadie sabe cómo me siento —se quejó la chica, arrancando hierbajos sin tregua.

Una bandada de cuervos se acercó por el oeste y sobrevoló los grandes almacenes Odakyû. Ya era de día. En éstas se acercó la hora en que la alta debía de subir al tren, así que le ofrecimos el resto del sake a un vagabundo que había en el subterráneo de la salida oeste de la estación de Shinjuku, compramos los billetes y la despedimos. Cuando el tren se perdió de vista, la menuda y yo, sin mediar invitación, entramos en un hotel. Ni a ella ni a mí nos apetecía demasiado acostarnos juntos, pero era la única manera de ponerle un punto final a aquello.

Tras cruzar el umbral de la habitación, me desnudé y entré en la bañera. Sumergido en el agua, bebí cerveza como si pretendiera ahogar las penas. Ella también se metió dentro de la bañera y, tendidos en el agua, tomamos cerveza en silencio. Por más que bebiéramos, el alcohol no se nos subía a la cabeza, y no teníamos sueño. Su piel era blanca y suave, y sus piernas, bonitas. Contestó con un gruñido a mi cumplido.

Sin embargo, una vez en la cama pareció transformarse en otra persona. Sensible a mis caricias, se retorció, gritaba. Cuando la penetré, me clavó las uñas en la espalda y, al acercarse el orgasmo, pronunció dieciséis veces el nombre de otro hombre. Lo sé porque las estuve contando para retrasar la eyaculación. Nos quedamos dormidos.

Al despertarme a las doce y media de la mañana, ella ya no estaba. No había ninguna carta, ningún mensaje. Notaba, por haber bebido alcohol en horas intempestivas, que me pesaba la cabeza. Me metí en la ducha para despejarme, me afeité y, desnudo como estaba, me senté en una silla y tomé un zumo de la nevera.

Luego traté de recordar, uno tras otro, los acontecimientos de la noche anterior. Todos me parecían extrañamente irreales, como si, entre los hechos y yo mismo, se interpusieran dos o tres hojas de cristal. Pero no había duda de que me había sucedido a mí. Los vasos de cerveza todavía estaban sobre la mesa, en el baño quedaban los cepillos de dientes que habíamos usado.

Almorcé en Shinjuku. Después entré en una cabina y llamé a la librería Kobayashi. Se me ocurrió que tal vez Midori tendría que quedarse de nuevo en casa esperando una llamada. Aunque el timbre sonó quince veces, nadie descolgó. Volví a llamar, con idéntico resultado, unos veinte minutos más tarde. Entonces subí al autobús y volví a la residencia. En el buzón de la entrada encontré un sobre con mi nombre. Era una carta de Naoko.

«Gracias por tu carta», escribía Naoko. Su familia se la había remitido «aquí» enseguida. «Recibir tu carta no sólo no me ha molestado, sino que me ha hecho muy feliz. Ya era hora de escribirte», ponía en la carta.

Después de leer este encabezamiento, abrí la ventana de la habitación, me quité la chaqueta y me senté en la cama. Desde un palomar cercano me llegaba el arrullo de las palomas. El viento hacía ondear las cortinas. Con las siete hojas de la carta de Naoko en la mano, me sumí en unos pensamientos deshilvanados. Al leer las primeras líneas, sentí cómo el mundo circundante perdía sus colores. Cerré los ojos y tardé un tiempo largo en ordenar mis ideas. Respiré hondo y reanudé la lectura.

«Hace casi cuatro meses que estoy aquí. En estos cuatro meses he pensado mucho en ti. Y he visto claro que te he tratado injustamente. Debería haber sido mejor persona contigo, haberte tratado con justicia. Pero esta manera de pensar quizá no sea la normal. Para empezar, las chicas de mi edad no usan la palabra “justicia”. A ellas les resulta indiferente que las cosas sean justas o injustas. A la mayoría, más que el hecho de que las cosas sean justas o injustas, les preocupa que sean bonitas, o cómo ser felices. La “justicia” tiene un carácter masculino. Sin embargo, en mi situación, ésta es la palabra que más me conviene. En estos momentos “qué es bonito” o “cómo ser feliz” son proposiciones demasiado complicadas; prefiero aferrarme a otros criterios. Por ejemplo, así algo es justo, honesto o universal. En cualquier caso, creo que no he sido justa contigo. Y, en consecuencia, te he arrastrado de aquí para allá y te he herido muy hondo. Al hacerlo, también me he arrastrado y me he herido a mí misma. No es una excusa, no creas que trato de justificarme, es la verdad. Si he dejado una herida en tu interior, esta herida no es sólo tuya, también es mía. Así que no me odies por ello. Soy un ser imperfecto. Mucho más imperfecto de lo que crees. Por eso no quiero que me odies. Si me odiaras, me partiría en mil pedazos. Sé que no puedo esconderme en mi caparazón y dejar que las cosas pasen. Y me da la impresión de que tú haces eso. A veces te envidio muchísimo, y tal vez te he arrastrado de aquí para allá por ese motivo.

»Quizás esta manera de ver las cosas sea analítica. La terapia que aplican aquí no lo es en absoluto. Pero una persona que, como yo, está en tratamiento desde hace meses acaba pensando, lo quiera o no, de forma analítica. “Esto ha sucedido por tal

cosa”, “esto significa lo uno e implica lo otro”. No tengo claro que esta manera de analizar las cosas simplifique el mundo.

»De todos modos, me doy cuenta de que, en comparación a cómo estuve en algunos momentos, ahora me encuentro muy recuperada, y los que me rodean también perciben mi mejoría. Hace tiempo que no era capaz de redactar unas líneas. Escribirte aquella carta en julio me costó sudor y lágrimas (no recuerdo lo que puse; espero que no fuera nada horrible), pero ahora he logrado dirigirme a ti de forma relajada. Al parecer, lo que yo necesitaba era esto: aire puro, un lugar tranquilo y apartado del mundo, una vida ordenada, ejercicio diario. ¡Es magnífico ser capaz de escribirle a alguien! Sentir que quieres comunicarle tus pensamientos, sentarte a la mesa, coger una pluma y escribir unas líneas me parece algo maravilloso. Aunque, al expresarlo en palabras, quede una pequeña parte de lo que quiero decir. No importa. Sólo por tener ganas de escribirle a alguien ya me siento feliz. Son las siete y media de la tarde, ya he cenado, acabo de tomar un baño. Todo está en silencio y, al otro lado de la ventana, todo está negro como boca de lobo. No hay ninguna luz. Las estrellas siempre se ven nítidamente, pero hoy está nublado. La gente de aquí conoce muy bien las constelaciones y me dice: “Aquélla es Virgo; aquélla, Sagitario”. Puesto que aquí al caer la noche no hay nada que hacer, todos se han convertido en expertos. Saben mucho de pájaros, de flores y de insectos. Cuando hablo con ellos, comprendo que soy una ignorante en muchos campos, pero, no creas, ésta es una sensación muy agradable.

»Aquí vivimos unas setenta personas. Además, están los de la plantilla (médicos, enfermeras, personal administrativo y demás), que serán poco más de veinte. Las instalaciones son enormes, así que el número total no es alto. Al contrario, decir que el lugar está desierto se acercaría más a la verdad. Es un terreno espacioso, inmerso en la naturaleza, donde todos llevamos una vida tan tranquila que a veces tengo la sensación de que éste es el mundo real. Pero no es así, por supuesto. Esto es posible porque todos vivimos bajo unas condiciones especiales.

»Juego al tenis y al baloncesto. Los equipos están compuestos por una mezcla de pacientes (palabra odiosa, pero no hay otra) y de personal de la plantilla. Me sucede algo extraño. Durante el juego, cuando miro a mi alrededor dejo de discernir quién es quién y todos me parecen deformados.

»Un día se lo dije a mi médico y me respondió que mi impresión era, en cierto modo, correcta. Me explicó que no estamos aquí para corregir nuestras deformaciones, sino para acostumbrarnos a ellas. Afirmó que uno de nuestros problemas es la incapacidad de reconocerlas y aceptarlas. Y que, al igual que todos los seres humanos, tenemos un modo peculiar de andar, de sentir, de pensar y de ver las cosas, y que, por más que intentemos corregirlas, jamás lo conseguiremos. Al contrario, si intentamos corregirlas a la fuerza, únicamente lograremos que se

resientan otros aspectos. No hace falta decir que esto es una simplificación y que sólo recoge una parte de los problemas que tenemos, pero entendí muy bien lo que trataba de decirme. Tal vez somos incapaces de adaptarnos a nuestras deformaciones. Y, por lo tanto, posiblemente no podamos aceptar el dolor y el sufrimiento reales que provocan. Estamos aquí para huir de todo ello. Mientras nos quedemos aquí, no haremos sufrir a los demás ni los demás nos harán sufrir a nosotros. Porque todos nosotros sabemos que “estamos deformados”. Esto es lo que nos distingue del mundo exterior. En él mucha gente vive sin ser consciente de sus deformaciones. Pero en este pequeño mundo, la deformación es la premisa. La llevamos en nuestro cuerpo, al igual que los indios llevaban en la cabeza las plumas que indicaban la tribu a la que pertenecían. Vivimos en silencio para no herirnos los unos a los otros.

»Aparte de hacer deporte, cultivamos hortalizas. Tomates, berenjenas, pepinos, sandías, fresas, cebolletas, coles, nabos, etcétera. Lo cultivamos casi todo. También tenemos un invernadero. La gente de aquí sabe mucho sobre el cultivo de las hortalizas, y les encanta. Leen libros, invitan a especialistas y se pasan de la mañana a la noche discutiendo cuál es el mejor abono, la calidad de la tierra y cosas por el estilo. También a mí me ha llegado a apasionar el cultivo. Es maravilloso ver cómo las frutas y las verduras van creciendo día a día. ¿Has cultivado sandías alguna vez? Las sandías tienen una redondez que recuerda la de un animalito.

»Nos alimentamos de las verduras y de las frutas que cosechamos. Por supuesto, a veces sirven carne o pescado, pero acaban por no apetecerte. ¡Las verduras son tan frescas y deliciosas! A menudo, salimos al campo y recogemos verduras silvestres y setas. También tenemos especialistas en esto (pensándolo bien, está lleno de especialistas), que nos enseñan cuáles son buenas y cuáles no. Comprenderás que haya engordado tres kilos desde que llegué. Es decir, estoy en el peso ideal. Gracias al ejercicio y a comer bien a horas fijas.

»Durante el tiempo restante, leemos, escuchamos música, hacemos punto. No hay ninguna radio o televisión, pero, a cambio, disponemos de una biblioteca muy completa y de una discoteca con una gran colección de discos. En la discoteca puedes encontrar desde la integral de sinfonías de Mahler a discos de los Beatles, y yo siempre pido discos en préstamo que luego escucho en mi cuarto.

»El problema de esta institución es que una vez dentro ya no quieres salir. Quizá todos tememos irnos. Aquí nos sentimos tranquilos y en paz con nosotros mismos. Nuestras deformaciones parecen naturales. Sentimos que estamos recuperados. Pero no tenemos la certeza de que el mundo exterior nos acepte.

»Mi médico dice que ya ha llegado el momento de que inicie los contactos con personas de fuera. Las “personas de fuera” son gente normal, del mundo normal, aunque yo sólo recuerdo tu cara. Por alguna razón, no me apetece demasiado ver a

mis padres. Están tan preocupados por mí que verlos y hablar con ellos hace que me sienta miserable. Además, hay varias cosas que debo explicarte. No sé si lograré hacerlo, pero son cosas importantes que no puedo dejar pasar.

»A pesar de todo, no quiero ser una carga para ti, ni para nadie. Es lo último. Tu cariño hacia mí me hace muy feliz; sólo estoy tratando de ser sincera y expresarte mis sentimientos. Quizás yo necesite tu cariño en estos momentos. Si en lo que he escrito hay algo que te molesta, te pido disculpas. Perdóname. Tal como he dicho antes, soy un ser más imperfecto de lo que crees.

»A veces lo pienso. Si tú y yo nos hubiésemos conocido en circunstancias normales y nos hubiésemos gustado, ¿qué hubiera ocurrido? Si yo hubiera sido normal y tú hubieras sido normal (que lo eres), y si Kizuki no hubiera existido, ¿qué hubiera ocurrido? Pero hay demasiados “si...”. Al menos estoy esforzándome en ser una persona más justa y honesta. Es lo único que puedo hacer por ahora. Y así quiero expresarte mis sentimientos.

»En esta institución, a diferencia de los hospitales, las horas de visita son libres. Conque llames el día antes, podrás verme siempre que quieras. También podrás comer conmigo, o incluso alojarte aquí. Ven a visitarme cuando puedas. Tengo muchas ganas de verte. Te incluyo un mapa. Siento haberme extendido tanto.»

Leí la carta desde el principio una segunda vez. Luego bajé, compré un refresco de cola en la máquina expendedora, volví a mi habitación y, mientras lo bebía, volví a leerla. Después metí las siete hojas de papel en el sobre y lo dejé encima de la mesa. En el sobre de color rosa estaban escritos mi nombre y mi dirección con una letra picuda y demasiado pulcra, tratándose de una chica joven. Me senté a la mesa, me quedé unos instantes contemplando el sobre. En el remite ponía «Residencia Ami». Era un nombre extraño. Tras darle vueltas al nombre unos cinco o seis minutos, decidí que tal vez venía de la palabra francesa *ami*, es decir, «amigo».

Guardé la carta en el cajón del escritorio, me cambié de ropa y salí. De pronto me dio la impresión de que, si me quedaba cerca de la carta, la leería diez o veinte veces más. Vagué sin rumbo por las calles de Tokio, en domingo, tal como en el pasado había hecho siempre con Naoko. Iba recordando su carta línea a línea mientras deambulaba por una y otra calle. Al anochecer volví a la residencia, hice una llamada de larga distancia a la Residencia Ami donde se encontraba Naoko. Respondió la recepcionista, me preguntó qué deseaba. Le di el nombre de Naoko y quise saber si era posible visitarla durante la tarde del día siguiente. Ella me preguntó cómo me llamaba y me rogó que volviera a llamar al cabo de media hora.

Después de la cena, cuando volví a llamar, la misma mujer me dijo que la visita era posible, que me esperaban. Le di las gracias, colgué, metí en mi mochila una muda y los productos de aseo. Hice tiempo antes de dormirme leyendo *La montaña*

mágica y bebiendo brandy. Cuando logré conciliar el sueño, era la una de la madrugada.

El lunes, en cuanto me levanté de la cama a las siete de la mañana, corrí a lavarme la cara y a afeitarme y, sin desayunar siquiera, me dirigí al despacho del director de la residencia y le anuncié que iba a estar dos días fuera, en la montaña. No era la primera vez que hacía un viaje corto aprovechando mis días libres, así que el director se limitó a decir: «¡Ah!». Tomé un metro atestado de gente que se dirigía a sus puestos de trabajo, fui hasta la estación de Tokio, compré un billete de asiento no reservado para el Shinkansen^[18] en dirección a Kioto, subí de un salto al primer Hikari, y, una vez dentro, desayuné una taza de café caliente y un bocadillo. Luego estuve una hora dormitando en el asiento.

Llegué a Kioto unos minutos antes de las once. Siguiendo las indicaciones de Naoko, fui hasta Sanjô en el autobús urbano, me dirigí a pie a la cercana terminal de autobuses privados y pregunté a qué hora y de qué parada salía el autobús número 16. Al parecer, a las 11:35 de la parada que estaba más alejada. Tardaba poco más de una hora en llegar a su destino. Compré un billete y después entré en una librería del barrio, compré un mapa, me senté en la sala de espera y busqué el emplazamiento exacto de la Residencia Ami. Según el mapa, se encontraba en un lugar perdido en las montañas. El autobús se dirigía hacia el norte atravesando varias montañas y, al llegar a un punto donde no podía avanzar más, daba media vuelta y regresaba a la ciudad. Yo debía apearme poco antes de la última parada. Allí encontraría un sendero y, según indicaba Naoko, tras andar unos veinte minutos llegaría a la Residencia Ami. «¡Debe de ser un lugar muy tranquilo estando tan escondido entre las montañas!», pensé.

En cuanto subieron unos veinte pasajeros, el autobús arrancó y enfiló hacia el norte por el interior de la ciudad, siguiendo el curso del río Kamo. Conforme avanzaba hacia el norte, menudeaban los campos de cultivo y los descampados entre las hileras de casas. Las tejas negras de los tejados y los plásticos de los invernaderos refulgían bajo el sol de principios de otoño. Poco después el autobús se adentró en las montañas. El camino era tortuoso y el conductor hacía girar sin descanso el volante a derecha e izquierda. Yo empecé a sentirme mareado. Aún tenía el sabor del café de la mañana en la boca del estómago. En éstas, las curvas se hicieron menos frecuentes y, en el momento en que yo lanzaba un suspiro de alivio, el autobús penetró en un gélido bosque de cedros. Los árboles se erguían tan altos como en una selva virgen, impidiendo el paso de los rayos del sol al tiempo que lo cubrían todo de sombras. El

viento que entraba por las ventanillas se enfrió de repente y la piel se me humedeció. Durante bastante tiempo avanzamos a través del bosque de cedros siguiendo el curso del río y, cuando yo ya empezaba a creer que el mundo entero yacía enterrado para siempre en ese paraje, dejamos atrás el bosque y salimos a una especie de cuenca rodeada de montañas. Hasta donde alcanzaba la vista, se extendían unos campos verdes y, a lo largo del camino, fluía un río de aguas cristalinas. A lo lejos se alzaba una delgada columna de humo blanco; aquí y allá se veía ropa tendida al sol, y algunos perros ladraban. Frente a las casas había leña apilada hasta el alero y, encima del montón de leña, dormitaban unos gatos. En las casas no se veía un alma.

La misma escena se repitió una y otra vez. El autobús cruzaba un bosque de cedros, entraba en un pueblo, lo atravesaba y volvía a adentrarse en un bosque de cedros. Se detenía en cada pueblo y bajaban algunos pasajeros. No subió ninguno. A los cuarenta minutos de trayecto llegamos a un desfiladero con una amplia panorámica. El conductor detuvo el autobús y nos anunció una parada de seis minutos: si algún pasajero deseaba apearse podía hacerlo. Sólo quedábamos cuatro pasajeros, incluyéndome a mí, y todos bajamos del autobús para estirar las piernas, fumarnos un cigarrillo y contemplar la ciudad de Kioto a nuestros pies. El conductor orinó. Un hombre de unos cincuenta años y rostro atezado, que había cargado en el autobús una gran caja de cartón atada con un cordel, me preguntó si iba a hacer montañismo. Asentí; era lo más cómodo.

Al poco subió otro autobús en sentido opuesto, paró al lado del nuestro y el conductor bajó. Tras intercambiar unas palabras, ambos conductores montaron en sus respectivos autobuses. Los pasajeros volvimos a nuestros asientos, y los dos vehículos prosiguieron la marcha en sentido contrario. Pronto descubrí la razón por la que nuestro autobús había esperado en lo alto del desfiladero a que llegara el otro vehículo. Un poco más abajo, el camino se estrechaba, lo que hacía imposible que dos autobuses grandes circularan al mismo tiempo. El autobús se cruzó con varias furgonetas pequeñas y turismos. En cada ocasión, uno u otro vehículo tuvo que retroceder y arrimarse a la parte más abierta de la curva.

Los pueblos que encontramos a lo largo del camino eran mucho más pequeños que los anteriores, y los cultivos, más reducidos. La montaña se hizo más abrupta y llegó hasta el borde del camino. Sin embargo, los perros, cuando el autobús entraba en los pueblos, ladraban con furia, como si compitieran entre sí.

Me apeé en una parada donde no había nada. Ni personas ni campos. Únicamente el poste de la parada, un riachuelo y la entrada de un camino de montaña. Me eché la mochila a la espalda y enfilé hacia el sendero que discurría a lo largo del riachuelo. A la izquierda fluía el río; a la derecha había un bosque. Tras avanzar unos quince minutos por la suave pendiente, por fin encontré un ramal de anchura suficiente para permitir el paso de un coche y, en la entrada del ramal, un cartel que decía:

RESIDENCIA AMI. PROHIBIDO EL PASO A EXTRAÑOS.

En el sendero del bosque se distinguían las huellas de los neumáticos de los coches. Entre los árboles se oía a ratos el batir de las alas de algún pájaro. Era un sonido tan nítido que parecía que alguien lo hubiera amplificado sobre el resto de ruidos del bosque. Una sola vez se oyó en la lejanía un disparo de escopeta, que sonó tan amortiguado como si llegara a través de varios filtros.

Tras cruzar el bosque, me topé con un muro de color blanco. Se trataba de un muro no más alto que yo mismo, sin estacas o tela metálica en lo alto, por lo que hubiera podido saltarlo sin dificultad. La puerta, abierta de par en par, era negra, metálica y sólida, y la garita del guarda estaba desierta. Al lado del portal había colgado otro cartel que decía: RESIDENCIA AMI. PROHIBIDO EL PASO A EXTRAÑOS. En la garita advertí ciertos indicios de que, hasta unos instantes atrás, había habido alguien: tres colillas en el cenicero, restos de té en una taza, un transistor en la estantería y, colgado de la pared, un reloj cuyo rítmico tictac era un sonido seco. Esperé a que el guarda volviera, pero, como no llegaba, pulsé dos o tres veces un timbre que vi allí cerca. Detrás del portal había un aparcamiento con un minibús, un todoterreno y un Volvo de color azul. El aparcamiento tenía capacidad para unos treinta vehículos, pero sólo lo ocupaban esos tres.

Al cabo de dos o tres minutos, un guarda vestido de uniforme azul marino se acercó por el sendero del bosque montado en una bicicleta amarilla. Era un hombre de unos sesenta años, alto y con entradas. Apoyó la bicicleta en la pared de la garita y se excusó mecánicamente: «Perdone que lo haya hecho esperar». En el guardabarros de la bicicleta había pintado un «32» con pintura blanca. Después de decirle mi nombre, llamó por teléfono y repitió mi nombre dos veces. Le comentaron algo, él asintió y colgó el auricular.

—Vaya al pabellón principal y allí pregunte por la doctora Ishida —me dijo el guarda—. Si sigue por la arboleda encontrará una rotonda. Usted tome el segundo camino a la izquierda, ¿me entiende?, el segundo a la izquierda. Cuando vea un edificio antiguo, gire a la derecha y atraviere otra arboleda hasta llegar a un edificio de hormigón. Es el pabellón principal. Hay un letrero. No tiene pérdida.

Tal como me había indicado, me desvié por el segundo camino a la izquierda de la rotonda y, al fondo, encontré una casa antigua llena de encanto. En el jardín había unas rocas de hermosas formas y una linterna de piedra; las plantas estaban bien cuidadas. A todas luces, aquélla debía de haber sido una antigua villa de recreo. Tras torcer a la derecha y cruzar un macizo de árboles, apareció ante mis ojos un edificio de hormigón de tres plantas, que se levantaba sobre un terreno excavado, por lo que no daba una sensación imponente. Era de líneas simples, muy pulcro.

Se entraba por el primer piso. Subí unos escalones, abrí una puerta grande de cristal y me encontré a una mujer joven vestida de rojo sentada en la recepción. Le di

mi nombre y le dije que el guarda me había indicado que preguntara por la doctora Ishida. Ella sonrió, señaló un sofá de color marrón que había en el vestíbulo y me dijo que me sentara y esperara unos instantes. Tomó el teléfono y marcó un número. Me descolgué la mochila del hombro, me hundí en el sofá y observé el lugar. Era un vestíbulo limpio y agradable. Había varias plantas, de las paredes colgaban unas pinturas abstractas de buen gusto y el suelo relucía. Mientras esperaba, me entretuve contemplando mis zapatos reflejados en el pavimento.

Al rato la recepcionista me anunció que la doctora vendría enseguida. Asentí. «¡Qué sitio más silencioso!», pensé. No se oía nada. «Debe de ser la hora de la siesta», me dije. Era una tarde tan tranquila que parecía que todo, personas, animales y plantas, estuviese profundamente dormido.

Sin embargo, poco después se oyeron los pasos amortiguados de unos zapatos con suela de goma y apareció una mujer de mediana edad con el pelo corto y tieso. La mujer cruzó el vestíbulo en dirección a mí, se sentó a mi lado y cruzó las piernas. Me tomó la mano y la hizo girar arriba y abajo, estudiándola.

—Tú no has tocado ningún instrumento musical. Al menos durante los últimos años —me dijo a modo de saludo.

—No —respondí sorprendido.

—Lo dicen tus manos. —Sonrió.

Me pareció una mujer extraña. Tenía el rostro surcado de arrugas. Sin embargo, las arrugas, lejos de envejecerla, le conferían una juventud que trascendía la edad. Formaban parte de su rostro, como si ya hubiese nacido con ellas. Cuando sonreía, las arrugas sonreían; cuando ponía cara seria, las arrugas también ponían cara seria. Y cuando no sonreía ni estaba seria, las arrugas se esparcían por todo su rostro, irónicas y cálidas. Debía de rondar la cuarentena; era una mujer agradable y atractiva. Sentí hacia ella una simpatía instantánea.

Llevaba el pelo muy mal cortado, con puntas hacia arriba aquí y allá, y el flequillo le caía en desorden sobre la frente. Pero este peinado le favorecía. Vestía una camisa de trabajo azul encima de una camiseta blanca, unos holgados pantalones de algodón color crema y zapatillas de tenis. Era alta y delgada, apenas tenía pecho y curvaba con frecuencia los labios hacia un lado en un rictus irónico. En el rabillo del ojo se le dibujaban unas finas arrugas. Parecía una ebanista diestra y amable, aunque con un punto de cinismo.

Me miró de arriba abajo con una sonrisa pintada en los labios. Llegué a imaginar que, de un momento a otro, sacaría una cinta métrica del bolsillo y empezaría a medirme por todas partes.

—¿Sabes tocar algún instrumento musical?

—No —respondí.

—Es un lástima. Te divertiría.

Asentí. ¿A qué venía hablar de instrumentos musicales?

Tomó un paquete de Seven Stars del bolsillo de la camisa, se metió un cigarrillo entre los labios, le prendió fuego con un encendedor, aspiró con placer una bocanada de humo.

—Verás..., te llamas Watanabe, ¿no? He pensado que, antes de que veas a Naoko, será mejor que te explique cómo funcionan aquí las cosas. Así que primero charlaremos tú y yo. Este sitio es un poco especial y, si no sabes nada de él, puede desconcertarte. Porque no debes de conocerlo bien, ¿me equivoco?

—Apenas lo conozco.

—Bien. Entonces, en primer lugar... —De pronto chasqueó los dedos como si se hubiera dado cuenta de algo—. ¿Has comido? ¿Tienes hambre?

—Sí, tengo hambre —afirmé.

—Ven conmigo. Charlaremos en el comedor. Ya ha pasado la hora del almuerzo, pero algo nos darán.

La mujer se levantó, echó a andar por el pasillo, bajó la escalera y fue hasta el comedor de la planta baja. El comedor tenía capacidad para unas doscientas personas, pero sólo usaban la mitad del espacio y mantenían la otra separada por un biombo. Como en un hotel turístico en temporada baja. El menú consistía en estofado de patatas con fideos, ensalada, zumo de naranja y pan. Las verduras eran tan deliciosas como las había descrito Naoko en su carta. Comí todo lo que había en el plato sin dejar ni una miga.

—Comes a gusto, ¿eh? —comentó admirada.

—Está todo delicioso. No había probado bocado en todo el día.

—Si quieres puedes terminar mi plato. Estoy llena.

—Claro —dije.

—Tengo el estómago pequeño y apenas me cabe nada. Y lo que no lleno con la comida lo lleno de humo —dijo llevándose otro cigarrillo Seven Stars a los labios y prendiéndole fuego—. ¡Ah, por cierto! Puedes llamarme Reiko. Aquí todos me llaman así.

Reiko observaba con curiosidad cómo me comía el estofado que ella apenas había probado y cómo mordisqueaba el pan.

—¿Eres tú la médica que lleva a Naoko? —le pregunté.

—¿Médico yo? —exclamó frunciendo el entrecejo—. ¿De dónde has sacado semejante idea?

—Me han dicho que pregunte por la doctora Ishida.

—¡Ah, claro! Mira, yo aquí doy clases de música. Por eso me llaman «profesora Ishida»^[19]. En realidad, soy una paciente. Pero, como ya llevo siete años aquí, enseño música y ayudo en las tareas administrativas, es difícil decir si soy una paciente o pertenezco a la plantilla. ¿Naoko no te ha hablado de mí?

Negué con un gesto de la cabeza.

—¡Vaya! —dijo Reiko—. En fin, Naoko y yo vivimos juntas. Somos compañeras de habitación. Es interesante estar con ella. Charlamos de muchas cosas. También de ti.

—¿De mí? —pregunté.

—Antes tengo que explicarte algunas cosas. —Reiko ignoró mi pregunta—. Quiero que comprendas que esto no es un hospital convencional. Aquí no se recibe tratamiento, éste es un lugar de recuperación. Hay médicos, por supuesto, y visitan una hora al día, pero sólo toman la temperatura y controlan el estado general de los pacientes. No te aplican una terapia activa como en otros hospitales. Por eso, aquí no hay rejas en las ventanas y el portal está siempre abierto. La gente entra y sale por propia iniciativa. Ingresan las personas para quienes esta cura es idónea. Aquí no puede estar cualquiera. A las personas que necesitan una terapia especial se las manda a un hospital especializado. ¿Me sigues?

—Más o menos. ¿Y en qué consiste exactamente esta cura de recuperación?

Reiko exhaló una bocanada de humo y se bebió el resto de zumo de naranja.

—La cura de recuperación es, en sí misma, la vida que llevamos aquí. Horarios fijos, ejercicio, aislamiento del mundo exterior, tranquilidad, aire puro. Aquí tenemos campos de cultivo, y casi somos autosuficientes. No hay televisión, ni radio. Parece una comuna de esas que están de moda. Entrar aquí cuesta bastante dinero, en eso sí es diferente de una comuna.

—¿Tan caro es?

—No es barato. Piensa que las instalaciones están muy bien. Y el terreno es enorme, hay pocos pacientes, mucha gente de plantilla. Yo, como llevo tanto tiempo aquí y soy medio del personal, estoy exenta de pagos. Por cierto, ¿te apetece una taza de café?

Respondí afirmativamente. Ella apagó el cigarrillo, se levantó, llenó dos tazas de café de un termo que había en la barra y las trajo a la mesa. Le puso azúcar al suyo, lo removió con una cucharita y lo probó haciendo una mueca.

—Este sanatorio no es una empresa con ánimo de lucro —continuó—. Por eso puede funcionar sin cobrar cuotas muy altas. Todo este terreno lo donó su propietario. Creó una corporación. Antiguamente, toda esta zona pertenecía a la villa de recreo de este propietario. Hasta hace unos veinte años. Supongo que habrás visto la antigua villa. Antes sólo estaba aquel edificio, y allí se reunían los pacientes para hacer terapia de grupo. Si quieres saber cómo empezó todo, te diré que el hijo de este señor tenía problemas psicológicos y un especialista le recomendó hacer terapia de grupo. Según las teorías de este doctor, algunas enfermedades mentales podían curarse si los enfermos vivían en un lugar apartado, ayudándose los unos a los otros, haciendo trabajo físico y contando, además, con la ayuda de un médico que les aconsejara y

controlara las condiciones físicas en las que se encontraban. Así empezó todo. El centro fue creciendo paulatinamente, aumentaron los campos de cultivo y, hace cinco años, se construyó el pabellón principal.

—Veo que la cura de recuperación es efectiva.

—Sí, pero no para todas las enfermedades. Hay muchas personas que no se curan. Pero muchas otras, a quienes no les habían funcionado otras terapias, aquí se recuperan y hacen vida normal. Lo mejor es la ayuda mutua. Como todos sabemos que somos imperfectos, intentamos ayudarnos los unos a los otros. Por desgracia, en otros lugares el médico es el médico, y el paciente, el paciente. El paciente pide ayuda al médico y éste se la ofrece. Pero aquí nos ayudamos los unos a los otros. Cada uno es el espejo de los demás. Y los médicos son nuestros compañeros. Están a nuestro lado, nos observan y corren a ayudarnos cuando lo necesitamos, pero a veces somos nosotros quienes les ayudamos a ellos. Es decir, en algunos aspectos nosotros los superamos. Por ejemplo, yo doy clases de piano a algunos médicos, un paciente enseña francés a las enfermeras, cosas así. Entre las personas que sufren enfermedades como las nuestras, hay muchas que tienen un gran talento en un campo determinado. Aquí todos somos iguales. Los pacientes, el personal de plantilla y también tú. Mientras estés aquí, serás uno más, nosotros te ayudaremos y tú nos ayudarás a nosotros. —Reiko sonrió evidenciando las arrugas de su rostro—. Tú ayudarás a Naoko y Naoko te ayudará a ti.

—¿Y qué debo hacer?

—En primer lugar, querer ayudar a las personas y pensar que tú también necesitas la ayuda de los demás. En segundo lugar, ser honesto. No mentir, no disfrazar la verdad, no amañar las cosas del modo que más te convenga. Nada más.

—Lo intentaré —afirmé—. ¿Por qué llevas siete años aquí? Hasta ahora no me ha parecido que estés mal.

—Durante el día no. —Se le ensombreció el rostro—. Pero al llegar la noche la cosa cambia. Me revuelco por el suelo babeando.

—¿De verdad?

—¡Desde luego que no! —dijo inclinando la cabeza con incredulidad—. Estoy curada, al menos de momento. Sólo que prefiero quedarme aquí y ayudar a que otros se recuperen. Enseño música, cultivo la tierra. Me gusta este sitio. Aquí todos somos amigos. Y, frente a esto, ¿qué hay en el mundo exterior? Tengo treinta y ocho años, pronto cumpliré los cuarenta. El caso de Naoko es distinto. A mí no me espera nadie, no tengo familia, ni un trabajo que valga la pena, y no tengo amigos. Además, llevo siete años aquí. Ya no conozco el mundo. A veces, en la biblioteca leo el periódico. Pero, a lo largo de estos siete años, no me he alejado un paso de aquí. Ahora no le veo ninguna ventaja al hecho de salir.

—Quizá fuera se abra un mundo nuevo para ti. Puedes intentarlo.

—Tal vez. —Estuvo unos instantes haciendo girar el encendedor en la palma de su mano—. Watanabe, yo también tengo mis motivos para estar aquí. Si quieres, hablaremos de esto en otra ocasión.

Asentí.

—Entonces, ¿Naoko se encuentra mejor?

—Eso parece. Al principio estaba muy aturdida y nosotros estábamos preocupados porque no sabíamos qué hacer. Pero ahora se ha relajado, habla mucho mejor que antes, ya es capaz de expresar lo que quiere decir... En fin, una cosa es segura: va en la buena dirección. Pero hubiera tenido que recibir tratamiento mucho antes. En su caso, los síntomas empezaron a manifestarse cuando se suicidó Kizuki, su novio. Su familia debía de saberlo; ella misma debía de saberlo. Con lo que sucedió en su familia...

—¿En su familia? —pregunté sorprendido.

—¿No sabes nada? —exclamó Reiko más sorprendida todavía.

Negué con un gesto de la cabeza.

—Esto debes preguntárselo directamente a Naoko. Es mejor. Hay muchas cosas de las que quiere hablarte con franqueza. —Reiko volvió a remover el café en la taza y tomó un sorbo—. Y luego..., está establecido de esta manera, así que es mejor que lo sepas desde el principio: está prohibido que tú y Naoko os veáis a solas. Son las normas. Una persona del exterior no puede quedarse a solas con la persona a la que viene a visitar. Tienen que estar acompañados por un observador..., que en este caso soy yo. Lo siento mucho, pero tendréis que soportarme. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —concedí sonriendo.

—No os cortéis y hablad de lo que queráis. Olvidaos de que estoy presente. De todas formas, ya sé lo que hay entre vosotros dos.

—¿Todo?

—Casi todo —dijo Reiko—. Hacemos sesiones en grupo. Por eso lo sabemos casi todo. Además, Naoko y yo hemos hablado de todo lo imaginable. Aquí no hay demasiados secretos.

Miré a Reiko mientras tomaba el café.

—Si te soy sincero, estoy algo confuso. No sé si en Tokio me porté bien con Naoko. No he dejado de pensar en ello, pero todavía no lo sé.

—Yo tampoco. Y tampoco lo sabe Naoko. Esto es algo que tendréis que decidir vosotros mismos hablando largo y tendido. Estáis a tiempo de encauzar vuestra relación. Eso siempre y cuando seáis capaces de comprenderos el uno al otro. El tiempo te ayuda a reflexionar sobre las acciones del pasado.

Volví a asentir.

—Me pregunto si tú, Naoko y yo sabremos ayudarnos. Siendo sinceros, deseando ayudarnos. Si nos esforzamos puede ser muy efectivo. ¿Hasta cuándo vas a quedarte?

—Tengo que estar de vuelta antes de pasado mañana por la tarde. Debo ir a trabajar y, además, el jueves tengo examen de alemán.

—Bien. Puedes quedarte con nosotras. Así no te costará dinero y podréis hablar sin preocuparos de la hora.

—¿Con vosotras?

—Con Naoko y conmigo —dijo Reiko—. En la habitación hay dos camas y tenemos un sofá cama. Dormirás bien. No te preocupes.

—¿No está prohibido? ¿Un hombre viene de visita y se aloja en una habitación con mujeres?

—Supongo que no irrumpirás a la una de la madrugada para violarnos, ¿no?

—¡No!

—Entonces no hay ningún problema. Te quedas con nosotras y así podremos hablar. Es lo más cómodo. Podremos conocernos mejor y tocaré la guitarra en tu honor. Soy bastante buena.

—¿No será una molestia?

Reiko tomó el tercer cigarrillo Seven Stars, que encendió torciendo las comisuras de los labios.

—Nosotras ya lo hemos discutido. Y te invitamos las dos. Personalmente. Así que haz el favor de ser educado y aceptar la invitación, ¿no te parece?

—Por supuesto. Con mucho gusto.

Reiko me miró durante unos instantes en que se le hicieron más profundas las arrugas del rabillo del ojo.

—No sé. Hablas de una manera un poco extraña —replicó—. No estarás imitando al personaje de *El guardián entre el centeno*, ¿verdad?

—¡No! —Me reí.

Reiko, con el cigarrillo entre los labios, también se rió.

—Eres un buen chico. Mirándote, me he dado cuenta. En los siete años que llevo aquí he visto ir y venir a mucha gente. Así que lo sé. Hay dos tipos de personas: los que son capaces de abrir su corazón a los demás y los que no. Tú te cuentas entre los primeros. Puedes abrir tu corazón siempre y cuando quieras hacerlo.

—¿Y qué sucede cuando lo abres?

Reiko, con el cigarrillo entre los labios, juntó las palmas de las manos con aire divertido.

—Que te curas —afirmó.

La ceniza del cigarrillo cayó sobre la mesa, pero a ella no pareció importarle.

Salimos del edificio principal, cruzamos una pequeña colina, pasamos junto a una piscina, una pista de tenis y una cancha de baloncesto. En la pista de tenis dos hombres estaban practicando. Uno era de mediana edad y delgado, y el otro, joven y

gordo. Ninguno de los dos lo hacía mal pero, a mi parecer, aquello no tenía nada que ver con el tenis. De hecho, parecía que estuvieran investigando sobre la resistencia de la pelota. Enfebrecidos, se pasaban la pelota el uno al otro, extrañamente concentrados en el juego. Ambos sudaban a mares. El joven, que se encontraba más cerca, interrumpió el juego al ver a Reiko, se acercó y cruzó con ella unas palabras esbozando una sonrisa. Al lado de la pista de tenis, un hombre de rostro inexpresivo cortaba el césped con una máquina enorme.

Más adelante llegamos a una arboleda con unas quince o veinte viviendas de estilo occidental, pequeñas y agradables, separadas las unas de las otras. Frente a la mayoría de ellas, había estacionada una bicicleta amarilla idéntica a la que montaba el guardia. Reiko me indicó que allí vivía la gente de la plantilla con sus familias.

—Aquí puedes encontrar todo lo que necesites sin tener que ir a la ciudad —me explicó Reiko mientras andábamos—. Por lo que respecta a la comida, tal como te he dicho antes, somos casi autosuficientes. También tenemos gallinas ponedoras que nos dan huevos. Hay libros, discos, instalaciones deportivas, incluso un pequeño supermercado, y cada semana viene el peluquero. Los fines de semana pasan películas. Si quieres comprar algo especial, puedes pedirselo a alguien de la plantilla que vaya a la ciudad. Contamos con un sistema de venta por catálogo para comprar la ropa. No nos falta nada.

—¿No podéis ir a la ciudad? —pregunté.

—No, no se puede. Excepto las visitas al dentista, etcétera. Pero, en principio, no está permitido. Tienes toda la libertad para salir de aquí, pero, una vez fuera, ya no puedes volver. Es como quemar las naves. Nadie puede navegar dos o tres días y regresar. Es comprensible. Si no, esto acabaría convirtiéndose en un jubileo.

Pasada la arboleda había una suave pendiente donde se alzaban, a tramos irregulares, unos edificios de madera de dos plantas que provocaban una extraña sensación. No sabría decir qué tenían de extraño, pero ésa fue la primera impresión que me dieron. Me pareció estar contemplando una imagen irreal. Se me ocurrió que aquélla podría ser una animación hecha por Walt Disney a partir de un cuadro de Munch. Todos los edificios tenían la misma forma y estaban pintados del mismo color. Eran casi cúbicos, con un gran portal que guardaba una perfecta simetría derecha-izquierda y muchas ventanas. Entre los edificios discurría un camino lleno de curvas parecido al circuito de una autoescuela. Frente a todas las casas había plantas muy bien cuidadas. No se veía un alma y las cortinas de todas las ventanas estaban corridas.

—Éste es el bloque C. Aquí viven las mujeres. O sea, nosotras. Hay diez edificios, cada uno está dividido en cuatro secciones, y en cada sección viven dos personas. Por lo tanto, puede alojar a ochenta personas. Pero en este momento sólo hay treinta y dos.

—¡Qué tranquilo! —exclamé.

—Porque ahora no hay nadie —dijo Reiko—. Yo disfruto de un trato especial, y por eso ahora tengo tiempo libre, pero la mayoría están siguiendo su programa de actividades. Algunos hacen deporte, otros cuidan el jardín, otros hacen terapia de grupo, otros han salido a recolectar verduras silvestres. Cada uno elabora su propio programa. ¿Qué estará haciendo Naoko ahora? Supongo que pintando o empapelando. No lo recuerdo. Hacen una u otra actividad hasta las cinco de la tarde.

Entró en un edificio con el número C-7 en la fachada, subió las escaleras del fondo y abrió una puerta que había a la derecha. La puerta no estaba cerrada con llave. Reiko me enseñó el interior de la casa. Era una vivienda sencilla y acogedora compuesta de cuatro habitaciones: sala de estar, dormitorio, cocina y baño. Aunque tenía los muebles imprescindibles, sin adornos, no daba una sensación de frialdad. Por algún motivo, en aquella casa me sentí igual que en presencia de Reiko: relajado y a mis anchas. En la sala de estar había un sofá, una mesa y una mecedora. En la cocina, una pequeña mesa. Encima de ambas mesas yacía un gran cenicero. El mobiliario del dormitorio constaba de dos camas, dos escritorios y un armario. A la cabecera de las camas había una mesita de noche con una lámpara y un libro de bolsillo vuelto del revés. En la cocina habían instalado un pequeño horno eléctrico y una nevera para que pudieran cocinar platos sencillos.

—No hay bañera, sólo ducha. Pero está muy bien, ¿no? —comentó Reiko—. El baño y la lavandería son comunes.

—Está más que bien. En la residencia donde vivo las habitaciones se limitan a un techo y una ventana.

—Hablas así porque no conoces los inviernos de esta zona —Reiko me dio unos golpecitos en la espalda para conducirme al sofá donde ella tomó asiento—. Aquí los inviernos son largos y crudos. Mires donde mires, no ves más que nieve. Hay humedad, el frío te cala hasta los huesos. Nos pasamos el día quitando nieve. Matamos el tiempo en una habitación caldeada, escuchando música, hablando, haciendo punto. Por eso, si no tuviéramos tanto espacio, nos agobiaríamos. No podríamos vivir. Si vienes en invierno ya lo verás.

Reiko lanzó un largo suspiro como si estuviera recordando el invierno y juntó las dos manos sobre su regazo.

—Luego te montaré la cama —dijo dando golpecitos en el sofá donde estábamos sentados—. Nosotras dormiremos en el dormitorio y tú aquí. ¿Qué te parece?

—No hay problema.

—Ya está decidido —afirmó Reiko—. Estaremos de vuelta sobre las cinco. Tenemos cosas que hacer, así que tú espéranos aquí.

—Me pondré a estudiar alemán.

Cuando Reiko se fue, me tendí en el sofá y cerré los ojos. De pronto, mientras me

sumía en aquel silencio, me acordé de una excursión en moto que habíamos hecho Kizuki y yo. Creí recordar que estábamos en otoño. Era el otoño de..., ¿cuántos años atrás? Cuatro. Me acordé del olor de la cazadora de cuero de Kizuki y del estrépito que hacía aquella Yamaha 125 cc de color rojo. Fuimos hasta un lugar alejado en la playa y regresamos, exhaustos, al atardecer. No ocurrió nada extraordinario, pero recordaba muy bien aquella excursión. El viento de otoño me hería los oídos, y cuando alzaba la vista hacia el cielo, agarrado con mis manos a la cazadora de Kizuki, me sentía lanzado hacia el espacio.

Permanecí mucho rato tumbado en el sofá en la misma posición mientras me asaltaban los recuerdos de aquella época. Por alguna extraña razón, tendido en aquella habitación, acudían a mi mente unas escenas del pasado de las que no solía acordarme normalmente. Algunas eran alegres, otras, un poco tristes.

¿Cuánto tiempo permanecí así? Estaba tan inmerso en aquel torrente imprevisto de recuerdos (parecía una fuente que brota entre las grietas de las rocas) que no me di cuenta de que Naoko abría la puerta y entraba sigilosamente en la habitación. Allí estaba. Levanté la mirada y clavé mis ojos en los suyos. Naoko me observaba, sentada en el sofá. Al principio, pensé que su silueta era una imagen entretejida con las de mis recuerdos. Pero era la Naoko de carne y hueso.

—¿Dormías? —me preguntó en un susurro.

—No, estaba pensando. —Me incorporé en el sofá—. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien. —Esbozó una sonrisa que parecía sacada de una antigua escena en color sepia—. Ahora no tengo tiempo. En realidad, no tendría que estar aquí, pero me he escapado unos minutos. Tengo que volver enseguida. Debo de estar horrorosa con estos pelos...

—Estás muy guapa —le dije.

Llevaba el típico peinado sencillo de las antiguas estudiantes de primaria, con una mitad sujeta con un pasador. Le sentaba muy bien; parecía que lo hubiese llevado siempre. Recordaba a una de aquellas hermosas jovencitas que salen en las xilografías antiguas.

—Me da pereza, así que me lo corta Reiko. ¿Te gusta?

—Sí, mucho.

—A mi madre le pareció espantoso —comentó Naoko. Se quitó el pasador, se soltó el pelo, se pasó los dedos por el cabello y volvió a sujetárselo. El pasador tenía forma de mariposa—. Quería verte a solas antes de que nos encontremos los tres. No tengo nada urgente que decirte, pero quería verte la cara y acostumbrarme a ti. Si no lo hago así, después no me sentiré cómoda. Soy muy torpe con la gente.

—¿Y ya vas acostumbrándote?

—Un poco. —Volvió a toquetearse el pasador—. Pero ya no tengo más tiempo. Debo irme.

Asentí.

—Watanabe, gracias por venir. Estoy muy contenta. Pero, si estar aquí representa una carga para ti, quiero que me lo digas con franqueza. Es un lugar especial que se rige por un sistema especial, y algunas personas no logran acostumbrarse. Si te sucede eso, no dudes en comentármelo. No me sentiré decepcionada, ni nada por el estilo. Aquí todos somos sinceros. Nos lo decimos todo con franqueza.

—Seré sincero —le prometí.

Naoko tomó asiento a mi lado y apoyó su cuerpo contra el mío. Al rodearla con mi brazo, reclinó la cabeza en mi hombro y rozó mi cuello con la punta de su nariz. Permaneció inmóvil en esta posición como si estuviera tomándome la temperatura. Abrazado a Naoko, sentí cómo se me caldeaba el corazón. Poco después, se levantó sin decir palabra, abrió la puerta y se marchó tan sigilosamente como había llegado. Al poco me adormilé en el sofá. Arropado por la presencia de Naoko, caí en un sueño mucho más profundo que los que había tenido en años. En la cocina estaba la vajilla que usaba Naoko; en el baño, el cepillo de dientes que usaba Naoko; en el dormitorio, la cama donde dormía Naoko. En aquella casa impregnada de su presencia, dormí profundamente, exprimiendo, gota a gota, toda la fatiga acumulada en cada una de mis células. Soñé que era una mariposa danzando en la penumbra.

Al despertarme mi reloj de pulsera marcaba las 16:35. La tonalidad de la luz había cambiado, el viento había amainado y la forma de las nubes era distinta. Me noté sudado, así que saqué una toalla de la mochila, me enjuagué la cara y me cambié la camisa. Luego fui a la cocina, bebí agua y miré por la ventana. Distinguí las ventanas del edificio de enfrente. En el interior de la casa había algunas figuras de papel colgando de un hilo. Siluetas de pájaros, nubes, vacas y gatos acortadas con pulcritud y ensambladas las unas a las otras. En los alrededores no se veía un alma ni se oía el menor ruido. Me dio la sensación de estar viviendo, yo solo, en unas ruinas cuidadas con esmero.

El bloque C empezó a poblarse poco después de las cinco. Tras el cristal de la ventana de la cocina, vi cómo dos, no, tres mujeres pasaban por debajo. Las tres llevaban sombrero; no pude verles la cara ni adivinar su edad, pero, a juzgar por sus voces, no debían de ser jóvenes. Cuando doblaron la esquina y desaparecieron, otras cuatro se aproximaron desde el mismo lugar y desaparecieron también por la misma esquina. Anohecía. Por la ventana de la sala de estar se veía el bosque y unas montañas. La cordillera estaba ribeteada de un halo de pálida luz.

Naoko y Reiko volvieron a las cinco y media. Naoko y yo nos saludamos como si nos encontráramos por primera vez. La chica parecía sentirse cohibida por mi presencia. Reiko se fijó en el libro que estaba leyendo y me preguntó cuál era.

—*La montaña mágica* de Thomas Mann —le dije.

—¿Por qué has traído un libro a un lugar como éste? —me preguntó Reiko atónita.

Tenía razón.

Reiko preparó café para los tres. Le hablé a Naoko de la súbita desaparición de Tropa-de-Asalto. Y le conté que el último día en que nos vimos me había regalado una luciérnaga.

—¡Qué lástima que se haya marchado! ¡Y yo que quería escuchar más historias tuyas! —exclamó Naoko con pesar.

Puesto que Reiko quiso saber quién era Tropa-de-Asalto, conté una vez más sus aventuras. Ella también se rió a carcajadas. Con las historias de Tropa-de-Asalto, el mundo entero se llenaba de paz y de risas.

A las seis fuimos los tres al comedor del pabellón principal a cenar. Naoko y yo comimos pescado frito, ensalada, *nimono*, arroz y *misoshiru*^[20]. Reiko tomó una ensalada de macarrones y una taza de café. Después se fumó un cigarrillo.

—Cuando te haces mayor, el cuerpo no te pide tanta comida —explicó Reiko.

En el comedor había unas veinte personas sentadas a las mesas. Mientras estuvimos comiendo, entraron algunas más y salieron otras. Salvando las diferencias de edad, el aspecto que ofrecía el comedor era muy semejante al de la residencia. Lo que sí era distinto era que allí todos charlaban en un tono de voz uniforme. Nadie gritaba ni susurraba. Nadie se reía a carcajadas ni lanzaba gritos de sorpresa, nadie llamaba a nadie alzando la mano. Todos charlaban en voz baja, en el mismo volumen. Comían divididos en grupos integrados por entre tres y cinco personas. Cuando uno hablaba, los demás escuchaban con atención, asentían, y cuando aquél terminaba, otro tomaba la palabra. No sabía de qué estarían hablando, pero su conversación me recordó el extraño partido de tenis que había presenciado al mediodía. Me pregunté si Naoko también hablaba de aquella forma cuando estaba con ellos. Fue curioso: sentí una mezcla de soledad y celos.

En la mesa de atrás, un hombre calvo que vestía bata blanca, sin duda un médico, les explicaba, a un joven con gafas de aspecto neurótico y a una señora de mediana edad con cara de ardilla, el efecto de la ingravidez sobre la secreción de los jugos gástricos. El joven y la mujer lo escuchaban exclamando: «¡Oh!», «¡Ah!». Pero yo, escuchando aquella conversación, empecé a dudar de que el hombre calvo de la bata blanca fuera realmente médico.

Nadie en el comedor me prestaba atención. Nadie me miraba con curiosidad, ni siquiera parecían reparar en mí. Al parecer, no les extrañaba mi presencia.

Una sola vez, el hombre de la bata blanca se volvió hacia nuestra mesa y me preguntó:

—¿Hasta cuándo se quedará usted aquí?

—Dos noches. Regreso el jueves —le respondí.

—En esta época del año hace buen tiempo, ¿verdad? Pero vuelva en invierno. Es precioso, todo blanco —comentó.

—Quizá Naoko salga de aquí antes de que nieve —le dijo Reiko al hombre.

—¡Ah, vaya! Sí, el invierno está muy bien —repitió el hombre con solemnidad.

Yo cada vez tenía más dudas de que aquel hombre fuera médico.

—¿De qué hablan todos? —le pregunté a Reiko.

Ella no pareció captar el sentido de mi pregunta.

—¿De qué hablan? De cosas normales. De lo que han hecho durante el día, de los libros que han leído, del tiempo que hará mañana, de ese tipo de cosas. Supongo que no esperabas que alguien se levantara de un salto y gritara: «Mañana lloverá porque un oso polar se ha comido las estrellas».

—No me refería a eso —tercié—. Pero todos hablan en voz baja, y me preguntaba qué estarían diciendo.

—Éste es un lugar tan tranquilo que todo el mundo, espontáneamente, se acostumbra a hablar bajito —dijo Naoko apilando las espigas del pescado en un montoncito en el borde del plato. Luego se secó las comisuras de los labios con un pañuelo—. Además, no hace falta alzar la voz. No es necesario convencer a nadie de nada ni llamar la atención.

—Sí, claro —reconocí.

En un entorno tan silencioso, me sorprendí a mí mismo echando de menos el bullicio de la residencia. Añoré las risas, los gritos y los improperios. Yo estaba más que harto del alboroto que armaban los estudiantes, pero no logré sentirme cómodo comiendo mi pescado en aquel extraño silencio. La atmósfera de aquel comedor se parecía a la de una feria de muestras de maquinaria especializada. La gente con un profundo interés en un campo determinado se reunía en un cierto lugar e intercambiaba información.

De vuelta a la habitación, después de cenar, Naoko y Reiko dijeron que iban a los baños comunes del bloque C. Y que, si me bastaba con la ducha, podía usar la del baño. Les respondí que así lo haría. Cuando se fueron, me desnudé, me duché y me lavé el pelo. Mientras me secaba el pelo con el secador, saqué un disco de Bill Evans de la estantería y lo puse. Al poco de escucharlo, me di cuenta de que era el mismo que escuché varias veces en la habitación de Naoko el día de su cumpleaños. La noche en que Naoko lloró y yo la abracé. Aunque había transcurrido medio año, aquello pertenecía a un pasado remoto. Había pensado tantas veces en ello que acabé distorsionando la noción del tiempo.

A la luz de una luna resplandeciente, apagué la luz, me tendí en el sofá y escuché el piano de Bill Evans. La luz de la luna que se filtraba por la ventana alargaba las sombras de los objetos y dejaba en la pared unas pálidas y borrosas pinceladas de

tinta desleída. Saqué de la mochila una petaca metálica llena de brandy y bebí un trago. Sentí cómo su calor descendía lentamente desde la garganta hasta el estómago. Luego aquel calor se propagó del estómago a cada rincón de mi cuerpo. Tomé otro trago, tapé la petaca y la devolví a la mochila. La luz de la luna parecía temblar al compás de la música.

Treinta minutos después, Naoko y Reiko volvieron del baño.

—Me he asustado al ver la luz apagada y la casa a oscuras —dijo Reiko—. Temía que hubieras recogido tus cosas y hubieras vuelto a Tokio.

—Hacía mucho tiempo que no veía una luna tan clara y he apagado la luz.

—Es precioso... —intervino Naoko—. Reiko, ¿quedan velas de las que usamos en el apagón del otro día?

—Creo que hay alguna en el cajón de la cocina.

Naoko fue a la cocina, abrió el cajón y trajo una vela grande y blanca. Yo la encendí, dejé caer la cera en un plato y la planté allí. Reiko encendió un cigarrillo con la llama de la vela. Como de costumbre, reinaba un profundo silencio; inmersos en aquella quietud y reunidos alrededor de la vela, parecíamos tres náufragos perdidos en los confines del mundo. Las sombras mudas de la luna y las sombras danzantes de la vela se superponían, entretejiéndose unas con otras sobre la blanca pared. Naoko y yo nos sentamos en el sofá, y Reiko, en la mecedora de enfrente.

—¿Te apetece una copa de vino? —me preguntó Reiko.

—¿Se puede beber alcohol aquí? —exclamé con cierta sorpresa.

—En realidad no. —Reiko se rascó el lóbulo de la oreja con embarazo—. Pero suelen hacer la vista gorda. Siempre que se trate de vino o cerveza y se beba en poca cantidad. De vez en cuando le pido a un conocido de la plantilla que me compre un poco.

—A veces nos corremos una juerga las dos... —explicó Naoko con aire travieso.

—¡Qué bien! —dije.

Reiko fue a buscar una botella de vino blanco de la nevera, la abrió con el sacacorchos y trajo tres copas. Era un vino tan ligero y delicioso que parecía de cosecha propia. Cuando el disco acabó, Reiko sacó un estuche de guitarra de debajo de la cama y, tras afinar el instrumento con mimo, empezó a tocar lentamente una *Fuga* de Bach. Se equivocó varias veces en el punteado, pero aquél fue un Bach interpretado con sentimiento. Cálido, íntimo; se notaba que disfrutaba tocando.

—Empecé a tocar la guitarra al llegar aquí porque en la habitación no hay piano. No soy muy buena. Aprendí sola, y mis dedos no están hechos para tocar la guitarra. Pero me gusta mucho. Es pequeña, manejable... Como una habitación bien caldeada.

Tocó otra pieza breve de Bach, un pasaje de una *Suite*. A la luz de la vela, bebiendo vino y escuchando la interpretación que hacía Reiko de Bach, mi espíritu fue sosegándose sin darme cuenta. Cuando terminó con Bach, Naoko le pidió que

tocara algo de los Beatles.

—Ahora las peticiones. —Reiko me guiñó un ojo—. Desde que llegó Naoko, me paso el día tocando canciones de los Beatles. Soy su esclava musical.

A pesar de sus quejas, tocó *Michelle*, y muy bien, por cierto.

—Me encanta esta melodía. —Reiko bebió un sorbo de vino y fumó un cigarrillo—. Me hace pensar en la lluvia cayendo suavemente sobre el prado.

Luego tocó *Nowhere Man* y *Julia*. Mientras tocaba, de vez en cuando cerraba los ojos y sacudía la cabeza. Bebió otro sorbo de vino y fumó otro cigarrillo.

—Toca *Norwegian Wood* —dijo Naoko.

Reiko trajo de la cocina una hucha con forma de *maneki-neko*^[21] y Naoko metió dentro una moneda de cien yenes.

—¿Qué hacéis? —pregunté.

—Cada vez que le pido que toque *Norwegian Wood* tengo que meter cien yenes —explicó Naoko—. Es mi canción preferida, así que le damos un trato especial. Ésta la pido de todo corazón.

—Y éste es mi dinero para comprar tabaco.

Reiko, tras desentumecerse los dedos, empezó a tocar *Norwegian Wood*. Su interpretación estaba llena de sentimiento, sin caer en el sentimentalismo. Yo también introduje cien yenes de mi bolsillo en la hucha.

—Gracias —dijo Reiko sonriendo.

—Cuando escucho esta canción a veces me pongo triste —comentó Naoko—. No sé por qué, pero me siento como si me encontrara perdida en un espeso bosque. Hace frío, está muy oscuro y nadie viene a ayudarme. Por eso, si no se la pido, ella no la toca nunca.

—¡Igual que en *Casablanca*! —Reiko se rió.

Luego interpretó varias piezas de bossa nova. Mientras, yo contemplaba a Naoko. Tal como ella misma me había escrito en su carta, tenía un aspecto más saludable, estaba muy bronceada y, gracias al ejercicio y al trabajo físico, se la veía más fuerte. Lo único que no había cambiado eran aquellas pupilas claras como un lago y aquellos delgados labios que temblaban con timidez. Sin embargo, en conjunto, su belleza había evolucionado hacia la plenitud. Esa especie de filo cortante que antes se ocultaba tras su belleza —cortante como el filo de un delgado cuchillo que, de pronto, te helara la sangre en las venas— se había mitigado, y, a cambio, ahora la envolvía un dulce sosiego. Su belleza me emocionó. Me sorprendió que una mujer pudiera cambiar tanto en medio año. La nueva belleza de Naoko me seducía tanto, o más, que la anterior, pero, con todo, no pude reprimir un sentimiento de nostalgia al pensar en la que había perdido. En aquella belleza ensimismada propia de la adolescencia que había seguido su propio camino y jamás volvería.

Naoko me dijo que quería saber cosas de mi vida. Le hablé de la huelga de la

universidad y de Nagasawa. Era la primera vez que le hablaba de él. Explicar su extraña personalidad, su particular filosofía de vida y su dudosa moralidad no era nada fácil, pero Naoko pareció entender lo que trataba de contarle. No le mencioné que salía con él a ligar, pero sí le dije que mi único amigo de la residencia era un chico especial. Mientras tanto, con la guitarra entre los brazos, Reiko volvía a tocar la *Fuga* de antes. Y seguía haciendo pausas para beber unos sorbos de vino o fumar un cigarrillo.

—Parece un chico muy extraño —dijo Naoko.

—Lo es.

—¿Pero a ti te gusta?

—No estoy seguro —reconocí—. Creo que sí. Es una persona que puede o no gustarte, pero no pretende agradar a nadie. En este sentido es una persona muy honesta, sin dobleces. Un estoico.

—Es raro que lo llames estoico, habiéndose acostado con tantas chicas. —Naoko empezó a reírse—. ¿Con cuántas dice que se ha acostado?

—Con unas ochenta —concreté—. Pero, en su caso, cuanto mayor es el número de mujeres, menor es el sentido que tiene cada acto individual. Y creo que eso es, justamente, lo que él anda buscando.

—¿Esto es el estoicismo? —preguntó Naoko.

—Para él, sí.

Naoko se tomó un momento para reflexionar sobre esto último.

—Creo que ese chico está peor que yo —argumentó.

—Tienes razón. Pero él racionaliza sistemáticamente todas las deformaciones que hay en su interior. Es una persona muy inteligente. Si lo trajeran aquí, saldría a los dos días. Diría: «Esto ya lo sé», «Aquello también», «Sí, ya entiendo lo que estáis haciendo». Él es así. Y la gente lo respeta tal como es.

—Yo debo de ser tonta —comentó Naoko—. Aún no entiendo qué hace esta gente aquí. Ni siquiera me entiendo a mí misma.

—No eres tonta, eres normal. A mí también me ocurre. Hay un montón de cosas de mí mismo que no entiendo. Esto nos sucede a las personas corrientes.

Naoko puso las dos piernas sobre el respaldo del sofá, las flexionó y apoyó la barbilla en las rodillas.

—Quiero saber más cosas de ti —me pidió.

—Soy una persona corriente. Nací en una familia corriente, recibí una educación corriente, tengo unas facciones corrientes, saco unas notas corrientes, pienso en las cosas corrientes —dije.

—¿No era tu admirado Scott Fitzgerald quien decía que uno no puede fiarse de las personas que se tienen por personas corrientes? Tú me dejaste el libro —soltó Naoko sonriendo con malicia.

—Es verdad —admití—. Pero lo mío no es una pose. Estoy convencido de ello. Soy una persona corriente. ¿Tú ves algo en mí que no sea corriente?

—¡Por supuesto! —exclamó Naoko atónita—. ¿Por qué crees que me acosté contigo? ¿Pensabas que estaba borracha y que me fui a la cama contigo como podía haberlo hecho con cualquiera?

—No —dije.

Naoko enmudeció y clavó la vista en la punta de sus pies. Yo, sin saber qué decir, tomé un sorbo de vino.

—Watanabe, ¿con cuántas chicas te has acostado? —me susurró como si se le ocurriera de repente.

—Con ocho o nueve —le respondí honestamente.

De pronto, Reiko interrumpió su música y dejó caer la guitarra sobre su regazo.

—Pero si aún no has cumplido veinte años. ¿Qué clase de vida llevas? —intervino.

Naoko me clavaba sus ojos sin decir palabra. Le expliqué a Reiko que me había acostado con aquella primera chica, de quien me había separado a la mañana siguiente. Le conté que no la amaba. También le dije que después empecé a acostarme con desconocidas, a instancias de Nagasawa.

—No es que quiera excusarme, pero sufría —le reconocí a Naoko—. Verte todas las semanas y hablar contigo, sabiendo que Kizuki era el único que ocupaba tu corazón, me hacía sufrir. Quizá por eso me he acostado con desconocidas.

Naoko, tras sacudir la cabeza varias veces, alzó la cabeza y me miró fijamente.

—Recuerdo que me preguntaste por qué no me había acostado con Kizuki. ¿Aún quieres saberlo?

—Tal vez sea algo que deba saber —concedí.

—Estoy de acuerdo —dijo Naoko—. Los muertos están muertos, pero nosotros seguimos viviendo.

Asentí.

Reiko repetía una y otra vez un pasaje difícil.

—A mí no me importaba acostarme con él. —Naoko se soltó el pelo y empezó a jugar con el pasador con forma de mariposa—. Y él quería acostarse conmigo, claro. Así que lo intentamos muchas veces. Pero fue inútil. No pude hacerlo. Yo no comprendía por qué. Todavía no lo entiendo. Amaba a Kizuki, no me importaba perder la virginidad. Hubiera hecho cualquier cosa que a él le apeteciera. Pero no pude.

Naoko volvió a recogerse el pelo con el pasador.

—No lograba estar húmeda —dijo Naoko en voz baja—. No me abría. Y el dolor era tremendo. Estaba seca, me dolía mucho. Probamos de todo. Pero nada funcionó. Aunque intentara humedecerme con algo, me dolía. Por eso, siempre se lo hice con

los dedos, o con los labios, ¿comprendes?

Asentí en silencio.

Naoko contempló la luna al otro lado de la ventana. Era más grande y brillante que antes.

—He procurado siempre no hablar de eso, he intentado mantenerlo guardado en mi corazón. Pero no me queda otro remedio. No puedo seguir callando. Aún no he podido entenderlo. Porque cuando me acosté contigo estaba muy húmeda.

—Sí —afirmé.

—El día en que cumplí veinte años, ya antes de que tú llegaras estaba húmeda. Y deseé todo el tiempo que me abrazaras, que me tomaras entre tus brazos, que me desnudaras, me acariciaras, me penetraras. Era la primera vez que sentía algo así. ¿Por qué? ¿Por qué ocurrió entonces? Yo a Kizuki lo amaba con toda mi alma.

—Y, en cambio, a mí no. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Perdóname —dijo Naoko—. No quiero herirte, pero debes entenderlo. La relación entre Kizuki y yo era algo muy especial. Nos conocíamos desde los tres años. Crecimos comprendiéndonos el uno al otro. Nos besamos por primera vez en sexto de primaria. Fue maravilloso. Cuando tuve la menstruación, corrí a los brazos de Kizuki y lloré desconsolada. Eso es lo que éramos el uno para el otro. Al morir, ya no supe cómo relacionarme con la gente. Dejé de comprender qué significaba querer a alguien.

Naoko hizo ademán de tomar la copa de vino de la mesa, pero ésta le resbaló de las manos y rodó por el suelo. El vino se vertió sobre la alfombra. Me agaché, recogí la copa y la devolví a la mesa. Le pregunté si le apetecía otra copa de vino. Ella permaneció unos instantes en silencio y luego rompió a llorar con el cuerpo sacudido por espasmos. Se dobló en dos, sepultó la cabeza entre las manos y lloró con desgarró, como en el pasado, con la respiración entrecortada. Reiko dejó la guitarra, se acercó a ella y le acarició la espalda. En cuanto la mujer le rodeó los hombros con un brazo, Naoko hundió la cara contra su pecho como si fuera un bebé.

—Me sabe mal, Watanabe —intervino Reiko—, pero ¿te importaría salir unos veinte minutos y dar un paseo? Todo se arreglará.

Asentí, me incorporé y me puse un jersey sobre la camisa.

—Lo siento —le susurré a Reiko.

—No te preocupes, no es culpa tuya. Cuando vuelvas, ya se habrá calmado. —Me guiñó un ojo.

Caminé por un sendero bañado por la luz irreal de la luna, entré en el bosque, vagué por él sin rumbo. Bajo la luz de la luna, todos los sonidos tenían una extraña reverberación. El ruido amortiguado de mis pasos parecía llegar de lejos, cual si estuviera andando por el fondo del mar. A veces oía un ligero crujido a mis espaldas. En el bosque flotaba una tensión palpable, como si los animales nocturnos

aguardaran, inmóviles, conteniendo la respiración, a que me alejara.

Salí del bosque, me senté en la suave pendiente de la colina y, desde allí, miré hacia el bloque donde vivía Naoko. Era fácil localizar su ventana. Bastaba con buscar la única ventana oscura con una pequeña luz temblando en el fondo de la habitación. Contemplé esa luz. Me recordaba el último hálito de vida de un cuerpo antes de abrasarse en las llamas. Quise taparla con mis manos y protegerla. Estuve mucho tiempo con la vista clavada en esa luz temblorosa, al igual que Jay Gatsby observó, noche tras noche, la pequeña luz en la orilla opuesta del lago.

Cuando, treinta minutos después, me acerqué a la entrada del bloque, oí que Reiko estaba tocando la guitarra. Subí la escalera, llamé a la puerta. En la habitación no había rastro de Naoko; Reiko estaba sola, sentada sobre la alfombra, tocando la guitarra. Me señaló la puerta del dormitorio. Con ese gesto, me indicaba que Naoko se encontraba allí. Luego depositó la guitarra en el suelo, se sentó en el sofá, me pidió que tomara asiento a su lado. Distribuyó entre las dos copas el vino que quedaba en la botella.

—Ella está bien —dijo dándome unos golpecitos en la rodilla—. Si está sola un rato, acostada, se tranquilizará. No te preocupes. Se ha emocionado. Mientras tanto, ¿qué te parece si damos un paseo?

—Me parece bien —dije.

Reiko y yo caminamos despacio por un sendero iluminado por la luz de las farolas hasta llegar al lugar donde estaban la pista de tenis y la cancha de baloncesto, y allí nos sentamos en un banco. Ella sacó una pelota de baloncesto de color naranja de debajo del banco y la hizo girar unos instantes sobre la palma de su mano. Me preguntó si sabía jugar al tenis. Le respondí que no se me daba bien, pero que había jugado varias veces.

—¿Y al baloncesto?

—No soy muy bueno que digamos.

—¿Y tú en qué eres bueno, aparte de ir acostándote con mujeres? —Cuando Reiko se rió se le dibujaron unas arrugas en el rabillo del ojo.

—Tampoco puede decirse que en eso sea bueno —repuse molesto.

—No te enfades. Bromeaba. Dime, ¿en qué eres bueno?

—No soy bueno en nada. Pero sí hay cosas que me gusta hacer.

—¿Cuáles?

—Ir de excursión, nadar, leer.

—Veo que te gusta la soledad.

—Supongo que sí —reconocí—. Nunca me han atraído los juegos de equipo. No les encuentro la gracia. Enseguida pierdo el interés.

—Entonces ven aquí en invierno. Hacemos esquí de fondo. Seguro que te gustaría

ir todo el día de aquí para allá, por la nieve, sudando a mares. —Reiko observó su mano derecha igual que si estuviera ante un instrumento musical antiguo.

—¿Naoko se pone así a menudo? —pregunté.

—De vez en cuando. —Ahora Reiko se estudiaba la mano izquierda—. Se excita, llora. Pero no pasa nada. Es sólo eso. Está exteriorizando sus emociones. Lo preocupante es cuando no logra sacarlas fuera. Se acumulan en su interior y se enquistan. Las emociones van petrificándose y muriendo dentro de uno. Eso sí es terrible.

—¿He dicho algo inoportuno?

—No. Tranquilo. No has cometido ningún error, así que no te preocupes. Di lo que sea con franqueza. Es lo mejor. Aunque os hiráis el uno al otro, o aunque, como ha sucedido antes, uno acabe alterando los nervios del otro. Viendo las cosas con perspectiva, es lo mejor que podéis hacer. Si deseas que Naoko se recupere, hazlo. Tal como te he dicho al principio, se trata no tanto de querer ayudarla como de desear curarte a ti mismo mientras la ayudas a curarse. Así es como funcionan aquí las cosas. En resumen, tienes que ser sincero. En el mundo exterior la gente no suele hablar con franqueza, ¿no es cierto?

—Sí —dije.

—Hace siete años que estoy aquí y he visto entrar y salir a mucha gente —siguió Reiko—. Quizás a demasiada. Por eso, viendo a alguien, sé instintivamente si se curará. En el caso de Naoko, no estoy segura. No puedo imaginarme qué será de ella. Tanto puede recuperarse el mes que viene como tardar muchos años. Así que, en cuanto a ella, no puedo darte ningún consejo. Sé sincero y ayudaos el uno al otro.

—¿Por qué su caso es una excepción y no sabes lo que sucederá?

—Porque le tengo afecto. Por eso no puedo juzgarla, porque entran en juego mis sentimientos. Además, y éste es otro asunto, en su caso hay muchos problemas que se entrelazan, como en un enrevesado amasijo de hilos, e ir soltando cada uno de estos hilos es un trabajo ímprobo. Desenredar todo esto puede llevarle muchos años, aunque también es posible que todos los hilos se desaten de golpe. Yo no puedo hacer nada. —Volvió a coger la pelota y, tras hacerla girar sobre la palma de su mano, la hizo botar—. Lo fundamental es no impacientarse. Éste es otro consejo que te doy. No te precipites. Aunque las cosas estén tan intrincadas que no sepas cómo salir del paso, no debes desesperarte, no debes perder la paciencia y tirar de un hilo antes de la cuenta. Hay que desenredarlos uno a uno, hay que tomarse todo el tiempo necesario.

—Eso haré.

—Pero quizá tarde mucho tiempo y es posible que no se recupere del todo. ¿Eres consciente de eso?

Asentí.

—Esperar es duro. —Reiko siguió botando la pelota—. Especialmente para una

persona de tu edad. Esperar días y días a que ella se cure sin poder hacer nada... En esto no hay plazos ni garantías. ¿Crees que podrás hacerlo? ¿Tanto quieres a Naoko?

—No lo sé —reconocí honestamente—. La verdad es que no sé muy bien qué significa amar a alguien. Y mucho menos a Naoko. Pero quiero hacer todo lo que esté en mi mano. Si no, no sabré cómo vivir sin ella. Como has dicho hace un rato, Naoko y yo debemos ayudarnos, éste es el único camino para salvarnos.

—¿Y vas a seguir acostándote con otras mujeres?

—No sé qué tengo que hacer respecto a eso —añadí—. ¿Debo esperarla todo este tiempo masturbándome? No tengo ese control sobre mi cuerpo.

Reiko dejó la pelota en el suelo y me dio unos golpecitos en las rodillas.

—No te estoy diciendo que sea malo que te acuestes con mujeres. Si a ti te va bien así, adelante. Es tu vida. Eres tú quien debe decidirlo. Lo único que quería advertirte es que no te consumas de forma antinatural. ¿Me comprendes? Sería una lástima. Los diecinueve y veinte años son un periodo fundamental en la vida y, si adquieres deformaciones estúpidas, con el paso de los años lo pasarás mal. Hazme caso. Piensa bien en esto: si quieres cuidar de Naoko, cuídate antes a ti mismo.

Le contesté que lo pensaría.

—Yo también he tenido veinte años —dijo Reiko—. Pero hace mucho tiempo de eso. ¿Puedes creerlo?

—Por supuesto.

—¿Con el corazón?

—Lo creo con el corazón —afirmé sonriendo.

—Y yo en mi época también era guapa, no tanto como Naoko, pero lo era. Entonces no tenía tantas arrugas como ahora.

Le comenté que me encantaban sus arrugas. Ella agradeció el cumplido.

—Pero, en el futuro, no les digas a las chicas que sus arrugas son bonitas. Aunque a mí me gusta que me lo digan.

—Iré con cuidado —dije.

Ella se sacó un monedero del bolsillo del pantalón, extrajo una fotografía que guardaba en el portarretratos y me la enseñó. Era una foto en color de una niña preciosa de unos diez años. La niña, enfundada en un llamativo mono de esquí y con los esquíes puestos, sonreía sobre la nieve.

—¿Qué te parece? Una niña muy guapa, ¿eh? Es mi hija. Me envió esta foto a principios de año. Ahora está en cuarto de primaria.

—Tiene tu misma sonrisa. —Le devolví la fotografía. Ella volvió a meterse el monedero en el bolsillo, sorbió por la nariz, se puso un cigarrillo entre los labios.

—De joven, yo quería ser concertista de piano. Tenía talento y la gente lo reconocía. Crecí muy mimada. Había ganado algunos concursos, sacaba las mejores notas del conservatorio, y todo el mundo daba por hecho que iría a estudiar a

Alemania en cuanto terminara la escuela. Viví una adolescencia sin una sola nube que la empañara. Todo me iba bien, y la gente que me rodeaba hacía que así fuera. Pero un día me sucedió algo extraño y todo se fue al traste. Fue en el cuarto año de conservatorio. Se acercaba un concurso importante y yo estaba ensayando noche y día para presentarme. De pronto, dejé de poder mover el dedo meñique de la mano izquierda. Se me quedó completamente tieso. Probé con masajes, baños de agua caliente, estuve dos o tres días sin tocar, pero no resultó. Aterrada, fui al hospital. Me hicieron varias pruebas, pero los médicos no lograron descubrir qué me ocurría. El dedo no presentaba ninguna anomalía, el nervio estaba bien, no había ninguna razón para que no pudiera moverse. Todo apuntaba a causas psicológicas. Y fui al psiquiatra.

»Tampoco él me aclaró gran cosa. Me dijo únicamente que debía de ser a causa del estrés de antes del concurso. Me aconsejó que dejara de tocar el piano durante un tiempo. —Reiko aspiró una bocanada de humo y lo expulsó. Flexionó varias veces el cuello—. Decidí ir a recuperarme a casa de mi abuela, en Izu. Desistí de presentarme al concurso y fui allí a descansar, a pasar dos semanas haciendo lo que me apeteciera. Pero no pude dejar de pensar en el piano. No me pasaba otra cosa por la cabeza. ¿Y si no recuperaba la movilidad del dedo meñique? ¿Cómo podría vivir? Estos pensamientos no me abandonaban nunca. No era de extrañar. Toda mi vida había girado en torno al piano. Había empezado a tocar a los cuatro años y, desde entonces, había pensado únicamente en él. Jamás había hecho ninguna tarea doméstica por temor a que se me estropearan las manos, todo el mundo me respetaba porque tenía talento tocando el piano. Si a una chica que ha crecido así le quitas el piano... ¿Qué le queda entonces?

»Me rompí por dentro. ¡Crac! Se me aflojó un tornillo en la cabeza. Mi mente se hundió en el caos, todo se tiñó de negro. —Reiko tiró la colilla al suelo, la apagó de un pisotón, volvió a flexionar el cuello varias veces—. Fue el fin de mi sueño de ser concertista de piano. Poco después de ingresar en el hospital psiquiátrico, recuperé la movilidad del dedo meñique, así que pude volver al conservatorio y terminar los estudios de música. Pero había perdido algo. Algo, una especie de masa de energía había desaparecido de mi interior. Los médicos me dijeron que tenía los nervios demasiado frágiles para convertirme en una concertista y que abandonara esa idea. Así pues, al terminar el colegio, empecé a dar clases en casa. ¡Pero era tan amargo! Tenía la sensación de que mi vida acababa ahí. Mi vida había terminado poco después de cumplir veinte años. Demasiado cruel, ¿no crees? Había tenido todas las posibilidades al alcance de mi mano y, en un abrir y cerrar de ojos, me había quedado sin nada. Ya nadie me aplaudía, nadie me mimaba, nadie me alababa. Sólo me quedaba permanecer en casa, día tras día, y enseñar a tocar a los niños del barrio ejercicios de Beyer y *Sonatinas*. Sufría, no paraba de llorar. Me sentía mortificada. Al

oír que otras personas que tenían mucho menos talento que yo habían quedado segundas en un concurso o que daban un recital en una u otra sala de conciertos, rodaban por mis mejillas lágrimas de despecho.

»Mis padres me trataban con mucho tiento, pero yo sabía que se sentían decepcionados. Poco tiempo antes se enorgullecían de su hija, y ahora ésta acababa de salir de un hospital psiquiátrico. Así las cosas, ¿podrían casarla siquiera? Viviendo bajo el mismo techo, estos sentimientos se transmiten. Lo odiaba. Me daba miedo salir porque me parecía que los vecinos hablaban de mí. Y, de nuevo, ¡crac! Se me aflojó un tornillo, la madeja se enredó, mi mente se hundió en las tinieblas. Entonces tenía veinticuatro años. En aquella ocasión permanecí siete meses ingresada en un sanatorio. No aquí. En uno normal, rodeado por un alto muro y con las puertas cerradas. Sucio, sin piano... No sabía qué hacer. Pero me propuse salir lo antes posible, luché con todas mis fuerzas y logré curarme. Siete meses es mucho tiempo.

»Y así fue como el rostro se me llenó de arrugas. —Reiko sonrió tensando los labios—. Después de salir del hospital, conocí a mi marido y nos casamos. Era uno de mis alumnos de piano, un año menor que yo, que trabajaba como ingeniero en una empresa de construcción aeronáutica. Una buena persona. Callado, pero honesto y cariñoso. Después de tomar clases conmigo medio año, me pidió que me casara con él. Así, de repente, un día mientras estábamos tomando una taza de té después de la clase. ¿Te imaginas? Jamás habíamos salido juntos, ni siquiera nos habíamos tomado de la mano. Me quedé atónita. Y le dije que no podía casarme. Que pensaba que era una buena persona y sentía simpatía hacia él, pero, dadas las circunstancias, no podía ser su esposa. Él quiso saber cuáles eran esas circunstancias, así que se lo conté todo: que me había trastocado y que había estado hospitalizada dos veces. Se lo conté todo con pelos y señales. Cuál era la causa, en qué estado me encontraba, que había posibilidades de que se repitiera en el futuro. Él me pidió un poco de tiempo para reflexionar, y yo le respondí que se tomara todo el que necesitase. No tenía prisa. Una semana después vino y me repitió que quería casarse conmigo. Le pedí que nos diéramos tres meses para conocernos. Si entonces aún deseaba casarse conmigo, volveríamos a hablar del asunto.

»Durante esos tres meses salimos juntos una vez por semana. Fuimos a muchos sitios, hablamos de muchas cosas. Y empezó a gustarme. A su lado, tenía la sensación de que finalmente la vida volvía a pertenecerme. Cuando estaba con él, me tranquilizaba y olvidaba muchas angustias. Por ejemplo, que jamás podría ser concertista, que había estado ingresada en un hospital psiquiátrico... ¿Acaso iba a terminar mi vida por esto? La vida me reservaba un montón de cosas maravillosas que yo desconocía. Y sólo por hacerme sentir de esta manera, le estaba agradecida de todo corazón. A los tres meses volvió a pedirme que me casara con él. Le dije: “Si quieres acostarte conmigo, a mí no me importa. Jamás me he acostado con nadie,

pero me gustas mucho, así que, si quieres hacer el amor conmigo, me parece bien. Pero casarnos es algo muy distinto. Eso sería más duro de lo que supones. ¿Lo entiendes?”.

»Él dijo que no le importaba. No buscaba acostarse conmigo. Quería casarse y compartir nuestras vidas. Y lo deseaba de todo corazón. Era de esas personas que dicen lo que piensan y que llevan a la práctica lo que dicen. “Casémonos”, accedí. ¡Qué otra cosa podía decirle! Por este motivo, él discutió con sus padres y dejaron de verse. Su familia procedía de la zona rural de Shikoku. Sus padres me investigaron a fondo, se enteraron de que había estado hospitalizada dos veces. Así que se opusieron a la boda y se pelearon. No les faltaban razones para oponerse. Por eso no hicimos celebración de boda. Sólo fuimos al ayuntamiento, nos inscribimos en el Registro Civil y nos marchamos dos días a Hakone. Pero fui muy feliz. Después de todo, llegué virgen al matrimonio. Me casé a los veinticinco años. —Reiko suspiró y volvió a tomar la pelota de baloncesto—. Creía que, mientras estuviese a su lado, no tendría problemas. Mientras estuviese a su lado, nada malo podría sucederme. En enfermedades como la mía es fundamental confiar en alguien. Pensaba que podía dejarlo todo en sus manos. Que si mi estado empeoraba, es decir, si los tornillos empezaban a aflojarse, él se daría cuenta enseguida y, con todo su cariño y toda su paciencia, apretaría los tornillos, desenredaría la madeja. Y con esta confianza no tenía por qué recaer. Aquel ¡crac! no tenía por qué producirse. ¡Estaba tan contenta! La vida me parecía maravillosa. Me sentía como si hubiese sido rescatada de un mar de aguas frías y agitadas y me hubiesen acostado en un lecho, cálidamente arropada entre mantas.

»Dos años después nació mi hija y, a partir de entonces, el cuidado del bebé ocupó todo mi tiempo. Conseguí olvidar mi enfermedad casi por completo. Me levantaba por las mañanas, hacía las tareas domésticas, cuidaba de la niña y, cuando él regresaba a casa, le servía la comida..., día tras día. Quizá fue la época más feliz de mi vida. ¿Cuántos años duró? Hasta los treinta y un años. Otra vez ¡crac!, y me derrumbé.

Reiko encendió un cigarrillo. El viento había cesado. El humo ascendía en línea recta, desvaneciéndose entre las tinieblas. Me fijé en que el cielo estaba surcado de incontables estrellas.

—¿Te ocurrió algo? —le pregunté.

—Sí —dijo Reiko—. Sucedió una cosa muy extraña. Sentí como si alguien me hubiera tendido una trampa y estuviera aguardando a que cayera en ella. Incluso ahora me dan escalofríos cuando lo pienso. —Se tocó la sien con la mano con la que no sostenía el cigarrillo—. Lo siento. Estoy hablando yo todo el rato. Y tú has venido a visitar a Naoko.

—Me gusta escucharte —dijo—. ¿Te importaría seguir con la historia?

—Cuando mi hija entró en el jardín de infancia, volví a tocar el piano —continuó Reiko—. No tocaba para nadie, sólo para mí. Empecé con pequeñas piezas de Bach, Mozart, Scarlatti. Como había estado mucho tiempo sin tocar, mi sensibilidad musical se había resentido. Tampoco podía mover los dedos como antes. Pero estaba contenta. ¡Podía tocar el piano otra vez! Fue tocándolo como comprendí cuánto amaba aquel instrumento y cuánto lo había añorado. En fin, era maravilloso poder interpretar música para mí misma.

»Tal como te he dicho antes, tocaba el piano desde los cuatro años, pero jamás por placer. Siempre lo hacía para pasar un examen, porque era una asignatura, para impresionar a los demás. Eso es importante, claro que sí, para llegar a dominar un instrumento musical. Pero cuando una llega a cierta edad, tiene que interpretar la música para sí misma. Ése es el poder de la música. Y yo por fin lo comprendía después de salir del circuito de élite, a punto de cumplir treinta y dos años. Llevaba a mi hija al jardín de infancia, realizaba las tareas de la casa en un santiamén y después me pasaba una o dos horas interpretando mis melodías favoritas. Hasta aquí no hay problema, ¿verdad?

Asentí.

—Sin embargo, un día una vecina a quien conocía de vista, de saludarnos por la calle, vino a visitarme y me dijo que su hija quería que le diese clases de piano. Aunque la llame vecina, su casa estaba, en realidad, bastante lejos de la mía, y yo no conocía a su hija. Pero, según decía la señora, la niña solía pasar por delante de casa y, al oírme tocar el piano, se emocionaba. También me había visto, y al parecer sentía una gran admiración hacia mí. Estaba en segundo de secundaria y había recibido clases, pero por entonces no tenía profesor.

»Rehusé. Le dije que había estado muchos años sin tocar y que, si fuera una principiante, todavía, pero enseñar a una chica que ya había recibido clases durante varios años me era imposible. Ante todo, yo estaba ocupada cuidando de mi hija y, además, aunque eso no se lo comenté a la madre, por supuesto, una chica que cambiaba constantemente de profesor no podría llegar lejos. Entonces la madre me pidió que al menos le hiciera el favor de conocer a su hija. ¡En fin! Era una mujer muy testaruda y no me hubiera resultado fácil negarme, así que acepté insistiendo en que sólo conocería a la niña. Al cabo de tres días la hija se presentó en casa, sola. Era hermosa como un ángel. Tenía una belleza angelical. Fue la primera y última vez en mi vida que vi una chica tan hermosa. Tenía el pelo largo y negro como la tinta china, los brazos y las piernas largos y gráciles, los ojos brillantes, los labios delgados y suaves como acabados de hacer. Al verla, me quedé sin habla. Cuando se sentó en el sofá de la sala de estar, la estancia parecía haberse transformado en otra mucho más lujosa. Si la mirabas de frente, quedabas deslumbrado. Tenías que entornar los ojos.

»Así era ella. Aún hoy me parece verla. —Reiko entornó los ojos como si tratara

de imaginársela—. Estuvimos hablando alrededor de una hora mientras tomábamos una taza de café. Charlamos de música, de la escuela... Parecía inteligente. Sus opiniones eran claras, agudas, tenía el talento innato de quienes saben atraer el interés de su interlocutor. Casi me daba miedo. ¿Por qué la temía? Entonces no lo sabía. Sólo se me pasó por la cabeza que probablemente fuera su inteligencia aguda lo que temía. Cuando hablaba con ella iba perdiendo la capacidad de juzgar.

»En resumen, era demasiado joven y hermosa, y eso me aplastó, acabé viéndome a mí misma como un ser muy inferior. Si abrigaba algún pensamiento negativo respecto a ella, me daba la impresión de que ésta era una idea retorcida. —Negó con la cabeza varias veces—. Si yo fuera tan hermosa e inteligente como ella, sería una persona mucho más normal. ¿Qué más se puede pedir? Adorándola como la adoraba todo el mundo, ¿por qué atormentaba a los seres inferiores, más débiles que ella, y los presionaba? ¿Qué razones podía tener para hacer eso?

—¿Te hizo algo terrible?

—Vayamos por partes. Aquella chica era una mentirosa patológica. Una enferma. Se lo inventaba todo. Y acababa creyéndose lo que decía. Con tal de cuadrar las historias, iba cambiando esto y aquello a su antojo. Sin embargo, en cuanto yo pensaba «¡Qué extraño! No puede ser», ella tenía una inteligencia tan rápida que me tomaba la delantera, amañaba las cosas sin que me diera cuenta. No podía creer que todo fuera mentira. Nadie hubiera podido imaginar que una chica tan guapa mintiera sobre cosas tan insignificantes. Al menos yo no pude. Escuché sus mentiras durante un año y medio sin sospechar nada. Sin saber que se lo había inventado todo de cabo a rabo. Increíble.

—¿Qué clase de mentiras decía?

—De todo tipo. —Reiko sonrió con sarcasmo—. Cuando alguien miente una vez, luego tiene que seguir mintiendo para encubrir esa primera mentira. A eso lo llaman mitomanía. Pero, en el caso de los mitómanos, las mentiras que cuentan son inofensivas, y la mayoría de la gente que los rodea se da cuenta. Pero esta chica era diferente. Mentía para protegerse a sí misma y, para ello, hacía daño a los demás sin pestañear. Además, utilizaba a cualquiera que estuviera a su alcance. Mentía según quién fuera su interlocutor. A las personas que pudieran descubrirla fácilmente, como su madre o sus amigas, no les mentía, y cuando no le quedaba más remedio que hacerlo, tomaba infinitas precauciones. Nunca les decía ninguna mentira susceptible de ser descubierta. Si la descubrían, se inventaba una excusa o pedía perdón con voz suplicante y las lágrimas saltándole de sus bonitos ojos. Nadie podía enfadarse con ella.

»Sigo sin entender por qué me eligió a mí. ¿Me eligió como una víctima más o, más bien, para que la ayudara? Hoy todavía no lo sé. Tanto da. Ya todo ha terminado y así es como han ido las cosas.

Hubo un breve silencio.

—Ella me repitió lo que había dicho su madre. Me dijo que, al pasar por delante de casa, me había oído tocar el piano y que se había emocionado, que me había visto por la calle y que me admiraba. Me sonrojé. ¿Aquella chica, hermosa como una muñeca, me admiraba? Pero eso no creo que fuera mentira. Yo pasaba de los treinta y no era tan bonita e inteligente como ella, ni tampoco poseía un talento especial. Pero había algo en mi interior que la atraía. Tal vez algo que a ella le faltaba. Por eso había despertado su interés. Ésta es la conclusión a la que he llegado. Y, oye, no estoy presumiendo.

—Ya me lo imagino —dije.

—Trajo unas partituras y me preguntó si podía tocarlas. Le respondí que sí. Y tocó una *Invencción* de Bach. ¡Qué interpretación tan interesante! ¿O debería decir extraña? En todo caso, no era normal. No era una interpretación correcta. La chica jamás había estudiado en una academia, había tomado clases en días alternos, así que tocaba muy a su aire. El sonido no era pulido. En los exámenes de ingreso en el conservatorio la hubieran suspendido inmediatamente. Pero se hacía escuchar. Los pasajes más importantes se hacían escuchar. ¡Una *Invencción* de Bach, nada menos! Eso hizo que empezara a sentir interés hacia ella. «¿Quién será esa chica?», me decía.

»Con todo, el mundo está lleno de chicas que tocan a Bach muchísimo mejor que ella. Las hay que lo tocan veinte veces mejor. Pero sus interpretaciones raramente tienen contenido. Son vacías. En su caso, en cambio, la técnica era mala, pero tenía algo que atraía. Al menos a mí. Pensé que valía la pena darle clases. Por supuesto, ya era tarde para corregir todos sus errores y hacer de ella una profesional. Pero tal vez sería posible convertirla en una pianista que fuera capaz de disfrutar tocando el piano, como yo en aquella época, y ahora, claro. Éste fue, al fin y al cabo, un deseo vano. Porque no era de esas personas que hacen algo en silencio, para sí mismas. Se trataba de una chica que, para provocar la admiración en los demás, utilizaba cualquier medio a su alcance y lo calculaba todo minuciosamente. Sabía qué tenía que hacer exactamente para que los demás la admiraran o la alabaran. Y también sabía cómo tenía que tocar para llamar mi atención. Todo estaba calculado al detalle. Había practicado la *Invencción* una y otra vez. Saltaba a la vista. Con todo, incluso ahora, que soy consciente de esto, sigo pensando que su interpretación era maravillosa, y que, si pudiera volver a escucharla, me daría un vuelco el corazón. A pesar de todas sus astucias, mentiras y defectos. ¿No te parece? En la vida ocurren estas cosas.

Tras soltar una tos seca, Reiko interrumpió su relato y enmudeció un momento.

—¿Y la aceptaste como alumna? —pregunté.

—Sí. Venía una vez por semana, toda la mañana del sábado. En su escuela hacían fiesta los sábados. No faltó nunca, jamás llegó tarde, era una alumna ideal. Estudiaba. Y, al terminar la clase, comíamos pastel y hablábamos. —En este punto Reiko miró

su reloj—. Deberíamos volver a casa. Me preocupa Naoko. ¿No me digas que te habías olvidado de ella?

—¡No! —dije riendo—. Pero la historia me ha atrapado.

—Si quieres saber cómo continúa, te lo cuento mañana. Es una historia un poco larga. No puede contarse toda de golpe.

—Pareces Scherezade.

—Sí, y tú ya no podrás volver a Tokio. —Reiko también se rió.

Cruzamos el bosque de vuelta y regresamos a casa. La vela se había consumido y la luz de la sala estaba apagada. La puerta del dormitorio permanecía abierta, la lámpara de encima de la mesilla de noche, encendida, y su tenue luz llegaba hasta la sala. Encontramos a Naoko en el sofá de la sala, en la penumbra. Se había puesto una bata cerrada hasta el cuello y estaba sentada con las piernas dobladas encima del sofá. Reiko se acercó a ella y le acarició la cabeza.

—¿Estás bien?

—Sí, ya estoy bien. Lo siento —susurró Naoko. Luego se volvió hacia mí y se disculpó avergonzada—: ¿Te has asustado?

—Un poco. —Esbocé una sonrisa.

—Ven aquí —me dijo Naoko.

Después de sentarme a su lado, Naoko acercó la cara a mi oído como si quisiera contarme un secreto y me besó detrás de la oreja.

—Lo siento —repitió dirigiéndose a mi oreja. Acto seguido, se apartó—. A veces ni yo misma sé lo que me está pasando.

—Eso también suele ocurrirme a mí.

Naoko sonrió y me miró.

—Si no te importa, me gustaría que me contaras más cosas de ti —le pedí—. Sobre la vida que llevas aquí. En qué empleas los días, qué clase de gente conoces...

Naoko me habló de su vida cotidiana con frases entrecortadas, pero claras. Se levantaban a las seis de la mañana, desayunaban en casa y, después de limpiar el gallinero, normalmente trabajaban en el campo. Cultivaban verduras. Antes o después del almuerzo, durante una hora, tenían visita con el médico o sesión de grupo. Por la tarde seguían un plan libre de actividades, tomaban clases de algo que les gustara, hacían actividades al aire libre o deporte. Ella estaba aprendiendo varias cosas: francés, punto, piano e historia antigua.

—Reiko me da clases de piano —continuó Naoko—. También da clases de guitarra. Aquí todos somos profesores y alumnos al mismo tiempo. Quien sabe francés enseña francés; el que es profesor de sociología imparte clases de historia; quien es bueno tejiendo enseña a hacer punto, etcétera. Esto parece una pequeña escuela. Por desgracia, no hay nada que yo pueda enseñar.

—Yo tampoco —reconocí.

—En fin. Estudio con muchas más ganas que cuando iba a la universidad. Además, me divierte.

—¿Qué haces después de cenar?

—Hablo con Reiko, leo, escucho música, voy a las habitaciones de los demás y jugamos a algo...

—Y yo toco la guitarra y escribo mis memorias —terció Reiko.

—¿Tus memorias?

—Es broma. —Reiko soltó una carcajada—. Nos acostamos a las diez. ¿Qué te parece? Una vida sana. Dormimos a pierna suelta.

Miré el reloj. Faltaban pocos minutos para las nueve.

—Entonces tendremos que acostarnos pronto.

—Hoy podemos retrasarnos —comentó Naoko—. Hacía tiempo que no te veía y quiero hablar contigo. Cuéntame algo.

—Hace un rato, cuando estaba solo, he recordado imágenes del pasado —dije—. ¿Te acuerdas de la vez en que Kizuki y yo fuimos a visitarte cuando estabas enferma en ese hospital cerca de la playa? Fue el verano de segundo de instituto, ¿no?

—Sí, cuando me operaron del pecho. —Naoko sonrió—. Me acuerdo perfectamente. Tú y Kizuki vinisteis en moto y me trajisteis unos bombones medio deshechos. ¡Me costó comerlos! Parece que han pasado siglos.

—¡Ni que lo digas! Entonces estabas escribiendo una poesía muy larga.

—Todas las chicas escriben poesías a esa edad. —Soltó una risita—. ¿Por qué te has acordado de esto ahora?

—No lo sé. Me he acordado así, por las buenas. De repente me han venido a la memoria el olor de la brisa marina y el laurel rosa. ¿Kizuki iba a visitarte a menudo?

—¿A visitarme? ¿Kizuki? Qué va. Incluso llegamos a pelearnos por esto. La primera vez vino solo, luego vino contigo, y eso fue todo. Y la primera vez que vino estaba muy inquieto y se fue a los diez minutos. Me trajo naranjas. Gruñó algo, me peló una naranja, me la dio, volvió a gruñir y se fue. Farfulló algo del estilo que no soportaba los hospitales. —Naoko se reía—. En eso era como un niño. ¿Conoces a alguien a quien le gusten los hospitales? Por eso uno acude a esos sitios. Para consolar a la gente. Para decirles: «¡Ánimo!». Él no acababa de entenderlo.

—Pero cuando fui con él se comportó como siempre.

—Porque estabas tú —explicó Naoko—. Delante de ti, siempre actuaba de la misma forma. Hacía lo imposible por ocultar sus debilidades. Él te quería mucho, estoy segura. De ahí que se esforzara en mostrarte su lado bueno. Pero conmigo era otra historia. Se relajaba. En realidad, tenía un humor variable. Por ejemplo, tan pronto hablaba por los codos como estaba deprimido. Le ocurría con frecuencia. Fue así desde niño. Siempre intentando cambiar, siempre intentando superarse a sí mismo.

Naoko descruzó y cruzó las piernas en el sofá.

—Siempre intentaba cambiar, ser mejor persona, y cuando no lo conseguía se irritaba, se entristecía. Pese a tener muchas virtudes, nunca confió en sí mismo y pensaba continuamente: «Debo hacer esto», «Tengo que cambiar aquello». ¡Pobre Kizuki!

—Si, como dices, él se esforzaba en mostrarme su lado bueno, se salió con la suya. Yo jamás le vi otra cosa.

Naoko sonrió.

—Si te oyera se alegraría. Tú eras su único amigo.

—Y él, el mío —dije—. Ni antes ni después ha habido alguien a quien yo pudiera llamar amigo.

—Por eso me gustaba tanto estar con vosotros. En esos momentos también para Kizuki y para mí sólo existía su lado bueno. Me sentía muy cómoda. Podía estar tranquila. Por eso me gustaba tanto estar los tres juntos. Me pregunto qué debías de pensar.

—A mí me preocupaba lo que debías de estar pensando tú. —Sacudí la cabeza.

—El problema era que nuestro pequeño círculo no podía durar eternamente. Y eso lo sabía Kizuki, lo sabía yo y lo sabías tú.

Asentí.

—Si te digo la verdad —siguió Naoko—, yo adoraba los defectos de Kizuki. Me gustaban tanto como sus virtudes. Él no tenía ni un ápice de astucia o de mala intención. Era débil, sólo eso. Nunca quiso creermelo cuando se lo decía. Siempre replicaba lo mismo: «Naoko, esto es porque estamos juntos desde los tres años y me conoces demasiado. Tú no puedes distinguir entre los defectos y las virtudes, confundes las cosas». Siempre me hablaba así. Con todo, Kizuki me gustaba y, aparte de él, no me gustaba nadie más.

Naoko se volvió hacia mí y me sonrió con tristeza.

—La nuestra no era la típica relación de pareja. Parecía como si nuestros cuerpos estuviesen pegados. Si nos separábamos, una peculiar fuerza de atracción volvía a unirnos. Kizuki y yo nos hicimos novios de la forma más natural del mundo. Era algo que estaba fuera de duda, no había alternativa posible. A los doce años ya nos besábamos, y a los trece nos acariciábamos. Yo iba a su habitación, o él venía a la mía, y se lo hacía con las manos. No se me pasaba por la cabeza que fuésemos precoces. Si él quería acariciar mis pechos, o mi sexo, yo no tenía nada que objetarle, y si él quería eyacular no me importaba ayudarlo. Por eso, si alguien nos hubiera criticado por ello, creo que yo me hubiera sorprendido, o enfadado. ¡Vamos! Nosotros hacíamos lo que se suponía que debíamos hacer. Nos habíamos mostrado cada rincón de nuestros cuerpos, casi teníamos la sensación de compartir el cuerpo del otro. Sin embargo, decidimos no dar un paso más. Temíamos un embarazo y, en aquella época, no sabíamos cómo prevenirlo. En fin, maduramos así, formando una unidad, tomados

de la mano. Y apenas experimentamos las urgencias del sexo o las angustias del ego sobredimensionado que acompañan la pubertad. Nosotros, como te he dicho antes, estábamos muy abiertos respecto al sexo y, en cuanto al ego, como cada uno absorbía y compartía el del otro, no teníamos una conciencia muy fuerte de nosotros mismos. ¿Entiendes lo que estoy tratando de expresar?

—Creo que sí.

—No podíamos estar separados. Si Kizuki viviera, seguiríamos juntos, amándonos y siendo cada vez más infelices.

—¿Y eso por qué?

Naoko se pasó varias veces los dedos por el cabello a modo de peine. Puesto que se había quitado el pasador, cuando se inclinaba hacia delante el pelo le caía sobre la cara, ocultándola.

—Porque tendríamos que pagar nuestra deuda al mundo. —Naoko alzó la cara—. El sufrimiento de madurar, por ejemplo. No abonamos el importe en su momento y fue más adelante cuando nos pasó factura. Por eso Kizuki acabó como acabó y yo estoy ahora aquí. Fuimos igual que dos niños que viven desnudos en una isla desierta. Si tienen hambre comen un plátano, si se sienten solos duermen abrazados. Pero esto no puede durar eternamente. Crecimos deprisa y tuvimos que entrar en la sociedad. Tú eras el lazo que nos unía con el mundo exterior. A través de ti, nos esforzamos por adaptarnos al mundo. Aunque, a fin de cuentas, no resultó.

Asentí.

—No pienses que te utilizamos. Kizuki te quería de todo corazón, pero fuiste la primera persona ajena que entró en nuestro círculo. Y sigue siendo así. Kizuki ha muerto y ya no está aquí, pero tú continúas siendo el único vínculo que tengo con el mundo exterior. Incluso ahora. Y, de la misma manera que te amaba Kizuki, te amo yo. Jamás tuvimos la intención de herirte, pero quizá lo hicimos. Nunca se nos pasó por la cabeza que eso pudiera suceder.

Naoko bajó la cabeza y enmudeció.

—¿Os apetece una taza de cacao? —intervino Reiko.

—¡Oh, sí! —dijo Naoko.

—Yo beberé un poco de brandy que he traído, ¿os importa? —pregunté.

—¡Adelante! —exclamó Reiko—. ¿Me ofreces una copa?

—Claro. —Me reí.

Reiko trajo un par de copas y brindamos. Luego fue a la cocina a preparar el cacao.

—Hablemos de algo más alegre —comentó Naoko.

Pero a mí no se me ocurría nada divertido que contarles. «¡Ojalá estuviera aquí Tropa-de-Asalto», me dije. Con él, las anécdotas surgían una tras otra y, al contarlas, todo el mundo se ponía contento. ¡Qué remedio! Inicié una larga descripción de las

lamentables condiciones higiénicas en las que vivíamos en la residencia. Era tan repugnante que, sólo de contarlo, me daban arcadas, pero ellas lo encontraron de lo más chocante y se retorcieron de risa. Después Reiko imitó a varios enfermos mentales. Eso también fue divertido. Cuando, a las once, Naoko puso cara de sueño, Reiko bajó el respaldo del sofá, lo convirtió en cama y me entregó las sábanas, las mantas y una almohada.

—Una violación a medianoche no estaría mal, pero no te equivoques de mujer —bromeó Reiko—. El cuerpo sin arrugas que duerme en la cama de la izquierda es el de Naoko.

—¡Mentira! ¡Duermo en la de la derecha! —dijo Naoko.

—Por cierto, he conseguido que mañana por la tarde podamos saltarnos las actividades. Haremos una excursión. Por aquí cerca hay lugares preciosos —añadió Reiko.

—¡Estupendo! —exclamé.

Ellas entraron por turnos en el baño para lavarse los dientes y se retiraron a su dormitorio. Una vez solo, bebí un poco más de brandy, me tendí en el sofá y fui rememorando, uno a uno, los acontecimientos del día, de la mañana a la noche. Me parecía haber vivido un día muy largo. La habitación seguía iluminada por la blanca luz de la luna. El dormitorio de Naoko y Reiko estaba silencioso; no se oía el menor ruido. De vez en cuando crujía una cama. Al cerrar los ojos, vi unas diminutas figuras temblorosas danzando en la oscuridad, mientras, en el fondo de mis oídos, resonaba el eco de la guitarra de Reiko. No duró mucho rato. De pronto el sueño me arrastró hacia un lodazal. Y soñé con sauces. A ambos lados de un sendero montañoso se alineaban los sauces. Muchos, muchísimos sauces. Soplaban un viento muy fuerte, pero las ramas de los árboles no se movían un ápice. «¿Por qué?», me pregunté con extrañeza. En ese instante descubrí que había unos pájaros asidos a las ramas. Su peso impedía que éstas se balanceasen. Agarré una estaca y golpeé la rama que tenía más cerca. Pretendía ahuyentar a los pájaros para dejar que las ramas se mecieran libremente. Pero éstos no levantaron el vuelo. En lugar de eso, se convirtieron en pájaros de metal y fueron cayendo al suelo con estrépito.

Cuando me desperté tuve la sensación de seguir soñando. El interior de la habitación brillaba tenuemente a la blanca luz de la luna. En un acto reflejo, miré hacia el suelo buscando los pájaros de metal esparcidos. Por supuesto, no había ninguno. Sólo estaba Naoko, sentada a los pies del sofá, con la vista clavada al otro lado de la ventana. Tenía las rodillas dobladas y el mentón apoyado en ellas como un huérfano hambriento. Dirigí la mirada hacia el reloj que había a la cabecera, el cual no se encontraba donde lo había visto antes. Deduje, por la luz de la luna, que debían de ser las dos o las tres de la madrugada. Aunque estaba sediento, opté por permanecer inmóvil observando a Naoko. Llevaba la misma bata azul que antes y la

mitad de su cabellera estaba sujeta por el pasador con forma de mariposa. Su bonita frente resplandecía a la luz de la luna. «¡Qué extraño!», pensé. «Antes de acostarse se había quitado el pasador.»

Naoko permanecía inmóvil. Parecía un pequeño animal nocturno hechizado por la luz de la luna. El ángulo de la luz exageraba la sombra de sus labios. Aquella sombra vibraba con pequeñas pulsaciones al compás de los latidos de su corazón, o acaso de sus pensamientos. Tal vez susurraba palabras mudas a la noche.

Tragué saliva para calmar la sed y aquel sonido resonó, atronador, en el silencio de la noche. Entonces Naoko, como si ese sonido hubiese sido una señal, se levantó de un salto y, con un tenue frufú de telas, se arrodilló junto a mi almohada y clavó sus ojos en los míos. La miré, pero sus ojos no decían nada. Las pupilas tenían una transparencia inusitada; eran tan claras que parecía que, a través de ellas, podría verse el más allá. Por más que miré, no logré ver nada en sus profundidades. El rostro de Naoko quedaba a treinta centímetros del mío, aunque yo lo sentía a muchos años luz de distancia.

Alargué el brazo e intenté tocarla, pero ella se echó hacia atrás. Los labios le temblaban. A continuación, alzó las dos manos y empezó a desabrocharse la bata. Tenía siete botones. Contemplé, cual si fuera una prolongación del sueño, cómo sus hermosos y delgados dedos iban desabrochándolos, uno tras otro. Una vez hubo soltado los siete pequeños botones blancos, Naoko, como una serpiente que se desprende de su piel, dejó que la bata se deslizara desde los hombros hasta la cadera y quedó completamente desnuda, pues no llevaba nada debajo. Lo único que tenía puesto era el pasador con forma de mariposa. Naoko, todavía arrodillada en el suelo, se quedó mirándome. Bañado por la suave luz de la luna, su cuerpo tenía el lustre de la carne recién nacida, y casi despertaba compasión. Al moverse —en un movimiento apenas perceptible—, las partes bañadas por la luz de la luna se desplazaron levemente, las sombras que teñían su cuerpo cambiaron de forma. Los pechos redondos y llenos, los pequeños pezones, la cavidad del ombligo, las caderas, el vello púbico, todas las texturas de aquella sombra cambiaron de forma, igual que las ondas sobre la superficie de un lago.

«¡Qué cuerpo tan perfecto!», pensé. ¿Cuándo había adquirido Naoko unas formas tan perfectas? ¿Dónde estaba el cuerpo que yo había abrazado aquella noche de primavera? Aquella noche, cuando desnudé despacio, con dulzura, a una Naoko que lloraba a mares, su cuerpo me pareció imperfecto. Los pechos eran duros; los pezones, protuberantes en exceso; las caderas, extrañamente rígidas. Sin duda, Naoko era una muchacha hermosa, y su cuerpo, atractivo. Me excitaba sexualmente, tenía un enorme poder de atracción sobre mí. Pero, con todo, mientras abrazaba, acariciaba y besaba su cuerpo desnudo, me poseyó una extraña emoción ante la torpeza de aquel cuerpo. Hubiese querido explicárselo. Pensé: «Ahora estoy haciendo el amor contigo.

Estoy dentro de ti. Pero, en realidad, no tiene ninguna importancia. Tanto da. No deja de ser un coito. Al poner en contacto nuestros cuerpos imperfectos, no hacemos más que contarnos lo que no podríamos contarnos de otro modo. Y así adquirimos conciencia de nuestras respectivas imperfecciones». Por supuesto, éstas no son cosas que puedan expresarse fácilmente. Y me limité a abrazar en silencio el cuerpo de Naoko. Mientras, podía sentir el tacto áspero de un cuerpo extraño que permanecía dentro de ella. Y este tacto excitó mis sentidos, confirmando a mi erección una gran dureza.

El cuerpo que tenía ahora delante era muy distinto al de entonces. Me dije: «Su carne, tras experimentar diversas transformaciones, ha llegado a la perfección y renace bajo la luz de la luna». Primero, tras la muerte de Kizuki, había desaparecido el rollizo cuerpo de adolescente y, más adelante, había sido reemplazado por la carne de una mujer adulta. El cuerpo de Naoko era tan perfecto que no logró excitarme. Me limité a contemplar, atónito, la preciosa curva de la cintura, los pechos redondos y lustrosos, el vientre esbelto que vibraba en silencio con su respiración y, debajo, la sombra de su vello púbico, negro y suave.

Expuso su cuerpo desnudo ante mis ojos durante... ¿cuánto? ¿Cinco, seis minutos? Poco después volvió a ponerse la bata y empezó a abrocharse los botones por orden, empezando por el de arriba. Se levantó de repente, abrió la puerta sin hacer ruido y desapareció en el interior de su dormitorio.

Permanecí largo tiempo tendido en la cama, inmóvil. Pero cambié de idea, me levanté, recogí el reloj que estaba en el suelo y lo encaré a la luz de la luna. Eran las 3:40. Bebí varios vasos de agua en la cocina, volví a tenderme en la cama. El sueño no me alcanzó hasta el amanecer, cuando la luz del sol barrió los restos de la pálida luz de la luna, hasta en el último rincón de la estancia. Sumido todavía en un estado de duermevela, Reiko se acercó a mí y me dio unos golpecitos en las mejillas diciendo:

—¡Ya es de día! ¡Ya es de día!

Mientras Reiko recogía la cama, Naoko, de pie en la cocina, preparaba el desayuno. Se volvió hacia mí, me dirigió una sonrisa y me dijo:

—¡Buenos días!

Le devolví los buenos días. Me planté a su lado y estuve observándola cómo ponía el agua a hervir y cortaba el pan sin dejar de canturrear, pero no pude descubrir signo alguno de complicidad por lo sucedido esa noche.

—¡Tienes los ojos muy rojos! —terció Naoko sirviéndome el café.

—Me he despertado a medianoche y no he podido conciliar el sueño.

—Espero que no estuviéramos roncando —comentó Reiko.

—¡Oh, no! —exclamé.

—Menos mal —añadió Naoko.

—Está siendo educado. —Reiko bostezó.

Al principio supuse que Naoko estaba disimulando delante de Reiko, o que tal vez se avergonzaba, pero, cuando Reiko se ausentó unos instantes de la habitación, Naoko no cambió de actitud y sus ojos parecían tan transparentes como siempre.

—¿Has dormido bien? —le pregunté a Naoko.

—Como un lirón —contestó como si tal cosa. Llevaba el pelo sujeto por un pasador sencillo, sin ningún adorno.

Mis dudas me desconcertaron durante todo el desayuno. Mientras untaba el pan con mantequilla o pelaba un huevo duro, iba lanzando miradas furtivas a Naoko, sentada frente a mí, esperando una señal.

—Watanabe, ¿por qué no me quitas los ojos de encima esta mañana? —bromeó Naoko como si le chocara.

—Eso es porque está enamorado de alguien —dijo Reiko.

—¿Ah, sí? ¿Estás enamorado de alguien? —añadió Naoko.

Respondí que «tal vez» y sonreí. Tras dejarme tomar el pelo, renuncié a seguir pensando en los acontecimientos de la noche anterior, comí el pan y bebí una taza de café.

Después del desayuno, las dos dijeron que iban a dar de comer a las aves del gallinero y decidí acompañarlas. Se pusieron unos vaqueros y una camisa de trabajo, se calzaron unas botas altas de goma de color blanco. El gallinero se hallaba dentro de un pequeño parque, detrás de las pistas de tenis, y allí se agrupaban diversas especies, desde gallinas y palomas hasta pavos reales y loros. Estaba rodeado de parterres de flores, arbustos y bancos. Dos hombres, a todas luces pacientes del sanatorio, barrían las hojas caídas en el camino. Ambos debían de rondar la cuarentena. Reiko y Naoko se acercaron a ellos, les dieron los buenos días, Reiko bromeó sobre algo y los hizo reír. En el parterre florecían las plantas y los arbustos estaban recortados con esmero. Al ver a Reiko, las aves empezaron a revolotear, entre cacareos y graznidos, por el interior del gallinero.

Entraron en un pequeño cobertizo que había al lado del gallinero para volver con un saco de grano y una manguera de goma. Naoko aplicó la manguera a la boca del grifo e hizo girar la llave del agua. Entró en el gallinero vigilando que las aves no se escaparan y arrancó la porquería con el chorro del agua; Reiko rascaba el suelo con el cepillo. El chorro del agua lanzaba destellos a la luz del sol, y los pavos reales, huyendo de las salpicaduras, corrieron a refugiarse al fondo del gallinero. Un pavo real levantó la cabeza y se quedó mirándome con ojos de viejo cascarrabias, mientras un loro, posado en su percha, agitaba ruidosamente las alas con expresión de disgusto. Cuando Reiko se volvió hacia el pájaro imitando el maullido de un gato, el loro se refugió en un rincón y escondió la cabeza bajo el ala, pero unos instantes

después chilló: «¡Gracias! ¡Loco! ¡Vete a la mierda!».

—¿Quién debe de haberle enseñado esas cosas al loro? —se sorprendió Naoko ahogando un suspiro.

—¡A mí no me mires! Yo nunca le enseñaría semejantes groserías —dijo Reiko, y volvió a maullar. El loro enmudeció.

—El pobre bicho tuvo una mala experiencia con un gato y ahora les tiene pánico —me explicó Reiko riéndose.

Cuando terminaron de limpiar, dejaron los utensilios de limpieza y fueron llenando todos los comederos. Los pavos reales se acercaron chapoteando por el agua encharcada, se inclinaron sobre los contenedores y, a pesar de que Naoko les golpeó el trasero, ellos siguieron comiendo, absortos, sin reparar en tales menudencias.

—¿Hacéis cada día lo mismo? —le pregunté a Naoko.

—Sí, las nuevas nos encargamos de esto porque es fácil. ¿Quieres ver los conejos?

Le respondí que sí. Detrás del gallinero estaban las jaulas de los conejos. Había unos catorce conejos durmiendo sobre la paja. Tras reunir las cagarrutas con una escoba y llenar los comederos, Naoko levantó un conejo y se lo acercó a la mejilla.

—¿Verdad que es precioso? —dijo Naoko contenta. Luego lo posó en mis brazos. Aquella pequeña bolita cálida se quedó inmóvil mientras las orejas le temblaban medrosamente—. No te preocupes. No te hará daño —le advirtió al conejo acariciándole la cabeza con los dedos, y me sonrió.

Fue una sonrisa tan resplandeciente que no pude devolvérsela. ¿Dónde estaba la Naoko de la noche anterior? Sin duda, aquélla era la verdadera Naoko. No lo había soñado. Se había desnudado ante mí. Por fin sabía que no fue un sueño.

Mientras silbaba con gracia *Proud Mary*, Reiko metió toda la basura en una bolsa de plástico. Las ayudé a llevar los utensilios de limpieza y el pienso de los animales al cobertizo.

—La mañana es la parte del día que más me gusta —dijo Naoko—. Todo parece que acaba de empezar. Por eso, cuando llega el mediodía, me siento triste. El atardecer es la parte del día que más detesto. Todos los días pienso lo mismo.

—Y, mientras tanto, todos nos hacemos mayores. Pensando si llega el día o cae la noche —comentó Reiko con expresión risueña—. El tiempo vuela.

—A ti parece que te divierte hacerte mayor —dijo Naoko.

—No me divierte, pero no me gustaría volver a ser joven —añadió Reiko.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Por pereza, claro —respondió Reiko. Y sin dejar de silbar *Proud Mary*, arrojó la escoba dentro del cobertizo y cerró la puerta.

Al llegar al dormitorio, se quitaron las botas de goma, se pusieron unas zapatillas

de deporte y dijeron que se iban al campo. Reiko me advirtió que aquella labor no tenía mucho interés, y que, además, trabajaban en grupo, así que lo mejor sería que me quedara en la habitación leyendo.

—¡Ah! En el baño hay un cubo lleno de bragas sucias. ¿Te importaría lavarlas? —dijo Reiko.

—Supongo que es una broma... —Me quedé atónito.

—¿A ti qué te parece? —rió Reiko—. ¿Qué podría ser sino una broma? Es una monada. ¿No te lo parece, Naoko?

—Ya lo creo. —Naoko se rió con Reiko.

—Estudiaré alemán. —Suspiré.

—Buen chico. Volveremos antes del mediodía. Estudia mucho —dijo Reiko.

Salieron de la habitación entre risitas. Se oían los pasos y las voces de varias personas que pasaban por debajo de la ventana.

Fui al baño, volví a lavarme la cara, tomé prestado un cortaúñas, me corté las uñas. Teniendo en cuenta que se trataba del baño de una habitación donde vivían dos mujeres, estaba muy despejado. Había alineados varios tarros de leche limpiadora, de crema de contorno de ojos, de protección solar y de tónico. Apenas se veía maquillaje. Después de cortarme las uñas, me hice café en la cocina, me senté a la mesa y, mientras lo tomaba, abrí el libro de texto de alemán. Estaba en aquella cocina caldeada por el sol, en camiseta, memorizando la gramática alemana, cuando me asaltó una extraña sensación: la tabla de verbos irregulares alemanes parecía separada de la mesa de la cocina por una distancia insalvable.

Regresaron del campo a las once y media, entraron en la ducha, una detrás de otra, y se pusieron ropa limpia. Después los tres fuimos al comedor, almorzamos y caminamos hasta el portal. Esta vez el guarda estaba en la garita de la entrada, sentado a la mesa y comiendo con apetito el almuerzo que, supuestamente, le habían traído del comedor. En la estantería, en el transistor sonaba una canción popular. Al vernos, el guarda levantó una mano y nos saludó. Le devolvimos el saludo.

—Salimos a dar un paseo. Volveremos dentro de tres horas —informó Reiko.

—¡Qué gran idea! Hace un día espléndido, ¿verdad? En el camino del valle ha habido un desprendimiento a causa de las lluvias del otro día. Vayan con cuidado. Aparte de esto, no hay problema —dijo el guarda.

Reiko apuntó su nombre y el de Naoko, el día y la hora en un cuaderno, aparentemente un registro de salidas.

—¡Que lo pasen bien! ¡Hasta luego! —se despidió el guarda.

—¡Qué señor tan amable! —exclamé.

—Está mal de la azotea —comentó Reiko presionando la punta del dedo contra su sien.

Hacía un día tan espléndido como aseguraba el guarda. El cielo era de un

penetrante azul y unas nubes blancas se difuminaban en lo alto del cielo como brochazos. Durante un rato seguimos el muro de la Residencia Ami, luego lo dejamos atrás y empezamos a subir en fila india una cuesta estrecha y escarpada. A la cabeza iba Reiko; en medio, Naoko, y, por último, yo. Reiko avanzaba con el paso seguro de quien conoce las montañas como la palma de su mano. Apenas hablábamos, concentrados como estábamos en la subida. Naoko vestía vaqueros, una camisa blanca, y en la mano llevaba una chaqueta. Yo caminaba mirando cómo su melena lisa oscilaba a derecha e izquierda barriéndole los hombros. De vez en cuando Naoko se volvía hacia atrás y, cuando sus ojos topaban con los míos, me sonreía. Aquella cuesta parecía interminable, pero Reiko no aflojaba el paso lo más mínimo, y Naoko la seguía intentando no quedarse atrás, enjugándose el sudor. Yo, que hacía tiempo que no subía una montaña, estaba sin aliento.

—¿Siempre andáis tanto? —le pregunté a Naoko.

—Una vez a la semana —respondió ella—. ¿Es duro?

—Un poco —dije.

—Pronto llegaremos. —Ahora hablaba Reiko—. Ya hemos recorrido dos tercios del camino. Eres un hombre. ¡Ten un poco más de brío!

—No hago ejercicio.

—Claro, como está todo el día divirtiéndose con mujeres... —susurró Naoko para sí.

Pensé en replicarle pero, estando como estaba sin resuello, no pude decir palabra. De vez en cuando, pasaron sobre nosotros unos pájaros rojos con un penacho extraño en la cabeza. La silueta de los pájaros volando se recortaba, nítida, en el azul del cielo. Entre la hierba florecían incontables flores blancas, azules y amarillas, y por todas partes se oía el zumbido de las abejas.

Diez minutos después llegamos a una meseta. Descansamos un momento, nos enjugamos el sudor, acompasamos la respiración, bebimos agua de la cantimplora. Reiko tomó una hoja del suelo, hizo un silbato con ella y silbó.

El camino descendía en una suave pendiente salpicada de espigas de *susuki*. Tras andar unos quince minutos, pasamos por una aldea. No se veía un alma y las doce o trece casas que la formaban estaban en ruinas. La hierba crecía por todas partes, alta hasta la cintura, y en los agujeros de las paredes había adheridos los excrementos blancos y secos de las palomas. Algunas casas estaban completamente derruidas; de ellas sólo quedaban en pie los pilares. Otras casas, en cambio, invitaban a abrir las puertas del porche y a ser habitadas de inmediato. Avanzamos por un camino que discurría entre casas silenciosas, sin rastro de vida.

—Hasta hace siete u ocho años aquí vivía gente —me contó Reiko—. Están rodeadas de campos. Pero todo el mundo se marchó. La vida aquí es muy dura. En invierno todo está cubierto de nieve y no puedes moverte. Y la tierra no es muy fértil

que digamos. Se gana más yendo a trabajar a la ciudad.

—¡Es una pena! Hay casas que aún podrían habitarse —dije.

—Una vez vinieron unos hippies a vivir aquí, pero se fueron al llegar el invierno.

Poco después de cruzar la aldea, encontramos un amplio pasto rodeado por una empalizada. A lo lejos se veían varios caballos pastando en un prado. Caminamos a lo largo de la empalizada y un perro se nos acercó agitando el rabo.

Apoyó las patas sobre los hombros de Reiko y le olisqueó la cabeza. Luego se abalanzó, juguetón, sobre Naoko. Al silbar, se acercó a mí y me lamió la mano con su larga lengua.

—Es el perro de los pastos. —Naoko le acarició la cabeza—. Tiene casi veinte años y, como tiene los dientes débiles, no puede comer cosas duras. Siempre está durmiendo enfrente de la cafetería y cuando oye pasos viene corriendo a jugar.

Reiko sacó una loncha de queso de la mochila, el perro la olió, dio un salto y la agarró entre los dientes, contento.

—No lo veremos mucho más tiempo. —Reiko le acarició la cabeza—. A mediados de octubre lo meten en un camión, con los caballos y las vacas, y se lo llevan de vuelta a la granja. En verano traen a pastar el ganado y abren una pequeña cafetería para los turistas. En fin, lo que se dice turistas..., no sé, vendrán unos veinte excursionistas al día, supongo. ¿Queréis tomar algo?

—Sí —dije.

El perro guió la comitiva hasta la cafetería. Era un pequeño edificio con un porche pintado de blanco; un letrero descolorido en forma de taza de café colgaba del alero, en la fachada principal. El perro entró el primero en el porche, se tendió en el suelo, entornó los ojos. En cuanto nos sentamos a una mesa del porche, salió una chica, peinada con coleta y vestida con una sudadera y unos vaqueros blancos que saludó calurosamente a mis acompañantes.

—Este chico es un amigo de Naoko. —Reiko hizo las presentaciones.

—Hola —me saludó la chica.

—Hola.

Mientras las tres mujeres charlaban, estuve acariciando la cabeza del perro, tendido bajo la mesa. Tenía, efectivamente, el cuello corto y musculoso de un perro viejo. Cuando le rascaba los lugares endurecidos, el perro cerraba los ojos y jadeaba, complacido.

—¿Cómo se llama? —le pregunté a la chica de la tienda.

—Pepe.

—¡Pepe! —Lo llamé, pero no se movió.

—Es sordo. Si no le hablas más alto, no te oye —explicó la chica.

—¡¡Pepe!! —le grité, y entonces el perro abrió los ojos, se incorporó y ladró.

—¡Guapo! ¡Ya está! Duerme tranquilo y vive muchos años —exclamó la chica, y

Pepe volvió a tenderse a mis pies.

Naoko y Reiko pidieron un granizado de leche; yo, una cerveza. Reiko le dijo a la camarera que pusiera la radio, y ella enchufó el amplificador y sintonizó una emisora de FM. Sonaron los Blood, Sweat and Tears cantando *Spinning Wheel*.

—La verdad es que quería venir para escuchar la radio —comentó Reiko satisfecha—. En casa no se sintoniza, y, si no te pasas por aquí de vez en cuando, ya no sabes qué música suena en el mundo.

—¿Duermes aquí todo el año? —le pregunté a la camarera.

—¡Qué dices! —respondió ella riéndose—. Esto por la noche es tan solitario que me moriría. Al anochecer los hombres de los pastos me llevan a la ciudad. Y por las mañanas vuelvo.

Señaló a lo lejos hacia un todoterreno aparcado delante de la oficina de los pastos.

—Pronto terminarán el trabajo, ¿no? —dijo Reiko.

—Dentro de poco —contestó la chica. Reiko le ofreció un cigarrillo y las dos fumaron.

—Te echaremos de menos —afirmó Reiko.

—Volveré en mayo del año que viene. —La chica volvió a reírse.

Sonó *White Room*, de Cream, luego hubo anuncios y a continuación le tocó el turno a *Scarborough Fair*, de Simon and Garfunkel. Reiko dijo que le gustaba aquella canción.

—He visto la película —dije.

—¿Y quién sale?

—Dustin Hoffman.

—No lo conozco. —Reiko movió la cabeza compungida—. El mundo cambia tan deprisa..., antes de que uno se dé cuenta.

Reiko le pidió la guitarra a la chica. «Ahora mismo», dijo ella, apagó la radio y sacó una vieja guitarra del fondo del local. El perro levantó la cabeza, olisqueó la guitarra.

—Esto no se come —le advirtió Reiko al perro, como si estuviera convenciéndolo de algo.

El viento olía a hierba. Ante nuestros ojos, la hilera de montañas se recortaba nítidamente en el cielo.

—Parece una escena de *Sonrisas y lágrimas* —le comenté a Reiko, que estaba afinando la guitarra.

—¿Y eso qué es?

Tocó los primeros acordes de *Scarborough Fair*. Al parecer, era la primera vez que la tocaba, y de oído, así que al principio dudó hasta dar con los acordes correctos. A base de equivocarse y volver a intentarlo, logró tocar la melodía completa. A la tercera vez, empezó a añadir adornos aquí y allá y la interpretó sin dificultad alguna.

—Qué intuición tengo. —Reiko me guiñó un ojo y señaló su cabeza—. Si escucho tres veces una melodía, puedo tocarla sin partitura.

Tocó *Scarborough Fair* hasta el final al tiempo que tarareaba la melodía. Los tres aplaudimos, y ella, ceremoniosa, inclinó la cabeza.

—Hace tiempo, cuando tocaba los conciertos de Mozart, me aplaudían mucho más.

La chica de la cafetería le dijo que si tocaba *Here Comes the Sun*, de los Beatles, la tienda la invitaba al granizado. Reiko levantó el pulgar e hizo el signo de *okey*. La cantó acompañándose de la guitarra. Tenía una voz ronca, posiblemente a causa de fumar demasiado, pero cantaba con personalidad. Mientras escuchaba la canción, contemplando las montañas y bebiendo cerveza, tuve la sensación de que el sol iba a salir de un momento a otro. Fue una sensación muy dulce y cálida.

Cuando terminó de cantar *Here Comes the Sun*, Reiko le devolvió la guitarra a la chica y le pidió que sintonizara de nuevo la radio. A Naoko y a mí nos dijo que diéramos un paseo.

—Yo me quedaré aquí escuchando la radio y charlando con ella. Conque volváis dentro de una hora, antes de las tres, ya está bien.

—¿No está prohibido que estemos solos? —pregunté.

—Lo está, pero hagamos la vista gorda. No me gusta hacer de carabina y me apetece descansar un rato. Yo solita. Además, has venido hasta aquí desde muy lejos, tendrás un montón de cosas que contarle. —Reiko se llevó otro cigarrillo a los labios.

—Vámonos —me susurró Naoko levantándose.

Me puse en pie y la seguí. El perro se desperezó y fue tras nosotros, pero pronto desistió y volvió al porche. Andamos por un camino llano que corría a lo largo de la empalizada. De vez en cuando, Naoko me tomaba de la mano o entrelazaba su brazo con el mío.

—Igual que en el pasado —comentó.

—Que en el pasado no. Fue en la primavera de este mismo año. —Me reí—. Hacíamos esto hasta esta misma primavera. Si fuera el pasado, diez años atrás corresponderían a la historia antigua.

—Pues parece historia antigua. Perdona por lo de ayer. Me puse nerviosa, no sé por qué. Y tú que habías venido a verme... Me sabe mal.

—No importa. Tal vez deberíamos exteriorizar más nuestras emociones. Si quieres, puedes mostrármelas. Así nos conoceremos mejor.

—Si llegas a entenderme, ¿qué sucederá entonces?

—Eso no lo tienes muy claro, ¿verdad? No se trata de lo que pueda suceder. En este mundo hay a quien le gusta saber los horarios de los medios de transporte y se pasa el día comprobándolos. También hay quien hace barcos de un metro de largo encolando palillos. Por lo tanto, no es tan raro que haya por lo menos una persona

que quiera entenderte, ¿no te parece?

—¿Como una especie de pasatiempo? —dijo Naoko divertida.

—Si quieres, puedes llamarlo así. En general, las personas lo llaman simpatía o amor, pero si tú quieres llamarlo pasatiempo puedes hacerlo.

—¿A ti también te gustaba Kizuki?

—Por supuesto —respondí.

—¿Y Reiko?

—Me encanta. Es una buena persona.

—¿Por qué te gusta siempre este tipo de gente? —preguntó Naoko—. Todos somos personas que nos hemos doblado en algún punto, que nos hemos torcido, que no hemos podido mantenernos a flote y nos hemos hundido deprisa. Yo, Kizuki, Reiko. A todos nos ha ocurrido lo mismo. ¿Por qué no te gusta la gente corriente?

—A mí no me da esta impresión —respondí tras reflexionar unos instantes—. No me parece que ni tú, ni Kizuki, ni Reiko estéis «torcidos». La gente que a mí me parece «torcida» pasea por la calle tan campante.

—Pero nosotros estamos torcidos. Yo misma me doy cuenta —replicó Naoko.

Anduvimos un rato en silencio. El camino se separaba de la empalizada de los pastos y desembocaba en un prado con forma circular rodeado de árboles, parecido a un pequeño lago.

—A veces me despierto aterrada en medio de la noche. —Naoko pegó su cuerpo al mío—. Pienso que no me recuperaré, que pasarán los años y me pudriré aquí. Y, al imaginarlo, siento cómo se me hiela la sangre. Es una sensación amarga, fría.

Le rodeé los hombros con los brazos y la atraje hacia mí.

—Me da la impresión de que Kizuki me tiende la mano desde las tinieblas y reclama mi presencia. «¡Eh, Naoko! No podemos estar separados», me dice.

—¿Y qué haces en esos momentos?

—Por favor, Watanabe, no me malinterpretes.

—Tranquila.

—Le pido a Reiko que me abraze —me contó Naoko—. La despierto, me meto en su cama, le pido que me abraze. Y lloro. Ella me acaricia hasta que mi cuerpo recobra el calor. ¿Te parece extraño todo esto?

—No. Pero me gustaría ser yo quien te abrazara, en lugar de Reiko.

—Abrazame ahora, aquí —me rogó Naoko.

Nos sentamos sobre la hierba seca del prado y nos abrazamos. Al sentarnos, nuestros cuerpos quedaron ocultos entre la hierba y no podíamos ver más que el cielo y las nubes. La tumbé despacio sobre la hierba y la abracé. Su cuerpo era ágil y cálido, sus manos recorrieron el mío. Nos besamos cariñosamente.

—Oye, Watanabe... —me susurró al oído.

—Dime.

—¿Tienes ganas de acostarte conmigo?

—Claro —dije.

—¿Podrás esperar?

—Podré esperar.

—Antes de hacerlo quiero estar mejor. Encontrarme bien y convertirme en tu pasatiempo. ¿Podrás esperar hasta entonces?

—Claro.

—¿Se te ha puesto dura?

—¿La planta del pie?

—¡Tonto! —Naoko soltó una risita.

—Si te refieres a si tengo una erección, te diré que sí. Claro.

—¿Te importaría dejar de decir «claro»?

—No lo diré más.

—¿No es penoso?

—¿El qué?

—Que se te ponga dura.

—¿«Penoso»? —repetí.

—Es decir, doloroso.

—Según como lo mires.

—¿Te ayudo a correrte?

—¿Con la mano?

—Sí —afirmó Naoko—. Desde hace rato se me está clavando aquí y me hace daño.

Me aparté un poco.

—¿Está mejor así?

—Sí, gracias.

—Escucha, Naoko...

—¿Qué?

—Me gustaría que lo hicieras.

—Bien. —Esbozó una sonrisa.

Me bajó la cremallera de los pantalones y asió mi pene erecto.

—Está caliente —dijo.

Se disponía a mover la mano cuando la detuve, le desabotoné la blusa, le rodeé la espalda con mis brazos, le desabroché el sujetador. Besé sus suaves pechos. Naoko cerró los ojos y empezó a mover los dedos despacio.

—Lo haces bastante bien.

—Sé buen chico y estate callado.

Después de eyacular la abracé y volví a besarla. Naoko se abrochó el sujetador y

se abotonó la blusa, y yo me subí la cremallera de los pantalones.

—¿Ahora estarás más cómodo? —preguntó Naoko.

—Gracias a ti —respondí.

—Entonces, si te apetece, podemos pasear.

—Como quieras.

Cruzamos el prado, el bosque y el otro prado. Mientras andábamos, Naoko me habló de la muerte de su hermana mayor. No lo había comentado con nadie hasta ese día, pero que a mí debía contármelo.

—Nos llevábamos seis años y nuestro carácter era muy distinto, pero, a pesar de ello, nos queríamos con locura —explicó Naoko—. Jamás nos peleamos. Quizás influía la diferencia de edad.

»Mi hermana era de esas personas que son siempre las mejores en todo. La mejor estudiante, la mejor en los deportes, tenía don de gentes, capacidad de liderazgo, era amable y honesta, lo que la hacía muy popular entre los chicos, y los profesores la mimaban. Todos le reían las gracias. En todas las escuelas públicas hay siempre una chica así. Pero, y no lo digo porque fuera mi hermana, no era una niña consentida, altiva y orgullosa, y no le gustaba atraer las miradas de la gente. Simplemente, hiciera lo que hiciese era siempre la mejor.

»Por eso mismo, desde niña decidí ser como ella. —Naoko hizo girar una espiga de *susuki* entre los dedos—. Que no te extrañe. Crecí oyéndole decir a todo el mundo lo inteligente que era mi hermana, lo buena deportista, lo popular. Me hice a la idea de que jamás conseguiría superarla en nada. La verdad es que yo no era más guapa que ella, pero mis padres decidieron hacer de mí una niña mona. En primaria me apuntaron a aquella escuela, me compraron vestidos de terciopelo, blusas de volantes, zapatos de charol, fui a clases de piano y de ballet... Gracias a todo esto, mi hermana me mimó muchísimo. ¡Su preciosa hermanita! Me compraba golosinas, me llevaba a todas partes, me ayudaba con los deberes. Incluso me llevaba con ella a las citas con su novio. Era una hermana maravillosa.

»Nadie supo las razones que la llevaron al suicidio. Igual que Kizuki. También ella tenía diecisiete años, y nada permitía suponer que fuera a suicidarse; tampoco ella dejó una nota. Igual que Kizuki.

—Eso parece —dije.

—Todos los que la conocieron coinciden en que era demasiado inteligente, que leía demasiados libros. Era cierto. Leía mucho. Después de que mi hermana muriera, leí muchos de los libros que ella había dejado, pero era muy triste. Encontraba notas suyas escritas en los márgenes, flores secas entre las páginas, cartas de su novio entre las hojas de los libros. Lloré infinidad de veces al verlas. —Naoko volvió a enmudecer unos instantes mientras hacía girar la espiga de *susuki*—. Era una persona a la que le gustaba solucionar las cosas por sí misma. Nunca pedía consejo ni ayuda a

nadie. No era orgullosa. Siempre actuó de la misma forma. Mis padres se habían acostumbrado y pensaban que no pasaba nada si la dejaban en paz. Yo solía preguntarle cosas, y mi hermana me aconsejaba, pero ella jamás le consultaba nada a nadie. Todo lo solucionaba sola. Jamás se enfadaba, ni se ponía de malhumor. Ésta es la verdad. No exagero. Las mujeres, cuando tenemos la regla, estamos más irritables y a veces chocamos con los demás. Pues eso jamás le ocurría. Ella, en vez de ponerse de malhumor, se deprimía. Le sucedía una vez cada dos o tres meses. Se quedaba encerrada en su habitación, acostada, sin ir a clase, sin apenas probar bocado. Dejaba la habitación a oscuras, se quedaba tumbada sin hacer nada. Pero no estaba de malhumor.

»Cuando yo volvía de la escuela, me llamaba a su habitación, me pedía que me sentara a su lado, me preguntaba lo que había hecho durante todo el día. Nada importante. A qué había jugado con mis amigos, qué me había dicho el profesor, qué notas había sacado en los exámenes, este tipo de cosas. Me escuchaba con gran atención y me aconsejaba. Pero, en cuanto me marchaba (a jugar con mis amigos o a clase de ballet, por ejemplo), ella volvía a quedarse sola y se deprimía. Al cabo de dos días, automáticamente, se le pasaba todo e iba a la escuela contenta y feliz. Eso duró unos cuatro años. Al principio, mis padres, preocupados, consultaron a un médico, pero como se le pasaba a los dos días, decidieron que lo mejor sería dejarla tranquila, pensando que aquello se solucionaría por sí mismo. Siendo ella una chica tan inteligente y tan fuerte...

»Después de que mi hermana muriera, una vez escuché una conversación entre mis padres. Hablaban de un hermano de mi padre que había muerto tiempo atrás. Por lo visto, era muy inteligente, pero se encerró en casa durante cuatro años, de los diecisiete a los veintiún años, hasta que un día salió y se tiró a la vía del tren. Y mi padre añadió: “Debe de ser algo hereditario, por parte mía”.

Mientras hablaba, sin darse cuenta, Naoko desmochó con la punta de los dedos la espiga de *susuki*, que se dispersó en el viento. Se enrolló el tallo alrededor de un dedo como si fuera una cuerda.

—Fui yo quien encontró a mi hermana muerta —prosiguió Naoko—. Ocurrió en el otoño de mi sexto año de primaria. En noviembre. Llovía, era un día sombrío. Ella estaba en tercero de bachillerato. Cuando volví de clase de piano, a las seis y media, mi madre estaba cocinando y me dijo que la cena ya estaba lista, que avisara a mi hermana. Subí a la planta superior, llamé a la puerta de su habitación y grité: «¡A cenar!». Pero no hubo respuesta; la habitación estaba en silencio. Volví a llamar a la puerta, extrañada, y la abrí. Pensaba que estaría dormida. Pero mi hermana no dormía. La encontré de pie al lado de la ventana, con el cuello doblado, ligeramente inclinado hacia un lado, y la vista clavada en el exterior. Como si estuviera reflexionando. La habitación estaba a oscuras, la luz, apagada, y todo se veía borroso.

La llamé: «¿Qué haces? ¡La cena está lista!». Al decir estas palabras, me di cuenta de que ella era más alta de lo normal. ¿Qué le ocurría? ¿Llevaba zapatos de tacón? ¿Se había subido a una plataforma? Me acerqué y, cuando me disponía a llamarla de nuevo, lo entendí todo. Había una cuerda sobre su cabeza. La cuerda colgaba de una viga en línea recta..., tan recta que parecía que hubiera trazado una línea con una regla. Mi hermana llevaba una blusa blanca..., sí, una blusa sencilla, como la que llevo puesta ahora..., llevaba una falda gris, y las puntas de los pies apuntaban hacia abajo, igual que en ballet te pones de puntillas. Entre las puntas de los dedos de los pies y el suelo había un espacio de unos veinte centímetros.

»Lo vi todo, hasta el último detalle. Y también le vi la cara. No pude evitarlo. Pensé que tenía que bajar, decírselo enseguida a mi madre, pensé que tenía que gritar. Pero el cuerpo no me respondía. Había cobrado una identidad propia, separada de mi conciencia. Me decía que tenía que bajar al instante, pero mi cuerpo se movió a su antojo y se dispuso a separar a mi hermana de la cuerda.

»Por supuesto, aquello no era algo que pudiera hacer una niña, y me limité a quedarme allí cinco o seis minutos de pie, atónita, con la mente en blanco. Sin comprender nada. Algo murió en mi interior. Hasta que mi madre vino a ver qué sucedía, yo permanecí allí, junto a mi hermana. En la habitación a oscuras. —Naoko sacudió la cabeza—. Durante tres días no dije una palabra. Estuve tendida en la cama, como muerta, con los ojos abiertos y la mirada fija. Sin entender nada. —Naoko se arrimó a mi brazo—. Ya te decía en la carta que soy un ser mucho más imperfecto de lo que puedas imaginarte. Estoy mucho más enferma de lo que crees, las raíces son mucho más profundas. Por eso quiero que, si puedes, sigas con tu vida. No me esperes. Si te apetece acostarte con otras chicas, hazlo. No te reprimas por mi causa. Haz todo lo que quieras. Si no, podría acabar convirtiéndote en mi compañero de viaje, y eso es algo que no quiero que suceda jamás. Me niego a interferir en tu vida, ni en la vida de nadie. Tal como te he dicho antes, ven a visitarme de vez en cuando y acuérdate siempre de mí. Eso es lo único que deseo.

—Pero eso no es lo que deseo yo —intervine.

—A mi lado, estás desperdiciando tu vida.

—No estoy desperdiciando nada.

—Es posible que nunca me recupere. ¿Me esperarías a pesar de todo? ¿Podrías esperarme diez, veinte años?

—Tienes demasiados miedos —dije—. A la oscuridad, a las pesadillas, al poder de los muertos. Lo que tú debes hacer es olvidarte de ellos. Si los olvidas, seguro que te recuperarás.

—¡Si fuera capaz! —Naoko sacudió la cabeza.

—Si pudieras salir de aquí, ¿te gustaría vivir conmigo? —le pregunté—. Yo podría protegerte de la oscuridad, de los sueños y, aunque no estuviera Reiko, podría

abrazarte.

Naoko se arrimó aún más a mi brazo.

—¡Sería maravilloso! —exclamó.

Volvimos a la cafetería un poco antes de las tres. Reiko estaba leyendo un libro mientras escuchaba el *Segundo concierto para piano* de Brahms. Era una gozada oír la música de Brahms sonando en aquel prado sin un alma, hasta donde alcanzaba la vista. Reiko acompañó silbando el pasaje de violonchelo que abre el tercer movimiento.

—Backhaus y Böhm —dijo Reiko—. Durante un tiempo escuché tanto este disco que lo gasté. Lo escuché de principio a fin.

Naoko y yo pedimos una taza de café.

—¿Habéis podido hablar? —le soltó Reiko a Naoko.

—Sí, mucho —respondió ella.

—Después ya me contarás los detalles. Cómo ha estado él y todo eso.

—Si no hemos hecho nada. —Naoko se sonrojó.

—¿De verdad? —me preguntó Reiko.

—No, no hemos hecho nada.

—¡Qué aburrimiento! —Reiko puso cara de hastío.

—Pues sí. —Y tomé un sorbo de café.

Durante la cena el comedor ofrecía un panorama muy parecido al del día anterior. La atmósfera, el tono de las voces, las caras de la gente, todo era idéntico, sólo difería el menú. El hombre de la bata blanca a quien tanto interesaba la secreción de los jugos gástricos en estado de ingravidez se sentó con nosotros y estuvo hablando de la correlación entre el tamaño del cerebro y la inteligencia. Mientras comíamos nuestra hamburguesa de soja, escuchamos sus explicaciones sobre la capacidad cerebral de Bismarck y de Napoleón. Dejó su plato a un lado y, con un bolígrafo, dibujó un cerebro en un bloc de notas. Luego se afanó en corregirlo exclamando:

—¡No, no es exacto!

Una vez lo dio por bueno, se guardó con extremo cuidado el bloc en el bolsillo de la bata blanca e insertó el bolígrafo en el mismo bolsillo. De él asomaban tres bolígrafos, un lápiz y una regla. Después de comer pronunció las mismas palabras que el día anterior: «Aquí el invierno está muy bien. Vuelva usted en invierno». Acto seguido se fue.

—¿Este hombre es un médico o un paciente? —le pregunté a Reiko.

—¿A ti qué te parece?

—No tengo ni idea. Pero no me parece muy cuerdo.

—Es un médico. El doctor Miyata —explicó Naoko.

—Es el que está más loco. Puedes apostar por ello —dijo Reiko.

—Quizá, pero el señor Ômura, el guardia de la entrada, también está muy mal de la cabeza —añadió Naoko.

—Cierto. Ése está chiflado —asintió Reiko clavándole el tenedor al brócoli de su plato—. Ése hace gimnasia todas las mañanas dando alaridos. Pero no es el único. Antes de que llegara Naoko, en contabilidad había una tal señorita Kinoshita, que estaba neurótica e intentó suicidarse, y también rondaba por aquí un enfermero, el señor Tokushima, que era alcohólico. El año pasado empeoró hasta el punto de que lo cesaron.

—Es como si el personal de la plantilla y los pacientes pudieran intercambiarse los papeles —dije asombrado.

—¡Exacto! —exclamó Reiko blandiendo el tenedor en el aire—. Veo que vas entendiendo cómo funciona el mundo.

—Eso parece.

—Lo que nos hace personas normales es saber que no somos normales —reflexionó Reiko.

De vuelta en la habitación, Naoko y yo jugamos a las cartas, mientras Reiko tomó la guitarra para interpretar a Bach.

—¿A qué hora tienes que irte mañana? —me preguntó Reiko en un descanso al tiempo que encendía un cigarrillo.

—Después de desayunar. El autobús sale a las nueve, así llegaré a tiempo para ir a trabajar por la noche.

—¡Qué lástima! Ojalá pudieras quedarte un poco más.

—Si estuviera aquí más tiempo, quizá querría quedarme para siempre —dije riéndome.

—Tal vez. —Reiko asintió y luego se dirigió a Naoko—: Tengo que ir a casa de los Oka a buscar las uvas. Lo había olvidado.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Naoko.

—¿Me prestas un rato a Watanabe? —sugirió Reiko.

—Por supuesto.

—Así los dos volveremos a dar un paseo nocturno. —Reiko me tomó de la mano—. Ayer casi se lo conté todo. Esta noche llegaré hasta el final.

—Como quieras. —Naoko ahogó una risita.

Fuera soplaba un viento gélido. Reiko se puso una chaqueta azul encima de la camisa y hundió las manos en los bolsillos de los pantalones. Mientras andaba, alzó la vista hacia el cielo, husmeó el aire como un perro.

—Huele a lluvia —comentó.

Yo también aspiré el aire, como ella, pero no percibí olor alguno. La luna se escondía tras las nubes que surcaban el cielo.

—Cuando llevas aquí una temporada, aprendes a predecir el tiempo por el olor del aire —dijo.

Al entrar en el bosque donde se hallaban las viviendas de los empleados de la plantilla, Reiko me rogó que la esperara un momento, se dirigió hacia una casa y llamó al timbre. Salió una mujer, al parecer la señora de la casa, que intercambió unas palabras con Reiko, soltó una risita, entró en la casa y volvió a salir con una gran bolsa de plástico. Reiko le dio las gracias, le deseó buenas noches y volvió a donde yo me encontraba.

—Me ha dado uvas. —Reiko me mostró el interior de la bolsa. Dentro había un montón de racimos de uva—. ¿Te gustan las uvas?

—Sí, me gustan.

—Puedes comértelas, están lavadas. —Me ofreció el racimo de encima.

Mientras andaba, comí los granos y escupí al suelo los hollejos y las semillas. La uva estaba muy sabrosa. Reiko también comió.

—Doy clases de piano al niño de la casa —me explicó—. Y ellos, en vez de pagarme, me dan muchas cosas. El vino del otro día, sin ir más lejos. También les pido que me compren alguna cosilla en la ciudad.

—Me gustaría saber cómo continúa la historia de ayer —dije.

—Si cada noche volvemos tarde a casa, Naoko empezará a sospechar de nosotros.

—Aun así, me gustaría escuchar tu historia.

—¡Entendido! Hablemos a cubierto. Hoy hace frío.

Torcimos a la izquierda antes de llegar a las pistas de tenis, bajamos una escalera estrecha y llegamos a un lugar donde se alineaban unos pequeños almacenes en forma de casas. Abrió la puerta del primer cobertizo, entró y encendió la luz.

—Adelante. Está casi vacío —dijo Reiko.

Dentro del almacén había esquíes para carreras de fondo, palos de esquí y botas, alineados en fila, y en el suelo vi amontonados varios utensilios para quitar la nieve y unos sacos de productos químicos para deshacerla.

—Hace tiempo solía venir aquí cuando quería estar sola y tocar la guitarra. Es un sitio agradable, ¿no crees?

Reiko se sentó encima de un saco de productos químicos y me dijo que tomara asiento a su lado. Así lo hice.

—Esto se llenará de humo. ¿Te molesta que fume?

—No.

—No puedo dejarlo. Otras cosas sí, pero esto... —Reiko hizo una mueca.

Fumó con fruición. He visto a poca gente que fume con tanto gusto como Reiko. Yo, mientras tanto, comía uvas pelando un grano tras otro, y tiré los hollejos y las semillas dentro de un tetrabrik que usamos a modo de cubo de la basura.

—¿Hasta dónde te conté ayer? —preguntó Reiko.

—Hasta cuando, una noche de tormenta, tuviste que escalar un abrupto precipicio para buscar un nido de golondrinas escondido entre las rocas —le recordé.

—¡Es curioso! Siempre que bromeas pones una cara muy seria —dijo Reiko pasmada—. A ver, déjame pensar. Creo que te conté hasta cuando empecé a darle clases de piano a aquella chica los sábados por la mañana.

—Sí.

—Si clasificaras a la gente de este mundo entre los que son buenos enseñando cosas a los demás y los que no lo son, creo que yo pertenecería al primer grupo —añadió—. Aunque de joven no lo creía así. Puede que no quisiera creerlo. Con el paso de los años, he comprendido que soy muy buena enseñando a los demás.

—Eso creo —asentí.

—Soy mucho más paciente con los demás que conmigo misma, y sé sacar el lado bueno de las personas. En resumen, soy como el rascador de una caja de cerillas. Pero está bien así. ¡Qué más da! No me parece malo ser de esta manera. Prefiero ser una caja de cerillas de primera categoría que una cerilla de segunda. Y eso lo comprendí cuando empecé a darle clases a aquella chica. De joven, me había dedicado a la enseñanza a tiempo parcial, pero jamás se me había ocurrido pensarlo. Lo comprendí gracias a ella. «¡Vaya! ¿Tan buena soy enseñando a los demás?», me decía. Porque las clases iban tan bien...

»Tal como te conté ayer, la niña no tenía una buena técnica, y, puesto que no se trataba de convertirla en una pianista profesional, pude tomarme el trabajo con calma. Además, iba a una escuela de niñas donde, sacando unas notas decentes, las alumnas accedían directamente a la universidad y, por lo tanto, no tenían necesidad de quemarse las cejas estudiando; la madre de la chica me insistía en que me tomara las clases con tranquilidad. Así que no la forzaba a que hiciera esto o lo otro. Porque desde la primera vez que la vi me di cuenta de que odiaba que la presionaran. Asentía con amabilidad a lo que le proponía, pero hacía exclusivamente su santa voluntad. La dejaba tocar como quisiera. Luego yo interpretaba la misma melodía de diferentes formas. Y discutíamos qué interpretación era más correcta. Después le decía que volviera a tocarla. Su interpretación mejoraba bastante respecto a la anterior. La niña intuía las mejoras y se corregía.

Reiko se detuvo un instante y se quedó observando la punta encendida de su cigarrillo. Yo seguía comiendo uvas en silencio.

—Tengo un buen sentido musical, pero aquella chica me superaba. Pensaba: «¡Qué lástima! Si desde pequeña hubiera practicado regularmente con un buen profesor, hubiese podido llegar muy lejos». Pero me equivocaba. Aquella chica no era capaz de disciplinarse. En este mundo hay gente que, a pesar de estar dotadas de un talento excepcional, son incapaces de realizar el esfuerzo necesario para sistematizarlo, y su talento se acaba malogrando. He visto a varias personas a quienes

les sucedió esto. Al principio, una piensa que son unos genios. Los hay, por ejemplo, que tocan de corrido una melodía complicadísima sólo con echarle una ojeada a la partitura. Y lo hacen bien.

»Una se siente abrumada: piensa que no les llegas a la suela del zapato. Pero eso es todo. No son capaces de ir un paso más allá. ¿Por qué? Porque no se esfuerzan. Porque jamás les han inculcado el sentido de la disciplina. Porque los han estropeado. Desde niños, han tenido tanto talento que han conseguido hacer las cosas sin esforzarse, y la gente los ha alabado por ello, diciéndoles lo extraordinarios que son. Y acaban concibiendo el tesón como una estupidez. Las melodías que los niños aprenden en tres semanas, ellos las tocan en la mitad de tiempo, y el profesor, convencido de que el niño tiene talento, deja que aprenda la siguiente. Y ésta también la memoriza en la mitad de tiempo y pasa a la siguiente. Ningún profesor los ha enseñado a disciplinarse y, en consecuencia, pierden un elemento necesario en la formación del ser humano. Es una tragedia. En fin, yo también tenía todos los puntos para acabar así, pero, afortunadamente, mi profesor era muy severo e impidió la catástrofe.

»Con todo, enseñar a aquella chica era divertido, como correr por la autopista montada en un coche deportivo de lujo. Un coche que respondía de inmediato a cualquier estímulo. A veces incluso demasiado. El truco para lograr enseñar a estos niños estriba en no alabarlos en exceso. Están acostumbrados a recibir elogios desde pequeños y no los aprecian. Basta con una alabanza justa en el momento preciso. Y en no presionarlos. Dejarlos elegir y hacer que se detengan en un punto y reflexionen. No dejarlos pasar enseguida al estadio siguiente. Eso es todo lo que hay que hacer. Y si se hace funciona. —Reiko tiró la colilla al suelo y la apagó de un pisotón. Después respiró hondo como si quisiera calmar sus emociones—. Al acabar la clase, tomábamos algo y charlábamos. En ocasiones le tocaba algo de jazz. Así toca Bud Powell, así Thelonious Monk... Aunque, normalmente, hablaba ella. También conversando era buena. Captaba mi atención de inmediato.

»Tal como te conté ayer, creo que la mayoría de las cosas que decía eran embustes, pero tenían interés. Era una chica muy observadora, se expresaba con corrección, poseía cierta malicia y sentido del humor, despertaba las emociones de la gente. Ante todo, era buena desatando las emociones de la gente, conmoviendo a los demás. Y ella era consciente de esta capacidad y la utilizaba de la manera más hábil y efectiva posible. Sabía cómo dar rienda suelta a las emociones de la gente y provocar el enfado, la tristeza, la compasión, el desaliento, la alegría. Y, midiendo sus fuerzas, manipulaba los sentimientos ajenos.

»Por supuesto, también esto lo comprendí más tarde. Entonces no lo sabía. —Reiko sacudió la cabeza y comió varios granos de uva—. La chica estaba enferma —añadió—. Tenía una de esas enfermedades que recuerdan el efecto de una manzana

podrida que va estropeando las manzanas que tiene a su alrededor. Una enfermedad que nadie puede curar. Podía llegar a dar lástima. A mí también me la daría si no me hubiera convertido en su víctima. Ella misma era una víctima. —Reiko se entretuvo comiendo uvas. Parecía estar pensando en cómo debía proseguir—. Durante medio año me divertí mucho dándole clases. De vez en cuando algo me sorprendía o me chocaba, sin saber muy bien por qué. A veces me horrorizaba al darme cuenta, mientras la escuchaba, de lo irracional y absurdo que era el odio que sentía hacia alguien. Otras, pensaba que aquella chica era demasiado lista. Quién sabe en qué estaba pensando. Pero todos tenemos defectos, ¿no es así? Y yo era una profesora de piano; no me competía decir qué era lo correcto en cuestiones de humanidad o carácter. Con tal de que ella progresara, debía darme por satisfecha. Además, ella a mí me gustaba mucho, la verdad.

»Sin embargo, opté por no hablarle de cuestiones personales. Porque, instintivamente, me había dado cuenta de que era mejor no hacerlo. De modo que, aunque ella me preguntaba esto y lo otro (parecía querer saberlo todo sobre mí), yo no le contaba más que nimiedades: qué clase de educación había recibido de niña, a qué escuela había ido, cosas por el estilo. “Quiero conocerla mejor”, me decía. “No hay mucho que contar”, le respondía. “Mi vida no es muy interesante. Tengo un marido y una hija. Me agobian las tareas domésticas.” “Usted me gusta mucho”, me soltaba clavándome la mirada. Como si me implorara. Cuando me miraba así, me daba un vuelco el corazón. Y no porque me molestara. Con todo, no le explicaba más que lo necesario.

»Un día, creo que era en mayo, la chica me espetó a media clase que se encontraba mal. Al observarla, vi que estaba muy pálida, sudorosa. “¿Quieres irte a casa?”, le pregunté. Me respondió que no, que si se tendía un rato se le pasaría. Le sugerí que se acostara en mi cama y la llevé, casi en brazos, a mi dormitorio. El sofá de mi casa era muy pequeño y no tuve más remedio que tenderla en mi cama. Ella rogó que la perdonara por ocasionarme tantas molestias; yo repuse que no tenía ninguna importancia. Le pregunté si le apetecía tomar un vaso de agua. “No, no. Quédese a mi lado un rato”, dijo. “Me quedaré todo el tiempo que quieras”, la tranquilicé.

»Unos instantes después me preguntó con voz quejumbrosa si podía pasarle la mano por la espalda. Vi que estaba sudando a mares, así que le froté la espalda con todas mis fuerzas. Y ella continuó: “Perdón, ¿podría quitarme el sujetador? Me estoy ahogando”. ¿Qué podía hacer yo? Se lo desabroché. Llevaba una camisa ajustada, de modo que se la desabotoné. Para tener trece años, tenía mucho pecho. Casi el doble que yo. ¡Y el sujetador! No llevaba uno de jovencita, sino de mujer adulta. Y bastante caro, además. ¡En fin! ¿Qué más daba? Yo seguía frotándole la espalda como una imbécil. Ella seguía disculpándose con voz plañidera, fingiendo que lo sentía mucho.

A cada paso le repetía que no se preocupara, que no pasaba nada.

Reiko sacudió la ceniza de su cigarrillo, dejándola caer a sus pies. Yo dejé de comer uvas y me quedé esperando, expectante.

—La chica empezó a llorar en silencio.

»“¿Qué te pasa?”, le dije.

»“Nada.”

»“Algo debe de sucederte. Cuéntamelo con franqueza”, repuse.

»“Eso me ocurre a menudo. No sé qué hacer. Me siento sola y triste. No tengo a nadie en quien confiar, no le importo a nadie. Me desespero y entonces me pongo así. Por las noches no puedo dormir. Apenas tengo apetito. Asistir a su clase es lo único en el mundo que me gusta hacer.”

»“¿Por qué te ocurre esto? Dímelo. Te escucho.”

»Me contó que en su familia las cosas no iban bien. Ella reconoció que no amaba a sus padres, y sus padres tampoco la querían a ella. Su padre tenía una amante y apenas aparecía por la casa; su madre estaba medio loca por lo de su padre y lo pagaba con su hija. Me dijo que le pegaba todos los días. Y que le resultaba muy duro volver a su casa. Lloraba desconsoladamente. Con las lágrimas asomando a sus hermosos ojos, al verla, Dios se hubiera enternecido. Yo le dije que, si tan duro le resultaba regresar con sus padres, podía quedarse en mi casa siempre que quisiera. Ella me abrazó berreando: “¡Perdón, perdón! No sé qué haría sin usted. ¡No me deje! Si usted me dejara, no tendría adónde ir”.

»Presioné su cabeza contra mi pecho, se la acaricié. “¡Tranquila! ¡Tranquila!”, la consolaba. De pronto me rodeó con un brazo y empezó a acariciarme la espalda. Me asaltó una sensación extraña. El cuerpo me estaba ardiendo. Me encontraba en la cama, abrazada a una chica hermosa como salida de una postal, que me acariciaba la espalda. ¡Y las suyas eran unas caricias tan sensuales! Ni las de mi propio marido podían compararse. Cada vez que me pasaba la mano por la espalda, sentía cómo mi cuerpo iba aflojándose. De tan fantástico que era. Antes de que me diera cuenta, ya me había quitado la blusa y el sujetador y estaba acariciándome los pechos. Por fin lo comprendí. Aquella chica era una lesbiana de los pies a la cabeza. Ya me había ocurrido una vez en el instituto con una chica de un curso superior. Entonces le dije que se detuviera.

»“¡Por favor. Sólo un poco. Estoy muy sola. No le miento. Estoy tan sola... Únicamente la tengo a usted. No me deje!” Y me tomó la mano y la presionó contra su pecho. Tenía una forma perfecta, y al tocarlo sentí una fuerte descarga eléctrica. Yo, que soy una mujer, no sabía qué hacer. Me limitaba a repetir como una idiota: “No, no puede ser”. Tenía el cuerpo paralizado. En el instituto pude solventar el asunto sin problemas, pero aquel día me sentí impotente. El cuerpo no me respondía. Ella agarraba mi mano con su mano izquierda, apretándomela contra su pecho,

mientras me presionaba los pezones con los labios, los lamía y, con la mano derecha, me acariciaba la espalda, el costado, las nalgas. Hoy todavía no puedo creer que estuviera en mi dormitorio con las cortinas corridas en compañía de una niña de trece años que pretendía desnudarme. Antes de tener tiempo de comprender lo que estaba sucediendo, me había ido desnudando.

»Y yo me retorció de placer con sus caricias. Hay que ser imbécil, ¿verdad? Pero yo en aquel momento parecía embrujada. La chica seguía lamiéndome los pezones diciendo: “Estoy sola. Sólo la tengo a usted. No me deje. Estoy tan sola...”. Mientras, yo iba murmurando: “No, no puede ser” —Reiko enmudeció, se fumó un cigarrillo—. Es la primera vez que le cuento esto a un hombre. —Reiko se quedó mirándome—. Te lo confieso porque creo que me hará bien, pero me da mucha vergüenza.

—Lo siento. —No se me ocurría otra cosa que decir.

—Su mano derecha fue descendiendo. Y empezó a acariciar mi sexo por encima de las bragas. Por entonces, yo ya estaba muy húmeda. Es penoso reconocerlo, pero jamás, ni antes ni después, he estado tan excitada. Hasta aquel día yo pensaba que era una frígida. Por eso me quedé atónita. Después ella introdujo sus dedos finos y suaves dentro de mis bragas, y... ¿Me entiendes, verdad? Más o menos. No me siento capaz de decirlo en palabras. Aquello era completamente diferente a cuando me lo hacían los dedos, poco delicados, de un hombre. ¡Era maravilloso! Igual que si a una le hicieran cosquillas con una pluma. Pronto se me fue la cabeza. Pero, dentro de mi aturdimiento, pensaba que no podía hacerlo. Si sucedía una sola vez, luego se repetiría y, escondiendo ese secreto, mi cabeza volvería a enredarse, sin duda. Pensé en mi hija. ¿Y si me encontraba en aquella situación? Los sábados se quedaba hasta las tres en casa de mis padres, pero si por casualidad volvía antes... Eso pensé. Haciendo acopio de todas mis fuerzas, me incorporé y grité: «¡Basta ya! ¡Por favor!».

»Pero no se detuvo. Me acababa de quitar las bragas y empezó a hacerme un cunnilingus. Una niña de trece años me estaba lamiendo el sexo, a mí, a quien eso me daba tanta vergüenza que rara vez se lo dejaba hacer a mi marido. No sabía cómo reaccionar. Quería gritar. Aquello era el paraíso.

»“¡Basta!”, grité de nuevo, y le di una bofetada en la mejilla. Al fin se detuvo. Incorporó la parte superior de su cuerpo y me clavó la mirada. Las dos estábamos desnudas, incorporadas sobre la cama, mirándonos la una a la otra de hito en hito. Aquella niña tenía trece años, y yo, treinta y uno..., pero, mirando su cuerpo, me sentí abrumada. Aún hoy lo recuerdo. No podía creer que aquel cuerpo perteneciera a una niña de trece años. Incluso ahora me parece increíble. Frente al suyo, el mío daban ganas de echarse a llorar.

Yo no podía decir nada, así que preferí guardar silencio.

—La chica me preguntó por qué le pedía que se detuviera. Me dijo: «A usted le gusta esto, ¿no? Lo he sabido desde el primer día. Yo esas cosas las noto. Es mucho

mejor que hacerlo con un hombre, ¿verdad? Mire lo mojada que está. Yo puedo hacérselo mucho, muchísimo mejor. Puedo hacerle sentir que el cuerpo se le derrite. ¿Qué le parece?». Tenía razón. Era exactamente como ella decía. Me había excitado mucho más que mi marido y hubiera querido que siguiera. Pero no podía ser. «Hagámoslo una vez por semana. Nadie lo sabrá. Será un secreto entre usted y yo», añadió.

»Me levanté, me eché el albornoz por encima de los hombros, le dije que se fuera, que no volviera nunca más. Ella mantenía la mirada fija en mí. Sus ojos se habían transformado. Se habían vuelto tan inexpresivos que parecían pintados sobre un cartón. Carecían de profundidad. Tras mantener la mirada fija en mí durante unos instantes, recogió su ropa en silencio y fue poniéndose una prenda tras otra, muy despacio, como si hiciera una exhibición, luego volvió a la sala donde estaba el piano, sacó un peine del bolso, se peinó, al fin se secó la sangre de los labios con un pañuelo, después se calzó los zapatos y se marchó. Al irse me dijo lo siguiente: “Eres lesbiana. Por más que intentes ocultarlo, lo serás hasta que te mueras”.

—¿Y tenía razón? —pregunté.

Reiko reflexionó unos instantes curvando los labios.

—No lo tengo claro. Sentí muchas más cosas con aquella chica que cuando lo hacía con mi marido. Esto es un hecho. Y la verdad es que durante un tiempo me atormenté preguntándome si era lesbiana. Tal vez no me había dado cuenta hasta entonces. Pero ya no lo pienso. Por supuesto, no descarto que no haya esta tendencia en mí. Pero, en el sentido estricto de la palabra, no soy lesbiana. Porque cuando veo a una mujer no siento deseo sexual. ¿Me entiendes?

Asentí.

—Pero sí noto cuándo una chica se siente atraída hacia mí. Pero exclusivamente en estos casos. Por ejemplo, si abrazo a Naoko no siento nada especial. Cuando hace calor, vamos casi desnudas por la habitación, vamos juntas al baño, alguna vez hemos dormido en el mismo futón. Pero nada. No siento nada. Creo que tiene un cuerpo precioso. Una vez Naoko y yo jugamos a ser lesbianas. ¿Quieres que te lo cuente?

—Sí, cuéntamelo.

—Cuando le expliqué esta historia a Naoko, porque nos lo contamos todo, ella quiso probar y me acarició por todo el cuerpo. Nos desnudamos. Pero no resultó. Sentía cosquillas por aquí, cosquillas por allá. Creí que me moría. Aún ahora, sólo de acordarme me pica todo. Lo hacía fatal. ¿Te has quitado un peso de encima?

—Sí —reconocí.

—Sigo contando mi historia. —Reiko se rascó cerca de la ceja con la punta del dedo meñique—. Cuando aquella chica se marchó, me quedé sentada un rato en una silla, aturdida. No sabía qué hacer. Los latidos del corazón me retumbaban muy adentro con un sonido sordo, sentía los brazos y las piernas extrañamente pesados y

tenía la boca seca, como si hubiera comido polillas o algo parecido. Pero, pensando que pronto volvería mi hija, decidí tomar un baño para quitarme el rastro de sus besos y sus caricias. Por más que me froté con jabón, aquella especie de limo no desaparecía. Posiblemente fueran figuraciones mías, pero no podía evitarlo. Aquella noche le pedí a mi marido que hiciéramos el amor. Para limpiar aquella impureza. Por supuesto, a él no le conté nada. No hubiera podido. Sólo le dije que me tomara entre sus brazos y que hiciéramos el amor. Y que lo hiciera más despacio que de costumbre, que se tomara su tiempo. Me hizo el amor con ternura, tomándose todo el tiempo del mundo. Tuve un orgasmo memorable. Desde que me casé, jamás había sentido algo parecido. ¿Por qué crees que fue? Porque el tacto de los dedos de aquella chica aún permanecía en mi cuerpo. Ésa era la única razón. ¡Qué vergüenza hablar de esto! Estoy sudando. —Reiko volvió a curvar los labios esbozando una sonrisa—. Pero eso tampoco me sirvió. Dos o tres días después aún permanecía el tacto de aquella chica. Y sus últimas palabras resonaban dentro de mi cabeza, como un eco.

»El sábado siguiente no acudió a clase. Estuve esperándola en casa, temblando, preguntándome qué debía hacer si venía. Pero no vino. Era lógico. Era una chica orgullosa y, teniendo en cuenta cómo habían ido las cosas... No se presentó a la semana siguiente. Pasó un mes. Yo pensaba que lo olvidaría todo con el paso del tiempo, pero no pude. Cuando estaba sola en casa, me sentía inquieta, notaba su presencia. No podía tocar el piano, no podía pensar. Era incapaz de concentrarme en nada. Un día, de pronto, me di cuenta de que en la calle sucedía algo extraño. Los vecinos me miraban con intención. En sus ojos notaba cierta frialdad. Me saludaban, pero algo había cambiado en su tono de voz y en el trato que me dispensaban. Incluso mi vecina, que venía a veces de visita a casa, parecía evitarme. Intenté no hacer demasiado caso. Empezar a preocuparse por cosas así era el primer síntoma de enfermedad.

»Un día vino a verme una mujer que yo conocía muy bien. Tenía la misma edad que yo, era hija de una conocida de mi madre y nuestros hijos iban al mismo jardín de infancia. Teníamos bastante confianza. La mujer me preguntó a bote pronto si sabía que circulaban unos rumores persistentes sobre mí. Le respondí que no.

»“¿Qué dicen?”

»“Me resulta difícil hablarte de ello.”

»“Aunque te cueste, cuéntamelo.”

»Ella era muy reticente a hablar, pero me lo contó todo. De hecho, por eso había venido a visitarme. Según ella, en el barrio se decía que yo era lesbiana, que había estado ingresada muchas veces en el psiquiátrico, que había desnudado a una alumna mía de piano, había intentado abusar de ella y, al resistirse la niña, la había golpeado dejándole la cara llena de moratones. Me aterrorizó la manera como habían transformado la historia, pero lo más sorprendente era que supieran que había estado

ingresada en un hospital psiquiátrico.

»“Te conozco desde hace tiempo, les he dicho que tú nunca harías una cosa así”, me dijo la mujer. “Pero, al parecer, los padres de la niña están convencidos de ello y van contándolo. Según dicen, a raíz de tu intento de abuso, te han hecho investigar y han descubierto que has estado ingresada en un hospital psiquiátrico.”

»Una amiga me contó que el día del incidente la chica volvió de clase de piano con la cara bañada por las lágrimas y su madre le preguntó qué había sucedido. Tenía la cara hinchada, del labio partido manaba sangre, llevaba los botones de la blusa arrancados y la ropa interior desgarrada. ¿Puedes creerlo, Watanabe? Para que su historia fuera creíble, ella misma se lo había hecho todo. Se manchó la blusa de sangre, se arrancó los botones, se rasgó el encaje del sujetador, se enrojeció los ojos llorando a lágrima viva, se despeinó y, por fin, volvió a casa y soltó esa sarta de mentiras. Lo peor era que podía imaginármela. Pero no pude reprocharles a todos que le creyeran. Supongo que, de haberme encontrado en su situación, yo también le hubiera creído. Si aquella chica, hermosa como una muñeca y embustera como un demonio, se me hubiera sincerado entre sollozos diciendo: “¡Oh, no! No quiero hablar. ¡Me da tanta vergüenza!”, le hubiera creído a pie juntillas. Además, para empeorar las cosas todavía más, ¿acaso no era cierto que yo tenía un historial clínico en un hospital psiquiátrico? ¿No era cierto que la había abofeteado con todas mis fuerzas? ¿Quién iba a creerme? Sólo mi marido.

»Tras unos días de vacilación, me decidí a contárselo a mi marido, y él me creyó, por supuesto. Le expliqué lo que había sucedido: ella me había querido seducir y yo la había abofeteado. Omití, por supuesto, lo que yo había sentido. Esto no podía explicárselo. “No puede decirlo en serio. Iré a su casa y hablaré con los padres cara a cara”, dijo él enfurecido. “Tú estás casada conmigo. Tienes una hija. ¿A qué viene llamarte lesbiana? ¡Vaya estupidez!”

»Pero logré detenerle. Le supliqué que no fuera. Sólo conseguiría hacer más honda nuestra herida. Yo sabía que la niña estaba mal de la cabeza. En mi vida había visto a mucha gente enferma. Aquella chica estaba podrida por dentro. Si levantabas una capa de aquella hermosa piel, debajo no había más que podredumbre. Tal vez sea cruel decirlo, pero era cierto. Sin embargo, la gente no lo sabía y yo no tenía posibilidad alguna de vencer. Aquella niña llevaba largo tiempo manipulando a los adultos, y nosotros no teníamos nada a nuestro favor. ¿Quién podía creer que una niña de trece años había intentado inducir al lesbianismo a una mujer de treinta y uno? Por más que nos desgañitáramos, la gente siempre cree lo que le conviene. Cuanto más removiera las cosas, en peor situación me hallaría.

»Le propuse que nos mudáramos. “Es lo único que podemos hacer”, dije. “Si permanezco aquí más tiempo, la tensión será cada vez mayor y se me volverá a aflojar un tornillo de la cabeza. Estoy en una situación crítica. Vayámonos lejos, a un

sitio donde no nos conozca nadie.” Pero mi marido no quiso marcharse. Él aún no comprendía la gravedad del asunto. Su trabajo era interesante; aquél era un mal momento para dejarlo todo. Por fin había podido comprar una casa —aunque fuera una pequeña vivienda prefabricada—, y nuestra hija se había adaptado al jardín de infancia. Me respondió: “¡Espera un momento! No podemos cambiar de casa así como así. Yo no puedo encontrar un trabajo de un día para otro, tendremos que vender la casa, buscar otra guardería para la niña. Por deprisa que vayamos, tardaremos como mínimo un par de meses”.

»“No puede ser. Si me quedo, me humillarán de tal forma que jamás podré volver a levantarme”, añadí. “No es una amenaza. Es la pura verdad. Lo noto.”

»Ya empezaban a zumbarme los oídos, tenía alucinaciones auditivas y padecía insomnio. Entonces él dijo que me fuera yo primero, que él se reuniría conmigo cuando lo hubiera arreglado todo.

»“¡No!”, le grité. “No me iré sola a ninguna parte. Si ahora me separo de ti, me romperé en pedazos. Te necesito. No me dejes sola.”

»Él me abrazó. Me dijo que resistiera. “Aguanta un poco más. En este tiempo lo solucionaré todo. Dejaré mi trabajo, venderé la casa, arreglaré lo de la guardería de la niña. Encontraré otro trabajo. Con un poco de suerte, podremos irnos a Australia. Espera un mes. Y después todo irá bien.” No pude objetar nada. Cuanto más hablaba, más sola me sentía. —Reiko suspiró, alzó la vista hacia la lámpara del techo—. No pude esperar un mes. Un día se me aflojó un tornillo. ¡Crac! Esta vez fue terrible. Tomé somníferos, abrí la llave del gas. Pero no logré matarme. Al abrir los ojos, me encontré en la cama de un hospital. Y éste fue el final. Unos meses después, cuando me hube calmado un poco y empecé a pensar con claridad, le pedí el divorcio a mi marido. “Es lo mejor para ti y para la niña”, le dije. Él me respondió que no tenía ninguna intención de divorciarse de mí.

»“Te pondrás bien. Empezaremos una nueva vida los tres juntos.”

»“Ya es tarde”, respondí. “Todo se terminó cuando me pediste que esperara un mes. Si realmente querías volver a empezar, no tenías que habérmelo pedido. Vayamos adónde vayamos, por más lejos que nos mudemos, volverá a sucederme lo mismo. Volveré a pedirte lo mismo y volveré a hacerte sufrir. No quiero que esto se repita nunca más.”

»Y nos divorciamos. Es decir, yo me divorcié de él a la fuerza. Él volvió a casarse hace dos años. Sigo pensando que fue lo mejor. En aquella época yo sabía que seguiría así de por vida y no quería encadenar a nadie a mi lado. No quería forzar a nadie a vivir temiendo que pudiera perder la razón en cualquier momento.

»Él había sido muy bueno conmigo. Era una persona honesta en quien podía confiar, fuerte y paciente. Fue el marido ideal. Hizo lo imposible por curarme, y yo, a mi vez, lo intenté por él y por la niña. Y creí que me había curado. Fui feliz durante

los seis años que estuve casada. Él hizo que me sintiera bien en un noventa y nueve por ciento de mi ser. Pero el uno por ciento restante, este insignificante uno por ciento, enloqueció.

»Y, ¡crac!, todo lo que habíamos ido construyendo se derrumbó en un instante y quedó en nada. Por culpa de aquella chica. —Reiko reunió las colillas que había en el suelo con el pie y las metió dentro del tetrabrik—. Es una historia terrible. Luchamos tanto por ir construyendo tantas cosas... una tras otra... y todo se derrumbó en un santiamén. En un abrir y cerrar de ojos ya no quedaba nada. —Reiko se levantó y metió las manos en los bolsillos de los pantalones—. Volvamos a la habitación. Ya es tarde.

El cielo encapotado ocultaba la luna. Ahora percibí el olor a lluvia, mezclado con el aroma de las deliciosas uvas que Reiko llevaba en una bolsa.

—Por eso no puedo salir de aquí —añadió—. Me aterra conocer a gente diferente, tener experiencias nuevas.

—Te entiendo muy bien —comenté—. Sin embargo, lograrías salir adelante.

Reiko me sonrió, pero no dijo nada.

Naoko estaba sentada en el sofá leyendo un libro. Tenía las piernas cruzadas y mientras leía se presionaba la sien con un dedo. Igual que si tratara de tocar y memorizar cada una de las palabras que se le iban metiendo en la cabeza. Fuera caían chuzos de punta, que flotaban vacilantes alrededor de la luz de las farolas, como si fuera polvo fino. Tras la charla con Reiko, al mirar a Naoko me pareció que era mucho más joven.

—Perdón por llegar tan tarde —le dijo Reiko, y le acarició la cabeza.

—¿Os habéis divertido? —Naoko levantó la vista del libro.

—Por supuesto —respondió Reiko.

—¿Y qué habéis estado haciendo? —me preguntó Naoko.

—Cosas que no pueden contarse —bromeé. Naoko soltó una risita y dejó el libro. Luego los tres comimos las uvas mientras escuchábamos caer la lluvia.

—Lloviendo de esta forma, tengo la sensación de que sólo estamos nosotros tres en el mundo —comentó Naoko—. ¡Ojalá continúe lloviendo eternamente y nos quedemos así para siempre!

—Mientras vosotros retozáis, yo os abanicaré con uno de esos abanicos con mango largo como si fuera una estúpida esclava negra y tocaré música ambiental con mi guitarra —terció—. ¡No, gracias!

—No, mujer. Te lo prestaré de vez en cuando. —Naoko se rió.

—¡Ah, bueno! Entonces no está tan mal. ¡Que llueva, que llueva!

Siguió lloviendo. Se oían los truenos. Cuando acabamos de comer las uvas, Reiko encendió un cigarrillo, sacó la guitarra de debajo de la cama y empezó a tocar. Interpretó varias canciones: *Desafinado* y *Garota de Ipanema*, algunas piezas de Burt Bacharach y otras de Lennon y McCartney. Reiko y yo tomamos una copa de vino y, cuando se terminó, nos repartimos el brandy que quedaba en mi petaca. En aquella atmósfera agradable, charlamos de muchas cosas. También yo deseé que siguiera lloviendo eternamente.

—¿Volverás? —me preguntó Naoko mirándome fijamente a los ojos.

—Por supuesto que volveré —dije.

—¿Me escribirás?

—Todas las semanas.

—¿Y a mí? ¿También me escribirás alguna vez? —intervino Reiko.

—Con mucho gusto.

A las once Reiko bajó el respaldo del sofá, igual que hizo la noche anterior, y me montó la cama. Nos dimos las buenas noches, apagamos la luz y nos acostamos. Como no podía dormir, saqué de la mochila una lamparita de viaje y el ejemplar de *La montaña mágica* y me puse a leer. Poco antes de las dos, la puerta del dormitorio se abrió y apareció Naoko, que se deslizó entre mis sábanas. Esta vez se trataba de la Naoko de siempre. Sus ojos no tenían la mirada perdida, sus movimientos eran vivos. Acercó su boca a mi oído y me susurró:

—No puedo dormir.

Le dije que a mí me ocurría lo mismo. Dejé el libro, apagué la lamparita, atraje a Naoko hacia mí y la besé. La oscuridad y el ruido de la lluvia nos envolvían.

—¿Y Reiko? —pregunté.

—No te preocupes. Duerme a pierna suelta. Ésa, una vez se ha dormido, no hay quien la despierte. ¿Vendrás a verme otra vez?

—Vendré.

—¿Aunque no pueda hacerte nada?

Asentí en la penumbra. Notaba la forma de los senos de Naoko contra mi pecho. Recorrí la silueta de su cuerpo con la palma de la mano, por encima de la bata. Llevé la mano de los hombros a la espalda y luego hasta la cadera, lo hice muchas veces, despacio, como si quisiera grabar en mi memoria las curvas de su cuerpo, la suavidad de su piel. Tras permanecer un rato abrazados, Naoko me besó cariñosamente en la frente y se escurrió fuera de la cama. La bata azul de Naoko tembló en la oscuridad con la ligereza de un pez.

—Adiós —me susurró.

Escuchando el ruido de la lluvia, me sumí en un dulce sueño.

A la mañana siguiente seguía lloviendo. A diferencia de la lluvia de la noche

anterior, ésta era una lluvia fina de otoño. Se veía que estaba lloviendo por los círculos concéntricos en los charcos y por el gorgoteo de la lluvia que caía de los aleros. Cuando me desperté, al otro lado de la ventana una niebla blanca como la leche lo envolvía todo, pero, conforme el sol fue subiendo en el horizonte, la niebla fue barrida por el viento y reaparecieron los bosques y las montañas.

Igual que la mañana del día anterior, desayunamos los tres juntos, luego fuimos a cuidar las aves. Naoko y Reiko llevaban un chubasquero amarillo con capucha. Yo me puse una chaqueta impermeable encima del jersey. El aire era húmedo y frío. Las aves se habían acurrucado en el fondo del gallinero, pegadas las unas a las otras y en silencio, como si huyeran de la lluvia.

—En cuanto llueve hace frío, ¿verdad? —le comenté a Reiko.

—Cada vez que llueve va refrescando. Hasta que un día en vez de agua caiga nieve —dijo ella—. Las nubes que vienen del Mar de Japón dejan aquí toda la nieve.

—¿Qué hacéis con las aves en invierno?

—¿Tú qué crees? Las metemos dentro. No vaya a ser que, al llegar la primavera, tengamos que correr a desenterrar de la nieve a las pobres aves congeladas y debamos reanimarlas: «¡Pitas, pitas! ¡La comida!».

Tras empujar la tela metálica con la punta del dedo, el loro hizo batir las alas y chilló: «¡Vete a la mierda! ¡Gracias! ¡Loco!».

—A ése no me importaría —dijo Naoko con expresión sombría—. Me volveré loca escuchando lo mismo todas las mañanas.

Cuando terminamos de limpiar el gallinero, volvimos a la habitación e hice mi equipaje. Ellas se prepararon para ir a trabajar al campo. Salimos juntos del bloque y nos despedimos un poco más allá de la pista de tenis. Ellas torcieron hacia la derecha, y yo seguí en línea recta. Nos dijimos adiós. Les prometí que iría a visitarlas pronto. Naoko esbozó una sonrisa y luego dobló una esquina y desapareció.

Antes de llegar al portal, me crucé con varias personas. Todas llevaban el mismo chubasquero amarillo que Naoko y Reiko, con la capucha bien calada en la cabeza. Gracias a la lluvia, todos los colores eran vivos y nítidos. La tierra era negrísima; las ramas de los pinos, de un verde brillante; las personas enfundadas en los impermeables amarillos parecían espíritus a quienes se les permitiera vagar por el mundo en las mañanas de lluvia. Se desplazaban por la faz de la Tierra en silencio cargando bolsas con aperos de labranza y canastos.

El guarda de la entrada se acordaba de cómo me llamaba, y al salir puso una señal junto a mi nombre en el registro de visitas.

—Veo que vive en Tokio —comentó el anciano al ver mi dirección—. He estado en Tokio una sola vez. Allí la carne de cerdo es muy buena.

—¿Ah, sí? —repuse sin saber muy bien qué responderle.

—La mayoría de cosas que comí en Tokio no valían gran cosa, pero el cerdo sí.

El cerdo estaba delicioso. Deben de criarlos de una manera especial, ¿verdad?

Reconocí que no lo sabía. De hecho, era la primera vez en mi vida que oía decir que el cerdo de Tokio era delicioso.

—¿Cuándo fue usted a Tokio? —le pregunté.

—¿Cuándo debió de ser? —El hombre inclinó la cabeza en un gesto dubitativo—. Sería en la época en que se casó Su Alteza el Príncipe Heredero. Mi hijo se encontraba en la ciudad y me dijo que tenía que ir, aunque fuera una sola vez. Sí, fue entonces.

—¡Ah! Seguro que en aquella época la carne de cerdo era deliciosa —comenté.

—¿Y ahora no lo es?

Le respondí que no estaba seguro, que jamás había oído decir que la carne de cerdo de Tokio fuera especialmente buena. Al oírme, el anciano pareció decepcionado. Iba a añadir algo, pero corté la conversación aduciendo que tenía que tomar el autobús y eché a andar hacia el sendero. En el camino que bordeaba el río aún quedaban, a trechos, unos jirones de niebla, que, barridos por el viento, vagaban por la ladera de la montaña. Me detuve muchas veces y me volví, suspirando. Tenía la sensación de haber llegado a un planeta con una gravedad distinta. «¡Ah, claro! Vuelvo a estar en el mundo exterior», y me entristecí.

Llegué a la residencia a las cuatro y media, dejé el equipaje en mi habitación, me cambié de ropa y me dirigí a la tienda de discos de Shinjuku, donde trabajaba. Desde las seis hasta las diez y media, vigilé la tienda y vendí algunos discos. Mientras, estuve contemplando a la gente que pasaba por delante de la tienda: familias, parejas, borrachos, miembros de las bandas *yakuza*, jovencitas vestidas con minifalda, hombres barbudos al estilo hippy, chicas de alterne, individuos difíciles de catalogar... Todos iban desfilando, uno tras otro, por la calle. Cuando ponía un disco de rock duro, varios hippies se reunían en la puerta de la tienda y bailaban, inhalaban disolvente o se sentaban en la acera. Cuando ponía un disco de Tony Bennett, desaparecían todos.

Al lado había una tienda donde unos hombres de mediana edad y ojos somnolientos vendían unos estrafalarios juguetes sexuales. No había, en aquella tienda, un solo trasto que yo pudiera imaginar para qué servía, pero el negocio parecía próspero. En el callejón de enfrente de la tienda, unos estudiantes que habían bebido demasiado estaban vomitando. En el casino, al otro lado, el cocinero de un restaurante del barrio mataba el tiempo jugándose el dinero al bingo. Un vagabundo con la cara sucia estaba acurrucado, completamente inmóvil, bajo el alero de una tienda cerrada. Una chica con los labios pintados de color rosa, que la miraras por donde la miraras no aparentaba más de trece años, entró en la tienda y me pidió que le pusiera *Jumpin' Jack Flash*, de los Rolling Stones. Empezó a bailar meneando las

caderas y marcando el ritmo con los chasquidos de los dedos. Luego me pidió un cigarrillo. Le di un Lark del paquete del encargado. Fumó con deleite y, cuando se acabó el disco, salió de la tienda sin darme siquiera las gracias. Cada quince minutos se oía la sirena de una ambulancia o de un coche patrulla. Tres oficinistas vestidos con traje y corbata, a cual más borracho, gritaban «¡Chochete! ¡Chochete!» a una chica bonita de pelo largo que estaba llamando por teléfono en una cabina. Los tres se reían la gracia mutuamente.

Ante este panorama, empecé a sentirme cada vez más confuso y a no entender nada. ¿Qué diablos era aquello? ¿Qué sentido tenía?

Cuando el encargado volvió de almorzar, me dijo:

—Watanabe, anteanoche me tiré a la chica de la boutique.

Hacía tiempo que le había echado el ojo a una dependienta de una boutique de allí cerca y de vez en cuando le regalaba algún disco de la tienda. Cuando le respondí «¡Que bien!», me lo contó con todo lujo de detalles.

—Si quieres acostarte con una mujer —me explicó con aires de suficiencia—, primero y principal, le regalas algo, segundo y principal, le haces beber una copa tras otra, o sea, la emborrachas. Una tras otra. Eso es lo principal, ¿entendido? Y entonces ya está lista. Fácil, ¿no?

Sujetándome la confusa cabeza entre mis manos, subí al tren y volví a la residencia. Cuando, tras correr las cortinas y apagar la luz, me tendí en la cama, me asaltó la sensación de que Naoko iba a deslizarse a mi lado de un momento a otro. Al cerrar los ojos, noté la suave turgencia de sus senos contra mi pecho, oí sus susurros, pude sentir en mis manos las formas de su cuerpo. Regresé en la penumbra al pequeño mundo de Naoko. Oí el prado, oí el ruido de la lluvia. Pensé en el cuerpo desnudo de Naoko que había visto bañado por la luz de la luna y evoqué las escenas en que su suave y hermoso cuerpo enfundado en el chubasquero amarillo limpiaba el gallinero o hablaba del trabajo del campo. Acaricié mi pene erecto y eyaculé pensando en ella. Después me pareció que la cabeza se me había despejado, pero, con todo, el sueño no se apoderaba de mí. Estaba cansado, necesitaba dormir, pero no lograba conciliar el sueño.

Me levanté, me planté junto a la ventana y me quedé mirando, distraído, el podio donde izaban la bandera nacional. El poste blanco, sin la bandera, parecía un hueso gigantesco incrustado en la oscura noche. «¿Qué debe de estar haciendo Naoko en estos momentos?», me pregunté. Durmiendo, por supuesto. Debía de estar profundamente dormida, arropada por las tinieblas de su pequeño y extraño mundo. Recé para que no tuviera sueños amargos.

A la mañana del día siguiente, jueves, tuve clase de educación física. En la piscina hice varios largos de cincuenta metros. Gracias al duro ejercicio, me quedé como nuevo y se me despertó el apetito. Devoré un copioso almuerzo en un establecimiento donde servían menús. Después, cuando me encaminaba a la biblioteca de la facultad de literatura para hacer unas consultas, me encontré a Midori Kobayashi. Iba acompañada de una chica bajita y con gafas. En cuanto me vio, fue a mi encuentro.

—¿Adónde vas? —me preguntó.

—A la biblioteca —dije.

—¿Por qué no te vienes a almorzar conmigo?

—Ya he comido hace un rato.

—¿Y por qué no comes otra vez?

Al final, Midori y yo entramos en una cafetería del barrio; Midori se comió un arroz con curry, y yo me tomé una taza de café. Llevaba una camisa blanca de manga larga y un chaleco amarillo de lana con peces bordados, un fino collar de oro y un reloj de Walt Disney. Comió con apetito el arroz con curry y bebió tres vasos de agua.

—Estos días no has estado por aquí, ¿verdad? Te he llamado un montón de veces —comentó Midori.

—¿Querías algo en especial?

—No, nada. Hablar contigo.

—¡Ah! —musité.

—¿Qué coño significa ese «¡Ah!»?

—Nada. Es una expresión —respondí—. Dime, ¿ha habido algún incendio últimamente?

—No. Y mira que aquél fue divertido. Apenas hubo daños y el humo fue muy impactante. Un incendio así está bien.

Dichas estas palabras, volvió a beber agua. Luego suspiró y me miró fijamente.

—Watanabe, ¿qué te ocurre? Pareces atontado. Ni siquiera enfocas al mirar.

—Nada grave. Acabo de volver de viaje y estoy cansado.

—Parece que has visto un fantasma.

—¿Ah, sí?

—¿Esta tarde tienes clase?

—Sí, de alemán y religión.

—¿Y no puedes saltártelas?

—La de alemán, imposible. Hoy tengo examen.

—¿A qué hora terminas?

—A las dos.

—¿Quieres ir a tomar una copa cuando salgas de clase?

—¿A las dos de la tarde? —pregunté.

—No está mal para variar. Tienes mala cara. Tómate una copa conmigo y verás como te animas. Y yo lo mismo. También quiero tomar una copa contigo para ver si me animo. ¿Qué te parece?

—Vayamos de copas, pues. —Solté un suspiro—. Te espero a las dos en el patio de la facultad de literatura.

Después de la clase de alemán, subimos al autobús, fuimos hasta Shinjuku y entramos en un bar llamado DUG, situado en uno de los subterráneos de detrás de la librería Kinokuniya, donde pedimos dos vodkas con tónica.

—Vengo a veces. Aquí no te sientes incómoda bebiendo durante el día.

—¿Tienes por costumbre beber durante el día?

—No, sólo a veces. —Hizo tintinear el hielo del vaso—. A veces, cuando el mundo empieza a angustiarme, me paso por aquí y me tomo un vodka con tónica.

—¿El mundo te parece angustioso?

—A veces —dijo Midori—. Yo también tengo problemas.

—¿Cuáles son tus problemas?

—Mi familia, mi novio, las irregularidades de la regla... muchas cosas.

—¿Tomamos otra copa? —sugerí.

—Hecho.

Levanté la mano, llamé al camarero y le pedí otros dos vodkas con tónica.

—Por cierto, el otro domingo me diste un beso —terció Midori—. He pensado en eso. Me gustó mucho.

—Eso está bien.

—«Eso está bien» —repitió Midori—. Verdaderamente, hablas de una manera extraña.

—Puede ser —dije.

—Dejémoslo así. En fin, en ese momento lo pensé. Me hubiera encantado que aquél fuera el primer beso que me daba un chico. Si pudiera cambiar el curso de mi vida, haría que ése fuera mi primer beso. Sin dudarlo. Y viviría el resto de mi vida pensando: «¿Qué debe de estar haciendo ahora Watanabe, aquel chico que me dio mi primer beso una tarde en el terrado de mi casa? ¿Qué habrá sido de él ahora que ha cumplido cincuenta y ocho años?». ¿No te parece precioso?

—Debe de ser precioso —dije mientras pelaba un pistacho.

—¿Por qué estás ausente? Ya te lo he preguntado antes.

—Quizá porque aún me cuesta volver a la vida cotidiana —concedí tras

reflexionar unos instantes—. Me da la impresión de que éste no es el mundo real. La gente, las escenas que me rodean no me parecen reales.

Midori, acodada sobre la barra, me miró de arriba abajo.

—Esto mismo dice una canción de Jim Morrison.

—«*People are strange when you are a stranger*», o sea, «la gente es extraña cuando tú eres un extraño».

—¡Cierto! —dijo Midori.

—¡Esto es! —exclamé.

—Me gustaría que me acompañaras a Uruguay. —Midori seguía acodada sobre la barra—. Dejándolo todo: la novia, la familia, la universidad...

—No estaría mal. —Me reí.

—¿No te encantaría dejarlo todo y marcharte a un lugar donde nadie te conociera? A mí, a veces me dan ganas de hacerlo. Unas ganas locas. Así que, si de pronto se te ocurre llevarme lejos, te pariré un montón de bebés fuertes como toros. Y viviremos todos tan felices... Revolcándonos por el suelo.

Volví a reírme y apuré mi segundo vaso de vodka con tónica.

—Aún no tienes ganas de tener bebés fuertes como toros, ¿es eso? —me preguntó Midori.

—No, mujer, tengo curiosidad. Me gustaría saber qué se siente —dije.

—Tranquilo. Si no te apetece, no pasa nada. —Ahora Midori comía pistachos—. Total, estoy bebiendo a primera hora de la tarde y diciendo lo primero que se me pasa por la cabeza. Te insto a que lo dejes todo y te vayas a Uruguay, nada menos. Si allí no hay más que cagajones de burro...

—Tal vez.

—Cagajones por todas partes. Una mierda si estás aquí, una mierda si vas allá. El mundo entero es una mierda. Toma, te doy éste, que está duro. —Midori me dio un pistacho que costaba pelar. Le quité la cáscara con esfuerzo—. Pero el domingo pasado me relajé muchísimo. Los dos en el terrado mirando el incendio, bebiendo y cantando. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien. Me presionan por todas partes. En cuanto asomo la cabeza, me dicen esto y lo otro. Al menos, tú no me fuerzas a nada.

—No te conozco lo suficiente.

—¿Quieres decir que, si me conocieras mejor, tú también acabarías presionándome como todos los demás?

—Es posible —dije—. En el mundo real todos vivimos presionándonos los unos a los otros.

—Sí, pero no creo que tú lo hicieras. Yo estas cosas las adivino. En cuanto a presionar y a ser presionado, soy una autoridad. Y tú no eres así. Contigo siento que puedo bajar la guardia. ¿Sabes que en este mundo hay montones de personas a

quienes les gusta forzar a los demás a hacer esto y lo otro, y que, a su vez, les gusta que las fuercen? Y montan un gran follón con todo esto. Yo te he presionado porque tú me has presionado... Les encanta. Pero a mí no. Yo lo hago porque no me queda otro remedio.

—¿Y a qué cosas fuerzas a los demás? ¿O a qué cosas te fuerzan los demás a ti?

Midori se llevó un cubito de hielo a la boca, que chupó durante un momento.

—¿Quieres conocerme mejor?

—Me gustaría —reconoció.

—Acabo de preguntarte: «¿Quieres conocerme mejor?». ¿No te parece una crueldad responderme como lo has hecho?

—Quiero conocerte mejor, Midori —repetí.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Aunque te den ganas de apartar la mirada?

—¿Tan terrible eres?

—En cierto sentido, sí. —Midori esbozó una mueca—. Quiero otra copa.

Llamé al camarero y le pedí la tercera ronda de vodkas con tónica. Hasta que nos los trajeron, Midori permaneció acodada en la barra con la mejilla sobre la palma de la mano. Yo guardaba silencio escuchando *Honeysuckle Rose*, de Thelonious Monk. En el bar había cinco o seis clientes, pero éramos los únicos que tomábamos alcohol. El aroma del café confería una atmósfera de tarde familiar en la penumbra de un bar.

—¿Estás libre el próximo domingo? —me preguntó Midori.

—Creía habértelo dicho antes. Los domingos siempre estoy libre. Al menos, hasta las seis, cuando voy a trabajar.

—¿Entonces me acompañarás este domingo?

—Si quieres...

—El domingo por la mañana iré a recogerte a la residencia. Pero no sé la hora exacta. ¿Te importa?

—No —le dije.

—Watanabe, ¿sabes lo que me gustaría hacer ahora?

—Ni me lo imagino.

—Quiero tenderme en una cama grande, muy mullida. Eso en primer lugar —explicó Midori—. Me encuentro a gusto, estoy borracha, a mi alrededor no hay ningún cagajón de mula, tú estás tendido a mi lado. Y entonces empiezas a desnudarme con dulzura. Como una madre desnudaría a su hijo. Suavemente.

—Y... —susurré.

—Yo al principio estoy adormilada, sintiéndome en la gloria, pero, de pronto, recobro el sentido y grito: «¡No, Watanabe! Me gustas, pero salgo con un chico y no puedo hacerlo. Yo soy muy estricta en estas cosas. ¡Basta! ¡Por favor!». Pero tú no te

detienes.

—Yo me detendría.

—Lo sé. Pero esto es una fantasía —dijo Midori—. Y me enseñas tu cosita. Allí, enhiesta. Yo bajo enseguida la mirada, claro. Pero la veo de refilón y digo: «¡No, por favor! ¡No puedes meterme una cosa tan grande y tan dura!».

—No la tengo grande. La tengo normal.

—Eso no importa. Es una fantasía. De pronto, pones una cara triste. Y yo me compadezco de ti y te consuelo: «¡Pobre! ¡Pobrecillo! ¡Venga! ¡No pasa nada!».

—¿Y eso es lo que te gustaría hacer ahora?

—Sí.

—¡Vaya! —exclamé.

Salimos del bar DUG después de tomarnos cinco vodkas con tónica cada uno. Cuando me disponía a pagar, Midori me dio un golpecito en la mano, sacó de su cartera un billete de diez mil yenes sin una arruga y pagó la cuenta.

—Invito yo. No te preocupes. He cobrado uno de los trabajos que hago a tiempo parcial. Ahora bien, si eres un fascista a quien no le gusta que lo invite una mujer, la cosa cambia.

—No lo soy.

—¿A pesar de que no te he dejado metérmela?

—Porque es tan grande y está tan dura...

—Exacto —dijo Midori—. Porque es tan grande y está tan dura...

Midori estaba ebria y resbaló cuando bajaba por la escalera. Estuvimos a punto de caer los dos escaleras abajo. Al salir del bar, vimos que las nubes que cubrían el cielo habían desaparecido y que un sol crepuscular vertía una suave luz sobre las calles por las que Midori y yo vagábamos. Ella me dijo que quería subirse a un árbol, pero, por desgracia, en Shinjuku no había ninguno y a aquella hora el parque ya estaba cerrado.

—¡Lástima! ¡Me encanta subirme a los árboles! —se lamentó ella.

Mientras paseaba con Midori mirando los escaparates de las tiendas, me di cuenta de que el mundo había dejado de parecerme tan irreal como un rato antes.

—Doy gracias por haberte conocido. Tengo la sensación de que me he readaptado al mundo —afirmé.

Midori se detuvo y me miró atentamente.

—Es verdad. Ahora ya enfocas bien la mirada. Chico, ¡te sienta bien salir conmigo!

—Sí.

A las cinco y media Midori dijo que tenía que preparar la cena y que se iba a casa. Yo subí al autobús y volví a la residencia. La acompañé hasta la estación de Shinjuku y allí nos despedimos.

—¿Sabes lo que me gustaría hacer ahora? —soltó cuando ya nos separábamos.

—No tengo la menor idea. ¡Quién sabe qué te ronda por la cabeza! —comenté.

—Me gustaría que unos piratas nos hicieran prisioneros, que nos desnudaran y nos ataran con una cuerda.

—¿Y por qué tendrían que hacer algo así?

—Porque serían unos piratas morbosos.

—Me parece que aquí la única morbosa eres tú.

—Nos dicen que dentro de una hora nos arrojarán al mar, así que, mientras tanto, tratemos de pasarlo lo mejor posible, así, tal como estamos. Y nos meten en las bodegas.

—¿Y?

—Lo pasamos estupendamente durante una hora. Revolcándonos y retorciéndonos.

—¿Y eso es lo que te gustaría hacer ahora?

—Sí.

—¡Vaya! —Agité la mano.

El domingo Midori vino a recogerme a la residencia a las nueve y media de la mañana. Yo acababa de despertarme y aún no me había lavado la cara. Alguien aporreó la puerta gritando: «¡Eh, Watanabe! ¡Una mujer!». Al bajar al vestíbulo, vi a Midori vestida con una minifalda tejana increíblemente corta, sentada en una silla con las piernas cruzadas, bostezando. Al pasar, los chicos que iban a desayunar se comían con los ojos las piernas largas y delgadas de Midori. Tenía unas piernas muy bonitas.

—¿He llegado demasiado pronto? —preguntó ella—. ¿Te acabas de levantar?

—Voy a lavarme la cara y a afeitarme. ¿Me esperas unos quince minutos? —le rogué.

—No me importa esperarte, pero, desde hace un rato, no paran de mirarme las piernas.

—Normal, ¿no te parece? Presentándote en una residencia de chicos con una falda tan corta... Vamos, te mirarán todos.

—No hay problema. Hoy llevo unas bragas muy bonitas. De color rosa, con un encaje precioso.

—Peor aún. —Suspiré.

Me lavé la cara y me afeité lo más rápido posible. Luego me puse una camisa azul, una chaqueta de *tweed* gris por encima, bajé y conduje a Midori a la salida de la residencia. Estaba bañado en un sudor frío.

—¿Todos los chicos que hay aquí se masturban? —Midori alzó la vista hacia la residencia.

—Es probable.

—¿Lo hacen pensando en chicas?

—Supongo que sí —dije—. No creo que haya ningún hombre que se masturbe pensando en el mercado de valores, en la conjugación de los verbos o en el canal de Suez. Imagino que la mayoría lo hace pensando en mujeres.

—¿El canal de Suez?

—Por ejemplo.

—Es decir, piensan en una chica determinada.

—¿Por qué no se lo preguntas a tu novio? —le espeté—. No entiendo a qué viene preguntarme todas estas cosas un domingo por la mañana.

—Es simple curiosidad —contestó Midori—. Además, él se enfadaría muchísimo. Dice que las mujeres no tenemos que preguntar estas cosas.

—Es una manera de pensar muy correcta.

—Pero yo quiero saberlo. ¿Tú, cuando te masturbas, piensas en una chica concreta?

—Yo sí. Ahora bien, no tengo ni idea de lo que hacen los demás —me resigné a responder.

—¿Y has pensado alguna vez en mí? Dime la verdad. No me enfadaré.

—No, nunca, la verdad —le respondí honestamente.

—¿Y por qué no? ¿No me encuentras atractiva?

—No es eso. Eres atractiva, eres guapa, te gusta provocar.

—Entonces, ¿por qué no piensas en mí?

—En primer lugar, porque te veo como una amiga y no puedo involucrarte en mis fantasías sexuales. En segundo lugar...

—Hay otra persona que está presente en tus pensamientos.

—La verdad es que sí —reconocí.

—Eres educado incluso en esto —comentó Midori—. Me gusta esta faceta tuya. Pero, aunque sea una vez, ¿me incluirás a mí en tus fantasías sexuales o en tus obsesiones? Me gustaría aparecer. Te lo pido como amiga. ¡Vamos! Esto a otro no se lo pediría. Esta noche, cuando te masturbes, piensa en mí. No puedo pedírselo a cualquiera. Pero tú eres un amigo. Y luego quiero que me cuentes cómo ha ido.

Lancé un suspiro.

—Pero nada de penetración, ¿eh? Somos amigos. Mientras no haya penetración, puedes hacer lo que quieras. Pensar lo que quieras.

—No sé, la verdad... Nunca lo he hecho con tantas restricciones —dije.

—¿Pensarás en mí?

—Pensaré en ti.

—Escucha, Watanabe. No creas que soy una mujer lasciva, o frustrada, o provocativa. De eso nada. Simplemente, siento una gran curiosidad hacia esas cosas, tengo muchas ganas de saber más. Ya te conté que me había educado en un colegio

de niñas. Así que tengo unas ganas locas de saber lo que piensan los hombres, de conocer cómo funciona su cuerpo. Y no el tipo de cosas que salen en las consultas de las revistas femeninas, sino mediante el estudio de un caso concreto.

—¡«El estudio de un caso concreto»! —murmuré desesperado.

—Pero cuando yo quiero saber algo, o hacer esto y lo otro, mi novio se pone de malhumor, o se enfada. «¡Guarra!», me dice. Otras veces me grita que estoy mal de la cabeza. Ni siquiera me deja hacerle una felación. Con lo que a mí me gustaría investigar sobre eso...

—Ya.

—¿Tú odias que te hagan una felación?

—No le tengo ninguna manía en especial.

—¿Te gusta?

—Digamos que sí —dije—. ¿Qué te parece si dejamos ese tema para la próxima vez? Hoy es una mañana de domingo muy agradable y no quiero malgastarla hablando de masturbaciones y felaciones. Charlemos de otra cosa. ¿Tu novio estudia en nuestra universidad?

—No. En otra. Nos conocimos en el instituto. En las actividades del club de estudiantes. Yo iba a un colegio de niñas, y él, a uno de niños. Nos hicimos novios después de salir del instituto. Oye, Watanabe...

—Dime.

—Con una vez es suficiente. Pero piensa en mí, ¿quieres?

—Lo intentaré —contesté resignado.

Fuimos en tren hasta Ochanomizu. Puesto que no había desayunado, al hacer el trasbordo compré un sándwich en un puesto de la estación de Shinjuku. Después tomé una taza de café negro como la tinta. El domingo por la mañana el tren estaba lleno de familias y de parejas que salían de paseo. Un grupo de estudiantes de uniforme y con bates de béisbol en la mano corrían de arriba abajo por el vagón. En el tren había muchas chicas con minifalda, pero ninguna la llevaba tan corta como Midori. Ella de vez en cuando tiraba con fuerza del dobladillo de la falda. Yo me sentía incómodo porque los hombres no apartaban la vista de sus muslos. A ella esto parecía traerla sin cuidado.

—¿Sabes lo que me gustaría hacer ahora? —me susurró cuando pasábamos por Ichigaya.

—Ni idea. Pero, te lo ruego, no hablemos de esto dentro del tren. A la gente no le importa.

—¡Lástima! Mira que esta vez es increíble... —se lamentó Midori.

—Por cierto, ¿qué hay en Ochanomizu?

—Tú acompáñame y verás.

Los domingos Ochanomizu se llenaba de estudiantes que iban a hacer pruebas de exámenes o que asistían a cursos en escuelas preparatorias. Midori agarró el asa de su bolso con la mano izquierda, tomó mi brazo con la derecha y se adentró en la multitud de estudiantes.

—Watanabe, ¿puedes explicarme la diferencia entre el condicional simple y el condicional perfecto de los verbos ingleses? —me preguntó de repente.

—Creo que sí —reaccioné.

—Era una simple pregunta. ¿Crees que eso sirve para algo en la vida cotidiana?

—Supongo que no —dije—. Más que servir para algo concreto, es una especie de práctica para aprender a sistematizar las cosas.

Midori estuvo reflexionando un rato con expresión seria.

—¡Qué listo eres! —exclamó—. No había caído en eso. Sólo me había preguntado qué utilidad debían de tener el modo condicional, el cálculo diferencial o los símbolos químicos. Por eso siempre había ignorado esas cosas tan complicadas. Quizás estaba equivocada.

—¿Las has ignorado?

—Sí. He hecho como si no existieran. No sé nada de senos y cosenos.

—¿Y has podido terminar el instituto y entrar en la universidad? —le pregunté sorprendido.

—¡No seas ingenuo! Si tienes intuición, puedes pasar el examen de ingreso a la universidad aunque no tengas ni idea. Y yo tengo mucha intuición. En cuanto me dicen «Elija la respuesta correcta entre las tres siguientes», ya sé qué contestar.

—Yo no tengo tanta intuición como tú y he aprendido a pensar de manera sistemática. Como un cuervo atesorando pedacitos de cristal en el hueco de un árbol.

—¿Y eso sirve para algo?

—Quién sabe —dije—. Hace que ciertas cosas te resulten más fáciles.

—¿Qué cosas?

—Por ejemplo, el pensamiento metafísico, el aprendizaje de las lenguas...

—¿Y eso es útil?

—Depende de para quién. Habrá a quien le sirvan para algo y habrá a quien no le sirvan para nada. Al fin y al cabo, es cuestión de práctica. Que sirva para algo o que no sirva para nada es otro asunto.

—¡No me digas! —exclamó Midori impresionada. Me tiró de la mano y bajamos por una pendiente—. Te explicas muy bien.

—¿Tú crees?

—Sí. Se lo había preguntado a mucha gente antes, si el condicional de los verbos ingleses servía para algo, pero nunca nadie ha sido capaz de explicármelo tan bien como tú. Ni siquiera los profesores de inglés. Cuando les hacía esta pregunta, o se quedaban desconcertados, o se enfadaban, o me tomaban el pelo. Todos. Nadie supo

explicármelo. Y pensar que, si alguien me lo hubiera explicado tan bien como tú, quizá me hubiera interesado por el modo condicional...

—Entiendo.

—¿Has leído *El capital* de Karl Marx? —me preguntó Midori.

—Sí. Como la mayoría de la gente.

—¿Y lo has entendido?

—Algunos pasajes sí, pero otros no. Para poder leer *El capital*, antes es necesario haber adquirido un sistema de pensamiento. Pero, en general, entiendo el marxismo bastante bien.

—¿Crees que un estudiante de primero de universidad que no haya leído muchos libros de ese estilo puede entenderlo?

—Creo que no —dije.

—Cuando ingresé en la universidad, entré en un club de música folk porque me apetecía cantar. Pero aquel sitio estaba lleno de impostores. Cuando me acuerdo de ellos, se me ponen los pelos de punta. Al entrar allí, lo primero que te hacían leer era *El capital*. «Para el próximo día, lee de tal a tal página.» Según el discursito que nos soltaron, la música folk estaba íntimamente ligada a la sociedad y al movimiento radical. ¡Ya ves tú! En cuanto llegaba a casa, me esforzaba en leer a Marx. Pero no entendía nada. Aquello era peor que el modo condicional. Desistí a la tercera página. En la siguiente reunión dije que lo había leído pero que no había entendido nada. A partir de entonces me trataron de imbécil: que no tenía conciencia de los problemas, que me faltaba conciencia social... No bromeo. Y todo por decir que no entendía un texto. ¿No te parece alucinante?

—Sí.

—Los «debates» también eran terribles. Todos utilizaban palabras complicadas y ponían cara de entenderlo todo. Como no me aclaraba, volví a preguntar: «¿Qué es la explotación imperialista? ¿Tiene alguna relación con la Compañía de las Indias Orientales?». O esto otro: «¡Abajo la comunidad industrial-académica! ¿Significa que al salir de la universidad uno no puede encontrar trabajo en una empresa?». Nadie supo explicármelo. Al contrario, se enfadaron ostensiblemente. ¿Puedes creerlo?

—Sí.

—Me gritaban: «¿Cómo puede ser que no entiendas estas cosas? ¿Qué tienes en la cabeza?». Y ése fue el fin. Quizás yo no soy muy inteligente. Pertenezco al pueblo. Pero ¿no es el pueblo el que hace funcionar el mundo? ¿Acaso no es el pueblo el explotado? ¿Qué revolución es ésa en que se alardea de palabras complicadas que el pueblo no entiende? ¿Qué clase de cambio social es ése? Yo también quiero mejorar el mundo. Pienso que, si alguien está siendo explotado, esto tiene que terminar. Y de ahí vienen mis preguntas. ¿Tengo razón?

—Sí, tienes razón.

—Entonces llegué a la conclusión de que todos aquellos tíos eran unos impostores. Que se sentían felices fanfarroneando con palabras complicadas, que sólo pretendían impresionar a las alumnas de primero y meterles mano bajo las faldas. Y que, al terminar cuarto, se cortarían el pelo, buscarían un empleo en Mitsubishi-Shôji, en Tokyo Broadcasting System, IBM o en el banco Fuji, se casarían con unas bellezas que no hubieran leído a Marx en su vida y les pondrían nombres repelentes a sus hijos, de esos rebuscados. ¿«Abajo la comunidad industrial-académica»? Era para llorar de risa... No te imaginas a los nuevos. Pese a no entender nada, ponían cara de sabelotodo y se reían de mí. Incluso me soltaban: «Eres tonta. Aunque no entiendas nada, tú diles “Sí, sí. ¡Y tanto!”, y ya está». Hay una cosa que aún me molestó más. ¿Quieres que te la cuente?

—Sí.

—Un día nos convocaron a una reunión política a medianoche, y a las chicas nos dijeron que lleváramos veinte *onigiri*^[22] cada una. ¡No bromeo! ¿No te parece una discriminación sexual en toda regla? Pero, en fin, como siempre era el motivo de la discordia, decidí hacer los veinte *onigiri* sin rechistar. Les metí *umeboshi* dentro y los envolví con *nori*. ¿Y sabes qué me dijeron? Que dentro de mis *onigiri* sólo había *umeboshi* y que no había traído nada más. Por lo visto, las otras chicas los habían rellenado con salmón o huevas de bacalao y los habían acompañado de tortilla. Me puse tan furiosa que no me salían las palabras. ¿Aquellos tíos que se llenaban la boca hablando de la revolución protestaban por unos *onigiri* que iban a comerse a medianoche? ¿No era suficiente para ellos unos *onigiri* con *umeboshi* dentro y envueltos en *nori*? ¡Pensad en los niños de la India!

Me reí a mandíbula batiente.

—¿Y qué hiciste con el club de estudiantes?

—Dejé de ir en junio. Ya estaba harta. No aguantaba más —explicó Midori—. La mayoría de chicos en esta universidad son unos idiotas. Viven temblando de miedo de que los demás se den cuenta de que no saben algo. Todos leen los mismos libros, dicen las mismas cosas, todos se emocionan escuchando a John Coltrane y viendo películas de Pasolini. ¿Es esto la revolución?

—Jamás he visto una, así que no puedo decírtelo.

—Si esto es la revolución, yo no la quiero para nada. Me fusilarían por no meter más que *umeboshi* en los *onigiri*. Y a ti te fusilarían por entender el modo condicional.

—Es posible —dije.

—Yo eso lo sé muy bien. Porque soy del pueblo. Haya o no revolución, el pueblo seguirá sin contar para nada y tirando para adelante, día a día. ¿Qué es la revolución? No es sólo cambiar el nombre del ayuntamiento. Pero aquellos personajes no tenían ni idea. Ellos fanfarroneaban diciendo tonterías. ¿Has visto alguna vez a un inspector

de Hacienda?

—No.

—Yo sí. Muchas veces. Entran tan resueltos en las casas ajenas, dándose importancia: «¿Qué es este libro de contabilidad? Veo que todo está un poco manga por hombro. ¿De verdad cree que esto es un gasto? Enséñeme los recibos. ¡Los recibos!». Nosotros estábamos agazapados en un rincón de la tienda y, al llegar la hora de comer, hacíamos traer *sushi*.

Mi padre jamás intentó estafar con los impuestos. Él es así. Chapado a la antigua. No obstante, el inspector de Hacienda iba protestando por todo. «Los ingresos son un poco bajos, ¿no le parece?» Los ingresos eran bajos porque ganábamos cuatro perras. Cuando nos decía eso nos sentíamos humillados. Me daban ganas de gritarle: «¡Vete a hacer eso a un sitio donde haya más dinero!». Watanabe, ¿crees que si triunfara la revolución cambiaría la actitud de los inspectores de Hacienda?

—Lo dudo muchísimo.

—Entonces yo no creo en la revolución. Yo sólo creo en el amor.

—¡Di que sí! —grité.

—¡Eso es! —exclamó Midori.

—Por cierto, ¿adónde vamos? —le pregunté.

—Al hospital. Mi padre está ingresado y hoy me toca estar con él.

—¿Tu padre? —Me sorprendió su respuesta—. ¿No estaba en Uruguay?

—Eso era mentira —dijo Midori como si tal cosa—. Él siempre amenazaba con que quería marcharse a Uruguay, pero no puede ir. A duras penas puede salir de Tokio.

—¿Cómo se encuentra?

—Hablando claro, es cuestión de tiempo.

Caminamos un rato en silencio.

—Padece la misma enfermedad que acabó con la vida de mi madre, así que lo sé bien. Tiene un tumor cerebral. Hace dos años que mi madre murió de eso. Y ahora mi padre tiene un tumor.

El interior del hospital universitario, pese a ser domingo, estaba atestado de visitas y de enfermos con sintomatología leve. Flotaba un inconfundible olor a hospital. Una mezcla de olor a desinfectante, a ramos de flores, orina y ropa de cama lo cubría todo, y las enfermeras iban de acá para allá con un seco ruido de pasos.

El padre de Midori yacía en la cama más cercana a la puerta de una habitación doble. Su figura acostada hacía pensar en un pequeño animal mortalmente herido. Permanecía inmóvil y de lado con el brazo izquierdo colgando y con la aguja del gota a gota clavada. Era un hombre pequeño y delgado, y al mirarlo daba la impresión de que iba a adelgazarse más aún, de que iba a empequeñecerse. Un vendaje blanco le envolvía la cabeza, y tenía los brazos llenos de los pinchazos de las inyecciones y de

la aguja del gota a gota. Tenía la mirada fija en algún punto del espacio hasta que, al entrar, movió sus ojos inyectados en sangre y me miró. Los mantuvo fijos en mí unos diez segundos, luego volvió a dirigir su mirada hacia algún punto del espacio.

Cuando le miré a los ojos comprendí que aquel hombre moriría pronto. En su cuerpo apenas quedaba un hálito de vida. Lo único que había era un débil, apenas perceptible, vestigio de vida. Igual que una vieja casa desvalijada que espera a ser derruida. Alrededor de los labios reseco le crecía una barba rala con pelos parecidos a hierbajos. Me admiró ver que, en aquel hombre que había perdido toda la vitalidad, sólo la barba seguía creciendo vigorosamente.

Midori saludó a un hombre gordo de mediana edad que dormía en la cama de al lado. Éste, incapaz de hablar bien, se limitó a asentir con una sonrisa. Tras toser varias veces, bebió un sorbo del agua que había a la cabecera de la cama y luego, moviéndose con dificultad, se reclinó y clavó la vista al otro lado de la ventana. Fuera no se veían más que postes y cables telefónicos. Nada más. Ni siquiera las nubes surcando el cielo.

—¿Qué tal, papá? ¿Estás bien? —Midori saludó a su padre susurrándole al oído. Su manera de hablar era la misma que si estuviera probando un micrófono—. ¿Cómo te encuentras hoy?

El padre movió los labios con dificultad. Dijo:

—Mal.

Más que hablar, expulsaba el aire seco que tenía en el fondo de la garganta en forma de palabras.

—Cabeza —añadió.

—¿Te duele la cabeza? —preguntó Midori.

—Sí —respondió el padre.

Por lo visto, no podía articular palabras de más de cuatro sílabas.

—¡Qué vamos a hacerle! —exclamó Midori—. Acaban de operarte, así que es normal que te duela. ¡Pobrecito! Aguanta un poco más. Por cierto, este chico se llama Watanabe. Es amigo mío.

—Mucho gusto —le saludé.

El padre abrió y cerró los labios.

—Siéntate aquí.

Midori me señaló una silla de plástico que estaba a los pies de la cama. La obedecí. Le dio a su padre un poco de agua de la botella y le preguntó si le apetecía algo de fruta o de gelatina de frutas.

—No —respondió el padre.

Pero cuando Midori le advirtió que tenía que comer algo, él le dijo:

—He comido.

A la cabecera de la cama había una mesa y, encima de la mesa, una botella, un

vaso, un plato y un reloj pequeño. De una bolsa que había debajo, Midori sacó un pijama limpio, ropa interior y otras cosas, que ordenó y metió dentro de una taquilla que había junto a la puerta. En la bolsa asomaba la comida del paciente: dos pomelos, gelatina de fruta y tres pepinos.

—¿Pepinos? —exclamó Midori con estupor—. ¿Por qué ha metido pepinos? No sé qué tiene mi hermana en la cabeza, mira que le dije por teléfono lo que tenía que comprar exactamente... Y no le hablé de pepinos.

—¿No se habrá confundido con los kiwis^[23]? —aventuré.

Midori hizo chasquear los dedos.

—Sí, seguro que le pedí kiwis. Pero si hubiera pensado un poco, lo habría comprendido. ¿Cómo va un enfermo a mordisquear un pepino crudo? Papá, ¿quieres un pepino?

—No —terció el padre.

Midori se sentó a la cabecera de la cama y le contó a su padre algunos pormenores de su vida cotidiana. Al parecer, la televisión se veía mal y habían tenido que hacerla reparar; su tía de Takaido iría a visitarlo en breve; el señor Miyawaki, el farmacéutico, se había caído de la bicicleta, y cosas por el estilo. El padre se limitaba a ir diciendo «Ya» por toda respuesta.

—¿Quieres comer algo, papá?

—No —respondió él.

—Watanabe, ¿te apetece un pomelo?

—No.

Al poco, Midori me propuso acompañarla a la sala de la televisión. Allí nos sentamos en un sofá y ella fumó un cigarrillo. Había tres pacientes en pijama fumando mientras veían un debate político.

—Aquel tío de las muletas no me quita los ojos de las piernas desde hace un rato. El que lleva gafas y pijama azul —dijo Midori divertida.

—Claro. Llevas una falda tan corta que te mira, todos te miran.

—¿Qué tiene de malo? Al fin y al cabo, aquí todos se aburren y no les hace ningún daño ver de vez en cuando las piernas de una chica. Quizá con la excitación se curen más rápido.

—¡Ojalá no les pase lo contrario! —comenté.

Midori se quedó un rato contemplando cómo ascendía el humo de su cigarrillo.

—Mi padre no es una mala persona. A veces dice cosas horribles, y yo me enfado con él, pero en el fondo es una persona honesta, y adoraba a mi madre. Además, a su manera, ha tenido una vida intensa. No tiene carácter, ni vale para los negocios, nunca ha sido muy popular, pero, en comparación con esos tíos astutos que van amañando las cosas como les da la gana, él es un hombre de lo más decente. Mi padre, una vez dice algo, no se echa atrás y, como a mí me ocurre lo mismo, siempre

nos hemos peleado mucho. Pero no es una mala persona.

Midori me tomó la mano, como si hubiera recogido algo del suelo, y la posó en su regazo. Media mano me quedó encima de la falda, y la otra media, sobre sus muslos. Se quedó mirándome.

—Watanabe, me sabe mal tratándose de un hospital, pero ¿te importa quedarte un rato más conmigo?

—Hasta las cinco no hay problema. Me quedaré hasta entonces. Estar contigo es divertido. No tengo nada que hacer.

—¿Y qué sueles hacer los domingos?

—Lavo y plancho.

—No tienes ganas de hablarme de tu chica, ¿verdad? De la chica con la que sales.

—No. No me apetece demasiado. Es complicado y no me veo capaz de explicártelo.

—Está bien. No me lo cuentes si no quieres —dijo Midori—. Pero ¿puedo decirte lo que me estoy imaginando?

—Adelante. Debe de ser interesante. Te escucho.

—Que ella es una mujer casada.

—Ya.

—Una mujer de unos treinta y dos o treinta y tres años, guapa, casada con un hombre rico, que viste abrigos de pieles, zapatos Charles Jourdan y ropa interior de seda y, además, le gusta el sexo. Te hace cosas muy lascivas. Los días laborables, por la tarde, os devoráis el cuerpo el uno al otro. Pero los domingos, como su marido está en casa, no os podéis citar. ¿Acierto?

—Una teoría de lo más interesante —reconocí.

—Seguro que te obliga a atarla, a tatarle los ojos y a lamerla por todas partes. Y luego te pide que le introduzcas cosas extrañas, se contorsiona como una acróbata y tú le haces fotos con una Polaroid.

—Parece divertido.

—Le encanta el sexo, hace de todo. Y no deja de pensar en esto, día tras día. ¡Porque no tiene otra cosa que hacer! «Cuando venga Watanabe, lo haremos así y asá.» Y en la cama se derrite de deseo, lo hace en distintas posiciones, tiene tres orgasmos cada vez. Y entonces te dice lo siguiente: «¿No crees que tengo un cuerpo perfecto? Las chicas jóvenes ya no podrán satisfacerte jamás. ¿Puede una chica joven hacerte esto? ¿Qué? ¿Cómo te sientes? ¡Pero espera! ¡No acabes todavía!».

—Creo que ves demasiadas películas porno —le dije riéndome.

—Quizá tengas razón. Me encantan. ¿Qué te parece si un día de éstos vemos una?

—Cuando tengas un día libre.

—¿De verdad? Me hace mucha ilusión. Vayamos a ver una de sadomaso. De esas en que los tíos pegan con látigo y las chicas hacen pipí delante de todo el mundo.

Ésas son mis favoritas.

—Como quieras.

—Watanabe, ¿sabes lo que más me gusta de las películas porno?

—No.

—Pues que cuando empieza una escena de sexo se oye cómo alrededor en la sala todo el mundo traga saliva. ¡Glups! —comentó Midori—. Me encanta ese ¡glups! ¡Es muy gracioso!

De nuevo en la habitación, Midori volvió a contarle cosas a su padre, y él la escuchó en silencio, intercalando algún «Ah» o «Ya» como respuesta. Sobre las once llegó la esposa del hombre que yacía en la cama contigua, quien le cambió el pijama y le peló algo de fruta. Era una mujer de cara redonda y expresión afable, y Midori y ella charlaron un rato, luego vino la enfermera con una botella de gota a gota nueva y se fue tras intercambiar unas palabras con Midori y la mujer. Mientras, yo, sin nada que hacer, estuve recorriendo la habitación con ojos distraídos y mirando los cables eléctricos del exterior. De vez en cuando, un gorrión se posaba sobre los cables. Midori le hablaba a su padre, le enjugaba el sudor, le limpiaba las flemas, charlaba con la mujer o con la enfermera, me dirigía la palabra a mí, vigilaba el gota a gota.

El médico hacía su ronda a las once y media, y Midori y yo salimos a esperar en el pasillo. Cuando salió de la habitación, Midori le preguntó:

—Doctor, ¿cómo está mi padre?

—Acabamos de operarle. Ha tomado muchos analgésicos. Está exhausto —informó el médico—. Hasta dentro de dos o tres días no se verá el resultado de la operación. Ni siquiera yo sé nada todavía. Si ha ido bien, perfecto. Si no, ya tomaremos alguna determinación en su momento.

—No volverán a abrirle la cabeza, ¿verdad?

—Aún no puedo decirte nada. ¡Vaya minifalda llevas hoy!

—Bonita, ¿verdad?

—¿Cómo te lo montas para subir las escaleras con eso? —preguntó el doctor.

—No hago nada. Lo dejo todo bien a la vista —dijo Midori y, a sus espaldas, la enfermera soltó una risita.

—Un día de éstos deberías ingresar en el hospital y te abriremos la cabeza para ver qué tienes dentro. —El médico estaba estupefacto—. Y, en este hospital, hazme el favor de subir y bajar en ascensor. No quiero que se incremente el número de enfermos. Demasiado trabajo tengo ya.

Poco después de acabar la ronda de visitas, llegó la hora del almuerzo. Las enfermeras depositaron la comida en carritos y fueron distribuyéndola de habitación en habitación. El almuerzo del padre de Midori consistía en potaje, fruta, pescado hervido sin espinas y una especie de gelatina de verduras trituradas. Midori hizo que

su padre se recostara boca arriba y levantó la cama haciendo girar la manivela que había a los pies de ésta, luego le dio la sopa con una cuchara. Tras tomar cinco o seis cucharadas, el padre dijo:

—Basta.

—Tendrías que comer, aunque sólo fuera un poco —le advirtió Midori.

El padre añadió:

—Luego.

—¿Qué voy a hacer contigo? Si no comes, no tendrás fuerzas. ¿Y el pipí? ¿Todavía no?

—No —dijo el padre.

—Watanabe, ¿quieres que comamos algo en la cafetería? —me preguntó Midori.

Acepté a pesar de que, en realidad, no me apetecía tomar nada. El comedor estaba atestado de médicos, enfermeras y visitas. Mientras comían, todos hablaban a coro —probablemente de enfermedades—, y el eco de las voces resonaba como dentro de un túnel en aquel subterráneo vacío, sin ventana alguna, donde se alineaban las mesas y las sillas. De vez en cuando, una llamada por megafonía a médicos o a enfermeras dominaba este eco. Mientras yo guardaba la mesa, Midori trajo dos raciones en una bandeja de aluminio. Croquetas de crema, ensalada de patata, col troceada, *nimono*, arroz y *misoshiru*: todo servido en recipientes de plástico de color blanco, iguales que los de la comida de los enfermos. Comí la mitad y dejé el resto. Midori, que tenía apetito, terminó su plato.

—Watanabe, no tienes mucho apetito, ¿verdad? —comentó Midori bebiendo té verde caliente.

—No, no mucho.

—Es culpa del hospital. —Midori miró a su alrededor—. Os pasa a todos los que no estáis acostumbrados. El olor, el ruido, el aire cargado, la cara de los enfermos, la tensión, la decepción, el sufrimiento, la fatiga. Es debido a eso. Todas estas cosas bloquean el estómago y a uno le hacen perder el apetito. Pronto te acostumbrarás. Uno no puede cuidar a un enfermo a menos que coma bien. Yo eso lo sé porque he cuidado a cuatro personas: a mi abuelo, a mi abuela, a mi madre y a mi padre. Es muy posible que ocurra algo y no pueda tomar la siguiente comida. Así que uno debe comer lo que le pida el cuerpo.

—Ya te entiendo —intervine.

—Cuando vienen de visita mis familiares y comemos aquí juntos, todos dejan la mitad del plato. Como tú. Y cuando ven que yo lo como todo, ¿sabes qué me dicen? «Oh, Midori. ¡Qué suerte tienes de estar tan bien! Yo me siento tan conmovida que no puedo comer.» ¡Pero quien cuida al enfermo soy yo! No es broma. Los demás se limitan a venir de vez en cuando a compadecerse. Y yo soy quien le quita la mierda, le saca las flemas y le enjuga el cuerpo. Si la compasión bastara para limpiar la

mierda, yo me compadecería cincuenta veces más que cualquiera de ellos. Sin embargo, cuando termino la comida todos me miran reprochándome: «¡Qué suerte tienes de estar tan bien!». Quizá todos me toman por una burra de carga. Ya son mayorcitos, ¿no crees? ¿Por qué no entienden todavía de qué va el mundo? Hablar es muy fácil. Lo importante es limpiar la mierda o no hacerlo. Yo también me siento herida en ocasiones. Y también me quedo sin fuerzas. A mí también me entran ganas de ponerme a llorar. Imagínate. Pese a no tener ninguna esperanza de curación, los médicos le abren la cabeza y se la remueven, una y otra vez, y siempre empeora y va perdiendo poco a poco facultades, y yo soy testigo de ello y no puedo ayudarle en nada. ¡Esto no hay quien lo soporte! Además, ves cómo tus ahorros van fundiéndose. No sé si podré seguir yendo a la universidad los tres años y medio que me quedan, y mi hermana mayor, tal como están las cosas, no podrá casarse.

—¿Cuántos días por semana vienes? —le pregunté.

—Cuatro —contestó Midori—. Aquí en principio ofrecen una atención completa, pero en realidad las enfermeras no dan abasto. Hacen todo lo que pueden. Pero hay poco personal y tienen que encargarse de demasiadas cosas. Así que, quieras o no, la familia tiene que ocuparse hasta cierto punto. Mi hermana debe encargarse de la tienda y yo tengo que encontrar tiempo entre clase y clase. Con todo, ella viene tres días por semana, y yo, cuatro. Empleamos cualquier momento libre para una cita. Ya ves. Un programa de lo más apretado.

—Si estás tan ocupada, ¿por qué quedas conmigo?

—Porque me gusta estar contigo. —Midori jugueteaba con la taza de plástico.

—Vete a pasear durante las próximas dos horas —le dije—. Mientras, cuidaré a tu padre.

—¿Por qué?

—Porque es mejor que te alejes del hospital y descanses un rato. No hables con nadie, deja que se te vacíe la cabeza.

Midori se lo pensó un momento, pero finalmente aceptó.

—Tal vez tengas razón. Pero ¿sabes cómo cuidarlo?

—Te he visto hacerlo. Y, más o menos, ya sé de qué va. Vigilar el gota a gota, darle agua, secarle el sudor, limpiarle las flemas. El orinal está debajo de la cama, cuando tenga hambre debo darle el resto del almuerzo... Si tengo alguna duda, se lo pregunto a la enfermera.

—Con eso basta. —Midori esbozó una sonrisa—. A veces empieza a perder la razón y dice cosas raras. Cosas que no se sabe a qué vienen. Tú, si las dice, no hagas caso.

—No te preocupes por nada.

Al volver a la habitación, Midori le dijo a su padre que tenía que salir un momento y que mientras tanto lo cuidaría otra persona. Al padre no pareció

importarle. O quizá no había entendido nada de lo que Midori le comentó. Yacía tendido boca arriba con la vista clavada en el techo. De no ser porque parpadeaba, uno lo tomaría por muerto. Sus ojos estaban inyectados en sangre, como si hubiera bebido, y cuando respiraba hondo las aletas de la nariz se le dilataban. Aparte de esto, permanecía completamente inmóvil, y no hizo ademán de responder a Midori. Yo era incapaz de imaginar qué pensamientos y qué sensaciones debía de haber en el fondo de aquella conciencia borrosa. Pensé que tendría que hablarle, pero no sabía qué podía decirle, ni tampoco cómo hacerlo, así que opté por permanecer callado. Poco después él cerró los ojos y se durmió. Me senté en una silla junto a la cabecera de la cama, me quedé observando cómo le temblaban las aletas de la nariz, recé para que no se muriera. Pensé en lo extraño que sería que expirara estando yo a su lado. En definitiva, acababa de conocerlo, el único vínculo entre él y yo era Midori, y la única relación que yo tenía con Midori era que ambos asistíamos a clase de Historia del Teatro II.

Pero no agonizaba. Sólo dormía profundamente. Al aplicar el oído a su rostro, pude oír su respiración. Más tranquilo, empecé a charlar con la esposa del hombre de la cama contigua. Parecía tomarme por el novio de Midori; me estuvo hablando de ella todo el rato.

—Es muy buena chica —dijo—. Se desvive por su padre, es amable, cariñosa, atenta, fuerte y, además, guapa. Tienes que cuidar de ella. No dejes que se te escape. Hay muy pocas chicas como ella.

—La cuidaré. —Le seguí la corriente.

—Yo tengo una hija de veintiún años y un hijo de diecisiete que nunca se acercan al hospital. Cuando tienen tiempo libre, practican surf, tienen citas, salen por ahí... Es terrible. Sólo sirven para desplumarte. Y luego desaparecen.

A la una y media dijo que tenía que ir de compras y salió. Los dos enfermos dormían profundamente. El sol de la tarde inundaba la habitación y yo sentí que iba a dormirme de un momento a otro, sentado en aquella silla. Sobre la mesa de al lado de la ventana, unos crisantemos blancos y amarillos metidos en un jarrón anunciaban al mundo que estábamos en otoño. El olor dulzón del pescado hervido del almuerzo, que el padre de Midori había dejado intacto, flotaba por la habitación. Las enfermeras seguían recorriendo el pasillo con un seco ruido de pasos, hablando entre ellas con voz clara y grave. De vez en cuando se acercaban a la habitación y, al ver a los dos pacientes profundamente dormidos, me dirigían una sonrisa y desaparecían. Deseé tener algo para leer, pero en la habitación no había nada: ni libros, ni revistas, ni periódicos. Únicamente un calendario colgado de la pared.

Pensé en Naoko, en el cuerpo desnudo de Naoko con el pasador del pelo puesto. Imaginé la curva de su cintura y la sombra de su vello púbico. ¿Por qué se había desnudado delante de mí? ¿Estaba sonámbula? ¿O no había sido más que una

fantasía? Con el paso del tiempo, conforme iba alejándome de aquel pequeño mundo, dudaba sobre si los sucesos de aquella noche habían sido reales. Si pensaba que habían ocurrido de verdad, me parecía que habían ocurrido de verdad; pero si pensaba que eran una fantasía, entonces me parecía que habían sido una fantasía. Para ser una ilusión, los detalles eran demasiado precisos; para ser reales, éstos eran demasiado hermosos. El cuerpo de Naoko y la luz de la luna.

El padre de Midori se despertó de repente y empezó a toser, así que tuve que interrumpir mis pensamientos en este punto. Le quité las flemas con un pañuelo de papel, le enjuagué el sudor de la frente con una toalla.

—¿Quiere un poco de agua?

Al preguntárselo, hizo un gesto afirmativo de unos cuatro milímetros. Le di a beber el agua a pequeños sorbos de una pequeña botella de cristal. Los resacos labios le temblaron y la nuez se le movió espasmódicamente. Bebió toda el agua tibia que había en la botella.

—¿Quiere más agua? —le pregunté.

Me pareció que se disponía a decir algo y acerqué el oído.

—No —susurró con una voz aún más débil que la de antes.

—¿Quiere comer algo? ¿Tiene hambre? —insistí.

El padre esbozó un débil gesto afirmativo. Tal como había hecho Midori, giré la manivela, alcé la cama y le hice comer, a cucharadas alternas, la gelatina de verduras y el pescado hervido. Tardó una eternidad en comerse la mitad y volvió la cabeza ligeramente hacia un lado indicando que ya no quería más. Fue un gesto casi imperceptible. Al parecer, si la movía, la cabeza le dolía. Cuando le pregunté si quería fruta, me dijo:

—No.

Le sequé las comisuras de los labios con una toalla, volví a poner la cama en posición horizontal y saqué los platos al pasillo.

—¿Estaba bueno?

—Malo —respondió.

—Sí, la verdad es que no tenía muy buena pinta. —Me reí.

El padre de Midori no contestó nada y clavó en mí los ojos. Pensé que estaba dudando entre abrirlos o cerrarlos. «¿Sabe quién soy?», me pregunté de repente. Por alguna razón, parecía encontrarse más cómodo a mi lado que cuando estaba con Midori. O quizá me confundía con otra persona. De todos modos, se lo agradecía.

—Fuera hace un día espléndido —dije cruzando las piernas, sentado en la silla—. Estamos en otoño, es domingo, hace un día espléndido, vayas adónde vayas todo está lleno de gente. En días así lo mejor que se puede hacer es quedarse quieto en una habitación, tranquilo, tal como estamos ahora. Sin cansarse. Cuando uno va a esos sitios atestados de gente, lo único que consigue es cansarse, el aire está contaminado.

Normalmente los domingos hago la colada. Por la mañana lavo y tiendo la ropa en la azotea de la residencia, y al atardecer la recojo y la plancho. No me molesta planchar. Me gusta que una prenda arrugada quede lisa. De hecho, soy bastante bueno con la plancha. Al principio no lo era, claro. Hacía pliegues por todas partes. Pero al cabo de un mes terminé acostumbrándome. Así que el domingo es el día de lavar y de planchar. Pero hoy no he podido. Es una lástima. Es el día idóneo para hacer la colada.

»No pasa nada. Mañana me levantaré temprano y lo haré. No se preocupe. En realidad, los domingos no tengo nada mejor que hacer.

»Mañana, después de lavar y tender la ropa, iré a la clase de las diez. Voy con Midori. Se llama Historia del Teatro II y ahora estamos estudiando a Eurípides. ¿Sabe quién es Eurípides? Un griego de la Antigüedad, uno de los tres grandes autores de la tragedia griega junto con Esquilo y Sófocles. Al parecer, se supone que murió devorado por los perros en Macedonia, pero hay quien disiente. En fin, éste es Eurípides. Yo prefiero a Sófocles, pero supongo que es cuestión de gustos. Así que no tengo nada que decir al respecto.

»La característica de su obra radica en que hay diferentes cosas que se van complicando las unas con las otras hasta que cualquier movimiento se hace imposible. Salen muchos personajes, cada uno con sus propias circunstancias, razones y quejas, todos persiguiendo, a su modo, la justicia y la felicidad. Por ello, todos acaban encontrándose en un callejón sin salida. Lógico, ¿no le parece? Es imposible que prevalezca la idea de justicia, que todos alcancen la felicidad. Y se produce el inevitable caos. ¿Entonces qué cree usted que sucede? En realidad, algo muy simple. Al final aparece un dios. Y controla el tráfico. Tú vas para allá, tú te quedas aquí. Tú te juntas con aquél, tú te quedas aquí un rato quieto. Todo se resuelve. A esto se le llama *deus ex machina*. En las obras de Eurípides suele aparecer casi siempre un *deus ex machina*, y sobre este punto la crítica está dividida.

»¡Sería tan cómodo que existiera un *deus ex machina* en el mundo real! ¿No le parece? Cuando alguien pensara: “¿Y ahora qué hago? ¡Estoy atrapado!”, un dios bajaría deslizándose desde lo alto y lo resolvería todo. Nada podría ser más fácil. En fin, esto es Historia del Teatro II. Éstas son las cosas que estudiamos en la universidad.

Mientras charlaba, el padre de Midori me miraba con ojos turbios, sin decir nada. Por su mirada, era imposible discernir si entendía poco o mucho de lo que le estaba contando.

—¡En fin! —exclamé.

Después de hablar me sentí hambriento. Apenas había desayunado, y no había comido más que media ración del almuerzo. Lamenté no haber comido bien al mediodía, pero el arrepentimiento no solucionaba nada. Registré el armario buscando

algo, pero sólo había una lata de *nori*, pastillas de la tos Vicks y salsa de soja. En la bolsa de papel yacían los pepinos y los pomelos.

—Tengo hambre. ¿Le importa que coma los pepinos? —le pregunté.

El padre de Midori no dijo nada. Lavé los tres pepinos en el baño. Luego puse salsa de soja en un plato, envolví los pepinos con *nori*, los mojé en la salsa de soja y me dispuse a comerlos.

—Están muy buenos, ¿sabe? —comenté—. Ligeros, frescos, con olor a vida. Unos buenos pepinos, sí señor. Mucho mejor que un kiwi.

En cuanto terminé el primer pepino, le hiqué el diente al segundo. El curioso crujido que se escucha al mascar un pepino resonaba en la habitación. Al terminar el segundo, por fin descansé. Calenté agua en un hornillo de gas del pasillo y me preparé una taza de té.

—¿Le apetece agua o un zumo? —le pregunté.

—Pepino —contestó él.

Sonreí.

—Muy bien. ¿Con *nori*?

Un leve gesto afirmativo. Volví a alzar la cama, con un cuchillo de la fruta corté el pepino a trozos, los envolví en *nori*, los mojé en salsa de soja, los pinché con un mondadientes y se los acerqué a la boca. Sin alterar la expresión, el padre de Midori los masticó y se los tragó.

—Está bueno, ¿verdad? —le pregunté.

—Bueno —dijo.

—Es importante que uno encuentre buena la comida. Es una prueba de que está vivo.

Acabó comiendo todo el pepino. Después estaba sediento y volví a darle agua de la botella. Al rato, me indicó que quería orinar, así que saqué el orinal de debajo de la cama y le puse la punta del pene en la boca del orinal. Fui al baño, tiré la orina, lavé el orinal con agua. Volví a la habitación y bebí el resto de té.

—¿Cómo se encuentra? —le pregunté.

—Un poco... cabeza...

—¿Le duele la cabeza?

Él hizo una mueca en señal afirmativa.

—Tenga paciencia. Acaban de operarle. Claro que a mí no me han operado nunca y no sé muy bien qué se siente.

—Billete —dijo.

—¿Billete? ¿Qué billete?

—Midori. Billete.

Enmudecí al no entender de qué me estaba hablando. Él también guardó silencio durante unos instantes. Luego añadió:

—Por favor.

O eso me pareció oír. Tenía los ojos abiertos como platos y me miraba fijamente. Parecía querer comunicarme algo, pero yo no tenía ni la más remota idea de qué podía ser.

—Ueno —dijo—. Midori.

—¿La estación de Ueno?

Él asintió haciendo acopio de todas sus fuerzas.

—Billete. Midori. Por favor. Estación de Ueno —resumí.

Sin embargo, el sentido se me escapaba. Me dije que quizás estuviera delirando, pero su mirada era mucho más lúcida que antes. Alzó el brazo en el que no tenía clavada la aguja del gota a gota y lo alargó hacia mí. Para él, esto debió de representar un esfuerzo enorme porque se le quedó la mano temblando, crispada, en el aire. Me levanté y le sujeté aquella mano vacilante. Él repitió, presionando mi mano sin fuerza:

—Por favor.

Le dije que no se preocupara, que me encargaría del billete y de Midori. Entonces él bajó la mano y cerró los ojos, exhausto. El hombre se durmió, respirando entrecortadamente. Tras comprobar que no estaba muerto, salí fuera, calenté un poco de agua y bebí otra taza de té. Reconozco que sentí simpatía por aquel hombre moribundo.

La esposa del paciente de la cama contigua volvió enseguida. Me preguntó si todo había ido bien. Le respondí que sí. Su marido continuaba sumido en un sueño apacible.

Midori regresó pasadas las tres.

—He estado paseando por el parque —dijo—. Tal como tú me habías dicho, sin hablar con nadie, dejando que se me vaciara la cabeza.

—¿Y cómo te ha sentado?

—Me siento mucho mejor. Gracias por todo. Aún estoy cansada, pero me noto el cuerpo mucho más ligero. Debía de estar más cansada de lo que suponía.

Dado que el padre estaba profundamente dormido y allí no teníamos nada especial que hacer, compramos dos cafés en la máquina expendedora y los bebimos en la sala de la televisión. Informé a Midori de todo lo ocurrido durante su estancia: el padre había estado durmiendo profundamente; al despertarse, había comido la mitad de los restos del almuerzo y, al verme mordisqueando los pepinos, le había apetecido comerse uno entero; luego había orinado y había vuelto a dormirse.

—Watanabe, eres un chico extraordinario. —Midori estaba admirada—. Con lo que nos cuesta a todos que pruebe algo..., y tú logras que coma un pepino. Es increíble.

—No sé, creo que fue porque vio que yo los comía muy a gusto —dije.

—O porque tienes un gran talento para tranquilizar a los demás.

—¡Qué dices! —Empecé a reírme—. Conozco a mucha gente que te diría lo contrario.

—¿Qué te ha parecido mi padre?

—Me gusta. No sé muy bien qué contarle, pero me da la impresión de que es una buena persona.

—¿Ha estado tranquilo?

—Mucho.

—La semana pasada fue horrible. —Midori sacudió la cabeza—. Enloquecí, se puso violento. Me tiraba los vasos y me decía: «¡Imbécil! ¡Muérete!». En esta enfermedad, a veces ocurre. No sé por qué, pero, en un momento determinado, se ponen de mal humor. A mi madre también le pasó. ¿Sabes qué me decía ella? «Tú no eres hija mía. Te odio.» Al escucharla, yo lo veía todo negro. Por lo visto, es típico de esta enfermedad. Algo presiona una parte del cerebro, irrita al enfermo y lo incita a hablar de este modo. Lo sé perfectamente. Pero aun así hiere. Estoy aquí, haciendo todo lo que humanamente puedo, y me dicen estas cosas. Me siento fatal.

—Sí, ya te entiendo —comenté.

Pensé en las palabras incomprensibles que había pronunciado el padre de Midori.

—¿«Billete»? ¿«Estación de Ueno»? —repitió Midori—. ¿Qué debe de querer decir con eso?

—Y luego ha dicho: «Por favor», «Midori».

—¿Quizá te pide que me cuides?

—O quiere que vayas a Ueno a comprarle un billete —sugerí—. De todas formas, el orden de las palabras era confuso, no se entendía bien el significado. ¿Te dice algo la estación de Ueno?

—¿La estación de Ueno? —Midori reflexionó—. Lo único que me recuerda son las dos veces que me escapé de casa. En tercero y en quinto de primaria. En ambas ocasiones subí al tren en Ueno y me fui a Fukushima. Tomé dinero de la caja registradora de la tienda. Me enfadé por algo y me marché. En Fukushima vivía una tía mía que me gustaba mucho. Y allí me fui. Mi padre me llevó de regreso a casa. Vino a buscarme a Fukushima. Volvimos a Ueno en tren comiendo *bentô*. En estas dos ocasiones mi padre me contó muchas cosas, a ratos perdidos. Sobre el gran terremoto de Kantô^[24], sobre la guerra, sobre la época en que nací. Cosas de las que no hablaba normalmente. Pensándolo bien, ésas fueron las únicas veces en que mi padre y yo hablamos largo y tendido. Mi padre, durante el gran terremoto de Kantô, pese a estar en el centro de Tokio, no se enteró de nada.

—¡No me digas! —exclamé atónito.

—Como lo oyes. Me dijo que había enganchado un remolque a la bicicleta, estaba

circulando por Koishikawa y no notó nada. Cuando volvió a casa se encontró con que habían caído todas las tejas y la familia estaba agarrada a las columnas, temblando. Y entonces mi padre, sin entender nada, preguntó: «¿Qué estáis haciendo?». Éstos son los recuerdos que tiene mi padre del gran terremoto de Kantô. —Midori soltó una carcajada—. Los recuerdos de mi padre siempre son así. Nada dramáticos. Todos vistos de una manera peculiar. Escuchando sus historias, da la impresión de que en Japón no ha sucedido nada relevante durante los últimos cincuenta o sesenta años. Nada. Absolutamente nada. Ya se trate de la revuelta de los jóvenes oficiales en febrero de 1936 o de la Guerra del Pacífico, él diría: «Ahora que lo mencionas, sí, creo que ocurrió algo de eso». Es curioso, ¿no te parece?

»Me contó estas historias en el camino de vuelta de Fukushima a Ueno. Al final, siempre me decía: “Midori, vayas adónde vayas, siempre es lo mismo”. Y cuando oía eso, yo, que era una niña, pensaba que sí, que debía de tener razón.

—¿Éstos son tus recuerdos de la estación de Ueno?

—Sí. ¿Y tú? ¿Te escapaste alguna vez de casa?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no se me ocurrió.

—Mira que eres raro —dijo Midori admirada, ladeando la cabeza.

—Tal vez.

—Sea como sea, creo que mi padre intentaba decirte que cuides de mí.

—¿De verdad?

—Yo estas cosas las intuyo. Por cierto, ¿qué le has respondido?

—No entendía bien lo que me estaba diciendo, así que le he dicho que no se preocupe, que yo me encargaré del billete y de ti, que esté tranquilo.

—O sea, que le has prometido que cuidarías de mí. —Midori me miró a los ojos con expresión seria.

—No es eso. —Me afané en justificarme—. No entendía a qué venía todo aquello y...

—Tranquilo. Es broma. Te estaba tomando el pelo. —Midori se rió—. Me encanta esta faceta tuya.

Cuando acabamos de tomar el café, volvimos a la habitación. El padre de Midori seguía profundamente dormido. Al acercar el oído, podía percibirse la respiración acompasada del sueño. Conforme la tarde avanzaba, la luz del exterior fue mudando a un color suave y otoñal. Una bandada de pájaros se acercó, se posó sobre los cables del tendido eléctrico y levantó el vuelo. Midori y yo nos sentamos en un rincón, uno junto al otro, y charlamos en voz baja. Ella me adivinó el futuro por las líneas de la mano y me pronosticó que viviría hasta los ciento cinco años, que me casaría tres veces y que moriría en un accidente de tráfico. Pensé que no era una mala vida.

Pasadas las cuatro, el padre se despertó y Midori se sentó a la cabecera de la cama y le enjugó el sudor, le dio a beber agua, le preguntó si le dolía la cabeza. Vino una enfermera, le tomó la temperatura, anotó cuántas veces había orinado, comprobó el estado del gota a gota. Yo me senté en la sala de la televisión y durante un rato miré la retransmisión de un partido de fútbol.

—Debo irme —le dije a Midori a las cinco. Luego me dirigí al padre—: Tengo que ir a trabajar. De seis a diez y media vendo discos en una tienda de Shinjuku.

Él me miró e hizo un débil gesto afirmativo.

—Watanabe, no sé cómo agradecerte lo que hoy has hecho por mí, lo de hoy... —me dijo Midori en el vestíbulo.

—No he hecho nada del otro mundo. Pero si crees que te ayudo, puedo volver la semana que viene. Me apetece ver otra vez a tu padre.

—¿Hablas en serio?

—Total, en la residencia tampoco hago nada. ¡Ah! Y aquí puedo comer pepinos.

Midori, con los brazos cruzados, golpeaba el suelo de linóleo con sus tacones.

—Me gustaría tomar una copa contigo un día de éstos. —Inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Y la película porno?

—Podemos ir de copas después de la película —sugirió Midori—. Y hablaremos de guarradas, como siempre.

—Perdona, pero no soy yo quien las dice, sino tú —protesté.

—Tanto da quién sea. En cualquier caso, mientras hablamos de porquerías, beberemos una copa tras otra, nos emborracharemos, nos abrazaremos y nos iremos juntos a la cama.

—Puedo imaginarme lo que sigue. —Suspiré—. Y cuando yo lo intente, ¿tú me rechazarás?

—¡Bah! —rió Midori.

—Ven a recogerme a la residencia el domingo que viene. Podemos venir a visitar a tu padre.

—Mejor que me ponga una falda un poco más larga, ¿no?

—Sí.

Sin embargo, el domingo de la semana siguiente no fui al hospital. El padre de Midori falleció la madrugada del viernes.

Aquel día Midori me llamó por teléfono a las seis y media de la mañana para comunicármelo. Sonó el timbre anunciando que tenía una llamada, me puse una chaqueta sobre los hombros del pijama, bajé al vestíbulo y tomé el auricular. Una lluvia fría caía en el más absoluto silencio.

—Papá ha muerto hace un rato —me dijo Midori con voz tranquila.

Le pregunté si había algo que pudiera hacer por ella.

—Gracias. Pero no hay ningún problema —contestó Midori—. Ya estamos acostumbradas a los funerales. Sólo quería decírtelo —lanzó un suspiro—. No vayas al funeral. Los odio. No quiero verte en un sitio así.

—De acuerdo —accedí.

—¿Me llevarás a ver una película porno?

—Claro.

—¿Una muy guarra?

—Buscaré una de esas.

—Ya te llamaré yo —añadió Midori. Y colgó.

Una semana después aún no había recibido noticias suyas. No la vi en las clases de la universidad, ni me llamó. Cada vez que volvía a la residencia miraba si tenía algún recado, pero no me había llamado nadie. Una noche, para cumplir mi promesa, intenté masturbarme pensando en Midori, pero no resultó. No me quedó otra solución que, a medias, sustituirla por Naoko, pero ni siquiera la imagen de Naoko fue de gran ayuda. Acabé sintiéndome estúpido y desistí. Me tomé un vaso de whisky, me lavé los dientes y me acosté.

El domingo por la mañana le escribí una carta a Naoko. Le conté que el padre de Midori había muerto. Había ido al hospital a visitar al padre de una compañera de clase y comí unos pepinos que sobraban. Entonces al padre le apeteció probarlos y comió uno entero. Pero, cinco días después, murió.

«Recuerdo con toda claridad el pequeño crujido que hacía al mordisquear el pepino. Las personas, al morirnos, dejamos atrás unos pequeños y extraños recuerdos.

»Cuando me despierto por las mañanas, todavía en la cama, te imagino a ti y a Reiko en el gallinero. Me parece ver a los pavos reales, a las palomas, a los loros y a los pavos. También recuerdo el chubasquero amarillo con capucha que os ponéis cuando llueve. Es muy reconfortante pensar en ti, yo todavía en la cama y bien tapado. Me da la sensación de que estás junto a mí durmiendo hecha un ovillo. Y pienso en lo maravilloso que sería que esto fuese cierto.

»A veces me siento muy solo, pero intento afrontar la vida con ánimo. Al igual que todas las mañanas tú cuidas de las aves del gallinero y trabajas en el campo, yo me doy cuerda a mí mismo. Antes de saltar de la cama, lavarme los dientes, afeitarme, desayunar, vestirme, salir de la residencia y llegar a la universidad, ya he

dado treinta y seis vueltas a la clavija. Me digo a mí mismo: “¡Vamos! Hoy empieza otro día. ¡Ánimo!”. No me había dado cuenta de que hablo mucho solo. Puede que, mientras me doy cuerda, no pare de murmurar todo el tiempo.

»Es amargo no poder verte, pero, si tú desaparecieras, mi vida en Tokio sería mucho más dura todavía. Es pensando en ti, por las mañanas, en la cama, como me decido a darme cuerda y a vivir un nuevo día. Del mismo modo que tú luchas por seguir adelante allí, yo debo luchar por seguir adelante aquí.

»Pero hoy es domingo y esta mañana no me he dado cuerda. He hecho la colada y ahora estoy escribiendo esta carta en mi habitación. Una vez la haya terminado, cuando haya pegado el sello y la haya echado al buzón, no tendré nada más que hacer hasta la noche. Los domingos no estudio. Durante la semana ya estudio lo suficiente en la biblioteca, entre clases, así que los domingos no tengo nada que hacer. Las tardes de domingo son tranquilas, apacibles y solitarias. Leo y escucho música. A veces recuerdo, uno a uno, nuestros paseos por Tokio en domingo. Incluso me acuerdo de la ropa que llevabas puesta. Las tardes de domingo recuerdo un montón de cosas.

»Dale recuerdos a Reiko. Cuando anochece echo de menos su guitarra.»

Cuando terminé de escribir la carta, la eché a un buzón que había a unos doscientos metros de la residencia, compré un sándwich de tortilla y una Coca-Cola en una panadería del barrio, me senté en un banco del parque y almorcé. En el parque había unos chicos jugando al béisbol y, para matar el tiempo, me quedé mirándolos. El cielo, conforme avanzaba el otoño, iba volviéndose más azul y más alto y, al alzar distraídamente la mirada, vi dos estelas de un avión que avanzaban en línea recta hacia el oeste, paralelas como las vías del ferrocarril. Cuando les arrojé a los chicos una pelota que habían bateado fuera del campo hasta rodar a mis pies, ellos se quitaron la gorra y me dijeron: «Muchas gracias». En aquel partido entre jóvenes abundaban los lanzamientos no válidos y el robo de bases.

Por la tarde volví a la habitación, leí un libro y, cuando ya no pude concentrarme en la lectura, me quedé mirando el techo pensando en Midori. Me pregunté si su padre realmente me había pedido que cuidara de ella. Quizá me había confundido con otra persona. En todo caso, había muerto un viernes por la mañana en que caía una lluvia fría, y ahora era imposible descubrir la verdad. Imaginé que el hombre antes de morir se había encogido todavía más. Y luego, en el crematorio, su cuerpo había ardido y no habían quedado de él más que cenizas. ¿Qué dejaba atrás? Una triste librería en un triste barrio comercial y dos hijas de las cuales al menos una era un poco excéntrica. «¿Qué tipo de vida era ésta?», pensé. ¿Qué debía de estar rumiando su cabeza abierta y confusa, en el lecho del hospital, cuando me miraba? Pensando estas cosas del padre de Midori, me entristecí tanto que descolgué la ropa de la azotea

antes de que se secara del todo, me fui a Shinjuku y deambulé por el barrio para matar el tiempo. Las calles atestadas en domingo me sosegaron. Compré *Luz de agosto*, de Faulkner, en la librería Kinokuniya, llena como un tren en hora punta, entré en el jazz café más ruidoso que encontré y escuché a Ornette Coleman y Bud Powell mientras tomaba una taza de café amargo y leía el libro que acababa de comprar. A las cinco y media cerré el libro, salí a la calle, tomé una cena ligera. «¿Cuántas decenas, no, centenares de domingos como éste me quedan por vivir?», me pregunté. «Domingos tranquilos, apacibles y solitarios», dije en voz alta. Los domingos no me doy cuerda.

A mediados de semana me hice un corte muy profundo en la palma de la mano con un cristal. No me había dado cuenta de que uno de los tabiques divisorios de cristal de una de las estanterías de los discos estaba roto. Me sorprendió que manara tal cantidad de sangre. Unos grandes goterones fueron cayendo a mis pies, tiñendo el suelo de color rojo. El encargado de la tienda trajo varias toallas, me envolvió la mano, me hizo un vendaje y preguntó por teléfono dónde había un hospital de urgencias. Aunque era un tipejo bastante inútil, por una vez actuó con eficacia. Por fortuna el hospital estaba cerca, pues antes de que llegáramos, las toallas ya se habían empapado pues la sangre goteaba sobre el asfalto. La gente se apartaba de mi camino. Tal vez imaginaban que la herida era fruto de una pelea. No me dolía. Sin embargo, la sangre manaba sin interrupción. Un médico impasible me quitó las toallas, me hizo un torniquete en la muñeca, paró la hemorragia, desinfectó la herida, la cosió y al fin comentó: «Vuelve mañana». Al regresar a la tienda, el encargado me dijo que me fuera a casa, que se quedaría él en mi lugar. Tomé el autobús y regresé a la residencia. Luego me dirigí a la habitación de Nagasawa. A causa de la herida, tenía los nervios excitados y quería hablar con alguien. Tenía la sensación de que hacía mucho tiempo que no lo veía.

Encontré a Nagasawa en su cuarto bebiendo una cerveza mientras seguía un curso de español que daban en televisión. En cuanto vio mi vendaje me preguntó qué me había ocurrido. Le expliqué que me había hecho daño, pero que no era nada grave. Rechacé la cerveza que me ofrecía.

—El programa termina enseguida —me dijo Nagasawa mientras hacía ejercicios de pronunciación de español.

Calenté agua y preparé un té de bolsa. En la tele, una española leía unos ejemplos: «Es la primera vez que llueve de forma tan torrencial. En Barcelona la corriente se ha llevado varios puentes». Nagasawa repitió estas frases practicando la pronunciación y exclamó:

—¡Qué ejemplos más malos! En los cursos de idiomas siempre sacan frasecitas de este tipo.

Cuando el programa terminó, Nagasawa apagó el televisor y bebió otra cerveza que sacó de la pequeña nevera.

—¿Te molesto? —le pregunté.

—¿A mí? ¡Qué va! Me aburría. ¿De verdad no quieres una cerveza?

Le dije que no.

—¡Ah! Por cierto, el otro día dieron los resultados de los exámenes. He aprobado —comentó Nagasawa.

—¿Los exámenes para el Ministerio de Asuntos Exteriores?

—Sí. Oficialmente se llama Examen para Servicios de Primera Clase del Ministerio de Asuntos Exteriores. Parecen idiotas, ¿verdad?

—Felicidades. —Le estreché la mano.

—Gracias.

—Era de esperar.

—Sí, lo era. —Nagasawa se rió—. Está bien que sea oficial.

—¿Irás al extranjero...? Tan pronto como entres en el Ministerio, quiero decir.

—No, durante el primer año hay unos cursillos en nuestro país. Después a uno lo envían un tiempo al extranjero.

Yo sorbía el té y él bebía la cerveza con cara de satisfacción.

—Si quieres, te daré esta nevera cuando me marche de aquí. Así podrás tomar cerveza fría.

—Perfecto. Pero tú también la necesitarás. Tendrás que vivir en un apartamento, o en alguna parte, supongo.

—No digas tonterías. Cuando salga de aquí me compraré una nevera más grande, viviré por todo lo alto. Ya he aguantado cuatro años en este agujero. No quiero, ni en pintura, seguir viendo todo lo que he utilizado aquí dentro. Te doy lo que quieras. El televisor, el termo, la radio...

—A mí cualquier cosa me va bien —dije. Tomé el libro de texto de español de encima del pupitre y me quedé mirándolo—. ¿Has empezado a estudiar español?

—Sí, cuantos más idiomas sepa, tanto mejor. He descubierto que se me dan bien. Mira, el francés lo he aprendido solo y ya lo hablo casi a la perfección. Son como un juego. Una vez conoces una regla, las otras son todas lo mismo. Como las mujeres.

—Es una manera muy introspectiva de vivir —comenté con sarcasmo.

—Por cierto, ¿vamos a cenar un día de éstos? —me preguntó Nagasawa.

—No querrás ir a ligar otra vez, ¿verdad?

—No, hombre. Una buena cena. Podemos ir con Hatsumi a un buen restaurante. Para celebrar mi nuevo empleo. Al lugar más caro que encontremos. Total, paga mi padre.

—¿Y por qué no vais los dos solos, Hatsumi y tú?

—Para mí y para Hatsumi, es mucho más cómodo si estás tú —terció Nagasawa.

«¡Oh, no!», pensé. Igual que con Kizuki y Naoko.

—Después de la cena, ya pasaré la noche en casa de Hatsumi. Pero podemos cenar los tres juntos.

—En fin. Si a vosotros dos os parece bien así, que no se hable más —dije—.

Pero, Nagasawa, ¿qué vas a hacer con Hatsumi? Después del cursillo te irás de servicio al extranjero y tardarás años en volver. ¿Qué pasará con ella?

—Esto es problema suyo, no mío.

—No te entiendo.

Él, con las piernas sobre la mesa, bebió un trago de cerveza y bostezó.

—A ver. Yo no tengo la intención de casarme con nadie, y esto Hatsumi ya lo sabe. Así que, si ella quiere casarse con quien sea que lo haga. Yo no voy a impedirselo. Y si prefiere no casarse y esperarme que me espere. Eso es lo que quería decir.

—¡Ah! —exclamé admirado.

—Imagino que a ti debe de parecerte horrible...

—Sí.

—Este mundo es injusto por naturaleza. Lo cual no es culpa mía. Ha sido siempre así, desde el principio. Yo jamás he engañado a Hatsumi. Le tengo dicho que soy así y, si no le gusta, que se separe de mí.

Cuando Nagasawa acabó de beber la cerveza, se llevó un cigarrillo a los labios y le prendió fuego.

—¿No hay nada en la vida que te dé miedo? —le pregunté.

—No soy tan estúpido —dijo Nagasawa—. Por supuesto, muchas veces la vida me da miedo. Como a todo el mundo. La diferencia está en que no lo admito como premisa. Quiero llegar hasta donde pueda empleando todas mis fuerzas. Tomando lo que quiero, dejando lo que no quiero. Así es como vivo. Si meto la pata, me detengo y lo reconsidero. Si uno le da la vuelta a esta sociedad injusta, entiende que en el mundo puede explotar sus posibilidades.

—Eso me parece muy egoísta, la verdad.

—¡Yo no me quedo mirando al cielo esperando que caiga la fruta! A mi manera, me esfuerzo mucho. Me esfuerzo diez veces más que tú.

—Tal vez tengas razón —reconocí.

—Por eso a veces miro alrededor y me siento asqueado. Me digo: ¿por qué no se esfuerzan más estos tíos? Lo único que saben hacer es quejarse.

Miré, estupefacto, a Nagasawa.

—A mí me da la impresión de que en este mundo la gente se mata trabajando —tercié—. ¿Me equivoco?

—No es más que trabajo —explicó Nagasawa llanamente—. El esfuerzo del que hablo es algo que se hace por propia iniciativa, con un propósito determinado.

—¿Por ejemplo, mientras otros se quedan satisfechos al saber que han encontrado un empleo, tú empiezas a estudiar español?

—A eso me refiero. Antes de la primavera, dominaré el español. Ya hablo inglés, alemán y francés. Y el italiano, bastante bien. ¿Crees que todo eso se consigue sin

esfuerzo?

Él fumaba un cigarrillo; yo pensaba en el padre de Midori. A éste jamás se le había ocurrido estudiar español siguiendo unos cursos de la televisión. Probablemente, tampoco había pensado nunca en la diferencia entre esfuerzo y trabajo. Tal vez estuviera demasiado ocupado para ello. Tenía mucho trabajo y, además, debía llevar de vuelta a casa a su hija, que se había escapado a Fukushima.

—¿Qué tal te va cenar el próximo sábado? —dijo Nagasawa.

Le respondí que bien.

Nagasawa eligió un restaurante francés tranquilo y elegante en el barrio de Azabu. Al llegar dio su nombre y nos condujeron a un reservado que había al fondo del local. Era una estancia pequeña de cuyas paredes colgaban quince cuadros. Mientras esperábamos a Hatsumi, bebimos un vino delicioso y hablamos de la obra de Joseph Conrad. Nagasawa llevaba un traje gris, a todas luces carísimo, y yo, una sencilla chaqueta azul marino.

Hatsumi llegó quince minutos después. Se había maquillado con esmero, lucía unos pendientes de oro y llevaba un bonito vestido azul oscuro y unos escarpines rojos muy elegantes. Tras alabarle el color del vestido, me dijo que se llamaba azul medianoche.

—¡Qué restaurante más bonito! —exclamó Hatsumi.

—Mi padre come aquí cuando está en Tokio. Vine con él una vez. Pero a mí no me gustan demasiado estos sitios tan pretenciosos —dijo Nagasawa.

—De vez en cuando no están mal, ¿verdad, Watanabe? —terció Hatsumi.

—No. Si no eres tú quien paga, claro —comenté.

—Mi padre viene siempre con una mujer —añadió Nagasawa—. Tiene una amante en Tokio.

—¿Ah, sí? —se extrañó Hatsumi.

Yo bebía vino fingiendo que no estaba escuchando la conversación. Poco después regresó el camarero y pedimos la comida. Elegimos entremeses y sopa, y de segundo Nagasawa pidió pato y Hatsumi y yo, lubina. Tardaron mucho en servirnos la comida y, mientras tanto, bebimos vino y charlamos. Nagasawa nos habló del examen del Ministerio de Asuntos Exteriores. Dijo que la mayoría de la gente que se había presentado era basura, que lo mejor que podía hacerse con ellos era arrojarlos a un pantano sin fondo, pero por lo visto algunos aspirantes valían la pena. Le pregunté si, en comparación con la sociedad en general, la proporción era alta o baja.

—Es la misma, claro. —Por la expresión de la cara de Nagasawa supe que le parecía una obviedad—. Es igual en todas partes. Se trata de una ley inmutable.

Cuando terminamos la botella de vino, Nagasawa pidió otra y un whisky escocés doble para él.

Luego Hatsumi empezó a hablarme de una chica que quería presentarme. Era el eterno tema de conversación entre Hatsumi y yo. Ella siempre quería presentarme a «una chica monísima de su club de estudiantes», y yo siempre intentaba eludirlo.

—Es muy buena chica. Y guapísima. La próxima vez la traeré conmigo y habláis. Seguro que te gusta.

—Déjalo —dije—. Soy demasiado pobre para salir con las chicas de tu universidad. No tengo dinero, ni temas de conversación en común con ellas.

—¿Por qué? No lo creo. Ella es muy buena chica, y muy sencilla. No es nada sofisticada.

—Watanabe, ¿por qué no lo pruebas una vez? —intervino Nagasawa—. Total, no tienes por qué acostarte con ella.

—¡Claro que no! Ella es virgen —se alarmó Hatsumi.

—Como lo eras tú.

—Sí, como lo era yo. —Hatsumi esbozó una sonrisa—. Watanabe, no me vengas con lo de «soy pobre». Eso no tiene nada que ver. No niego que en clase hay muchas presumidas. Pero el resto somos chicas corrientes. Almorzamos en el comedor de la universidad, tomamos un menú de doscientos cincuenta yenes y...

—Hatsumi —la interrumpí—, en el comedor de mi universidad hay tres menús: el A, el B y el C. El A cuesta ciento veinte yenes, el B, cien, y el C, ochenta. Y cuando yo, muy de vez en cuando, pido el menú A, todos me miran con mala cara. Los que no pueden permitirse el menú C, comen *raamen* por sesenta yenes. Así es mi universidad. ¿Crees que tendríamos algo de que hablar?

Hatsumi soltó una carcajada.

—¡Qué barato! Yo también iré a comer allí. Escúchame, tú eres un buen chico y seguro que te llevarías bien con ella. Le gustaría el menú de ciento veinte yenes.

—¡Qué dices! —Me reí—. Si no le gusta a nadie... Lo comemos porque no nos queda otro remedio.

—No nos juzgues por la apariencia, Watanabe. Es cierto que la mía es una universidad de niñas bien, pero allí hay muchas chicas que son buenas personas y tienen una visión seria de la vida. No todas quieren salir con chicos con descapotable.

—Eso ya lo sé —dije.

—A Watanabe le gusta una chica —dijo Nagasawa—, pero no dice una palabra sobre ella. Es un chico muy discreto. Y ella está envuelta en un halo de misterio.

—¿Es cierto? —me preguntó Hatsumi.

—Sí. Pero no tiene ningún «halo de misterio». Las circunstancias son un poco complicadas y se me hace difícil hablar de ello.

—¿Es un amor ilícito? Tú consúltame a mí —aventuró Hatsumi.

Bebí un trago de vino esperando que olvidaran el asunto.

—Fíjate lo discreto que es. —Nagasawa tomó su tercer whisky—. No suelta prenda.

—¡Qué lástima! —se lamentó Hatsumi cortando su *terriné* a pedacitos, que se llevaba a la boca con el tenedor—. Si tú y esa chica os hubierais llevado bien, hubiéramos quedado los cuatro.

—Y nos hubiéramos emborrachado e intercambiado parejas —añadió Nagasawa.

—No digas estupideces.

—¿Estupideces? A Watanabe le gustas.

—Eso no tiene nada que ver —susurró Hatsumi—. Él no es así. Se respeta mucho a sí mismo. Lo sé. Por eso quiero presentarle a chicas.

—Sí, pero hace tiempo nos intercambiamos nuestras chicas. ¿No es verdad, Watanabe? —dijo Nagasawa con expresión de indiferencia, vació su vaso de whisky y pidió otro.

Hatsumi dejó el tenedor y el cuchillo, se limpió las comisuras de los labios con la servilleta y me miró a los ojos.

—Watanabe, ¿hiciste eso?

Como no sabía qué responder, permanecí en silencio.

—Díselo. No importa —añadió Nagasawa.

«¡Vaya!», pensé. Nagasawa, cuando bebía, se ponía muy desagradable. Y aquella noche su agresividad no parecía estar dirigida a mí, sino a Hatsumi. Al darme cuenta, me sentí aún más incómodo.

—Quiero oírlo. Debe de ser muy interesante —me dijo Hatsumi.

—Estábamos ebrios —solté.

—Si no tiene importancia... No os lo reprocho. Pero me gustaría que me lo contarais.

—Nagasawa y yo estábamos tomando unas copas en Shibuya y conocimos a dos chicas con quienes congeniamos. Estudiaban en una escuela universitaria, ellas también estaban muy bebidas, entramos en un hotel cercano y nos acostamos. Pedimos dos habitaciones contiguas. A medianoche Nagasawa llamó a la puerta y me dijo: «¡Eh, Watanabe! ¡Cambio de pareja!», y yo me fui a su habitación y él vino a la mía.

—¿Ellas no se enfadaron?

—Ellas también estaban muy borrachas. Tanto les daba una cosa que otra.

—Pero había una razón para hacerlo —dijo Nagasawa.

—¿Cuál? —preguntó Hatsumi.

—Que entre las dos chicas había una diferencia abismal. Una era muy guapa y la otra era poco agraciada, y a mí me pareció injusto. Vamos, que yo me quedé la guapa, pero me sabía mal por Watanabe, que estaba con la fea. Por eso hicimos el intercambio. ¿Recuerdas, Watanabe?

—Sí.

A decir verdad, me gustó mucho más la chica que no era guapa. Tenía una conversación interesante y buen carácter. Después de hacer el amor, estuvimos hablando en la cama hasta que de pronto apareció Nagasawa y propuso el intercambio. Cuando le pregunté a ella qué le parecía, me dijo que, si eso era lo que queríamos hacer, a ella no le importaba. Tal vez pensó que yo quería acostarme con la chica guapa.

—¿Fue divertido? —me preguntó Hatsumi.

—¿El intercambio?

—Todo.

—No especialmente —dije—. Acostarse con chicas de esa manera no es divertido.

—¿Y entonces por qué lo hiciste?

—Porque yo se lo propuse —intervino Nagasawa.

—Se lo preguntaba a Watanabe —replicó Hatsumi con determinación—. ¿Por qué haces cosas así?

—De vez en cuando me entran unas ganas irrefrenables de acostarme con alguien —reconocí.

—Pero si estás enamorado de una chica, ¿por qué no lo haces con ella? —preguntó Hatsumi tras reflexionar unos instantes.

—La situación es muy complicada.

Hatsumi lanzó un suspiro.

La puerta se abrió y nos trajeron la comida. A Nagasawa le sirvieron pato asado y, delante de Hatsumi y de mí, en sendos platos, dejaron las lubinas. De acompañamiento había verduras cocidas regadas con salsa. Los camareros se retiraron de inmediato. Nagasawa cortó el pato con el cuchillo, comió con apetito y bebió whisky. Yo comía espinacas. Hatsumi aún no había probado bocado.

—Watanabe, no sé a qué circunstancias te refieres, pero no creo que este comportamiento sea propio de ti. ¿Qué opinas?

La chica posó las manos sobre la mesa y fijó su mirada en mí.

—No lo sé —dije—. A veces yo también lo pienso.

—¿Por qué lo haces?

—Porque a veces necesito calor —volví a reconocer—. Si no tengo la calidez de una piel me siento muy solo.

—En resumen —intervino Nagasawa—. Watanabe está enamorado de una chica pero, dadas las circunstancias, no puede acostarse con ella. Por eso ha decidido que sólo busca sexo. ¿Qué hay de malo en eso? Tiene su lógica. No tiene por qué encerrarse en casa y estar todo el día masturbándose.

—Pero, si realmente quieres a esa chica, podrías aguantarte, ¿no es cierto,

Watanabe?

—Tal vez sí. —Me llevé a la boca un trozo de lubina bañado en salsa.

—Tú no entiendes el deseo sexual masculino —le espetó Nagasawa a Hatsumi—. Yo, por ejemplo, llevo saliendo contigo tres años y, además, he estado acostándome todo el tiempo con otras mujeres. Pero de esas ni me acuerdo. Ni sé cómo se llaman, ni recuerdo sus caras. Jamás me acuesto con la misma chica más de una vez. Las conozco, me acuesto con ellas y me marcho. Nada más. ¿Qué hay de malo en ello?

—No soporto tu arrogancia —replicó Hatsumi con voz áspera—. No se trata de que te acuestes con otras. Que yo sepa, hasta ahora no me he enfadado nunca por tus devaneos...

—A eso no puede llamársele «devaneos». No es más que un juego. No hago daño a nadie —se defendió Nagasawa.

—A mí sí me lo haces —dijo Hatsumi—. ¿Por qué no tienes bastante conmigo?

Nagasawa permaneció un rato en silencio, removiendo el whisky en su vaso.

—No se trata de que no me baste contigo, sino de algo muy distinto. En mi interior hay una especie de sed que tengo que saciar. Y, si esto te hiere, lo siento mucho. Yo soy así. Tengo que vivir con esta sed. Esta ansia define mi vida. No puedo evitarlo.

Por fin, Hatsumi tomó el tenedor y el cuchillo y empezó a comer la lubina.

—Por lo menos, podrías dejar en paz a Watanabe.

—Watanabe y yo nos parecemos, no creas —continuó Nagasawa—. Los dos somos incapaces de interesarnos por nadie más que no sea nosotros mismos. Dejando de lado que uno sea arrogante y el otro no. A ambos sólo nos interesa qué pensamos, qué sentimos, qué hacemos. Por eso no podemos pensar en nadie más. Esto es lo que a mí me gusta de él. Pero todavía no tiene plena conciencia de ello y a veces duda, se siente herido.

—¿Hay algún ser humano que no dude y no se sienta herido? —reflexionó Hatsumi—. ¿Estás diciéndome que tú jamás has dudado ni te has sentido herido?

—Es obvio que yo también dudo y me siento herido. Pero esto, con disciplina, puede mitigarse. Incluso las ratas aprenden a elegir el circuito donde reciben menos descargas eléctricas.

—Pero las ratas no se enamoran.

—«Las ratas no se enamoran» —repitió Nagasawa, y me miró—. ¡Qué bonito! Quiero música ambiental. Una orquesta con dos arpas...

—No me tomes el pelo. Estoy hablando en serio.

—Ahora estamos comiendo —dijo Nagasawa—. Además, Watanabe está presente. Sería conveniente que dejaras el tema para otra ocasión.

—¿Me voy? —pregunté.

—No, quédate. Es mejor —me rogó Hatsumi.

—Ya que has venido, tómate el postre —añadió Nagasawa.

—No me importa irme...

Terminamos nuestros platos en silencio. Yo comí la lubina, Hatsumi dejó media en el plato. Nagasawa hacía rato que bebía whisky.

—La lubina estaba buenísima —comenté con ánimo de romper el hielo, pero nadie respondió. Fue como si hubiera arrojado una piedra en un pozo.

Nos retiraron los platos y nos trajeron un sorbete de limón y una taza de café a cada uno. Nagasawa apenas los tocó y enseguida encendió un cigarrillo. Hatsumi ni los probó. Yo comí el sorbete y bebí el café mientras me decía para mis adentros: «¡Vaya!». Hatsumi se entretenía contemplando sus manos, que descansaban sobre la mesa. Éstas —al igual que todo en ella— eran elegantes y refinadas. Pensé en Naoko y en Reiko. ¿Qué estarían haciendo en aquellos momentos? Naoko debía de estar leyendo tumbada en el sofá y Reiko tocando *Norwegian Wood* con la guitarra. Me poseyó un violento deseo de volver a su pequeña habitación. ¿Qué hacía yo allí?

—Watanabe y yo nos parecemos en que ninguno de los dos buscamos que los demás nos comprendan —insistió Nagasawa—. En esto somos diferentes del resto de la gente. La gente se desvive buscando la comprensión de quienes les rodean. Pero yo no, y Watanabe, tampoco. No nos importa que los demás no nos entiendan. Pensamos que «uno» es «uno», y los «demás» son los «demás».

—¿Eso crees? —me preguntó Hatsumi.

—¡Qué va! —exclamé—. Yo no soy tan fuerte. A mí me importa que me entiendan. Hay personas a quienes quiero comprender y que quiero que me comprendan. Hasta cierto punto, pienso que es inevitable que el resto de la gente no lo haga. Ya me he hecho a la idea. Así que no me ocurre lo mismo que a Nagasawa, a quien no le importa que no le entiendan.

—Es lo mismo que yo decía. —Nagasawa tomó la cucharilla del café—. Muy parecido. Tan distinto como desayunar tarde o almorzar temprano. Comes lo mismo, a la misma hora, sólo difiere la manera de llamarlo.

—Nagasawa, ¿a ti no te importa saber si te comprendo? —le preguntó Hatsumi a Nagasawa.

—Me parece que no acabas de entenderlo. Si una persona comprende a otra es porque aquél es el momento propicio para que suceda, no porque ésta desee que la entiendan.

—O sea que cometo una equivocación cuando quiero que alguien me comprenda. Quiero que tú me comprendas, por ejemplo.

—No, no es una equivocación —respondió Nagasawa—. La gente lo llama amor. Éste es tu caso, dado que quieres comprenderme. Pero mi tipo de vida es muy diferente al de la otra gente.

—No estás enamorado de mí, ¿verdad?

—Tú, mi tipo de vida...

—¡Me importa un rábano tu tipo de vida! —gritó Hatsumi.

Era la primera vez que la oía gritar, y sería la última. Nagasawa pulsó el timbre de la mesa y el camarero trajo la cuenta. Nagasawa sacó una tarjeta de crédito y se la entregó.

—Watanabe, siento la escena —dijo—. Voy a acompañar a Hatsumi a casa, tú márchate solo.

—No te preocupes por mí. La comida estaba deliciosa —comenté, pero nadie añadió una palabra.

El camarero regresó con la tarjeta de crédito. Nagasawa, tras comprobar el importe, firmó con un bolígrafo. Luego nos levantamos y salimos del restaurante. Nagasawa se adelantó hacia la calzada; se disponía a parar un taxi cuando Hatsumi lo detuvo.

—Gracias. Pero hoy no me apetece estar más tiempo contigo. No hace falta que me lleves a casa. Gracias por la cena.

—Como quieras —terció Nagasawa.

—Ya me acompañará Watanabe.

—Tú misma. Pero te advierto que Watanabe es igual que yo. Amable y cariñoso, pero incapaz de amar a nadie con el corazón en la mano. Hay una parte de él que siempre está alerta, siente un ansia que lo devora. Lo sé de sobra.

Paré un taxi, dejé subir a Hatsumi primero y después informé a Nagasawa de que la acompañaba.

—Me sabe mal —dijo Nagasawa, pero se veía a las claras que ya estaba pensando en otra cosa.

—¿Adónde vamos? ¿Vuelves a Ebisu? —le pregunté a Hatsumi. Su apartamento estaba en Ebisu. Hatsumi hizo un gesto negativo con la cabeza—. ¿Te apetece tomar una copa?

—Sí.

—A Shibuya —le indiqué al conductor.

Hatsumi cruzó los brazos, cerró los ojos y se recostó en el asiento del taxi. Los pendientes de oro refulgían con el vaivén del vehículo. El vestido azul medianoche parecía haber sido confeccionado a propósito para la oscuridad del interior del taxi. Los labios bien delineados de Hatsumi, pintados en un tono pálido, temblaban como si ella misma temiera abrir la boca e iniciar un monólogo. Mirándola de aquella forma, comprendí por qué Nagasawa la había elegido para ser su novia. Quizás hubiera muchas mujeres más hermosas que Hatsumi y probablemente Nagasawa podía seducir a muchas de ellas. Pero Hatsumi poseía algo que hacía estremecer el corazón de las personas. No lo lograba con un gran despliegue de energía. La fuerza

que emanaba de ella estaba escondida, pero despertaba la empatía en los demás. En el taxi, de camino a Shibuya, mientras la observaba, me pregunté qué era aquella emoción que yo sentía de pronto. Pero entonces no logré hallar la respuesta.

La descubrí doce o trece años después. Había viajado a Santa Fe, Nuevo México, para entrevistar a un pintor. Al atardecer entré en una pizzería y, mientras bebía cerveza y tomaba una pizza, contemplé una puesta de sol tan hermosa que parecía un milagro. El mundo entero estaba teñido de rojo. Mi mano, el plato, la mesa..., todo lo que había ante mis ojos estaba teñido de rojo. De un rojo tan brillante que parecía bañado en un jugo de frutas. En aquel atardecer abrumador me acordé de Hatsumi. Y comprendí qué había sido el estremecimiento del corazón que ella me había provocado. Era un anhelo adolescente que no había sido, ni sería jamás, colmado. Durante mucho tiempo guardé este anhelo ardiente y puro en mi interior, hasta el punto que incluso había terminado olvidándome de su existencia. Hatsumi había despertado una parte de mí que llevaba largo tiempo durmiendo. Al darme cuenta, me sentí tan triste que se me saltaron las lágrimas. Ella había sido una mujer excepcional. Alguien hubiera debido salvarla.

Pero ni Nagasawa ni yo pudimos hacerlo. Hatsumi —como habían hecho muchos conocidos míos—, al llegar a cierto estadio de su vida, decidió sin más terminar con su existencia. Dos años después de que Nagasawa se marchara a Alemania, Hatsumi se casó con otro hombre y, pasados dos años, se abrió las venas con una cuchilla de afeitar. Fue Nagasawa quien me comunicó su muerte. Me escribió desde Bonn. «Con la muerte de Hatsumi, algo se ha perdido para siempre. Su pérdida es insoportablemente triste y amarga, incluso para mí.» Rompí la carta. Jamás he vuelto a escribirle.

Hatsumi y yo entramos en un bar y tomamos varias copas. Apenas charlamos. Sentados el uno frente al otro, en silencio, igual que un matrimonio aburrido, bebimos y comimos cacahuètes. Cuando el local se llenó, decidimos dar un paseo. Hatsumi se ofreció a pagar la cuenta, pero yo le dije que había sido yo quien la había invitado y la aboné.

Fuera había refrescado. Hatsumi se echó una chaqueta gris claro sobre los hombros. Continuó sin hablar, y yo anduve a su lado. Caminamos por las calles oscuras, despacio y sin rumbo, yo con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón. «Igual que cuando andábamos Naoko y yo», se me ocurrió pensar.

—Watanabe, ¿conoces algún billar por aquí? —me preguntó Hatsumi de repente.

—¿Un billar? —repetí sorprendido—. ¿Juegas al billar?

—Sí, y bastante bien. ¿Y tú?

—Sé jugar con cuatro bolas. Pero no soy muy bueno.

—Vamos.

Encontramos un billar por allí cerca. Era un pequeño local en el fondo de un callejón. Nuestro aspecto —Hatsumi con su elegante vestido y yo con chaqueta azul marino y corbata— llamaba la atención en aquel billar, pero ella, sin concederle importancia alguna, eligió un taco y frotó la tiza por la punta. Después sacó un pasador del bolso y se recogió el pelo hacia un lado para que no le molestara mientras jugaba.

Hicimos dos partidas de cuatro bolas. Hatsumi, tal como había dicho, era muy buena, y yo, con el grueso vendaje que me envolvía la mano, no podía golpear bien la bola. Su victoria fue aplastante.

—¡Qué bien juegas! —le dije admirado.

—Las apariencias engañan. —Hatsumi sonrió mientras colocaba las bolas con cuidado sobre la mesa de billar.

—¿Dónde aprendiste a jugar así?

—Mi abuelo era un hombre de mundo y se hizo llevar una mesa de billar a casa. Desde pequeña, cuando iba a visitarlo jugaba con mi hermano. Al crecer, mi abuelo me enseñó a jugar bien. Era una buena persona. Guapo y elegante. Pero ya ha muerto. Siempre presumía de haber conocido tiempo atrás a Deanna Durbin en Nueva York.

Hatsumi acertó tres veces seguidas y falló la cuarta. Yo acerté una por los pelos y fallé un golpe fácil.

—Es culpa del vendaje —me consoló Hatsumi.

—Hacía mucho que no jugaba. Dos años y cinco meses.

—¿Por qué te acuerdas tan bien?

—Porque la última vez jugué con un amigo que se murió aquella misma noche.

—¿Y no has jugado desde entonces?

—No, no es por eso —respondí después de reflexionar un momento—. Simplemente, no he tenido la ocasión de jugar.

—¿Cómo murió tu amigo?

—En un accidente de tráfico —mentí.

Cuando enfilaba las bolas, ponía una mirada concentrada, y la manera de medir la fuerza al golpearlas era precisa. Al observarla —su cabello peinado con esmero hacia atrás, los pendientes de oro brillando, los escarpines firmemente clavados en el suelo, sus finos y hermosos dedos presionados contra el fieltro al golpear la bola—, me pareció que el rincón de aquel antro sucio se había convertido en una elegante recepción. Era la primera vez que estaba con Hatsumi a solas y, para mí, fue una experiencia maravillosa. A su lado, tenía la sensación de haber sido ascendido a un estadio más alto de la vida. Después de acabar la tercera partida —Hatsumi ganó las tres, por supuesto—, empezó a dolerme la mano y decidimos interrumpir el juego.

—Lo siento. No tenía que haberte propuesto jugar al billar —me dijo Hatsumi apenada.

—No importa. La herida no es grave; además, lo he pasado muy bien —dije.

Cuando nos disponíamos a salir, una mujer delgada de mediana edad, al parecer la dueña del salón de billares, le comentó a mi acompañante:

—Chica, tienes madera.

—Gracias —contestó Hatsumi sonriendo. Y pagó la cuenta—. ¿Te duele? —me preguntó al salir.

—No mucho.

—¿Crees que se te habrá abierto la herida?

—No lo creo.

—Ven a casa. Te miraré la herida y te cambiaré el vendaje. En casa tengo vendas y desinfectante. Vivo muy cerca de aquí.

Le repliqué que no había ningún motivo para preocuparse, que estaba bien, pero ella insistió en que teníamos que comprobar si la herida se había abierto.

—¿O es que no te gusta estar conmigo y quieres volver a casa lo antes posible? —bromeó Hatsumi.

—¡Qué dices! —exclamé.

—Entonces deja de hacer cumplidos y vámonos. Llegaremos enseguida.

El apartamento de Hatsumi estaba en Ebisu, a unos quince minutos a pie de Shibuya. Aunque no podía calificarse de lujoso, era acogedor, con un pequeño vestíbulo y ascensor. Hatsumi me hizo sentar a la mesa de la cocina, fue a la habitación contigua, se cambió de ropa. Apareció con una sudadera con la inscripción PRINCETON UNIVERSITY y unos pantalones de algodón; ya no lucía los pendientes de oro. Sacó un botiquín de alguna parte, me quitó el vendaje y, tras comprobar que la herida no se había abierto, la desinfectó y me envolvió la mano con un vendaje limpio. Lo hizo con gran habilidad.

—¿Eres tan buena en todo? —le pregunté.

—Hace tiempo trabajé como voluntaria en un hospital. Hacía de enfermera. Allí aprendí a curar heridas —explicó Hatsumi.

Una vez terminó de vendarme la mano, sacó dos latas de cerveza de la nevera. Ella bebió media lata, y yo, una y media. Luego me enseñó una fotografía de sus amigas del club de estudiantes de la universidad. Realmente, tenía unas amigas muy guapas.

—Si te decides a echarte novia, pásate por aquí cuando quieras —me ofreció—. Te presentaré a una de ellas.

—Así lo haré.

—Watanabe, debes de pensar que soy una alcahueta.

—Un poco sí —le dije con franqueza, y me reí. Hatsumi también se rió. La risa le

sentaba bien.

—Watanabe, ¿qué opinas de Nagasawa y de mí?

—¿Qué opino? ¿Sobre qué?

—¿Qué crees que debería hacer a partir de ahora?

—Diga lo que diga, no servirá de nada. —Bebí un sorbo de cerveza fría.

—No importa. Dime lo que piensas.

—Yo de ti me separaría de él. Busca a una persona con unas ideas más normales que te haga feliz. Por más simpatía que uno le tenga a Nagasawa, al final acaba viendo que no es un hombre con quien se pueda ser feliz. Él no busca la felicidad, ni para él ni para los demás. A su lado sólo conseguirás destrozarte los nervios. En mi opinión, es un milagro que hayas aguantado tres años con él. Por supuesto, lo aprecio a mi manera. Lo encuentro un chico interesante, tiene buenas salidas, posee un talento y una fuerza que yo jamás tendré. Pero su modo de pensar y de vivir es atípico. A veces, cuando hablo con él, tengo la sensación de estar en un círculo vicioso. Mientras él, siguiendo el mismo proceso, llega a alguna parte, yo voy dando vueltas y más vueltas y siento un vacío tremendo. En resumen, nos regimos por sistemas distintos. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Lo entiendo muy bien. —Hatsumi sacó otra cerveza de la nevera.

—Nagasawa, cuando entre en el Ministerio de Asuntos Exteriores, después del cursillo de preparación, se irá al extranjero por algún tiempo. ¿Y tú qué harás? ¿Te quedarás esperándole? Él no quiere casarse con nadie.

—Ya lo sé.

—Entonces no tengo nada más que decir.

—Está bien.

Llené el vaso de cerveza y bebí despacio.

—Hace un rato, mientras jugábamos al billar, se me ha ocurrido algo —dije—. Verás. Yo no tengo hermanos, me he criado solo, pero, a pesar de ello, jamás me he sentido solo, ni nunca he deseado tener hermanos. Siempre he estado bien solo. Sin embargo, hace un rato he pensado que me hubiera gustado tener una hermana mayor como tú. Una hermana guapa y elegante, a quien le sentara bien un vestido azul medianoche y unos pendientes de oro y que fuera tan buena como tú jugando al billar.

Hatsumi sonrió y me miró a los ojos.

—Es lo más bonito que me han dicho durante este último año. Has hecho que me sienta feliz.

—Quiero que seas feliz. —Me ruboricé—. Pero es extraño. Una persona como tú, que podría ser feliz con cualquiera, ¿por qué se empeña en salir con alguien como Nagasawa?

—Quizá fue inevitable. Ni siquiera yo puedo hacer nada. Nagasawa diría que es responsabilidad mía.

—Sin duda. —Le di la razón.

—Watanabe, yo no soy muy inteligente. Soy una chica más bien tonta y chapada a la antigua. No me interesan ni los sistemas ni las responsabilidades. Me bastaría con casarme, que el hombre que amo me tomara entre sus brazos todas las noches, tener hijos. Lo único que deseo es esto.

—Él busca algo completamente distinto.

—Pero las personas cambian, ¿no crees? —me preguntó Hatsumi.

—¿Te refieres a cuando se enfrentan a una sociedad que las vapulea y no les queda más remedio que madurar a golpes?

—Al estar un tiempo separados, quizá cambien sus sentimientos hacia mí.

—Esto es lo que le sucedería a una persona normal —dije—. Pero él es distinto. Tiene una voluntad mucho más fuerte de lo que podemos imaginar, y además cada día que pasa se refuerza en su postura. Nagasawa se crece ante las dificultades. Es una persona capaz de comer una babosa antes que volver la espalda. Hatsumi, ¿qué esperas de alguien así?

—No puedo sino esperarle. —Hatsumi apoyó la mejilla en la palma de la mano.

—¿Tanto le quieres?

—Sí —respondió de inmediato.

—¡Vaya! —Suspiré y bebí el resto de la cerveza—. Debe de ser magnífico estar tan seguro de que amas a alguien.

—No soy más que una mujer tonta y chapada a la antigua —repitió Hatsumi—. ¿Quieres más cerveza?

—No, gracias. Debo irme. Gracias por el vendaje y la cerveza.

Mientras me levantaba y me ponía los zapatos junto a la puerta, sonó el teléfono. Hatsumi me miró, miró hacia el teléfono, volvió a mirarme a mí.

—Buenas noches. —Me despedí.

Abrí la puerta y salí. Cuando me disponía a cerrarla sin hacer ruido, vi de refilón a Hatsumi con el auricular en la mano. Ésta es la última imagen que conservo de ella.

Llegué a la residencia a las once y media. Fui directamente a la habitación de Nagasawa y llamé a la puerta. Al décimo golpe, me acordé de que era un sábado por la noche.

Los sábados por la noche Nagasawa, con el pretexto de alojarse en casa de unos parientes, pedía un permiso de pernoctación.

Entonces me dirigí a mi cuarto, me quité la corbata, colgué la chaqueta y los pantalones de una percha, me puse el pijama, me lavé los dientes. Pensé con resignación que el día siguiente sería domingo. Me dio la impresión de que cada cuatro días llegaba el domingo. Al cabo de dos domingos cumpliría veinte años. Me tumbé en la cama contemplando el calendario colgado de la pared, sumido en la

tristeza.

El domingo por la mañana me senté a la mesa y escribí a Naoko, como de costumbre. Redacté una larga carta mientras tomaba una gran taza de café y escuchaba un viejo disco de Miles Davis. Al otro lado de la ventana caía una lluvia fina, el interior de la habitación estaba frío como un acuario. El jersey de lana grueso que acababa de sacar de la caja donde guardaba la ropa olía a naftalina. En el extremo superior del cristal de la ventana había posada una mosca gorda, completamente inmóvil. La bandera del sol naciente colgaba, porque no soplaba el viento, lacia y enrollada al asta como los bajos de la toga de un senador. Un perro color fuego y de aspecto apocado que se había colado en el jardín andaba olisqueando las flores de los parterres. ¿Qué pretendía aquel perro olisqueando las flores en un día de lluvia? No logré adivinarlo.

Escribía sentado a la mesa y, cuando la mano derecha, que sostenía la pluma, empezaba a dolerme, dejaba vagar la mirada en el patio bajo la lluvia.

A Naoko le conté que me había hecho un corte profundo en la palma de la mano mientras estaba trabajando en la tienda de discos. También le expliqué que el sábado por la noche Nagasawa, Hatsumi y yo habíamos ido a celebrar que Nagasawa había aprobado el examen del Ministerio de Asuntos Exteriores. Le describí el restaurante y la comida que nos habían servido. Le conté que la comida era muy buena, pero a media cena empezó a haber muy mal ambiente. Al abordar que Hatsumi y yo habíamos ido al billar, no sabía si comentar algo sobre Kizuki. Al final, decidí que sí. Me pareció que debía hacerlo.

«Recuerdo claramente el último golpe de bola que Kizuki dio el día en que se mató. Era un golpe muy difícil, y yo no creía que fuera a lograrlo. Pero, tal vez por casualidad, el golpe fue perfecto y sobre el fieltro verde las bolas blancas y rojas fueron chocando unas con otras suavemente, casi sin hacer ruido, y aquella tirada le dio a Kizuki los puntos necesarios para la victoria. Fue un golpe tan hermoso, tan impresionante que, aún hoy, puedo recordarlo a la perfección. Desde entonces, dos años y medio atrás, no había vuelto a jugar al billar.

»Sin embargo, la noche en que jugué al billar con Hatsumi no fue hasta el final de la primera partida cuando me acordé de Kizuki, y eso me produjo una gran conmoción. Porque, tras la muerte de mi amigo, yo siempre había pensado que, en el futuro, cada vez que jugara al billar me acordaría de él. No obstante no pensé en Kizuki hasta terminar la primera partida, tras comprar una Pepsi en una máquina expendedora del local y beberla. Si me acordé de él fue porque en el billar adónde íbamos los dos también había una máquina expendedora de Pepsi y solíamos jugar

apostándonos el importe de la bebida.

»Me sentí culpable por no haberme acordado antes de él. Tuve la sensación de que lo había abandonado. Pero aquella noche, cuando volví a la habitación, pensé lo siguiente: han transcurrido dos años y medio. Y él sigue teniendo diecisiete años. Pero esto no significa que sus recuerdos hayan palidecido. Todo lo que conllevó su muerte sigue vivo en mi interior, y parte de ello está más vivo hoy que el día de su muerte. Lo que quiero decir es que pronto cumpliré veinte años. La mayoría de las cosas que compartimos Kizuki y yo entre los dieciséis y los diecisiete años se han desvanecido y, por más que me lamente, no volverán jamás. Lamento no poder explicarme mejor, pero creo que tú sabrás comprender lo que trato de decir. Tal vez eres la única persona capaz de comprenderlo.

»Pienso en ti más que nunca. Hoy está lloviendo. Los domingos de lluvia me siento confuso. Si llueve no puedo lavar la ropa y, en consecuencia, no puedo planchar. Tampoco puedo pasear, ni tumbarme en la terraza. Lo único que puedo hacer es sentarme a la mesa y escuchar una vez tras otra el CD de Kind of Blue mientras miro distraídamente el patio bajo la lluvia. Tal como te escribí hace unos días, los domingos no me doy cuerda. Quizá por eso esta carta es tan larga... Dejo de escribir. Voy a almorzar.

»Adiós.»

El lunes Midori no apareció en clase. Me pregunté qué podía haberle ocurrido. Habían transcurrido diez días desde la última vez que habíamos hablado por teléfono. Pensé en llamarla a su casa, pero recordé que me había dicho que sería ella quien se pondría en contacto conmigo, de modo que abandoné la idea.

El jueves vi a Nagasawa en el comedor. Se acercó a mí con la bandeja en la mano, se sentó a mi lado y se disculpó por la escena del sábado.

—No tiene importancia. Al contrario, gracias a ti por la cena —le dije—. En todo caso, fue una celebración un poco extraña.

—Y que lo digas —concedió.

Durante un rato comimos en silencio.

—Ya he hecho las paces con Hatsumi —informó.

—Era de esperar —comenté.

—Tengo la sensación de que también fui desagradable contigo.

—¿Qué te pasa hoy que estás tan crítico contigo mismo? ¿Te encuentras mal?

—Es posible. —Hizo dos o tres gestos afirmativos con la cabeza—. Por cierto, Hatsumi me ha dicho que le aconsejaste que se separara de mí.

—Lógico, ¿no te parece?

—Sí, tal vez.

—Ella es muy buena persona. —Tomé un sorbo de *misoshiru*.

—Ya lo sé. —Nagasawa suspiró—. Demasiado buena para mí.

Cuando sonó el timbre que me anunciaba que tenía una llamada telefónica, yo dormía tan profundamente como si estuviese muerto. Me encontraba en pleno sueño. Así que no comprendí nada de lo que estaba pasando. Me sentía como si, durante el sueño, mi cabeza hubiera estado en remojo y mi cerebro se hubiese hinchado. Miré el reloj. Eran las seis y cuarto, ¿de la mañana o de la tarde? Tampoco logré recordar en qué día del mes ni en qué día de la semana estábamos. Eché una ojeada al exterior, vi que la bandera no pendía del asta. Deduje que debían de ser las seis y cuarto de la tarde. Al menos la ceremonia de izamiento de la bandera tenía alguna utilidad.

—Watanabe, ¿estás libre ahora? —preguntó Midori.

—¿Qué día de la semana es hoy?

—Viernes.

—¿Por la tarde?

—Claro. ¡Mira que eres raro! Son las seis y dieciocho minutos.

«De la tarde. Lo suponía», pensé. ¡Ahora lo entendía! Me había tumbado en la cama con la intención de leer y me había quedado dormido. «Viernes...», me dije poniendo mi cabeza en funcionamiento. Sí, el viernes por la noche no trabajaba.

—Estoy libre. ¿Dónde estás?

—En la estación de Ueno. Ahora mismo salgo para Shinjuku. ¿Quieres que nos veamos?

Fijamos el lugar y la hora antes de colgar.

Cuando llegué al bar DUG, Midori me esperaba sentada a un extremo de la barra, tomando una copa. Llevaba una gabardina blanca, muy arrugada, sobre un fino jersey de color amarillo y unos vaqueros. En la muñeca lucía dos brazaletes.

—¿Qué estás tomando? —le pregunté.

—Un Tom Collins —contestó Midori.

Después de pedir un whisky con soda, me fijé en la gran maleta de piel que descansaba a sus pies.

—He estado de viaje. Acabo de volver ahora mismo —dijo.

—¿Y adónde has ido?

—A Nara y a Aomori.

—¿De una vez? —exclamé sorprendido.

—¡No! Puede que sea excéntrica, pero no se me ocurriría ir, de una vez, a Nara y a Aomori^[25]. Han sido dos viajes distintos. En Nara he estado con mi novio. A Aomori he ido sola.

Bebí un trago de whisky con soda, le encendí con una cerilla el cigarrillo Marlboro que sostenía entre los labios.

—¿El funeral fue muy duro?

—No. Ya estamos acostumbradas. Basta con ponerse el kimono negro y estarse sentadita con cara de buena chica. Los demás se encargaron de todo. Mi tío, los vecinos... Trajeron el sake, encargaron el *sushi*, nos consolaron, lloraron, se quejaron, recordaron a mi padre. Fue muy cómodo. En comparación con cuidar al enfermo un día sí y otro también, es como ir de picnic. Mi hermana y yo estábamos tan cansadas que no nos salían las lágrimas. Ni llorar podíamos. Y, en éstas, la gente empezó a murmurar: «Fíjate lo frías que son, que no derraman una lágrima...». A nosotras nadie nos hace llorar a voluntad. De haberlo querido, hubiéramos podido fingir, pero nosotras jamás haríamos una cosa así. Todos esperaban que lloráramos. Pues razón de más para no hacerlo. En esto nos parecemos mucho. Aunque nuestros caracteres son muy distintos.

Midori llamó al camarero haciendo tintinear los brazaletes y pidió otro Tom

Collins y una ración de pistachos.

—Cuando terminó el funeral y todos volvieron a sus casas, mi hermana y yo estuvimos bebiendo sake hasta el amanecer. Bebimos tres litros y medio. Y despachamos contra todas esas lenguas viperinas: ése era un idiota; aquél, un miserable; el otro, un perro sarnoso; aquel otro, un cerdo. Y un hipócrita. Y un ladrón. Dijimos todo lo que se nos pasó por la cabeza.

—Me lo imagino.

—Nos emborrachamos, nos metimos en la cama y dormimos como marmotas. Muy, muy bien. Aunque sonara el teléfono, ni caso. Al despertarnos, encargamos *sushi* y, mientras comíamos, estuvimos hablando. Hemos decidido cerrar la tienda durante un tiempo y hacer lo que nos apetezca. Nos merecemos un pequeño descanso. Mi hermana ha pasado unos días con su novio, y yo he ido dos días a Nara con el mío a follar como locos. —Midori calló de pronto y se rascó la oreja—. ¡Perdona! ¡Vaya lengua!

—No te preocupes. Y entonces os fuisteis a Nara.

—Sí, Nara siempre me ha gustado.

—¿Y follaste como una loca?

—No lo hice ni una sola vez. —Soltó un profundo suspiro—. En cuanto llegué al hotel y abrí la maleta, me vino la regla.

No pude reprimir una carcajada.

—No tiene gracia. Se me adelantó más de una semana. Fue para echarse a llorar. Quizá fue por el estrés. Mi novio se puso furioso. Él siempre se enfada enseguida. Pero ¿qué podía hacer yo? No quería que me viniese la regla. Además, cuando la tengo me encuentro mal. Los dos primeros días no tengo ganas de hacer nada. En días así es preferible no verme.

—¡Buena idea! Pero ¿cómo puedo saber que estás en esos días del mes? —pregunté.

—Los dos o tres primeros días de regla me pondré un sombrero rojo. Así te enterarás. —Midori se rió—. Si cuando me encuentres por la calle ves que llevo un sombrero rojo, tú haz como si no me vieras.

—Todas las mujeres deberían hacer eso —comenté—. Entonces, ¿qué hiciste en Nara?

—Jugué con los ciervos, di una vuelta y volví. ¡Ya me dirás! ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Me peleé con mi novio y no hemos vuelto a vernos. Después regresé a Tokio, estuve un par de días vagando por la ciudad y luego me entraron ganas de hacer un viajecito sola y me fui a Aomori. Pasé dos noches en casa de un amigo en Hirosaki y después recorrí Shimokita y Tappi. Es muy bonito. Una vez escribí las leyendas de unos mapas de esa zona. ¿Y tú? ¿Has estado en Aomori?

Le dije que no.

—Te sorprenderá saber que mientras viajaba sola estuve pensando todo el tiempo en ti. —Tomó un sorbo de su Tom Collins y comió un pistacho—. Deseaba que estuvieras a mi lado.

—¿Y eso?

—¿«Y eso»? —Midori me observó como si observara el vacío—. ¿Qué quieres decir?

—¿Por qué pensaste en mí?

—Tal vez porque me gustas. Está muy claro. La única razón que puede haber es ésta. ¿Crees que hay alguien en este mundo al que le apetezca estar con una persona que no le guste?

—Pero tú tienes novio y no deberías pensar en mí. —Bebí un sorbo de mi whisky con soda.

—O sea que, como tengo novio, ¿no puedo pensar en ti?

—No, no quería decir eso...

—Watanabe, te lo advierto. —Midori me señaló con el dedo índice—. Voy arrastrando montones de cosas, a cual peor. ¡Es horrorooooo! Así que no sigas pinchándome, o me echaré a llorar aquí mismo. Y, si empiezo, no pararé en toda la noche. Ahora ya lo sabes. Y yo, cuando lloro, lloro como una posesa, sin importarme quién esté a mi lado.

Asentí y no añadí nada más. Pedí mi segundo whisky con soda y comí pistachos. Por debajo del sonsonete de la coctelera agitándose, el entrechocar de vasos y el tintineo del hielo, sonaba una vieja canción de amor de Sarah Vaughan.

—Después del incidente del tampón, las cosas no han ido bien entre mi novio y yo —dijo Midori.

—¿El incidente del tampón?

—Sí, hace cosa de un mes fuimos a tomar unas copas con unos amigos suyos y se me ocurrió explicarles que a una vecina se le salió el tampón de un estornudo. Es chocante, ¿no?

—Sí, mucho —asentí riéndome.

—A todos les pareció muy divertido. Pero él se enfadó. «¿Cómo se te ocurre contar estas vulgaridades?», me soltó. «Me has decepcionado.»

—¡Vaya!

—Es un buen chico, no creas. Pero un poco estrecho de miras —explicó Midori—. Se enfada, por ejemplo, si llevo la ropa interior de otro color que no sea el blanco. ¿No te parece que eso es ser un poco estrecho?

—No lo sé. También puede ser una cuestión de gusto. —Me asombraba que semejante personaje estuviera enamorado de Midori, pero preferí callar.

—¿Y tú qué has estado haciendo? —preguntó Midori.

—Nada del otro jueves —dije, pero después recordé que había intentado

masturbarme pensando en ella, tal como le había prometido. Se lo dije en voz baja para que la gente no nos oyera.

A Midori se le iluminó el rostro e hizo chasquear los dedos.

—¿Y qué tal?

—Cuando estaba a medias, me dio vergüenza y lo dejé correr.

—¿No se te levantaba?

—No.

—¡Eso no puede ser! —Me miró de reojo—. No debes avergonzarte. Tienes que pensar en guarradas. Si te doy permiso, tú adelante. ¡Ya sé! La próxima vez te hablaré por teléfono. ¡Ah, ah!... ¡Así, así!... ¡Me gusta, me gusta!... No, no... ¡Ah! ¡Me corro!... ¡No hagas eso! Y tú, mientras tanto, te masturbas.

—En la residencia el teléfono está en el vestíbulo, junto a la entrada. Siempre hay gente entrando y saliendo —le expliqué—. Si me masturbara en un lugar así, el director de la residencia me mataría de un guantazo. No me cabe duda.

—¡Vaya problema!

—Problema, ninguno. Un día de éstos volveré a intentarlo.

—¡Ánimo!

—Sí.

—Quizá no soy lo bastante sexy —dijo Midori.

—No, no se trata de eso —repuse—. Es..., cómo te lo diría, una cuestión de posiciones.

—Tengo la espalda muy sensible. Sólo con pasarme un dedito...

—Lo tendré en cuenta.

—¿Vamos a ver una película porno? Una de ésas sadomaso, una muy bestia —sugirió.

Cenamos en un restaurante cuya especialidad era la anguila, y luego, en el mismo Shinjuku, entramos en un cine, cutre como había pocos, y compramos dos entradas para una sesión de tres películas para adultos. En el periódico habíamos visto que aquél era el único lugar donde pasaban películas sadomaso. El cine olía a algo indefinible. Entramos justo a tiempo: la primera película estaba a punto de comenzar. Era una historia de dos hermanas —la mayor, oficinista, y la menor, estudiante de bachillerato— a quienes un puñado de hombres raptaban y sometían a diversas prácticas sádicas. El argumento era el siguiente: unos tíos infligían todo tipo de vejaciones a la hermana mayor bajo la amenaza de violar a la menor, pero, en éstas, la mayor acababa convirtiéndose en una masoquista de tomo y lomo, y la menor, por su parte, obligada a ver lo que le hacían a su hermana, se volvía loca. Era una historia tan reiterativa y deprimente que a media película ya estaba aburriéndome.

—Yo, de haber sido la hermana menor, no me hubiera vuelto loca por tan poca

cosa. Hubiera mirado con los ojos bien abiertos —dijo Midori.

—No lo dudo.

—¿No crees que la hermana menor tiene los pezones muy oscuros para ser una colegiala virgen?

—Sí.

Ella disfrutaba con cada escena, parecía que fuera a devorar la película. «Viéndola con tanto interés, realmente amortiza el precio de la entrada», pensé admirado. Midori, cada vez que descubría algo nuevo, me informaba.

«¡Mira, mira lo que hacen! ¡Es increíble!» O también: «¡Es horrible! ¡Qué fuerte que te lo hagan tres a la vez! A mí me rasgarían, seguro». O esto otro: «Watanabe, a mí me gustaría hacer una cosa así». Y cosas por el estilo. Me resultaba mucho más interesante mirarla a ella que ver la película.

En el intermedio barrí con los ojos la sala iluminada. Midori era la única mujer entre el público. Al verla, unos chicos con pinta de estudiantes se sentaron mucho más allá.

—Watanabe, cuando miras una cosa así, ¿se te levanta? —me preguntó.

—A veces —dije—. De hecho, estas películas las hacen con esta intención.

—Entonces en esas escenas a todos los presentes se les levanta. ¡Zas!, treinta o cuarenta penes poniéndose tiesos a la vez. Al pensarlo se tiene una sensación muy extraña, ¿verdad?

—Ahora que lo dices, sí.

Dentro de lo que cabía esperar, la segunda fue una película más normal y, justamente por eso, más aburrida todavía que la primera. Había muchas escenas de sexo oral y, cada vez que salía en pantalla una felación, un cunnilingus o un sesenta y nueve, el recinto se inundaba de lametones y succiones a todo volumen. Me aturdió pensar en el curioso planeta donde vivía.

—¿A quién debe de habersele ocurrido introducir ahí este sonido? —le pregunté a Midori.

—¡A mí me encanta! —dijo ella.

En la pantalla se veía el pene entrando y saliendo de la vagina. Hasta entonces, yo jamás me había percatado de la existencia de semejante sonido. Los jadeos del hombre, «¡Oh!», «¡Ah!», y los gemidos de la mujer, «¡Sí, sí!» o «¡Más, más!», eran relativamente comunes. Incluso se oía rechinar la cama. Esta escena se alargó bastante. Al principio, Midori la observaba con interés, pero, tal como era de prever, pronto se hartó y me propuso que nos fuéramos. Nos levantamos, salimos del cine y por fin respiramos aire fresco. Por primera vez en mi vida, el aire de Shinjuku me pareció refrescante.

—¡Qué divertido! —exclamó Midori—. Volveremos otro día.

—Estas películas son todas iguales —comenté.

—¡Y qué esperabas! Todos hacemos siempre lo mismo.

Tuve que darle la razón.

Después entramos en un bar y tomamos una copa. Yo bebí un vaso de whisky, Midori, dos o tres copas de no sé qué cóctel. Al salir del local, se empeñó en trepar a un árbol.

—Por aquí no hay árboles. Además, estás demasiado borracha para subirte a uno —le advertí.

—Eres siempre tan sensato que acabas deprimiendo al personal. Estoy borracha porque me da la gana. ¿Pasa algo? Y, aunque lo esté, puedo subirme a los árboles. ¡Eso es! Me subiré a uno muy, muy alto y me haré pipí encima de la gente, como si fuera una cigarra.

—¿No será que tienes ganas de ir al baño?

—Sí.

La llevé hasta unos servicios de pago de la estación de Shinjuku, introduje una moneda, empujé a Midori dentro, compré la edición vespertina del periódico y esperé leyéndolo a que saliera. Pero no aparecía. Al cabo de quince minutos, cuando, preocupado, me disponía a comprobar qué le había ocurrido, ella por fin salió. Estaba bastante pálida.

—Perdona. Me he quedado dormida allí sentada —se excusó.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté poniéndole el abrigo.

—No muy bien.

—Te acompaño a tu casa —dije—. Una vez allí, te das un baño caliente, despacito, y te acuestas. Estás cansada.

—No quiero volver a casa. Allí no hay nadie, no quiero dormir sola.

—¿Y entonces qué vas a hacer?

—Entrar en un *love hotel* de por aquí y dormir abrazada a ti. Mañana, después de desayunar, nos iremos juntos a clase.

—Cuando me llamaste ya tenías esta idea.

—Claro.

—Tenías que haber llamado a tu novio en vez de a mí. Hubiera sido lo más lógico. Los novios están para eso.

—Yo quiero estar contigo.

—No puede ser —añadí resuelto—. En primer lugar, tengo que volver a la residencia antes de las doce. Si no, incumpliré las normas de pernoctación. Ya lo hice una vez y tuve complicaciones. En segundo lugar, si me meto en la cama con una chica, me entran ganas de hacer el amor con ella y odio tener que aguantarme. A lo mejor, acabaría violándote y todo.

—¿Me pegarías, me atarías y me darías por atrás?

—No estoy bromeando.

—Pero me siento muy sola. Me sabe mal por ti, no creas. No hago más que exigirte cosas sin darte nada a cambio. Digo lo que me da la gana, te llamo, te llevo de acá para allá. Pero eres la única persona con quien puedo relajarme. En mis veinte años de vida, jamás he podido hacer lo que me ha dado la gana. Mis padres no me prestaban atención, y mi novio no es de ese tipo. En cuanto suelto lo primero que se me pasa por la cabeza, él se enfada. Y nos peleamos. Sólo cuento contigo. Ahora estoy tan cansada que necesito dormirme oyendo cómo alguien me dice guapa, bonita, y cosas así. Y entonces, cuando me despierte, me sentiré como nueva, y nunca, nunca más te pediré algo tan egoísta. Jamás. Seré una buena chica.

—Lo entiendo, pero es imposible —tercié.

—¡Por favor! Si no, me quedaré toda la noche aquí sentada, llorando. Y me acostaré con el primer tío que me dirija la palabra.

No podía hacer nada para negarme, así que llamé a la residencia y pregunté por Nagasawa. Le pedí si podía ayudarme a fingir que estaba de vuelta en la residencia.

—Es que estoy con una chica —le dije.

—Tratándose de eso, te ayudaré con mucho gusto —me contestó—. Daré la vuelta a tu tarjeta y la colgaré como si estuvieras dentro de la habitación. No te preocupes por nada y diviértete. Mañana por la mañana, puedes entrar por la ventana de mi cuarto.

—Gracias. Te debo una. —Colgué el auricular.

—¿Has podido arreglarlo? —preguntó Midori.

—Más o menos. —Suspiré.

—Todavía es pronto. Vayamos a una discoteca.

—¿No estabas tan cansada?

—Siempre estoy dispuesta a ir a bailar.

—¡Vaya! —exclamé.

Efectivamente, una vez entró en la discoteca y empezó bailar, Midori fue recuperándose. Se tomó dos cubalibres y bailó en la pista hasta quedar bañada en sudor.

—¡Es tan divertido! —comentó sentada a la mesa cuando se tomó un descanso—. Hacía siglos que no bailaba. Cuando una mueve el cuerpo, parece que se le libera el espíritu.

—Yo diría que al tuyo no le hace ninguna falta.

—¡Qué dices! —Ladeó la cabeza esbozando una sonrisa—. Y ahora que ya estoy bien, ¡tengo hambre! ¿Vamos a comer una pizza?

La llevé a la pizzería donde yo solía ir y pedimos una pizza napolitana y cerveza a presión. Yo apenas tenía hambre y sólo comí cuatro de los doce trozos; Midori se zampó el resto.

—Veo que te encuentras mejor. Hasta hace un rato estabas pálida como un sudario y dabas tumbos —le dije boquiabierto.

—Apuesto a que mis ruegos egoístas han sido escuchados —soltó Midori—. Se me ha quitado el nudo que me atenazaba la garganta. ¡Esta pizza está deliciosa!

—¿No hay nadie en tu casa?

—No, no hay nadie. Mi hermana está en casa de una amiga. Ella es muy miedosa y cuando no estoy en casa se va a dormir fuera.

—Dejemos para otra ocasión lo del *love hotel*. Allí sólo conseguiremos sentirnos vacíos. Vayamos a tu casa. Supongo que tendrás un futón para mí...

Midori reflexionó unos instantes y finalmente asintió.

—Vayamos a casa.

Tomamos la línea Yamanote, fuimos hasta Ôtsuka y al llegar levantamos la persiana metálica de la librería Kobayashi. En la persiana habían pegado un papel donde ponía CERRADO TEMPORALMENTE. El interior oscuro de la tienda olía a papel antiguo, como si llevaran mucho tiempo sin abrirla. La mitad de los estantes permanecían vacíos y casi todas las revistas estaban empaquetadas y listas para ser devueltas. La tienda me pareció mucho más vacía y helada que la primera vez que la había visto. Parecía un barco abandonado en la orilla.

—¿Pensáis cerrar la tienda? —pregunté.

—Hemos decidido venderla —dijo Midori—. Venderla y repartirnos el dinero entre mi hermana y yo. Y vivir por nuestra cuenta, sin nadie que nos proteja. Mi hermana se casa el año que viene y a mí me quedan tres años de universidad. Espero que nos alcance el dinero. Además, tengo un trabajo por horas. Cuando vendamos la tienda, alquilaremos un apartamento y durante un tiempo viviremos juntas.

—¿Crees que encontraréis un comprador?

—Es probable. Tenemos un conocido que quiere montar una tienda de lanas y hace tiempo que dice que le interesa el local. ¡Pobre papá! Se pasó la vida trabajando como un burro, compró la tienda, fue pagando la hipoteca poco a poco y, de todo eso, al final no ha quedado nada. Todo se ha esfumado como una burbuja.

—Quedas tú —dije.

—¿Yo? —Midori se rió con extrañeza. Respiró hondo—. Vayamos arriba. Aquí hace frío.

Al llegar a la planta superior, me hizo sentar a la mesa de la cocina y puso el agua del baño a calentar. Entretanto, yo herví agua en la tetera y preparé el té. Mientras se calentaba el agua del baño, tomamos té, sentados el uno frente al otro a la mesa de la cocina. Ella me estuvo contemplando con la mejilla apoyada sobre la palma de la mano. No se oía otro ruido que el tictac del reloj y el termostato de la nevera, encendiéndose y apagándose. El reloj señalaba casi la medianoche.

—Watanabe, ahora que te miro con atención, veo que tienes una cara muy

divertida —comentó Midori.

—¿Ah, sí? —repuse ofendido.

—Me suelen gustar los chicos guapos, pero, cuanto más te observo, más claro lo tengo: no estás nada mal.

—Yo a veces pienso lo mismo de mí mismo. Me digo: «No estás nada mal».

—No te ofendas. Me cuesta expresar mis sentimientos con palabras. Así que la gente siempre me malinterpreta. Lo que trato de decir es que me gustas. Pero me parece que ya te lo había dicho antes.

—Sí, ya me lo habías dicho —añadí.

—Poco a poco voy aprendiendo cosas sobre los hombres.

Midori trajo un paquete de Marlboro y tomó un cigarrillo.

—Y aún tengo muchas cosas que aprender.

—Lo imagino.

—¡Ah! Por cierto, ¿quieres quemar una barrita de incienso por mi padre? —sugirió Midori.

La seguí hasta la habitación donde estaba el altar budista y encendí una barrita de incienso.

—El otro día me desnudé delante de la fotografía de mi padre. Le mostré mi cuerpo en una postura de yoga. «Mira, papá, esto son las tetas, esto el coño...»

—¿Y por qué lo hiciste? —le pregunté anonadado.

—Me apetecía mostrarle mi cuerpo. Total, la mitad de mi existencia es fruto de un espermatozoide suyo, ¿no? ¿Qué hay de malo en enseñárselo? «Ésta es tu hija.» Puestos a confesarlo todo, estaba borracha, lo cual me animó a hacerlo.

—Ah.

—Al llegar, mi hermana se quedó patidifusa. Me vio desnuda, abierta de piernas, delante de la fotografía de mi padre. Y claro, se sorprendió.

—No me extraña.

—Le expliqué mis razones. Le dije: «Hazlo tú también, Momo. Ven aquí, desnúdate y enséñaselo todo a papá». Pero ella no lo hizo. Se sorprendió y se fue. En estas cosas, es muy conservadora.

—Debe de ser una persona corriente —comenté.

—Watanabe, ¿qué te pareció mi padre?

—Soy bastante torpe con la gente. Pero con él no me sentí angustiado. Al contrario, estaba cómodo. Hablamos de varias cosas.

—¿De qué?

—De Eurípides.

Midori se rió, divertida.

—¡Mira que eres raro! No creo que haya muchas personas en este mundo que se pongan a hablarle de Eurípides a un enfermo que agoniza, a quien, además, acaban de

conocer.

—Tampoco creo que haya muchas que se abran de piernas ante la foto de su padre —repuse.

Midori soltó una risita e hizo sonar la campanilla del altar budista.

—¡Buenas noches, papá! Nosotros ahora nos divertiremos, así que descansa en paz. Ya no sufres, ¿verdad? Una vez muerto, se acaban los dolores. Y si todavía sufres, quéjate a Dios. Dile que ya basta. Encuentra a mamá en el paraíso y disfruta con ella. Cuando te ayudaba a hacer pipí, te vi el pito y no estaba nada mal. ¡Ánimo! ¡Buenas noches!

Entramos en el baño por turno y nos pusimos el pijama. Midori me prestó uno sin estrenar de su padre. Me iba un poco pequeño, pero mejor era eso que nada. Midori extendió el futón de los invitados en el suelo de la habitación donde estaba el altar budista.

—¿Te da miedo dormir frente al altar? —me preguntó.

—No hago nada malo. —Empecé a reírme.

—¿Me abrazarás hasta quedarme dormida?

—Como quieras.

La abracé tendido en el extremo de la pequeña cama de Midori, haciendo equilibrios para no rodar por el suelo. Midori aplastaba la nariz contra mi pecho y apoyaba las manos en mis caderas. Yo le rodeaba la espalda con el brazo derecho y me agarraba al borde de la cama con la mano izquierda para no caerme. Aquéllas eran, sin duda, unas condiciones nada propicias para la excitación sexual. La punta de mi nariz rozaba la cabeza de Midori, y su pelo corto me hacía cosquillas en la nariz.

—Cuéntame algo —dijo Midori presionando la cara contra mi pecho.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Cualquier cosa. Algo que me haga sentirme mejor.

—Eres muy guapa.

—Midori. Pronuncia mi nombre.

—Eres muy bonita, Midori —corregí.

—¿Cuánto?

—Tan bonita como para hacer que las montañas se derrumben y el mar se seque. Midori levantó la cabeza y me miró.

—¡Tus expresiones son muy peculiares! —comentó.

—Viniendo de ti, me quedo tranquilo —dije, riéndome.

—Dime más cosas bonitas.

—Me gustas, Midori.

—¿Cuánto?

—Me gustas como un oso en primavera.

—¿«Un oso en primavera»? —Midori volvió a levantar la cabeza—. ¿Qué es esto? ¡«Un oso en primavera»!

—Imagina que paseas sola por un prado y se te acerca un osito con la piel aterciopelada y unos ojazos. De pronto el osito te dice: «¡Buenos días, señorita! ¿Quiere usted rodar conmigo?». Entonces tú y el osito os pasáis el día entero rodando abrazados por una ladera sembrada de tréboles. Es bonito, ¿no?

—Muy bonito.

—Pues a mí me gustas tanto como eso.

Midori me abrazó con fuerza.

—Es lo mejor que he oído nunca —agradeció—. Si tanto te gusto, ¿harás caso de cualquier cosa que te diga? ¡Y no te enfades!

—Claro.

—¿Me cuidarás siempre?

—Claro. —Y le acaricié su pelo corto, parecido al de un bebé—. Todo irá bien. No te preocupes por nada.

—Tengo miedo —dijo Midori.

La abracé con dulzura hasta que sus hombros empezaron a subir y bajar rítmicamente y empezó a oírse la respiración del sueño. Me deslicé con cuidado fuera de la cama, fui a la cocina y bebí una cerveza. No tenía sueño, así que pensé en leer algo, pero a mi alrededor no había ningún libro. Entonces se me ocurrió ir a la habitación de Midori y tomar alguno de la estantería, pero temí hacer ruido y despertarla.

Estaba tomando la cerveza cuando de pronto recordé que me hallaba en una librería. Bajé a la tienda, encendí la luz y rebusqué en la estantería de los libros de bolsillo. No me apetecía ningún libro en especial, pues había leído la mayoría de ellos. Al final, me decidí por un descolorido ejemplar de *Bajo las ruedas* de Hermann Hesse, que aparentemente llevaba mucho tiempo en la tienda, y dejé el importe al lado de la caja registradora. Al menos, había contribuido a reducir las existencias de la librería Kobayashi.

Sentado a la mesa de la cocina, entre trago y trago de cerveza, leí *Bajo las ruedas*. Lo había leído el año de mi ingreso en secundaria. Y ahora, ocho años después, lo releía a medianoche, en la cocina de la casa de una chica, vestido con un pijama de su padre muerto que me iba pequeño. «¡Qué extraño!», pensé. «De no encontrarme en esta situación, jamás hubiera releído este libro.»

Bajo las ruedas, pese a tener pasajes un tanto anticuados, es una buena novela. Y yo, en aquella cocina sumida en la quietud, de madrugada, la leí con placer. En un anaquel encontré una botella polvorienta de brandy, me serví un poco en una taza de café y lo bebí. El alcohol me templó el cuerpo, pero el sueño se resistía a visitarme.

Poco antes de las tres, comprobé que Midori dormía profundamente. Debía de

estar exhausta. La luz de las farolas de la calle, que se erguían al otro lado de la ventana, inundaban la habitación de una pálida luz blanca, parecida a la de la luna. Midori dormía dándole la espalda a la luz. Su cuerpo permanecía completamente inmóvil, como si estuviera congelado. No se escuchaba más que la acompasada respiración del sueño. Pensé que su manera de dormir era idéntica a la de su padre.

Al lado de la cama estaba la maleta de viaje, en el mismo sitio donde la había dejado, y la gabardina colgaba del respaldo de la silla. Sobre el pupitre reinaba un orden absoluto; de la pared de enfrente colgaba un calendario de Snoopy. Entreabrí las cortinas y bajé la mirada hacia la calle, desierta. Todas las tiendas tenían la persiana bajada; delante de la bodega, las máquinas expendedoras de bebidas, alineadas, como agazapadas, aguardaban con paciencia el amanecer. De vez en cuando el grave chirrido de los neumáticos de los camiones de largo recorrido hacía vibrar el aire. Fui a la cocina, me serví más brandy y seguí leyendo *Bajo las ruedas*.

Cuando terminé de leerlo, el cielo empezaba a clarear. Calenté agua, tomé una taza de café instantáneo, escribí con un bolígrafo una nota en un bloc que había sobre la mesa de la cocina. «He bebido de tu brandy y he comprado *Bajo las ruedas*. Ya ha amanecido y me vuelvo a casa. Adiós.» Y, tras dudar un poco, añadí: «Estás muy guapa cuando duermes». Luego lavé la taza, apagué las luces de la cocina, bajé las escaleras, levanté la persiana metálica intentando hacer el menor ruido posible y salí a la calle. Me preocupaba que algún vecino me viera, pero no eran siquiera las seis de la mañana y no había nadie deambulando por las calles. Sólo los cuervos, posados sobre el tejado, oteaban los alrededores. Tras lanzar una breve mirada hacia la ventana de Midori, de donde colgaban unas cortinas color rosa, caminé hasta la parada del tranvía, me apeé en la última estación y me dirigí a la residencia. Encontré una cafetería abierta y allí desayuné arroz, *misoshiru*, *tsukemono* y tortilla. Rodeé la residencia, fui hacia la parte trasera y golpeé con suavidad la ventana de la habitación de Nagasawa, en la planta baja. Me abrió enseguida la ventana.

—¿Te apetece una taza de café? —me dijo.

Decliné su oferta. Le di las gracias, me retiré a mi habitación, me lavé los dientes, me quité los pantalones, me deslicé entre las sábanas, cerré los ojos con fuerza. Pronto me sumergí en un sueño sin sueños, pesado como una puerta de plomo.

Todas las semanas escribía y recibía cartas de Naoko. No eran muy extensas. Me decía que, al empezar noviembre, de noche el frío arreciaba y se dejaba sentir por las mañanas.

«*Tu regreso a Tokio coincidió con la llegada del otoño, así que no dudo en achacar la sensación que tengo de que se ha abierto un agujero en mi interior a tu*

ausencia o a la estación. Reiko y yo hablamos mucho de ti. Te manda recuerdos. Ella sigue siendo tan amable conmigo como siempre. Creo que si no la tuviera a mi lado no podría soportar la vida que llevo aquí. Cuando me siento sola, lloro. Reiko me dice que es bueno llorar. Pero sentirse sola es muy duro. Cuando me siento sola, hay algunas personas que me hablan desde las tinieblas. Igual que los árboles mecidos por el viento susurran en la noche, ellos se dirigen a mí. Kizuki y mi hermana me hablan de este modo. También ellos se sienten solos y buscan a alguien con quien charlar.

»A veces, en las noches de soledad y sufrimiento, releo tus cartas. Me aturde el alud de noticias procedentes del exterior, pero a la vez todo lo que me cuentas del mundo me tranquiliza. Es algo extraño, ¿verdad? Por eso releo tus cartas constantemente. También Reiko las lee. Y hablamos sobre lo que escribes. Me gustó mucho lo que me contaste sobre el padre de esa chica, Midori. Esperamos con mucha ilusión tu carta semanal como uno de nuestros entretenimientos, ya que aquí una carta es una diversión.

»También yo intento encontrar tiempo para escribirte, pero en cuanto me enfrento al papel me deprimó. Te escribo esta carta haciendo acopio de todas mis fuerzas. Reiko me riñe diciéndome que debo responderte. Te ruego que no me malinterpretes. ¡Hay tantas cosas que quiero contarte, tantas cosas que quiero expresarte! Pero no sé cómo plasmarlas por escrito. Escribir es muy duro para mí.

»Midori parece una chica muy interesante. Leyendo tu carta, me dio la impresión de que le gustabas, y así se lo comenté a Reiko. Y ella me dijo: “Es natural. También me gusta a mí”. Cada día vamos a buscar setas y castañas. Y, día tras día, nos sirven arroz con castañas, o arroz con setas matsutake, pero están tan buenas que no me cansa comerlas. Reiko casi no prueba bocado, aunque fuma un cigarrillo tras otro. Las aves y los conejos están bien.

»Adiós.»

Tres días después de mi vigésimo cumpleaños recibí un paquete de parte de Naoko. Contenía un jersey de cuello redondo color morado y una carta. Decía:

«Feliz cumpleaños. Espero que tus veinte años estén llenos de dicha. En cuanto a los míos, tengo la impresión de que acabarán tan mal como de costumbre, pero estaría muy contenta si mi parte de felicidad se uniera a la tuya. Este jersey lo hemos tejido a medias Reiko y yo. Si lo hubiera hecho yo sola, no te lo hubiera regalado antes del día de San Valentín del año que viene. La parte bien hecha es la de Reiko, la mal hecha es la mía. A Reiko todo se le da bien y mirándola me odio a mí misma. No tengo nada de que enorgullecerme. Adiós. Que sigas bien».

También había un breve mensaje de Reiko.

«¿Cómo estás? Para ti, Naoko tal vez represente el colmo de la dicha, pero a mis ojos es muy torpe. ¡En fin! Hemos logrado acabar, mal que bien, el jersey a tiempo. ¿Te gusta? El color y la forma los hemos elegido entre las dos. ¡Feliz cumpleaños!»

El único recuerdo que conservo de 1969 es el de un lodazal inmenso. Un profundo lodazal, viscoso y pesado, donde cada vez que daba un paso se me hundían los pies. Y yo lo cruzaba haciendo un esfuerzo sobrehumano. No veía nada, ni delante ni detrás de mí. Sólo un cenagal de tintes oscuros extendiéndose hasta el infinito.

El tiempo transcurría al ritmo de mis pasos. A mi alrededor, hacía tiempo que todos habían emprendido la marcha, y yo y mi tiempo seguíamos arrastrándonos con torpeza por aquel lodazal. A mi alrededor, el mundo estaba a punto de experimentar grandes transformaciones. John Coltrane y otros muchos habían muerto. La gente clamaba cambios, y éstos se encontraban a la vuelta de la esquina. Pero los acontecimientos que tuvieron lugar, todos y cada uno de ellos, no fueron más que pantomimas carentes de entidad y significado. Y yo me limitaba a vivir día tras día sin apenas levantar la cabeza. Lo único que se reflejaba en mis pupilas era aquel lodazal infinito. Levantaba el pie derecho, luego el izquierdo, de nuevo el pie derecho. Ni siquiera sabía con certeza dónde me encontraba. No lograba orientarme. Sólo sabía que tenía que dirigirme a alguna parte y, por ese motivo, movía los pies.

Cumplí veinte años, el otoño dio paso al invierno, pero mi vida no experimentó cambio alguno. Asistía sin interés a las clases, trabajaba tres veces por semana, de cuando en cuando releía *El gran Gatsby*, y los domingos hacía la colada y escribía largas cartas a Naoko. A veces quedaba con Midori para comer, íbamos al zoológico o al cine. La venta de la librería Kobayashi prosperó, y Midori y su hermana alquilaron un piso de dos dormitorios cerca de la estación de Myôgadani, adonde pronto se mudaron. Midori me dijo que cuando su hermana se casara ella se mudaría a otro apartamento. Un día me invitó a comer. El piso era bonito y soleado, y Midori parecía encontrarse mucho más a gusto en él que en la librería Kobayashi.

Nagasawa me propuso varias veces salir con él, pero yo siempre me negué aduciendo que tenía un compromiso. Me daba pereza, simplemente. No puedo decir que no me apeteciera acostarme con alguna chica. Pero me hastiaba pensar en todo el proceso: salir de noche a beber, buscar a la chica adecuada, charlar e ir a un hotel. Con todo, respetaba a alguien como Nagasawa, capaz de repetir el mismo ritual una y otra vez sin experimentar fastidio o aburrimiento. Quizá se debía a lo que Hatsumi me había comentado, pero me hacía más feliz pensar en Naoko que acostarme con chicas estúpidas de las que no sabía ni el nombre. El tacto de los dedos de Naoko

conduciéndome a la eyaculación en medio de aquel prado permanecía más vivo en mi memoria que cualquier otro recuerdo.

A principios de diciembre escribí a Naoko preguntándole si podía ir a visitarla durante las vacaciones de invierno. Me respondió Reiko. En la carta me decía que estarían muy contentas de verme, que les hacía mucha ilusión. Me contestaba ella porque, al parecer, en los últimos tiempos Naoko no se sentía capaz de escribir. Esto no quería decir que su estado hubiese empeorado, no debía preocuparme. Aquello iba a rachas.

Cuando empezaron las vacaciones de la universidad, metí mis cosas en la mochila, me calcé las botas de nieve y salí para Kioto. Tal como me había anunciado aquel extraño médico, las montañas cubiertas de nieve ofrecían un panorama de una belleza extraordinaria. Igual que la vez anterior, dormí en la habitación de Naoko y Reiko y, de manera similar a la anterior, permanecí tres días en aquel lugar. Al anochecer, Reiko tocaba la guitarra y charlábamos. Durante el día, en vez de ir de excursión, los tres hacíamos esquí de fondo. Tras una hora deslizándome por las montañas sobre los esquíes, me sentía sin aliento y bañado en sudor. En mi tiempo libre ayudaba a retirar la nieve. Aquel extraño médico, el doctor Miyata, volvió a acercarse a nuestra mesa durante la cena y nos explicó por qué el dedo corazón era más largo que el índice y por qué en el pie sucedía lo contrario. El guarda, el señor Ômura, volvió a hablarme de la carne de cerdo de Tokio. A Reiko le encantaron los discos con que la obsequié y transcribió algunas melodías para tocarlas con la guitarra.

Naoko estaba mucho más callada que en otoño. Cuando estábamos los tres juntos apenas abría la boca, se limitaba a permanecer sentada en el sofá, sonriendo. Reiko hablaba por ambas.

—No te preocupes —me dijo Naoko—. Ahora estoy en esta fase. Me divierte mucho más escucharos a vosotros que hablar.

En un momento en que Reiko, con algún pretexto, salió de la casa, Naoko y yo nos abrazamos sobre la cama. Besé con dulzura su cuello, sus hombros y sus pechos, y ella, como la vez anterior, me excitó con la mano hasta llegar al orgasmo. Al abrazarla, después de eyacular, le dije que a lo largo de aquellos dos meses no había olvidado el tacto de sus dedos. Y que me había masturbado pensando en ella.

—¿No te has acostado con nadie? —me preguntó.

—No —le dije.

—Entonces acuérdate también de esto.

Se deslizó por la cama, tomó con suavidad mi pene entre los labios, lo introdujo en su cálida boca y empezó a lamerlo. La lisa melena de Naoko me caía sobre el vientre y se mecía al compás del movimiento de sus labios. Eyaculé por segunda vez.

—¿Podrás recordarlo? —me preguntó Naoko.

—Lo recordaré siempre —le dije.

La atraje hacia mi pecho, introduje los dedos bajo sus bragas y le acaricié la vagina, pero estaba seca. Naoko hizo un gesto negativo con la cabeza y me retiró la mano. Permanecimos un momento abrazados en silencio.

—Cuando acabe este curso, pienso dejar la residencia y buscarme un apartamento en alguna parte —le dije—. Ya me he hartado de vivir allí y con mi trabajo de media jornada me alcanzará el dinero. Si quieres, podríamos vivir juntos. ¿Qué te parece? No es la primera vez que te lo propongo.

—Gracias. Estoy muy contenta de que me lo hayas pedido —contestó Naoko—. Éste no es un mal sitio. Es tranquilo, Reiko es una buena persona, pero no me gustaría quedarme aquí para siempre. Se trata de un sitio demasiado especial para permanecer en él demasiado tiempo. Me da la impresión de que, cuanto más tiempo está uno aquí, más le cuesta salir.

Naoko enmudeció y dirigió la mirada al otro lado de la ventana. Fuera no se veía más que nieve. Unas nubes amenazadoras surcaban el cielo, bajas y pesadas; entre el cielo y la tierra cubierta de nieve se abría una estrecha franja.

—Piénsatelo —dije—. En todo caso, yo no me mudaré hasta marzo. Puedes venirte conmigo cuando quieras.

Naoko asintió. La abracé cariñosamente, como si fuera un frágil objeto de cristal. Ella me rodeó el cuello con los brazos. Yo estaba desnudo, ella llevaba unas bragas blancas. Su cuerpo era hermoso. Jamás me hubiera cansado de mirarlo.

—¿Por qué no me humedezco? —susurró Naoko—. Sólo me pasó una vez; aquel día de abril, cuando cumplí veinte años. Aquella noche en que tú me tomaste entre tus brazos. ¿Por qué no puedo? ¿Por qué?

—Es algo psicológico, se solucionará con el paso del tiempo. No hay por qué impacientarse.

—Todos mis problemas son psicológicos —reflexionó Naoko—. Si no logro estar húmeda en toda mi vida, si no puedo hacer el amor en toda mi vida, ¿me seguirás queriendo? ¿Podrás aguantar que te lo haga siempre con la mano y con la boca? ¿O piensas solucionarlo acostándote con otras mujeres?

—Soy una persona optimista —dije.

Naoko se incorporó en la cama, se pasó la camiseta por la cabeza, se puso la camisa de franela y los vaqueros. Yo también me vestí.

—Deja que lo piense —me pidió Naoko—. Y tú también piénsatelo bien.

—Eso haré. Por cierto, me ha gustado mucho tu felación.

Naoko se ruborizó y sonrió.

—Kizuki también me lo decía.

—Ya veo que nuestras opiniones e intereses coinciden. —Me reí.

En la cocina, mesa por medio, hablamos del pasado mientras tomábamos una taza

de café. Naoko hablaba cada vez más de Kizuki. Charlaba entrecortadamente, eligiendo las palabras.

Negó y dejó de nevar, pero el sol no salió un solo instante durante aquellos tres días.

—Creo que podré volver en marzo —le prometí al despedirnos.

Luego la abracé por encima del grueso abrigo y la besé.

—Adiós —se despidió Naoko.

Llegó 1970, un año con resonancias desconocidas que puso un definitivo punto final a mi adolescencia. Y empecé a hollar un lodazal bien distinto. Aprobé los exámenes finales con relativa facilidad. Dado que no tenía otra cosa que hacer, acudía a clase casi todos los días y, por lo tanto, aunque no estudiara demasiado, me resultaba fácil aprobar.

En la residencia hubo problemas. Los activistas de cierto partido ocultaron cascos y barras de hierro en los dormitorios y tuvieron algunas escaramuzas con los integrantes del equipo deportivo, adeptos al director, a resultas de lo cual dos estudiantes resultaron heridos y otros seis fueron expulsados. Las repercusiones del incidente se dejaron notar hasta mucho después, y se sucedieron pequeñas peleas casi a diario. En la residencia reinaba una atmósfera opresiva, y todo el mundo tenía los nervios a flor de piel. Incluso a mí estuvieron a punto de pegarme los del equipo deportivo, pero, gracias a la intervención de Nagasawa, el asunto se solucionó. Aquél era el momento de abandonar la residencia.

En cuanto acabaron los exámenes empecé a buscar piso. Una semana después encontré un lugar adecuado en las afueras de Kichijôji. Las comunicaciones no eran buenas, pero se trataba de una casita muy acogedora. Podía considerarse un verdadero hallazgo. Se hallaba en un rincón apartado de una gran propiedad, como casita del jardinero, y estaba separada de la casa principal por un jardín bastante descuidado. El propietario usaba la fachada principal, y yo, la trasera, lo que me permitiría preservar la privacidad. Contaba con un dormitorio, una cocina pequeña, un baño y un armario más amplio de lo que podía desear. Incluso tenía un porche que daba al jardín. Me lo alquilaron por una cantidad más que razonable bajo la condición de que, si al año siguiente un nieto de los dueños venía a Tokio, yo dejaría la casa. Los dueños, un anciano matrimonio muy agradable, me dijeron que hiciera lo que quisiera, que ellos no me darían problemas.

Nagasawa me ayudó en la mudanza. Alquiló una furgoneta, cargamos allí mis trastos y, tal como me había prometido, me regaló una nevera, un televisor y un termo grande. Me iban a ser muy útiles. Dos días después él también abandonó la residencia para trasladarse al barrio de Mita.

—Watanabe, no creo que nos veamos durante un tiempo. ¡Cuídate! —me dijo al

separarnos—. Sin embargo, ya te conté en una ocasión que tengo la sensación de que, dentro de mucho tiempo, volveremos a encontrarnos en un lugar extraño.

—Eso espero.

—Por cierto, ¿recuerdas esa noche en que intercambiamos las chicas? Era mejor la fea.

—Estoy de acuerdo contigo. —Empecé a reírme—. Cuida de Hatsumi. Hay pocas personas tan buenas como ella, y es más vulnerable de lo que parece.

—Sí, ya lo sé —asintió—. Por eso, creo que lo mejor sería que, después de mí, fueras tú quien se hiciera cargo de ella. Apuesto a que os irá muy bien.

—¿Bromeas? —Me quedé atónito.

—Bromeo —concedió Nagasawa—. En fin, que seas feliz. Gracias por todo. Tú también eres bastante cabezota, y creo que saldrás adelante. ¿Puedo darte un consejo?

—Claro.

—No te compadezcas de ti mismo. Eso sólo lo hacen los mediocres.

—Lo tendré en cuenta —dije.

Nos dimos la mano y nos separamos. Él se dirigió hacia su nuevo mundo y yo volví a mi lodazal.

Tres días después de la mudanza le escribí una carta a Naoko. Le describí mi nueva vivienda y le conté lo aliviado que me sentía al haberme zafado de los líos de la residencia y al no tener que aguantar a tantos estúpidos.

«Aquí podré empezar una nueva vida con nuevos ánimos.

»Al otro lado de la ventana se extiende un amplio jardín, el lugar de encuentro de los gatos del vecindario. Cuando no tengo nada que hacer, me tumbo en el porche y los observo. No sé cuántos hay, pero vienen a montones. Se ponen a dormitar al sol. No parece que les guste demasiado mi presencia, pero el otro día les di un trozo de queso seco y algunos se acercaron y comieron medrosamente. Quizás acabemos haciéndonos amigos. Entre ellos hay un macho a rayas con la oreja cortada que me recuerda al director de la residencia. Incluso me hace temer que de un momento a otro vaya a izar la bandera nacional en el jardín.

»Queda más lejos de la universidad, pero, una vez empiece las asignaturas específicas de mi carrera, no tendré clases por las mañanas y no creo que haya problemas. Además, como puedo leer en el tren, tal vez aún salga ganando. Ahora trataré de buscar por aquí cerca un trabajo de media jornada que no sea muy pesado. Y así recuperaré mi vida cotidiana, volveré a darme cuerda todos los días.

»No tengo prisa, pero la primavera es una buena estación para empezar una nueva vida. Me encantaría irme a vivir contigo a partir de abril. Si quieres, podrías

volver a la universidad, si todo fuera bien. Y si no quieres que vivamos juntos, puedo buscarte un apartamento por aquí cerca. Lo más importante es que estemos cerca el uno del otro. Por supuesto, no sólo estoy pensando en la primavera. Si tú prefieres el verano, también me parece bien. No hay problema. ¿Me escribirás diciéndome qué opinas sobre todo esto?

»A partir de ahora voy a trabajar más horas para cubrir los gastos del traslado. Irse a vivir solo cuesta mucho dinero. He tenido que comprar cazuelas, vajilla, un poco de todo. Pero en marzo estaré libre y te visitaré sin falta. ¿Me dirás qué días prefieres que vaya? Me ajustaré a tu calendario. Tengo muchas ganas de verte. Espero tu respuesta.»

Durante los dos o tres días siguientes compré todos los utensilios domésticos que necesitaba en las tiendas de Kichijôji y empecé a cocinar en casa platos sencillos. En una carpintería, pedí que me cortaran unas maderas y me hice una mesa de trabajo. De momento, decidí comer en casa. Construí unas estanterías, reuní especias y condimentos. Una gatita blanca de unos seis meses se encariñó conmigo y venía a casa a comer. La llamé *Gaviota*.

Cuando me hube instalado, fui al centro del barrio, encontré trabajo en una empresa de pinturas y durante dos semanas trabajé a jornada completa de ayudante de pintor. Me pagaban decentemente, pero el trabajo era muy duro y el disolvente me provocaba mareos. Al acabar la jornada, cenaba en un restaurante barato, bebía unas cervezas, volvía a casa, jugaba con el gato y me dormía. Transcurrieron dos semanas sin que me llegara una respuesta de Naoko.

Un día, mientras estaba pintando, me acordé de Midori. Hacía casi tres semanas que no me había puesto en contacto con ella; no le había informado siquiera de mi cambio de domicilio. Le había dicho, eso sí, que pensaba mudarme pronto, a lo que ella repuso: «¿De veras?». Eso había sido todo.

Entré en una cabina telefónica y marqué su número. Contestó una chica que debía de ser su hermana y, al decirle mi nombre, me dijo:

—Espera un momento.

Por más que aguardé, Midori no se puso al aparato.

—Midori dice que está muy enfadada y no quiere hablar contigo —me informó su hermana—. Te mudaste sin avisarle. Desapareciste sin decirle siquiera adónde ibas. Ahora ella está furiosa. Y cuando se enfada, no se le pasa así como así. Es igual que un animalito.

—Puedo explicárselo. Por favor, dile que se ponga un momento.

—No quiere escuchar tus explicaciones.

—Entonces, ¿te importa si te lo explico y luego tú se lo cuentas a ella? Me sabe mal pedírtelo, pero...

—¡Ni hablar! —me espetó su hermana—. Esto se lo cuentas tú directamente. Eres un hombre. Asume tus responsabilidades.

¡Qué remedio! Le di las gracias y colgué el auricular. Midori tenía sus motivos para estar enfadada. Al mudarme, había estado tan ocupado en arreglar la casa y en trabajar para costearme los gastos que me había olvidado de ella. Y no sólo de Midori. Ni siquiera había pensado en Naoko. Aquello era muy propio de mí: cuando algo me absorbía perdía de vista el mundo que me rodeaba. Intenté imaginar cómo me hubiera sentido si Midori se hubiera mudado sin decirme nada y hubiera permanecido tres largas semanas sin ponerse en contacto conmigo. Es probable que me hubiese sentido herido. Profundamente herido. Porque, aunque no fuésemos novios, había más intimidad entre nosotros que entre muchas parejas. Al pensarlo, me sentí angustiado. No soporto herir a las personas y encima a alguien a quien quería tanto.

Al volver del trabajo, me senté al escritorio y le escribí una carta. Se lo conté todo con franqueza. Sin excusas ni explicaciones, me disculpé por mi falta de atención y por mi insensibilidad. «Tengo muchas ganas de verte. Quiero enseñarte mi nueva casa. Respóndeme, por favor», le escribí. Le pegué un sello de correo urgente y eché la carta al buzón.

Por más que esperé, no me llegó respuesta.

La primavera empezó de forma extraña. Permanecí todas las vacaciones esperando a que respondieran a mis cartas. No pude ir de viaje, no pude ir a visitar a mis padres, no pude ir a trabajar. Porque no sabía cuándo llegaría la carta de Naoko diciéndome en qué fecha podía ir a visitarla. Durante el día me iba a Kichijôji, entraba en un cine a ver una sesión doble o pasaba horas leyendo en algún jazz café. No veía a nadie, apenas hablaba con nadie. Una vez por semana le escribía a Naoko. En las cartas, jamás mencionaba que estaba esperando su respuesta. No quería presionarla. Le hablaba de mi trabajo como pintor y de *Gaviota*, de las flores del melocotonero del jardín, de lo amable que era la señora de la tienda de *tôfu* y de lo malintencionada que era la de la tienda de comida preparada; le contaba lo que cocinaba todos los días. Seguía sin responderme.

Cuando me hartaba de leer y de escuchar música, cuidaba el jardín. Le pedí prestados al dueño un escobón, un rastrillo, una pala y unas tijeras de podar y fui arrancando las malas hierbas, recortando los frondosos arbustos. Poco después el jardín quedó irreconocible. Cuando el dueño vio los frutos de mi trabajo, me invitó a tomar una taza de té. Nos sentamos en el porche de la casa grande, taza en mano, comimos galletas de arroz y charlamos. Me contó que, después de jubilarse, había trabajado durante un tiempo en una compañía de seguros, pero que, dos años atrás, se había retirado definitivamente. Ahora se dedicaba a vivir la vida. Tanto la casa como el terreno eran suyos desde hacía años, todos sus hijos se habían independizado, así

que decidió pasar una vejez ociosa. Él y su mujer viajaban con frecuencia.

—Qué bien —comenté.

—No tanto —dijo él—. Los viajes me aburren. Preferiría trabajar.

Me contó que había descuidado el jardín porque había pocos jardineros por la zona, y él, en los últimos tiempos, no podía ocuparse personalmente, ya que se le había agravado una alergia nasal y no podía tocar la hierba. Después me mostró un trastero y me dijo que, aunque con ello no esperaba pagar mi ayuda, me llevara, con toda libertad, los objetos que quisiera; él no los necesitaba. Allí dentro había un poco de todo. Desde un barreño y una piscina para niños hasta bates de béisbol. Descubrí una bicicleta vieja, una mesa de cocina, un par de sillas, un espejo y una guitarra, y se los pedí prestados. Me dijo que los usara todo el tiempo que quisiera.

Invertí un día entero en quitarle el óxido a la bicicleta, ponerle aceite, hincharle los neumáticos, arreglarle el engranaje y cambiarle los cables viejos por otros nuevos que compré en una tienda. Con esto, la bicicleta quedó como nueva. Le quité el polvo a la mesa y la barnicé. Le cambié todas las cuerdas a la guitarra y fijé con cola las partes de la caja que estaban despegadas. También le quité el óxido con un cepillo y le ajusté las clavijas. Aunque no era una buena guitarra, fui capaz de afinarla. Pensándolo bien, no había tenido ninguna desde mi época del instituto. Me senté en el porche y fui punteando despacio, de memoria, *Up on the Roof* de The Drifters, que había aprendido tiempo atrás. Me asombró que aún recordara la mayoría de acordes.

Con la madera que sobró, me hice un buzón, que pinté de rojo, escribí en él mi nombre y lo puse delante de la puerta. Sin embargo, hasta el 3 de abril, la única correspondencia que albergó fue la de la convocatoria para una reunión de antiguos alumnos del instituto que me habían remitido desde la residencia. Aquél era el último sitio adónde me apetecía ir. Porque Kizuki y yo habíamos estado juntos en aquella clase. Arrojé enseguida la misiva a la papelera.

El 4 de abril por la tarde encontré una carta en el buzón, pero era de Reiko. En el remite de la carta constaba su nombre: «Reiko Ishida». Abrí el sobre con cuidado con unas tijeras, y me senté en el porche a leer la carta. Desde el primer instante, tuve el presentimiento de que no contenía buenas noticias; al leerla, supe que estaba en lo cierto.

Reiko se disculpaba por haber tardado tanto tiempo en responder. Naoko había hecho tremendos esfuerzos por contestarme, pero no había sido capaz de hacerlo. Reiko se había ofrecido muchas veces a escribirme en su lugar, diciéndole que no podía demorar tanto la respuesta, pero Naoko repetía que era algo muy personal, que debía ser ella quien me escribiese, y, de este modo, el tiempo había ido pasando. Lamentaba que el retraso pudiera haberme ocasionado molestias, pero tenía que perdonarla.

«Seguro que para ti ha sido muy duro estar todo este tiempo esperando su respuesta, pero este mes también ha sido muy duro para Naoko. Compréndelo. Hablando sin ambages, ahora ella no está bien. Lucha con todas sus fuerzas para mejorar, pero todavía no se aprecian los resultados.

»La primera señal de alarma fue no poder escribir. Esto ocurrió a finales de noviembre o principios de diciembre. Luego empezó a oír voces. Cuando se disponía a escribir, las voces de varias personas se lo impedían. Interferían a la hora de elegir las palabras. Hasta tu segunda visita, los síntomas fueron relativamente leves, y yo, la verdad sea dicha, no me los tomé en serio. Nosotros estamos, hasta cierto punto, aquejados por nuestros propios síntomas de manera cíclica. Pero después de tu regreso los síntomas se agravaron. Ahora tiene dificultades incluso a la hora de mantener una conversación. No sabe elegir las palabras. Y esto la confunde enormemente. La confunde y la asusta. Las alucinaciones auditivas han ido incrementándose.

»Cada día hacemos terapia con un médico. Hablamos de varias cosas (ella, el médico y yo), intentamos esclarecer qué partes de ella se han dañado. Yo propuse incluirte en alguna sesión, si ello fuera posible, y el médico estuvo de acuerdo, pero Naoko se opuso. Éstas fueron sus palabras: “Cuando me vea, quiero que me encuentre con el cuerpo limpio”. He aquí sus razones. Intenté convencerla diciéndole que lo importante era que se recuperara lo antes posible, pero ella no cambió de opinión.

»Creo que ya te lo había explicado antes, pero éste no es un hospital especializado. No es un sanatorio eficaz que cuenta con médicos especialistas; aquí no puede seguirse una terapia intensiva. El objetivo de esta institución es ofrecer un ambiente propicio para que los pacientes puedan tratarse a sí mismos y no incluye un tratamiento médico propiamente dicho. Así que, si el estado de Naoko empeora, tendrán que trasladarla a otro hospital o institución médica. Para mí esto sería muy duro, pero parece inevitable. Por supuesto, aunque fuera así, se trataría de una especie de “viaje de trabajo” temporal y quedaría abierta la posibilidad de su retorno. O, si las cosas fueran bien, tal vez se curaría definitivamente y podría abandonar cualquier hospital. Estoy haciendo todo lo que puedo, y Naoko también. Reza por su recuperación. Y sigue escribiendo como hasta ahora.

»Reiko Ishida

»31 de marzo.»

Tras leer la carta, permanecí sentado en el porche contemplando el jardín, que ya había adquirido un aire primaveral. Había un viejo cerezo con las flores casi abiertas. Soplaban un suave viento y la luz confería al paisaje una extraña tonalidad difusa. Poco después Gaviota volvió de alguna parte y, tras estar un rato arañando las tablas

del porche, estiró los músculos perezosamente a mi lado y se durmió.

En algo tenía que pensar, pero no sabía cómo empezar. A decir verdad, no me apetecía pensar en nada. Decidí que ya llegaría el momento en que me sentiría impelido a hacerlo y que entonces lograría pensar con calma. Ahora no quería pensar en nada.

Permanecí todo el día apoyado en una columna del porche acariciando a *Gaviota* y contemplando el jardín. Sentía que todas mis fuerzas me habían abandonado. Avanzó la tarde, llegó el atardecer y pronto las tinieblas azules de la noche cubrieron el jardín. *Gaviota* se marchó; yo me quedé contemplando las flores del cerezo. En ese crepúsculo de primavera, parecían carne desollada, al rojo vivo. El jardín estaba lleno del olor pesado y dulzón de la carne podrida. Recordé el cuerpo de Naoko. Su hermoso cuerpo yacía en la oscuridad, y de su piel brotaban innumerables tallos, pequeños y verdes, que temblaban y se mecían con el viento. «¿Por qué tiene que estar enfermo un cuerpo tan hermoso?», me pregunté. «¿Por qué no dejan a Naoko en paz?»

Entré en casa y corrí las cortinas, pero, como era de esperar, también las habitaciones olían a primavera, que cubría el mundo entero. Pero a mí, en aquellos momentos, me hacía pensar en la putrefacción. Dentro de aquella casa con las persianas cerradas, sentí un odio profundo hacia la primavera. Odié todo lo que me había traído, odié el dolor sordo que sentía en mi interior. Era la primera vez en mi vida que odiaba algo con tanta intensidad.

Pasé tres días extraños, sintiéndome como si estuviese andando por el fondo del mar. Cuando alguien me hablaba, no entendía lo que me estaba diciendo; cuando yo le hablaba a alguien, éste no me entendía. Como si me envolviera una espesa membrana. Me impedía entrar en contacto con el mundo que me rodeaba. Al mismo tiempo, la gente no podía tocar mi piel. Yo carecía de fuerzas, pero, mientras me protegiera la membrana, no tenían poder alguno sobre mí.

Contemplaba el techo apoyado en la pared; cuando tenía hambre comía cualquier cosa que tuviera a mano, bebía agua y, cuando me invadía la tristeza, bebía whisky y dormía. Sin lavarme, sin afeitarme. Así pasé tres días.

El 6 de abril recibí una carta de Midori. Me decía que el 10 de abril era el día de la matrícula y que podíamos quedar en el patio de la universidad e ir a comer juntos. Escribía:

«He tardado mucho en responderte. Creo que ahora ya estamos empatados y podemos hacer las paces. Te echo mucho de menos».

Leí la carta cuatro veces, pero no logré entender qué quería decir con ella. ¿Qué

significado podía tener? Estaba confuso, era incapaz de encontrar la conexión entre una frase y la siguiente. ¿Qué tenía que ver el hecho de quedar con ella el «día de la matrícula» con estar «empatados»? ¿Por qué quería ir a comer conmigo? «Me estoy volviendo loco», pensé. Sentía la cabeza embotada, como las raíces hinchadas por la humedad de una planta que ha crecido en la oscuridad más completa. «No puedo seguir así», pensé en mi aturdimiento. «No puedo seguir así eternamente. Tengo que hacer algo.» De repente, recordé las palabras de Nagasawa: «No te compadezcas de ti mismo. Eso sólo lo hacen los mediocres». «¡Bravo, Nagasawa! ¡Qué grande eres!», pensé. Y me levanté después de exhalar un suspiro.

Por primera vez en mucho tiempo hice la colada, me bañé y me afeité, limpié la casa, fui a comprar, cociné una comida decente, comí, di de comer a *Gaviota*, que estaba hambrienta, no bebí otra cosa más fuerte que la cerveza e hice treinta minutos de gimnasia. Al mirarme en el espejo en el momento de afeitarme, vi lo demacrado que estaba. Aquel rostro de ojos ausentes me resultó extraño.

A la mañana siguiente di un largo paseo en bicicleta y, tras volver a casa y comer, leí de nuevo la carta de Reiko. Intenté pensar qué debía hacer en el futuro. El motivo principal de que la carta de Reiko me hubiese afectado tanto estribaba en que ésta, en un segundo, había echado por tierra mis esperanzas más optimistas, mi fe en que Naoko podía recuperarse. La propia Naoko, hablando de su enfermedad, me había dicho que tenía unas raíces muy profundas; Reiko, a su vez, había reconocido que no sabía qué iba a ocurrir. Sin embargo, a pesar de ello, yo había ido a ver a Naoko dos veces, me había dado la impresión de que estaba mejorando y había decidido que el único problema que ella tenía consistía en reunir el coraje suficiente para integrarse en la sociedad. Si ella lo lograra, nosotros dos, uniendo nuestras fuerzas, podríamos salir adelante.

No obstante, el castillo que yo había construido sobre esta frágil hipótesis se había derrumbado al leer la carta de Reiko. Lo único que quedaba ahora era una superficie plana e insensible. Debía replantearme la situación. Tal vez Naoko tardara mucho tiempo en recuperarse. E incluso, suponiendo que lo lograra, saldría muy debilitada del proceso, con menos confianza en sí misma. Yo tenía que adaptarme a las nuevas circunstancias. Era consciente de que la solución a mis problemas no estribaba en fortalecerme a mí mismo, por supuesto, pero, en cualquier caso, lo único que podía hacer era mantener la moral alta. Lo único que podía hacer era esperar con paciencia a que ella se curara.

«¡Eh, Kizuki!», pensé. «A diferencia de ti, he decidido vivir como es debido. Tú debiste de sufrir, pero yo también sufro. De veras. Todo lo que está ocurriendo procede de tu muerte: abandonaste a Naoko a su suerte. Yo, en cambio, jamás podré hacerlo, porque la quiero y soy más fuerte que ella. Y aún seré más fuerte. Maduraré. Me convertiré en un adulto. Debo hacerlo. Hasta ahora había deseado permanecer

eternamente en los diecisiete o dieciocho años. Pero ya no lo pretendo. Ya no soy un adolescente. Tengo sentido de la responsabilidad. Kizuki, ya no soy el que estaba contigo. He cumplido veinte años. Y debo pagar un precio por seguir viviendo.»

—Watanabe, ¿qué te ha sucedido? —me preguntó Midori—. Estás en los huesos...

—¿Tú crees? —dije.

—¿No será que follas demasiado con tu amante casada?

Sonreí y negué con un gesto de la cabeza.

—Desde principios de octubre pasado no me he acostado con nadie —afirmé.

Midori soltó un silbido.

—¿Llevas más de medio año sin hacerlo?

—Sí.

—¿Por qué has adelgazado tanto?

—Me he convertido en un adulto —afirmé.

Midori me puso sus manos en los hombros y me miró fijamente a los ojos. Luego hizo una mueca y volvió a sonreír.

—Sí, es cierto. Te noto distinto. Has cambiado.

—Me he hecho mayor.

—Eres increíble. ¡Mira que pensar así! —Midori parecía admirada—. Comamos algo. Estoy hambrienta.

Decidimos ir a un pequeño restaurante que estaba detrás de la facultad de literatura. Pedimos el menú del día.

—Watanabe, ¿estás enfadado conmigo? —me preguntó.

—¿Por qué?

—Porque, como revancha, no respondí a tu carta. ¿Crees que no hice bien? Tú te habías disculpado como es debido.

—Fui yo quien se portó mal. No puedo quejarme.

—Mi hermana dice que no está bien actuar así. Según ella, es demasiado rencoroso, demasiado infantil.

—Pero tú te quedaste tranquila con tu revancha.

—Exacto.

—Entonces, ¿qué problema hay?

—¡Eres muy generoso! —exclamó Midori—. Watanabe, ¿de verdad llevas medio año sin tener relaciones sexuales?

—Exacto.

—La vez que me abrazaste en la cama debías de tener muchas ganas de hacerlo.

—Tal vez.

—Pero no lo hiciste.

—Porque tú eres ahora mi mejor amiga y no quiero perderte —dije.

—Aquel día, si tú me hubieses acosado, no me hubiera negado. Me faltaban fuerzas para ello.

—La tengo tan grande y tan dura... —bromeé.

Ella sonrió y me acarició cariñosamente la muñeca.

—Ya hacía algún tiempo que había decidido confiar en ti al cien por cien. Así que aquel día me dormí con toda tranquilidad. Sabía que contigo no podía sucederme nada malo, que podía estar tranquila. Y dormí como una bendita, ¿no?

—Pues sí.

—Si tú me hubieras dicho «Oye, Midori, acuéstate conmigo y verás como todo se arregla», quizá lo hubiera hecho. Y no creas que, con eso, estoy intentando seducirte o excitarte. Sólo trato de expresarte lo que siento.

—Lo sé —le dije.

Durante la comida nos mostramos nuestras matrículas y descubrimos que iríamos a dos clases juntos. Es decir, la vería dos veces por semana. Luego me contó cosas de su vida. Tanto a ella como a su hermana, al principio les costó acostumbrarse a vivir en el apartamento. Porque aquella vida, me contó Midori, comparada con la que habían llevado hasta entonces, era demasiado cómoda. Estaban habituadas a correr todo el día de acá para allá, cuidando a enfermos y ayudando en la tienda.

—Últimamente, ya nos hemos hecho a la idea de que ésta va a ser nuestra vida. No tendremos que privarnos de nada por nadie y podremos movernos con toda libertad. Pero esta idea, a nosotras, nos inquietaba. Nos sentíamos como si estuviéramos flotando a dos o tres centímetros del suelo. No sé, nos daba la impresión de que era mentira, de que una vida tan fácil no podía ser real. Y las dos estábamos tensas, esperando que la situación cambiara de un momento a otro.

—¡Las hermanas sufridoras! —Me reí.

—Hasta ahora, todo ha sido tan cruel... —continuó Midori—. Pero de aquí en adelante vamos a recuperar el tiempo perdido.

—Conociéndote, seguro que lo lograréis —comenté—. ¿Qué hace ahora tu hermana?

—Una amiga suya acaba de abrir una tienda de accesorios en Omotesandô, y ella la ayuda tres veces por semana. Además, aprende cocina, sale con su novio, va al cine, hace el vago. Disfruta de la vida.

Midori me preguntó por mi nueva vida y yo le hablé de la distribución de las habitaciones, de lo amplio que era el jardín, de *Gaviota*, mi gata, y de mi casero.

—¿Te diviertes? —me preguntó.

—No lo paso mal —dije.

—Pues a mí no me lo parece, la verdad.

—Pese a estar en primavera...

—Pese a llevar este precioso jersey que te ha hecho tu novia.

Sorprendido, miré el jersey morado que llevaba puesto.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Eran simples suposiciones, hombre! —Midori se sorprendió—. No estás bien, ¿me equivoco?

—Al menos intento animarme.

—Piensa que la vida es como una caja de galletas.

Negué varias veces con un gesto de la cabeza y me quedé mirándola.

—Quizá sea un poco tonto, pero a veces no te entiendo.

—En una caja de galletas hay muchas clases distintas de galletas. Algunas te gustan y otras no. Al principio te comes las que te gustan, y al final sólo quedan las que no te gustan. Pues yo, cuando lo estoy pasando mal, siempre pienso: «Tengo que acabar con esto cuanto antes y ya vendrán tiempos mejores. Porque la vida es como una caja de galletas».

—Eso es filosofía.

—Pero es cierto. Yo lo he aprendido de manera empírica —dijo Midori.

Mientras tomábamos una taza de café, entraron en la cafetería dos chicas, al parecer compañeras de clase de Midori, y las tres se mostraron las matrículas y estuvieron un rato charlando de todo lo imaginable: de las notas que habían sacado el día anterior en alemán, de que habían oído que una de ellas se había hecho daño, de lo bonitos que eran los zapatos de la otra, de dónde los había comprado... Yo escuchaba distraído aquella cháchara que parecía llegarme del otro extremo del planeta. Tomaba sorbos de café y miraba al otro lado del ventanal. Veía el habitual panorama de la universidad en primavera. El cielo velado por una ligera bruma, los cerezos en flor, unos estudiantes a todas luces novatos andando con libros nuevos bajo el brazo... Mientras contemplaba este paisaje, volví a quedarme absorto. Pensé en Naoko, que tampoco aquel año podría volver a la universidad. En la repisa del ventanal había un pequeño jarrón con anémonas.

Cuando las dos chicas se fueron a su mesa tras un «Hasta luego», Midori y yo abandonamos el local y paseamos por el barrio. Recorrimos las librerías de viejo y compramos varios libros, entramos en otra cafetería y tomamos otra taza de café, jugamos a la máquina del millón en un salón recreativo, nos sentamos en el parque y charlamos. En general, ella era la que hablaba; yo me limitaba a asentir. Midori me dijo que estaba sedienta y fui a una pastelería del barrio a comprar dos Coca-Colas. Mientras tanto, ella garabateó algo con un bolígrafo en un bloc. Al preguntarle de qué se trataba, me respondió que no era nada importante.

A las tres y media me dijo que tenía que irse, que había quedado con su hermana en Ginza. Los dos caminamos hasta la estación del metro y allí nos despedimos. En el

instante de separarnos, ella me introdujo una hoja de papel doblada en cuatro en el bolsillo del abrigo. Me dijo que la leyera al regresar a casa. La leí en el tren.

«Te estoy escribiendo esta carta aprovechando que has ido a comprar unas Coca-Colas. Es la primera vez en mi vida que le escribo una carta a alguien que está sentado en un banco a mi lado. Pero es la única manera que he encontrado para comunicarme contigo. Porque apenas escuchas lo que digo, ¿no es cierto?»

»Hoy me has hecho algo terrible. No te has dado cuenta siquiera de que me he cambiado el peinado, ¿verdad? Después del tiempo que he tardado en dejarme crecer el pelo, a finales de la semana pasada por fin logré hacerme un peinado más o menos femenino. Pero tú no te has dado cuenta. Y yo que pensaba que estaba bastante mona y que, después de estar tanto tiempo sin vernos, te sorprenderías..., pero no te has fijado. Esto es el colmo, ¿no crees? Quizá no recuerdes qué ropa llevaba puesta. Yo soy una chica. Por más cosas que tengas en la cabeza, ¡podrías prestarme un poco más de atención! Hubiera bastado con una frase del estilo: “Te sienta bien este peinado”. Te hubiera perdonado que fueras a la tuya, que pensaras en qué sé yo.

»Por esto, te he dicho una mentira. No es cierto que haya quedado con mi hermana en Ginza. Hoy pensaba pasar la noche en tu casa. Dentro del bolso llevo el pijama y el cepillo de dientes. ¡Ja, ja, ja! Parezco idiota. Si no me has invitado... En fin, te importo un rábano y, por lo visto, quieres estar solo, así que te dejaré en paz. Quémate las cejas pensando en lo que te dé la gana.

»No creas que estoy enfadada contigo. Sólo estoy triste. Porque tú has sido muy amable conmigo y, a cambio, no he sabido ayudarte. Tú siempre estás encerrado en tu propio mundo y, cuando llamo a la puerta, “toc, toc”, te limitas a levantar la cabeza antes de volver a encerrarte.

»Ahora te acercas con las Coca-Colas. Parece que tienes la cabeza en las nubes. He deseado que tropezaras, pero no te has caído. Ahora acabas de sentarte a mi lado, te estás bebiendo la Coca-Cola a sorbos. Deseaba que al volver hubieras caído en la cuenta y al fin me dijeras: “¡Anda, pero si te has cambiado de peinado!”. Pero no ha habido suerte. Si te hubieras fijado, hubiera roto esta carta y hubiera dicho: “Vámonos a tu casa. Te haré una buena cena. Y luego nos iremos a la cama los dos muy juntitos”. Pero eres tan insensible como una plancha de hierro.

»Adiós.

»P.D. A partir de ahora, aunque me veas en clase, haz el favor de no dirigirme la palabra.»

La llamé por teléfono desde la estación de Kichijôji, pero no respondió nadie.

Como no tenía nada que hacer, recorrí el barrio buscando algún trabajo que pudiera compaginar con las clases de la universidad. Los sábados y domingos tenía el día libre; los lunes, miércoles y jueves podía trabajar a partir de las cinco de la tarde. Sin embargo, no me fue fácil encontrar un trabajo que se adecuara a mi agenda. Desistí y regresé a casa, y cuando fui a hacer la compra para la cena, volví a telefonar a Midori. Se puso su hermana y me dijo que Midori todavía no había vuelto y que no sabía cuándo regresaría. Le di las gracias y colgué el auricular.

Después de cenar me dispuse a escribirle una carta, pero, tras intentarlo varias veces sin éxito, acabé escribiendo a Naoko.

Le conté que había llegado la primavera y que, con ella, empezaba un nuevo curso. Le dije lo mucho que la echaba de menos y que hubiera querido verla y hablar con ella. Pero había decidido ser fuerte. Éste era el único camino que se abría ante mí.

«Además, tal vez sea un problema mío y a ti te dé lo mismo, pero ya no me acuesto con nadie. Porque no quiero olvidar el tacto de tu piel. Para mí, aquellos instantes son mucho más preciosos de lo que puedas imaginarte. Siempre pienso en ellos.»

Metí la carta en el sobre, le pegué un sello, me senté a la mesa y permanecí un rato con la mirada clavada en ella. La carta era mucho más breve que de costumbre, pero me dio la impresión de que, de este modo, lograría transmitirle mejor mis sentimientos a Naoko. Me serví unos tres centímetros de whisky, que bebí de dos tragos, y me dormí.

Al día siguiente encontré un trabajo para los sábados y domingos, cerca de la estación de Kichijôji. Era un trabajo de camarero en un restaurante italiano y el sueldo no era nada del otro mundo, pero el almuerzo y los desplazamientos estaban incluidos. Los lunes, miércoles y jueves, sustituiría a los camareros del turno de noche que libraban —cosa que sucedía con frecuencia—. El encargado me prometió que pasados los tres primeros meses me subiría el sueldo y que podía empezar a trabajar el sábado de la semana siguiente. Aquel hombre parecía mucho más honesto y cabal que el estúpido encargado de la tienda de discos.

Cuando telefoneé al apartamento de Midori, volvió a ponerse su hermana, y esta vez me dijo que Midori no había aparecido desde el día anterior y me preguntó si yo tenía idea de dónde podía estar. Lo único que yo sabía era que llevaba un pijama y un cepillo de dientes en el bolso.

La vi en la clase del miércoles. Vestía un jersey del color de la artemisa y las gafas oscuras que solía llevar en verano. Estaba sentada en la última fila, hablando con una chica bajita con gafas que había visto antes. Me acerqué y le dije que, después de la clase, quería hablar con ella. La chica de las gafas me miró y a continuación la miró a ella. Efectivamente, el peinado de Midori era mucho más femenino que tiempo atrás.

—He quedado. —Negó con la cabeza.

—No te entretendré mucho. Sólo serán cinco minutos —dije.

Midori se quitó las gafas y entornó los ojos. Parecía estar mirando una casa en ruinas a cien metros de distancia.

—No quiero hablar contigo. Lo siento.

La chica de las gafas me miró como diciendo: «No quiere hablar contigo. Lo siento».

Me senté en el extremo derecho de la primera fila, atendí las explicaciones del profesor (generalidades sobre la obra de Tennessee Williams y su importancia en la literatura americana) y, una vez terminó la clase, conté despacio hasta tres y me volví hacia atrás. Pero Midori ya había desaparecido.

Sin duda, abril es el peor mes para estar solo. En abril, a mi alrededor todo el mundo parecía feliz. La gente se quitaba los abrigos y charlaba en los rincones soleados, jugaba con la pelota, se enamoraba. Yo estaba completamente solo. Naoko, Midori, Nagasawa: todos se habían alejado de mí. No tenía a quien decirle «Buenos días» u «Hola». Incluso echaba de menos a Tropa-de-Asalto. Pasé el mes de abril en esta triste soledad. Intenté hablar con Midori varias veces, pero la respuesta fue siempre la misma: «Ahora no quiero hablar contigo», y, por el tono de su voz, comprendí que lo decía en serio. Casi siempre la encontraba con la chica de las gafas o, si no, con un chico alto con el pelo corto. El chico tenía las piernas muy largas y llevaba siempre botas blancas de baloncesto.

Cuando terminó abril llegó el mes de mayo; mayo fue mucho peor que abril. En mayo, en plena primavera, ya no pude evitar sentir cómo se estremecía y temblaba mi corazón. Solía ocurrirme al atardecer. En la pálida oscuridad, impregnada del suave aroma de las magnolias, mi corazón, sin previo aviso, empezaba a henchirse, a estremecerse, a temblar, atravesado por un pinchazo. En estos momentos, cerraba los ojos y apretaba los dientes con fuerza. Y esperaba a que pasara. Poco a poco, despacio, este dolor se alejaba, dejando tras de sí un dolor sordo.

Cuando esto sucedía escribía a Naoko. Le hablaba de cosas maravillosas, placenteras, hermosas. Del olor de la hierba, del agradable aire de primavera, de la luz de la luna, de las películas que había visto, de las canciones que me gustaban, de los libros que me habían emocionado. Y, al releer estas cartas, me sentía

reconfortado. Creía que vivía en un mundo maravilloso. Escribí muchas cartas como ésta. Naoko y Reiko jamás respondieron.

En el restaurante donde trabajaba conocí a un chico de mi edad llamado Itô. Era un chico tranquilo y callado, estudiaba pintura al óleo en la facultad de bellas artes. Pasó bastante tiempo antes de que empezáramos a hablar, pero a partir de cierto día adoptamos la costumbre de ir, después del trabajo, a un bar del barrio a tomar una cerveza y charlar. A él también le gustaba leer y escuchar música; nuestra conversación giraba alrededor de estos dos temas. Era un chico delgado y alto, con el pelo más corto y el aspecto más pulcro de lo que en aquella época solían tener los estudiantes de bellas artes. No era muy comunicativo, pero tenía las ideas y los gustos muy claros. Le gustaban las novelas francesas, leía a Georges Bataille y a Boris Vian; solía escuchar a Mozart y a Ravel. Al igual que yo, buscaba a un amigo con quien hablar de sus aficiones.

En una ocasión me invitó a su apartamento. Era una casa de una planta, de construcción peculiar, situada detrás del parque de Inokashira, llena de útiles de pintura y de lienzos. Le pedí que me enseñara algún cuadro suyo, pero se negó diciendo que le daba vergüenza. Bebimos el Chivas Regal que había sisado de casa de su padre y asamos pescado seco en un horno de tierra, que comimos escuchando un *Concierto para piano y orquesta* de Mozart interpretado por Robert Casadesus.

Itô era de Nagasaki, donde había dejado a una novia. Me dijo que se acostaba con ella cada vez que volvía a su casa. Pero que últimamente las cosas no iban demasiado bien entre ellos.

—Ya sabes cómo son las chicas —me comentó—. Cuando cumplen veinte o veintiún años, de repente empiezan a pensar de una manera muy concreta. Se vuelven realistas. Todo lo que antes tenían de adorable empieza a parecerte vulgar y deprimente. Mi novia, después de hacerlo, me pregunta a qué quiero dedicarme cuando termine la universidad.

—¿Y qué vas a hacer? —le pregunté a mi vez.

Con un trozo de pescado en la boca, sacudió la cabeza.

—¿Qué crees que puedo hacer? Los pintores de óleos no tienen nada que hacer. De eso no se come. Entonces mi novia me dice que vuelva a Nagasaki, que trabaje como profesor de arte. Porque ella piensa ser profesora de inglés... ¡Ostras!

—Tu novia ya no te gusta demasiado, ¿verdad?

—Supongo que no —admitió Itô—. Además, yo no quiero ser profesor de arte. No quiero acabar mi vida enseñando dibujo a estudiantes de bachillerato, a unos maleducados alborotando como monos.

—¿Y no sería mejor para ambos que te separaras de ella? —dije.

—Tienes razón. Pero no sé cómo decírselo. Me sabe mal. Ella está convencida de que siempre estaremos juntos. No puedo decirle: «Nos separamos. Ya no me gustas».

Bebimos Chivas con hielo y, cuando terminamos el pescado, cortamos pepino y apio a tiras finas, que comimos bañados en *miso*. Mientras masticaba el pepino, me acordé del padre de Midori, muerto. Y me asaltó un sentimiento de angustia al pensar en lo tediosa que era mi vida desde que había perdido a esa chica. Su existencia había ocupado un gran espacio en mi corazón sin que yo me diera cuenta.

—¿Tienes novia? —me preguntó Itô.

Tras una pausa, le respondí afirmativamente. Sin embargo, en aquel momento una serie de circunstancias impedían que estuviésemos juntos.

—Pero os comprendéis el uno al otro.

—Eso quiero pensar. Es lo único que cabe pensar —bromeé.

Me habló con voz serena de lo maravillosa que era la música de Mozart. Conocía la genialidad de Mozart de la misma manera que los aldeanos conocen los senderos de montaña. Me dijo que a su padre le gustaba Mozart y que él lo escuchaba desde los tres años. Yo no era un entendido en Mozart, pero mientras escuchaba el concierto atendí a las oportunas y apasionadas explicaciones de Itô: «Mira, este pasaje...». O esto otro: «¿Qué te parece éste?». Sentí cómo, por primera vez en mucho tiempo, me invadía un sentimiento de paz.

Contemplamos la luna en cuarto creciente, que flotaba sobre el parque de Inokashira, y tomamos el último sorbo de Chivas. Era delicioso.

Itô me propuso que pasara allí la noche, pero me excusé diciendo que tenía un compromiso, le di las gracias por el whisky y salí de su apartamento antes de las nueve. De regreso a casa, entré en una cabina y telefoneé a Midori. Cosa rara, fue ella quien respondió al otro lado de la línea.

—Ahora no quiero hablar contigo —me dijo.

—Ya lo sé. Me lo has repetido muchas veces. Pero no quiero que nuestra relación acabe de este modo. Eres una de las pocas amigas que tengo y para mí es muy duro no verte. ¿Cuándo podré hablar contigo? Es lo único que quiero saber.

—Seré yo quien te hable. Llegado el momento.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—¡Pse! —exclamó. Y colgó.

A mediados de mayo recibí una carta de Reiko.

«Gracias por tus cartas. A Naoko le encantan. Me deja leerlas. ¿No te importa, verdad, que yo también las lea?»

»Siento haber estado tanto tiempo sin poder escribirte. A decir verdad, estaba agotada y no había ninguna buena noticia que darte. Naoko no está bien. El otro día su madre vino de Kôbe y hablamos ella, Naoko, un médico especialista y yo.

Finalmente, han optado por trasladarla a un hospital especializado donde pueda recibir una terapia intensiva y, a tenor de los resultados, decidir si podrá volver aquí. Naoko dice que preferiría quedarse; si se marcha, la echaré de menos y estaré preocupada por ella, pero la verdad es que cada vez ha sido más difícil tratarla. Normalmente no hay problema, pero de cuando en cuando su estado emocional se vuelve muy inestable y, en esos momentos, no puedo apartar los ojos de ella. Porque no sé nunca lo que puede ocurrir. Tiene unas alucinaciones auditivas muy violentas y se encierra en sí misma.

»Por todo esto, me parece que por ahora lo más conveniente es que ingrese en un centro adecuado y que allí se someta a una terapia. Es triste, pero no hay más remedio. Tal como te dije antes, hay que tener paciencia. Ir desenredando la madeja, hilo a hilo, sin perder la esperanza. Por más negra que esté la situación, el hilo principal existe, sin duda. Cuando uno está rodeado de tinieblas, la única alternativa es permanecer inmóvil hasta que sus ojos se acostumbren a la oscuridad.

»Cuando recibas esta carta, Naoko ya estará en el otro hospital. Siento no habértelo comunicado antes, pero todo ha sucedido muy deprisa. Es un buen hospital. Allí hay buenos médicos. Te anoto la dirección; a partir de ahora, envíale las cartas allí. A mí me irán informando sobre su estado, así que, si hay alguna novedad, ya te la comunicaré. Espero que sean buenas noticias. Para ti también debe de ser muy duro todo esto. ¡Ánimo! Aunque no esté Naoko, escríbeme de vez en cuando.

»Adiós.»

Aquella primavera escribí muchas cartas. Una por semana a Naoko, algunas a Reiko, y también a Midori. Las escribía en clase o en casa, sentado a mi mesa de trabajo con Gaviota subida a mi regazo, o las escribía en mis ratos libres, sentado a la mesa del restaurante italiano donde trabajaba. Confiaba en que esa carta evitara que mi vida se rompiera en pedazos. Le escribí a Midori:

«Al no poder hablar contigo, estos meses de abril y mayo han sido muy duros y solitarios para mí. No recuerdo haber vivido jamás una primavera tan amarga. Hubiera preferido tres febreros seguidos. No creo que sirva de nada decírtelo ahora, pero el nuevo peinado te sienta muy bien. Estás muy guapa. Ahora trabajo en un restaurante italiano y el cocinero me ha enseñado a cocinar espaguetis. Me gustaría que los probaras».

Iba a la universidad todos los días, trabajaba en el restaurante italiano dos o tres veces por semana, hablaba con Itô de libros y música, leí varios libros de Boris Vian

que él me prestó, escribía cartas, jugaba con *Gaviota*, cocinaba espaguetis, cuidaba del jardín, me masturbaba pensando en Naoko y veía muchas películas.

A mediados de junio Midori volvió a hablarme. Habíamos estado dos meses sin decirnos nada. Al terminar la clase, se sentó a mi lado y permaneció un rato en silencio con la mejilla apoyada en la palma de su mano. Al otro lado de la ventana llovía. Era la lluvia, vertical, sin viento, propia de la estación de las lluvias, que lo empapaba todo de manera uniforme. Aún después de que los otros estudiantes se hubieran ido, Midori seguía callada e inmóvil. Luego sacó un cigarrillo Marlboro del bolsillo de la chaqueta tejana, se lo llevó a los labios y me entregó una caja de cerillas. Yo encendí una cerilla y le prendí el cigarrillo. Midori, frunciendo los labios, lentamente, me echó una bocanada de humo a la cara.

—¿Te gusta mi peinado?

—Es precioso.

—¿Cuánto? —preguntó Midori.

—Es tan bonito que podría derribar todos los árboles de todos los bosques de la Tierra —le dije.

—¿Lo piensas de veras?

—Sí.

Midori se quedó mirándome a los ojos un momento y me tendió la mano derecha. Yo la presioné. Ella pareció sentir un alivio mayor que el que yo sentía. Tiró la colilla al suelo y se levantó.

—Comamos algo. Estoy hambrienta.

—¿Dónde?

—En el comedor de los grandes almacenes Takashimaya, en Nihonbashi.

—¿Por qué quieres ir tan lejos?

—A veces me apetece ir a esos sitios.

Así que cogimos el metro y fuimos hasta Nihonbashi. Dado que había estado lloviendo durante toda la mañana, los grandes almacenes estaban casi desiertos. Dentro olía a tierra mojada. Nos dirigimos al comedor del sótano y, tras estudiar atentamente la comida expuesta en el escaparate, nos decidimos por un *maku no uchi-bentô*^[26]. Pese a ser la hora del almuerzo, el comedor no estaba lleno.

—Hace tiempo que no comía en unos grandes almacenes —comenté tomando un sorbo de té verde en una de esas tazas blancas y lisas que sólo se encuentran en estos comedores.

—A mí me gusta —dijo Midori—. Me da la sensación de estar haciendo algo especial. Quizá sea porque, de niña, mis padres apenas me traían.

—A mí me da la impresión de que siempre debía de estar metido en sitios así. Porque a mi madre le encantaban los grandes almacenes.

—¡Qué suerte!

—Qué quieres que te diga. A mí no me gustan demasiado.

—No, no es eso. Tuviste suerte de que se ocuparan tanto de ti.

—Soy hijo único —dije.

—Yo, de niña, pensaba que cuando fuera mayor iría sola a los grandes almacenes y comería hasta hartarme todas las cosas que me gustaran. Es patético: estar comiendo a dos carrillos tú sola en un lugar así. No es muy divertido. Tampoco puede decirse que la comida sea deliciosa. Son restaurantes tan grandes y siempre están tan llenos... Y hay ruido. Además, el aire está cargado. Con todo, a veces me entran ganas de pasarme por aquí.

—Durante estos dos meses me he sentido muy solo —tercié.

—Sí, ya me lo decías en tu carta —añadió Midori con voz átona—. En fin, será mejor que comamos. En este momento es lo único en que puedo pensar.

Terminamos toda la comida que nos sirvieron dentro de las cajas lacadas con forma semicircular, tomamos la sopa y bebimos una taza de té verde. Midori encendió un cigarrillo. Después, sin mediar palabra, se puso en pie y agarró el paraguas. Yo hice lo propio.

—¿Adónde vamos? —le pregunté.

—Hemos almorzado en el restaurante de unos grandes almacenes. El siguiente paso es ir a la azotea —dijo Midori.

En la azotea, bañada por la lluvia, no había nadie. No se veía a ningún dependiente en la sección de artículos para animales de compañía, y tanto los quioscos como las taquillas de las atracciones para niños tenían el cierre echado. Con el paraguas abierto, paseamos entre los caballos de madera, mojados, las tumbonas y las casetas. Me sorprendió comprobar que en pleno centro de Tokio existiera un lugar tan desierto y desolado como aquél. Midori quería mirar por el telescopio, así que metí una moneda en la ranura y sostuve su paraguas mientras ella miraba.

En un rincón de la azotea había un área de juegos cubierta, donde se alineaban un montón de artilugios mecánicos para los niños. Midori y yo nos sentamos, uno al lado del otro, en una especie de plataforma y nos quedamos contemplando la lluvia.

—Háblame —me rogó Midori—. Querías decirme algo, ¿verdad?

—No pretendo justificarme, pero aquel día estaba exhausto, aturdido —dije—. No percibía bien las cosas. Sin embargo, al dejar de verte, lo he comprendido. Hasta ahora, he tirado hacia delante porque tú estabas a mi lado. Sin ti me siento desesperado, solo.

—No lo sabes... No sabes lo desesperada y sola que me he sentido sin ti durante estos dos meses.

—No, no lo sabía. —Me sorprendió—. Creía que estabas enfadada y que no querías volver a verme.

—¿Serás estúpido...? ¿Cómo podía no querer volver a verte? Te dije que me

gustabas, ¿no es cierto? Cuando me gusta alguien, no deja de gustarme así como así. ¿Ni siquiera sabes eso?

—Lo sabía, pero...

—Si me enfadé fue por lo siguiente. Y mira que estaba tan furiosa que te hubiera dado cien patadas. Hacía tanto que no nos veíamos, y tú, con la cabeza en las nubes, pensabas en la otra chica, sin mirarme ni un instante. Tenía todo el derecho de enfadarme. Aparte de esto, me dio la impresión de que me iría bien estar un tiempo separada de ti. Para aclarar las cosas.

—¿Qué cosas?

—Nuestra relación. En fin, yo cada vez lo paso mejor contigo. Mejor que cuando estoy con mi novio. Y eso, la verdad, no es muy normal, no es un buen síntoma, ¿no crees? Él me gusta, por supuesto. Es un poco egoísta, estrecho de miras, algo facha, pero tiene muchas cosas buenas, y es el primer chico que me ha gustado. Pero tú..., tú eres alguien muy especial. Cuando estoy contigo, siento que nos entendemos. Confío en ti, me gustas, no quiero dejarte escapar. Ese día me marché furiosa, así que le pregunté a él con toda franqueza qué creía que debía hacer. Y me dijo que no te viera más. Y que si volvía a verte, rompiera con él.

—¿Y qué hiciste?

—Rompí con él. Así de simple. —Se llevó un cigarrillo a los labios, lo encendió cubriendo la cerilla con una mano e inhaló una bocanada de humo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —gritó Midori—. ¿Estás mal de la cabeza? Sabes el modo condicional de los verbos ingleses, entiendes las progresiones, puedes leer a Marx... ¿Por qué esto no lo entiendes? ¿Por qué me lo preguntas? ¿Por qué le haces decir esto a una chica? Rompí con mi novio porque me gustas más que él. Yo hubiera querido enamorarme de un chico más guapo. Pero qué vamos a hacerle... Me he enamorado de ti.

Intenté decir algo, pero se me hizo un nudo en la garganta y no pude articular palabra.

Midori arrojó la colilla en un charco.

—No pongas cara de espanto. Me deprimes. Tranquilo, ya sé que te gusta otra chica; no espero nada del otro mundo. Pero abrázame. Eso sí podrías hacerlo por mí. Durante estos dos meses lo he pasado muy mal.

Nos abrazamos en el fondo de la sala de juegos, bajo el paraguas. Nos estrechamos con fuerza el uno contra el otro; nuestros labios se buscaron. Su pelo y la solapa de su chaqueta tejana olían a lluvia. «¡Qué suave y cálido es el cuerpo de una mujer!», pensé. Percibía el tacto de sus senos contra mi pecho a través de la chaqueta. Me daba la sensación de haber estado mucho tiempo sin haber tenido contacto físico con otro ser humano.

—La última noche en que nos vimos hablé con mi novio. Y rompimos —dijo.

—Midori, me gustas mucho. No quiero que te alejes de mí. Pero es imposible. En este momento estoy atado de pies y manos.

—¿A causa de ella?

Asentí.

—Dime, ¿te has acostado con ella?

—Una vez, hace un año.

—¿Has vuelto a verla?

—Sí, en dos ocasiones. Pero no hemos hecho nada.

—¿Por qué? ¿Ella no te quiere?

—Quién sabe —reconocí—. La situación es muy compleja. Tenemos varios problemas. Todo esto hace mucho tiempo que dura, y yo, la verdad, he acabado por no entender las cosas. Ni las entiendo yo, ni las entiende ella. Lo único que sé es que, como ser humano, siento cierta responsabilidad hacia ella. Y no puedo desvincularme. Al menos así lo siento ahora. Aun en el caso de que ella no me quiera.

—Soy una mujer de carne y hueso. —Midori presionó su mejilla contra mi cuello—. Estoy entre tus brazos y confesándote que te quiero. Haré lo que tú me digas. Soy un poco alocada, pero me tengo por una chica honesta, una buena chica. Soy trabajadora, guapa, tengo los pechos bonitos, sé cocinar, tengo un depósito en fideicomiso en el banco con lo que me dejó mi padre. ¿No te parezco un buen partido? Si no te quedas conmigo, acabaré yéndome a otra parte.

—Necesito tiempo —dije—. Tiempo para pensar, para arreglar las cosas, para decidir qué es lo mejor. Lo siento, pero por ahora eso es lo único que puedo prometerte.

—Pero yo te gusto y no quieres que me aleje de ti, ¿no es cierto?

—Sí.

Midori se separó de mí y me miró a los ojos, sonriendo.

—Te esperaré. Confío en ti —accedió—. Pero cuando me elijas, quiero ser la única. Cuando hagas el amor conmigo, piensa sólo en mí. ¿Entiendes lo que trato de decirte?

—Perfectamente.

—No me hagas daño. Bastante me han herido ya a lo largo de mi vida. No quiero que me hieran nunca más. Quiero ser feliz.

La atraje hacia mí y la besé.

—Suelta este estúpido paraguas y abrázame con fuerza, con los dos brazos —me ordenó Midori.

—Sin paraguas, nos quedaremos empapados.

—¡Qué más da! No importa. Ahora quiero que me abrases sin pensar en nada. He estado aguantando durante dos meses.

Dejé el paraguas a nuestros pies y la abracé con fuerza bajo la lluvia. Nos envolvía un rumor sordo parecido al de los neumáticos de un coche circulando por la autopista. La lluvia seguía cayendo en silencio, incansable, empapándonos el pelo, rodando por nuestras mejillas como lágrimas, tiñendo de oscuro la chaqueta tejana de Midori y mi chaqueta forrada de nailon amarillo.

—¿Vamos bajo cubierto? —dije.

—Ven a casa. No hay nadie. Si no, pillaremos un resfriado.

—Y que lo digas.

—Parece que hemos cruzado un río a nado. —Midori se rió—. ¡Ah! Estoy muy contenta.

Compramos una toalla grande en la sección de ropa del hogar y entramos por turno en los servicios a secarnos el pelo. Luego tomamos el metro y fuimos hasta su apartamento, en Myôgadani. Midori me hizo entrar en la ducha; a continuación se duchó ella. Mientras se secaba la ropa, me prestó un albornoz y ella se puso un polo y una falda. Tomamos una taza de café sentados a la mesa de la cocina.

—Háblame de ti —me pidió Midori.

—¿De qué quieres que te hable?

—No lo sé... Dime cosas que detestes.

—Detesto el pollo, las enfermedades venéreas y los barberos que hablan demasiado.

—¿Y qué más?

—Las noches solitarias de abril y las fundas de los teléfonos móviles con puntillas de encaje.

—¿Y qué más?

Sacudí la cabeza.

—No se me ocurre nada más.

—Mi novio, es decir, mi ex novio, no podía soportar un montón de cosas. Odiaba que yo llevara faldas demasiado cortas, que fumara, que me emborrachara, que dijera groserías, que criticara a sus amigos... Si hay algo de mí que no te guste, dímelo con franqueza. Y si puedo corregirlo, lo haré.

—No hay nada que no me guste. —Negué con la cabeza tras reflexionar unos instantes—. Nada.

—¿De verdad?

—Me gusta la ropa que llevas, me gusta lo que haces, lo que dices, cómo andas, cómo te emborrachas. Todo.

—¿Te gusta como soy?

—No sé cómo cambiarías, así que ya me va bien como eres.

—¿Cuánto te gusto?

—Como para convertir en mantequilla todos los tigres de las junglas del mundo

entero.

—¡Ah! —Midori parecía satisfecha—. ¿Me abrazas otra vez?

Nos abrazamos sobre la cama de su dormitorio. Entre las sábanas, oyendo cómo caía la lluvia, unimos nuestros labios y hablamos de todo lo imaginable, desde la formación del universo hasta cómo nos gustaban los huevos duros.

—¿Qué deben de hacer las hormigas los días de lluvia? —preguntó Midori.

—No lo sé —dije—. Tal vez hagan la limpieza del hormiguero u ordenen la despensa. Porque las hormigas son muy trabajadoras.

—Si lo son tanto, ¿por qué no han evolucionado y se han quedado tal como estaban?

—Tal vez su estructura corporal no sea apta para la evolución. En comparación con los monos, por ejemplo.

—Vaya, me sorprendes. Hay un montón de cosas que no sabes —comentó Midori—. Creía que lo sabías todo de este mundo.

—El mundo es muy grande —repuse.

—Las montañas son altas; los océanos, profundos. —Midori metió la mano por debajo del albornoz y me agarró el pene erecto. Contuvo la respiración—. Watanabe, me sabe mal, pero esto no puede ser. Una cosa tan grande y tan dura no me cabe dentro. Imposible.

—¿Bromeas? —Suspiré.

—Sí. —Midori ahogó una risita—. No hay problema. Tranquilo. Creo que me cabe. ¿Puedo mirarlo?

—Haz lo que te plazca —dije.

Ella desapareció bajo las sábanas y estuvo un rato jugueteando con mi pene. Tirando de la piel, sopesando los testículos con la palma de su mano. Luego asomó la cabeza entre las sábanas y tomó aire.

—¡Me encanta! ¡Y no es un cumplido! —exclamó.

—Gracias —agradecí educadamente.

—Pero no quieres hacerlo hasta que tengas las cosas claras.

—No es que no quiera... Me muero de ganas de hacerlo. Pero creo que no debo.

—Eres un cabezota. Yo de ti lo haría, y punto. Y una vez hubiese terminado, pensaría.

—¿Hablas en serio?

—No —susurró Midori—. Yo, en tu lugar, no lo haría. Esto es lo que me gusta de ti. Me gusta mucho, muchísimo.

—¿Cuánto te gusto? —le pregunté.

Pero ella, en vez de responder, pegó su cuerpo al mío, posó sus labios sobre mis pezones y empezó a mover despacio la mano con que me asía el pene. Lo primero que noté fue que Midori y Naoko movían la mano de forma muy distinta. Los

movimientos de ambas eran dulces, maravillosos, pero diferentes.

—Watanabe, ¿estás pensando en la otra chica?

—No, no estoy pensando en ella —mentí.

—¿De verdad?

—Sí.

—En momentos así, no pienses en otras mujeres, ¿vale?

—No podría —dije.

—¿Quieres acariciarme los pechos, o ahí abajo? —me preguntó Midori.

—Me encantaría, pero creo que es mejor que no lo haga. Tantos estímulos a la vez son excesivos para mí.

Midori asintió y, entre las sábanas, se quitó las bragas y las puso en la punta de mi pene.

—Puedes echarlo aquí.

—Se te ensuciarán.

—No digas chorradas. Se me saltarán las lágrimas... —Midori puso voz lacrimosa—. Bastará con lavarlas. Así que no te reprimas y suelta todo lo que quieras. Si tanto te preocupa, me regalas unas nuevas. O quizá no quieres porque son mías.

—¡Pero qué dices!

—Córrete. ¡Vamos! ¡Adelante!

Después de eyacular, estuvo estudiando mi semen.

—¡Has sacado mucho! —exclamó admirada.

—¿Demasiado?

—No importa. Está bien así. ¡Serás tonto! Tú echa tanto como quieras. —Midori se rió y me estampó un beso.

Al atardecer se fue de compras por allí cerca y preparó la cena. Sentados a la mesa de la cocina, bebimos cerveza y comimos *tempura* y arroz con guisantes.

—Watanabe, come mucho y produce montones de semen —dijo Midori—. Luego haré que lo expulses con cariño.

—Gracias.

—Conozco muchas técnicas. Cuando teníamos la tienda, las aprendí leyendo revistas femeninas. Resulta que las mujeres embarazadas no pueden hacerlo, y hay suplementos especiales que enseñan qué deben hacer durante el embarazo para que el marido no se acueste con otras. Hay muchas maneras distintas. ¿No te hace ilusión?

—Sí.

Tras despedirme de Midori, en el tren de vuelta a casa, desplegué la edición vespertina del periódico que había comprado en la estación, pero no me apetecía hojearlo. No comprendí las cuatro líneas que me esforcé en leer. Con la vista clavada

en una misteriosa primera página, pensé en qué haría a partir de entonces y de qué modo cambiarían las cosas. Sentía cómo el mundo latía a mi alrededor. Exhalé un profundo suspiro y cerré los ojos. No me arrepentía de ninguno de mis actos de aquel día, y estaba convencido de que, aun suponiendo que hubiese podido volver atrás, no hubiera corregido nada de lo que había sucedido. Hubiera estrechado a Midori entre mis brazos en la azotea bañada por la lluvia, me hubiera quedado empapado y, dentro de su cama, sus dedos me hubieran hecho eyacular. No dudaba lo más mínimo sobre ello. Amaba a Midori y me hacía feliz que ella hubiese vuelto a mi lado. Era probable que juntos saliéramos adelante. Y Midori, tal como me había dicho ella misma, era una mujer de carne y hueso, y su cuerpo cálido se había abandonado entre mis brazos. A duras penas había podido reprimir el violento deseo que me empujaba a desnudarla, a penetrarla y hundirme en su cálido interior. Había sido incapaz de detener aquellos dedos que rodeaban mi pene, una vez había empezado a moverlos lentamente. Lo deseaba yo y ella también lo deseaba; nos amábamos desde hacía tiempo. ¿Quién podía evitarlo? Sí, amaba a Midori. Probablemente, antes ya debía de saberlo. Pero lo había ignorado durante mucho tiempo.

El problema residía en que no podía explicarle a Naoko estas nuevas circunstancias. En otro momento, tal vez lo hubiera probado, pero ahora era imposible decirle que me había enamorado de otra mujer. Aún amaba a Naoko. Por más que aquel amor se hubiera torcido de una manera extraña, yo la amaba todavía, sin duda, y el gran espacio que ella ocupaba en mi corazón permanecía intacto.

Lo único que podía hacer era escribir a Reiko y confesárselo todo con franqueza. Llegué a casa, me senté en el porche y, contemplando el jardín en una noche de lluvia, formulé varias frases dentro de mi cabeza. Después me senté al escritorio y me puse a escribir. «Tener que escribirte esta carta me produce una gran tristeza», empecé. Le hice un somero resumen de cuál había sido mi relación con Midori hasta entonces y le expliqué lo que había surgido aquel día entre nosotros.

«Siempre he amado a Naoko, y la amo todavía. Pero lo que existe entre Midori y yo es algo definitivo. Es una fuerza a la que me cuesta resistirme, y me da la impresión de que seguirá arrastrándome en el futuro. El amor que siento por Naoko es plácido, dulce y transparente, pero mis sentimientos por Midori son de una naturaleza muy distinta. Se levantan y andan, respiran y laten. Me sacuden de los pies a la cabeza. No sé qué hacer. Me siento confuso. No pretendo excusarme, pero, a mi manera, he intentado ser lo más sincero posible y no le he mentado nunca a nadie. Siempre he tenido cuidado de no herir a nadie. No tengo la menor idea de cómo he caído en este laberinto. ¿Qué debo hacer? Tú eres la única persona a quien puedo pedir consejo.»

Pegué un sello de correo urgente y envié la carta aquella misma noche.
La respuesta de Reiko llegó cinco días más tarde.

«Primero, las buenas noticias. Naoko está mejorando mucho más deprisa de lo que cabía esperar. Hablé con ella por teléfono y la noté muy lúcida. Quizá pueda volver pronto.

»A continuación, a lo tuyo.

»Creo que no deberías tomarte las cosas tan en serio. Amar a alguien es algo maravilloso y, si este sentimiento es sincero, no tiene por qué arrojar a nadie en un laberinto. Ten más confianza en ti mismo.

»Mi consejo es muy simple. En primer lugar, si Midori te atrae tanto, es lógico que te hayas enamorado de ella. Lo vuestro puede ir bien o puede ir mal. Pero el amor es así. Y cuando te enamoras, lo normal es abandonarte a este amor. Ésta es mi opinión. Creo que ésta puede ser una forma de honestidad.

»En segundo lugar, en cuanto a las relaciones sexuales con ella, disculpa que no quiera entrar en tus intimidades. Habla con Midori y sacad una conclusión que os satisfaga a los dos.

»En tercer lugar, no se lo cuentes a Naoko. Si fuera necesario decirle algo, llegado el momento ya pensaríamos la mejor manera de hacerlo. Pero, por ahora, no le cuentes nada. Déjamelo a mí.

»En cuarto lugar, hasta ahora has ayudado mucho a Naoko. En el futuro, aunque ya no estés enamorado de ella, todavía hay un montón de cosas que puedes hacer por ella. Así que intenta no tomártelo todo tan a pecho. Nosotros (con “nosotros” me refiero a la gente normal y a la que no lo somos tanto), todos nosotros somos seres imperfectos que vivimos en un mundo imperfecto. Y no debemos vivir de una manera tan rígida, midiendo la longitud con una regla y los ángulos con un transportador como si la vida fuera un depósito bancario. ¿No te parece?

»Midori me parece una chica fantástica. Leyendo tu carta, he comprendido por qué te sientes atraído por ella. También puedo entender que al mismo tiempo te sientas atraído por Naoko. Esto no es ningún pecado. Cosas así pasan todos los días en este mundo. Es igual que ir en bote por un lago en un día soleado y decir que el cielo es hermoso y que el lago es bello. Deja de atormentarte por esto. Las cosas fluyen hacia donde tienen que fluir, y por más que te esfuerces e intentes hacerlo lo mejor posible, cuando llega el momento de herir a alguien lo hieres. La vida es así. Parece que está aleccionándote, pero ya es hora de que aprendas a vivir de este modo. Constantemente intentas que la vida se adecúe a tu modo de hacer las cosas. Si no quieres acabar en un manicomio, abre tu corazón y abandónate al curso natural de la vida. Incluso una mujer débil e imperfecta como yo piensa lo maravilloso que es vivir. Intenta ser feliz. ¡Adelante!

»Por supuesto, siento mucho que lo vuestro, lo de Naoko y tú, no haya tenido un final feliz. Pero, a fin de cuentas, ¿quién puede decir lo que es mejor? No te reprimas por nadie y, cuando la felicidad llame a tu puerta, aprovecha la ocasión y sé feliz. Puedo decirte por experiencia que estas oportunidades aparecen dos o tres veces en la vida y, si las dejas escapar, te arrepentirás para siempre.

»Cada día toco la guitarra para mí misma. Es un poco aburrido, la verdad. Detesto las oscuras noches de lluvia. Me gustaría tocar alguna vez, comiendo uvas, en una habitación donde estuvierais Naoko y tú.

»Hasta entonces, pues.

»Reiko Ishida

»17 de junio.»

Reiko siguió escribiéndome incluso después de la muerte de Naoko. Me aseguraba que no había sido culpa mía, que no había sido culpa de nadie, que aquello era como la lluvia, que nadie pudo impedirlo. No quise responderle. ¿Qué podía decirle? ¿De qué serviría? Naoko ya no estaba en este mundo; se había convertido en un puñado de cenizas.

A finales de agosto, tras el silencioso funeral de Naoko, volví a Tokio y le anuncié a mi jefe que iba a estar fuera una temporada y no iría a trabajar. A Midori le escribí una carta diciéndole que no podía explicarle nada, pero que me esperara. Durante tres días fui al cine a diario y vi películas de la mañana a la noche. Cuando hube visto todas las películas de estreno, metí mis cosas dentro de la mochila, saqué todos mis ahorros del banco, me dirigí a la estación de Shinjuku y subí al primer expreso.

No recuerdo adónde fui, ni cómo. Recuerdo bien el paisaje, los olores, los sonidos, pero soy incapaz de recordar el nombre de los lugares. Tampoco recuerdo el itinerario. Iba de una ciudad a otra en tren, en autobús, sentado junto al conductor de un camión, extendía mi saco de dormir y dormía en cualquier descampado, estación, parque, a orillas de un río o en la playa. La policía me ofreció alojamiento en una ocasión; otro día dormí al lado de un cementerio. Dormía profundamente en cualquier lugar apartado del paso de los transeúntes, sin importarme dónde. Exhausto de andar, me metía dentro del saco, bebía whisky barato y caía rendido. En pueblos acogedores, la gente me traía comida o incienso contra los mosquitos; en pueblos poco acogedores, la gente llamaba a la policía y me echaba de los parques. A mí tanto me daba. Lo único que quería era dormir profundamente en un lugar desconocido.

Cuando se me acabaron los ahorros, trabajé unos tres o cuatro días hasta reunir algún dinero. Encontraba trabajo en cualquier sitio. Vagaba sin rumbo de un pueblo a otro. El mundo estaba lleno de cosas enigmáticas y de personas extrañas. En una ocasión llamé a Midori. Me moría de ganas de oír su voz.

—Hace siglos que han empezado las clases —me dijo—. Y tenemos que entregar un montón de trabajos... ¿Qué vas a hacer? Llevas tres semanas sin dar señales de vida... ¿Dónde estás? ¿Qué estás haciendo?

—Lo siento, pero no puedo volver a Tokio. Aún no.

—¿Eso es lo único que tienes que decirme?

—Ahora no puedo explicarte nada. En octubre...

Midori colgó sin añadir una palabra.

Continué mi viaje. De vez en cuando me alojaba en pensiones baratas, donde me daba un baño y me afeitaba. El espejo me devolvía una imagen desalentadora: la piel quemada por el sol, los ojos hundidos, las enflaquecidas mejillas llenas de manchas y cortes. Parecía que acabara de salir arrastrándome fuera del fondo de un agujero oscuro, pero, al mirarme con atención, comprendía que aquél era mi rostro.

Estuve recorriendo la costa del Mar de Japón: Tottori y la costa norte de Hyôgo. Era cómodo seguir la línea de la costa. En la playa siempre encontraba lugares agradables donde dormir. También podía reunir trozos de madera arrastrados por las olas, encender fuego y asar el pescado seco que había comprado en alguna pescadería. Entre trago y trago de whisky, escuchando el ruido de las olas, pensaba en Naoko. Era tan extraño que hubiese muerto, tan extraño que no estuviera ya en este mundo... Todavía no lo había asimilado. No podía creerlo. Había oído el repiqueteo de los clavos sobre su ataúd, pero no podía relacionarlo con el hecho, incontestable, de que Naoko hubiera vuelto a la nada.

Su recuerdo era demasiado nítido. Aún me imaginaba su boca envolviendo suavemente mi pene, su pelo cayendo sobre mi vientre. Me acordaba de su calor, de su aliento, del tacto desconsolado de la eyaculación. Lo recordaba tan claramente como si hubiera ocurrido cinco minutos antes. Y tenía la sensación de que Naoko se encontraba a mi lado, y de que si alargaba la mano podía tocarla. Pero ella no estaba. Su cuerpo ya no existía en este mundo.

En las noches de insomnio me asaltaban diferentes imágenes de Naoko. No podía evitar que acudieran a mi memoria. En mi corazón, se habían acumulado demasiados recuerdos de ella. En cuanto encontraban una grieta, por pequeña que fuera, iban saliendo, uno tras otro, imparable. Fui incapaz de detener esa fuga.

Me acordaba de Naoko en aquella mañana de lluvia, con el chubasquero amarillo, limpiando el gallinero y acarreado el saco de grano. Recordaba el pastel de cumpleaños medio deshecho y el tacto de mi camisa empapada por las lágrimas de Naoko. Sí, aquella noche también llovía. Era invierno; Naoko caminaba a mi lado, con aquel abrigo de piel de camello. Ella siempre se sacaba el pasador del pelo y jugueteaba con él. Y siempre me miraba fijamente con aquellos ojos transparentes. Ahora llevaba una bata azul y estaba sentada en el sofá, con el mentón descansando en las rodillas.

Sus imágenes me golpeaban, una tras otra, como las olas de la marea, arrastrándome hacia un lugar extraño. Y en este extraño lugar yo vivía con los muertos. Allí Naoko estaba viva y los dos hablábamos, nos abrazábamos. En ese lugar, la muerte no ponía fin a la vida. Allí la muerte conformaba la vida. Y Naoko, henchida de muerte, allí continuaba viviendo. Me decía: «Tranquilo, Watanabe. No es más que la muerte. No te preocupes».

En ese lugar no me sentía triste. Porque la muerte era sólo la muerte, y Naoko era Naoko. «No te preocupes. Estoy aquí, ¿no es cierto?», me decía sonriendo. Sus gestos habituales serenaban mi corazón, me consolaban. Y yo pensaba: «Si la muerte es esto, después de todo no es algo tan malo». «Claro. Morir no es nada del otro mundo», me decía Naoko. «La muerte es la muerte. Además, aquí todo es muy fácil», me contaba en los intervalos entre una ola y la siguiente.

Pronto la marea se retiraba y me dejaba solo en la playa, impotente, sin un lugar adónde ir, con la tristeza envolviéndome como un manto de tinieblas. Solía llorar en esos momentos. De hecho, más que llorar, unas lágrimas gruesas brotaban como gotas de sudor.

Cuando murió Kizuki aprendí una cosa. Quizá me resigné a hacerla mía: «La muerte no se opone a la vida, la muerte está incluida en nuestra vida».

Es una realidad. Mientras vivimos, vamos criando la muerte al mismo tiempo. Pero ésta es sólo una parte de la verdad que debemos conocer. La muerte de Naoko me lo enseñó. Me dije: «El conocimiento de la verdad no alivia la tristeza que sentimos al perder a un ser querido. Ni la verdad, ni la sinceridad, ni la fuerza, ni el cariño son capaces de curar esta tristeza. Lo único que puede hacerse es atravesar este dolor esperando aprender algo de él, aunque todo lo que uno haya aprendido no le sirva para nada la próxima vez que la tristeza lo visite de improviso». Pensé en ello, noche tras noche, en mi soledad, oyendo el ruido de las olas y el rugido del viento. Vacíé muchas botellas de whisky, mordisqueé pan, bebí agua de la petaca en mi larga marcha hacia el oeste, con la mochila dando bandazos a mi espalda y el pelo lleno de arena..., día tras día de aquel principio de otoño.

Un atardecer en que soplaba un fuerte viento, yo estaba acurrucado dentro de mi saco de dormir, llorando, al resguardo de un barco abandonado, cuando se me acercó un joven pescador y me ofreció un cigarrillo. Lo acepté y fumé por primera vez en diez meses. El pescador me preguntó por qué estaba llorando. En un acto reflejo, le mentí diciéndole que mi madre había muerto. Estaba tan triste que vagaba de un lugar a otro. Él me compadeció de todo corazón. Y trajo de su casa una botella grande de sake y dos vasos.

Bebí en su compañía en aquella playa barrida por el viento.

—A los dieciséis años, yo también perdí a mi madre —me dijo el pescador.

Me contó que su madre, a pesar de no haber gozado de buena salud, se había matado trabajando de la mañana a la noche. Yo lo escuchaba abstraído, asintiendo de vez en cuando. Sus palabras parecían llegarme de un mundo lejano. «¿Y a mí qué me importa?», pensé. Me enfurecí y de repente me asaltó un violento impulso de rodearle el cuello con mis manos y estrangularlo. «¿Qué me importa lo que le haya pasado a tu madre? ¡Yo he perdido a Naoko! ¡Un cuerpo tan hermoso como el suyo ya no está en este mundo! ¿Cómo te atreves a hablarme de tu madre?»

Pero la ira se disipó muy pronto. Cerré los ojos y escuché sin escuchar, distraído, la interminable historia del pescador. Poco después me preguntó si ya había cenado. Le respondí que no, pero que en la mochila llevaba pan, queso, tomates y chocolate. Me preguntó qué había comido al mediodía.

—Pan, queso, tomates y chocolate —le respondí.

Entonces me dijo que esperara y se fue. Intenté detenerlo, pero él desapareció a toda prisa en la oscuridad.

Me quedé bebiendo solo. La arena estaba cubierta de restos de petardos; las olas rompían en la playa con un bramido salvaje. Un perro flaco se acercó moviendo la cola y se quedó rondando alrededor de la pequeña hoguera que había encendido, con aire de estar preguntándose si conseguiría comida; al comprender que no se alejó, resignado.

Media hora después, el joven pescador volvió con dos cajas de *sushi* y otra botella de sake.

—Cómete primero ésta —me dijo señalando la caja de encima—. En la de debajo hay *norimaki* e *inarizushi*^[27], que aguantarán hasta mañana.

Se sirvió sake y me llenó el vaso. Tras beber todo el alcohol que fuimos capaces de soportar, me propuso que pasara la noche en su casa, pero al decirle que prefería dormir allí, no insistió. Al despedirnos, se sacó del bolsillo un billete de cinco mil yenes y lo metió en el bolsillo de mi camisa diciendo que, con aquel dinero, debía comprarme algo nutritivo, porque tenía muy mala cara. Lo rechacé aduciendo que ya había hecho demasiado por mí, que sólo faltaba que me diera dinero, pero él no quiso tomarlo.

—No es dinero, son mis sentimientos. Acéptalo sin darle más vueltas.

No pude hacer otra cosa que darle las gracias y aceptarlo.

En cuanto el pescador se marchó, me acordé de la primera chica con la que me acosté, en tercero de bachillerato. Sentí escalofríos al pensar en lo grosero que había sido con ella. Apenas había tenido en cuenta lo que ella pensaba, lo que sentía, si podía herirla. Y hasta aquel instante no había vuelto a recordarla. Era una chica muy cariñosa. Pero yo en aquella época daba la dulzura por sentada. «¿Qué estará haciendo ahora?», pensé. «¿Me habrá perdonado?»

Sentí náuseas y vomité junto al casco del barco abandonado. Tenía la cabeza embotada por el alcohol y me sentía muy mal por haber mentido al pescador y haber aceptado su dinero. Pensé que ya iba siendo hora de volver a Tokio.

No podía seguir llevando aquella vida indefinidamente, hasta la eternidad. Enrollé mi saco de dormir, lo guardé en la mochila, que me eché a la espalda, me dirigí a la estación de los ferrocarriles nacionales y allí le pregunté al empleado cómo podía llegar a Tokio lo antes posible. Consultó los horarios y me dijo que si lograba enlazar con varios trenes nocturnos, llegaría a Osaka a la mañana siguiente. Una vez allí,

podía subir a un Shinkansen que se dirigiera a Tokio. Tras agradecerle la información, compré un billete para Tokio con los cinco mil yenes que me había dado aquel hombre. Mientras esperaba el tren, compré un periódico y miré la fecha. Estábamos a 2 de octubre de 1970. Llevaba un mes viajando. «Tengo que volver al mundo real», pensé.

El mes de viaje no me levantó el ánimo, ni suavizó el impacto producido por la muerte de Naoko. Regresé a Tokio en un estado similar al de un mes atrás. Ni siquiera me sentí capaz de llamar a Midori. No sabía cómo abordarla. ¿Qué podía decirle? ¿«Todo ha terminado. Intentemos ser felices»? ¿Podía decirle esto? Por supuesto que no. Sin embargo, le dijera lo que le dijera, utilizara las palabras que utilizara, en definitiva había un único hecho cierto. Naoko estaba muerta y Midori seguía viva. Naoko se había convertido en blanca ceniza; Midori era de carne y hueso.

Me sentía manchado. Al volver a Tokio, pasé varios días encerrado en mi habitación. Mi memoria no estaba ligada a los vivos, sino a los muertos. Las habitaciones que le había reservado a Naoko permanecían con las persianas bajadas, los muebles estaban cubiertos con trapos blancos, en el alféizar de la ventana se había posado una fina capa de polvo. Pasaba la mayor parte del día en aquellas habitaciones. Y pensaba en Kizuki. «¡Vaya, Kizuki! Al final has conseguido a Naoko, ¿eh? Al principio ella fue tuya. Quizás es allí adónde ella debía ir. Pero, en este mundo imperfecto de los vivos, he hecho todo lo posible por ella. He intentado empezar una nueva vida con ella. En fin... Tú ganas. Te la cedo. Ella te ha elegido. Se ha ahorcado en lo más profundo de un bosque tan oscuro como su mente. Kizuki, hace tiempo arrastraste una parte de mí hacia el mundo de los muertos. Y ahora es Naoko quien arrastra otra parte. A veces me siento como el portero de un museo. Un museo vacío, desierto, que ya nadie visita. Y yo lo custodio exclusivamente para mí.»

Cuatro días después de regresar a Tokio recibí una carta de Reiko. En el sobre había pegado un sello de correo urgente. El contenido de la carta era conciso.

«No he podido localizarte. Estoy muy preocupada por ti. Llámame. Te espero a las nueve de la mañana y a las nueve de la noche en este número.»

Marqué el número de teléfono a las nueve de la noche. Reiko contestó enseguida.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—No muy bien —dije.

—¿Puedo venir a visitarte pasado mañana?

—¿Venir a visitarme dices? ¿A Tokio?

—Sí. Quiero hablar contigo con calma.

—¿Te marchas de la residencia?

—Si no, no podría visitarte —afirmó—. Ha llegado el momento de irme. Ya llevo ocho años aquí... Si sigo más tiempo en este lugar, me pudriré.

Las palabras no acudían a mi boca; permanecí en silencio durante un momento.

—Llegaré a la estación de Tokio pasado mañana en el Shinkansen de las tres y veinte. ¿Vendrás a buscarme? Aún recuerdas mi cara, ¿verdad? ¿O quizás, ahora que Naoko ha muerto, ya no te intereso?

—¡No digas tonterías! Te espero pasado mañana a las tres y veinte en la estación de Tokio.

—Enseguida me reconocerás. No hay muchas mujeres maduras que lleven una funda de guitarra.

Efectivamente, no me costó nada localizarla. Llevaba una chaqueta de corte masculino de *tweed*, unos pantalones blancos, unas zapatillas de deporte rojas, el pelo tan corto y alborotado como de costumbre, con las puntas levantándose aquí y allá. Cargaba con una maleta de viaje de piel marrón en la mano derecha, y una funda de guitarra de color negro en la izquierda. Cuando me vio, contrajo las arrugas de su rostro en una sonrisa. No pude evitar sonreír. Le llevé la maleta hasta el andén de la línea Chûô.

—Watanabe, ¿desde cuándo tienes tan mal aspecto? ¿O tal vez ésta es la última moda en Tokio?

—He estado viajando durante un tiempo. Y no he comido nada que fuera mínimamente alimenticio —me excusé—. ¿Qué te ha parecido el Shinkansen?

—Horrible. Las ventanas no se abren. Me ha costado sudor y lágrimas comprar algo para comer en una estación a medio camino.

—Pero dentro del tren había gente vendiendo cosas, supongo.

—¿Te refieres a esos sándwiches caros y asquerosos? Ni siquiera un caballo hambriento comería esa basura. A mí me gustaba el besugo que vendían en la estación de Gotenba.

—Si hablas así, te tomarán por una vieja.

—¡Y qué más da! Soy vieja —dijo Reiko.

De camino a Kichijôji, Reiko estuvo mirando por la ventanilla del tren la zona de Musashino con gran curiosidad.

—¿Tanto ha cambiado esto en ocho años? —le pregunté.

—¿Puedes imaginarte cómo me siento en estos momentos?

—No.

—Tengo tanto miedo que siento que voy a enloquecer —reconoció Reiko—. No sé qué debo hacer. Parece que me han soltado aquí, sola. La expresión «siento que

voy a enloquecer» no tiene desperdicio, ¿no te parece?

Le tomé la mano, entre risas.

—Tranquila. Todo irá bien. Además, has logrado salir de allí por tu propio pie.

—No, no ha sido gracias a mí —dijo Reiko—. Lo he conseguido gracias a Naoko y a ti. Sin Naoko, no soportaba permanecer en ese sitio. Además, necesitaba venir a Tokio y hablar contigo. Por eso me he marchado. Si no hubiera sucedido nada, tal vez me hubiera quedado allí para siempre.

Asentí a sus palabras.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Iré a Asahikawa. ¿Oyes? ¡A Asahikawa! —exclamó—. Una amiga mía del conservatorio tiene allí una escuela de música y ya hace dos o tres años que me está insistiendo para que le eche una mano. Hasta ahora había declinado la oferta diciéndole que detesto el frío. Lógico, ¿no? A uno no se le ocurre, cuando finalmente se ve libre, ir a parar a un sitio como Asahikawa. Aquello es como un agujero.

—¡Exageras! —Me reí—. He estado allí una vez y no está mal. Tiene su interés.

—¿De verdad?

—Sí. Es mejor que estar en Tokio. Eso te lo aseguro.

—En fin, no tengo otro lugar adónde ir, y ya he enviado allí mis cosas —explicó—. Watanabe, ¿vendrás a visitarme?

—Claro. Pero ¿te vas a Asahikawa enseguida o antes piensas quedarte un tiempo en Tokio?

—Sí, me quedaré dos o tres días. ¿Podría alojarme en tu casa? No te molestaré.

—No hay problema. Yo puedo dormir en el saco de dormir, dentro del armario.

—Me sabe mal.

—No me importa. Es un armario muy grande.

Reiko tamborileó con los dedos sobre la funda de la guitarra.

—Tendré que readaptarme a mí misma antes de ir a Asahikawa. Aún no estoy familiarizada con el mundo exterior. Hay un montón de cosas que no entiendo, estoy nerviosa. ¿Me ayudarás? Eres la única persona a quien puedo pedirselo.

—Haré cuanto esté en mi mano —le prometí.

—Espero no estorbarte.

—¿En qué?

Reiko me miró y curvó las comisuras de los labios en una sonrisa. No añadió nada más.

Nos apeamos del tren en Kichijôji y subimos a un autobús que nos llevó hasta casa. Durante todo el trayecto apenas hablamos. Nos limitamos a hacer algún comentario suelto sobre cómo había cambiado Tokio, o sobre la época en que Reiko iba al conservatorio, o sobre mi viaje a Asahikawa. No mencionamos a Naoko. Hacía

diez meses que no había visto a Reiko, pero, caminando a su lado, mi corazón se ablandó y me sentí aliviado. Tuve la impresión de que ya había sentido antes algo parecido. Cuando paseaba con Naoko por las calles de Tokio, experimentaba una sensación idéntica. De la misma manera que Naoko y yo habíamos compartido a un muerto, a Kizuki, Reiko y yo compartíamos a una muerta, a Naoko. No pude decir ni una palabra después de pensar aquello. Reiko continuó hablando un rato, hasta que se dio cuenta de que yo no abría la boca y enmudeció. Tomamos el autobús, llegamos a casa.

Era una tarde de principios de otoño, de luz tan nítida y transparente como aquélla en la que, un año atrás, había visitado a Naoko en Kioto. Las nubes eran blancas y alargadas como huesos, y el cielo estaba muy alto. «Ha vuelto el otoño», pensé. El olor del aire, el tono de la luz, las flores entre la maleza y las reverberaciones de los sonidos anunciaban su llegada. Y cada vez que las estaciones cerraban su ciclo, se incrementaba, a un ritmo más alto, la distancia entre los muertos y yo. Kizuki aún tenía diecisiete años, y Naoko, veintiuno. Eternamente.

—Aquí me siento aliviada —comentó Reiko al bajar del autobús echando una ojeada alrededor.

—Claro, aquí no hay nada —dije.

Cruzamos la puerta trasera y la conduje por el jardín hasta mi casa. Reiko parecía admirada.

—¡Es un sitio fantástico! —exclamó—. ¿Todo esto lo has hecho tú mismo? La estantería, la mesa...

—Sí. —Puse a calentar agua para el té.

—Eres muy hábil. Y está todo muy limpio.

—Esto es gracias a la influencia de Tropa-de-Asalto. Él me convirtió en un amante de la limpieza. El casero está muy contento. Siempre dice: «Me cuidas muy bien la casa».

—¡Oh, es verdad! Tengo que ir a saludar a tu casero —terció Reiko—. Vive al otro lado del jardín, ¿no?

—¿Piensas ir a saludarlo?

—Imagino que si ve a una vieja metida en tu casa tocando la guitarra algo va a pensar... Mejor hacerlo bien desde el principio. Si incluso le he traído una caja de dulces...

—Estás en todo —comenté sorprendido.

—Los años te enseñan. Le diré que soy tía tuya por parte de madre y que he venido de Kioto, así que tú sígueme la corriente. En estos casos, la diferencia de edad facilita las cosas. Nadie sospechará nada.

Sacó una caja de dulces de la maleta y se fue, resuelta, mientras yo me sentaba en

el porche, tomaba una taza de té y jugaba con el gato. Reiko no volvió hasta veinte minutos después. Cuando regresó, sacó de la maleta una lata de galletas de arroz y me dijo que aquél era mi regalo.

—¿De qué habéis estado hablando durante más de veinte minutos? —Mordisqueé una galleta.

—De ti, claro. —Acarició el gato, entre sus brazos, pasando la mejilla por su pelaje—. Está impresionado. Dice que eres un chico muy formalito y estudioso.

—¿Yo?

—Quién si no. —Reiko empezó a reírse.

Tomó mi guitarra y, tras afinarla, tocó *Desafinado*, de Antonio Carlos Jobim. Hacía mucho tiempo que no le oía tocar la guitarra, y sus notas me caldearon el corazón, como de costumbre.

—¿Tocas la guitarra?

—Mi casero la tenía en el cuarto de los trastos, se la pedí y a veces practico.

—Luego te daré unas lecciones gratis. —Reiko dejó la guitarra, se quitó la chaqueta de *tweed*, se apoyó en una columna del porche y fumó un cigarrillo. Debajo de la chaqueta llevaba una camisa a cuadros multicolores de manga corta.

—¿Te gusta mi camisa? —preguntó.

—Es muy bonita —convine. El dibujo era, en efecto, muy elegante.

—Pertenecía a Naoko —dijo Reiko—. Teníamos la misma talla de ropa. Sobre todo cuando llegó al sanatorio. Después engordó un poco, pero, incluso así, seguimos teniéndola muy parecida. La misma talla de camisa y de pantalón, el mismo número de zapatos... La talla del sujetador no, claro. Ésa era muy diferente. Porque yo casi no tengo tetas. Siempre nos intercambiábamos la ropa. Puede decirse que la compartíamos.

Observé a Reiko. Efectivamente, tenía un cuerpo parecido al de Naoko. La forma de su rostro y la fragilidad de sus muñecas la hacían parecer más delgada y pequeña que Naoko, pero, mirándola con atención, uno advertía que su cuerpo era robusto.

—Estos pantalones y esta chaqueta también son de ella. Todo es de Naoko. ¿Te molesta verme con su ropa?

—En absoluto. Ella estaría contenta de que alguien la aprovechara. Especialmente, tú.

—Es extraño. —Reiko hizo chasquear los dedos—. A su muerte, Naoko no dejó nada escrito para nadie, excepto en cuanto a la ropa. Garabateó unas líneas en un bloc, que dejó encima de la mesa. Puso: «Dadle toda mi ropa a Reiko». ¿No te parece extraño? ¿Por qué pensó en la ropa en un momento así, cuando se disponía a morir? ¿Qué importancia tiene eso? Había un montón de cosas más importantes sobre las que debía querer hablar...

—Quizá no hubiera ninguna.

Mientras fumaba el cigarrillo, Reiko pareció sumirse en sus cavilaciones.

—¿Quieres que te cuente toda la historia, desde el principio?

—Sí —dije.

—Una vez se conocieron los resultados de las pruebas, aunque Naoko había experimentado una mejoría, los médicos decidieron ingresarla durante un largo periodo en el hospital de Osaka para recibir allí una terapia intensiva. Creo que esto ya te lo conté en mi carta del 10 de agosto.

—Recuerdo esa carta.

—El 24 de agosto su madre me llamó diciendo que Naoko quería visitarme cuando me fuera bien. Quería recoger sus cosas y, puesto que no nos veríamos durante una larga temporada, deseaba hablar conmigo largo y tendido; su madre me pidió si podía quedarse a dormir en mi habitación. Por mi parte, no había ningún problema. A mí también me apetecía mucho verla y hablar con ella. Al día siguiente, el 25, ella y su madre llegaron en taxi. Las tres estuvimos recogiendo sus cosas. Mientras, no paramos de charlar. A última hora de la tarde, Naoko le dijo a su madre que ya podía irse, que estaba todo arreglado, así que su madre llamó un taxi y se marchó. Naoko parecía muy animada y, tanto su madre como yo, estábamos tranquilas. La verdad es que hasta entonces me había preocupado Naoko. Pensaba que debía de estar abatida, deprimida, exhausta. Sé muy bien lo duras que son las pruebas y las terapias de los hospitales. Pero cuando la vi, me pareció que le habían sentado bien. Su aspecto era mucho más saludable de lo que imaginaba, sonreía, bromeaba, su manera de hablar era mucho más lúcida que antes, incluso me contó que había ido a la peluquería, que estaba muy contenta de su nuevo peinado... En fin, supuse que no pasaría nada si su madre nos dejaba a solas. «¿Sabes, Reiko?», me dijo. «En el hospital intentaré curarme de una vez por todas.» «Será lo mejor», repuse. Dimos un paseo y hablamos sobre lo que haríamos en el futuro. Ella me comentó: «Me gustaría vivir contigo».

—¿Tú y ella?

—Sí. —Reiko se encogió de hombros—. Yo le respondí: «Me parece bien, pero ¿y Watanabe?». Y ella repuso: «Con él tengo que arreglar las cosas». No añadió nada más. A continuación hablamos de dónde viviríamos, de lo que haríamos. Luego fuimos al gallinero y jugamos con las aves.

Bebí una cerveza que saqué de la nevera. Reiko encendió otro cigarrillo. El gato dormía acurrucado en mi regazo.

—Naoko lo tenía todo cuidadosamente planeado desde un principio. Tal vez por eso parecía tan animada, tan sonriente, con tan buen aspecto. Había tomado una decisión y se sentía aliviada. Recogimos algunas cosas más del cuarto, las metimos en un bidón del jardín y las quemamos. El cuaderno que usaba como diario, varias

cartas, cosas de este tipo. Incluso tus cartas. A mí me extrañó, y recuerdo que le pregunté por qué las quemaba. Hasta entonces las había tenido guardadas porque las releía constantemente. «Quiero deshacerme de todo mi pasado y empezar una nueva vida», me dijo. «¡Vaya!», pensé. Creí en sus palabras. De hecho, aquello tenía su lógica. Deseaba que se recuperara y fuera feliz. ¡Aquel día estaba tan guapa! Ojalá la hubieras visto.

»Cenamos en el comedor, como de costumbre, nos bañamos, abrí una botella de buen vino que tenía guardada, bebimos y yo toqué a la guitarra canciones de los Beatles, como siempre: *Norwegian Wood*, *Michelle*, sus melodías favoritas. Estábamos de muy buen humor, apagamos la luz, nos desnudamos y nos echamos sobre la cama. Aquella noche hacía mucho calor y, aunque teníamos la ventana abierta, apenas entraba el aire. Fuera estaba oscuro como boca de lobo y el zumbido de los insectos se dejaba oír con fuerza. El olor a la hierba del verano llenaba la habitación haciendo el ambiente casi irrespirable. De repente, Naoko empezó a hablar de ti. De la relación sexual que habíais tenido aquella noche. Me lo contó todo con pelos y señales. Cómo la habías desnudado, cómo la habías acariciado, lo húmeda que estaba ella, cómo la habías penetrado, lo maravilloso que había sido. Describió hasta los pequeños detalles. Le pregunté, sorprendida: “¿Por qué me cuentas todo esto ahora?”. Había sido tan repentino..., jamás me había hablado de estas cosas de una manera tan abierta. Claro que nosotras, como si fuera una especie de terapia, habíamos hablado de sexo. Pero ella jamás había dado tantos detalles. Le daba vergüenza. Así que me asombró que se extendiera tanto sobre todo eso.

»“Me apetecía que lo supieras”, explicó Naoko. “Pero si no quieres escucharme, me callo.”

»“Si te apetece hablar suéltalo todo. Te escucho”, le dije.

»“Cuando me penetró me dolió muchísimo”, dijo Naoko. “Era la primera vez. Yo estaba muy húmeda y se deslizó dentro con facilidad, pero me dolió tanto que creí que iba a perder el sentido. Él la metió muy hondo, yo creía que ya no entraba más, pero me levantó un poco las piernas y me penetró todavía más adentro. Sentí cómo se me enfriaba todo el cuerpo. Como si me hubieran tirado al agua helada. Tenía los brazos y las piernas entumecidos y sentía escalofríos. Me preguntaba qué me estaba pasando. Quizá fuera a morirme, pero no me importaba. Pero él se dio cuenta de que me dolía y se quedó dentro de mi vagina, tal como estaba, sin moverse, y me abrazó, me besó el pelo, el cuello, los pechos. Durante mucho tiempo. Poco a poco, mi cuerpo fue recobrando el calor. Él empezó a moverse despacio y... Fue tan maravilloso que pensé que me estallaría la cabeza. Tanto que pensé que ojalá pudiera quedarme toda la vida así, entre sus brazos, haciéndolo.”

»“Si fue tan fantástico, podrías haberte quedado con él y hacerlo todos los días”, comenté.

»“Era imposible, Reiko. Yo lo sabía. Aquello se fue igual que vino. Jamás volvería. Fue algo que ocurre por casualidad una vez en la vida. No lo había sentido nunca antes, ni volvería a sentirlo después. Jamás he vuelto a tener ganas de hacerlo; jamás he vuelto a sentirme húmeda.”

»Por supuesto, quise explicárselo a Naoko. Le dije que esas cosas suelen ocurrirles a las chicas jóvenes y que luego se curan de forma natural, con el paso de los años. Además, habiendo ido bien una vez, no tenía de que preocuparse. Yo misma, poco después de casarme, tuve algún problema.

»“No es eso”, repuso Naoko. “No estoy preocupada, Reiko. Lo único que quiero es que nadie vuelva a penetrarme. No quiero que nadie vuelva a violentarme jamás.”

Terminé la cerveza mientras Reiko fumaba otro cigarrillo. El gato se desperezó en el regazo de Reiko, cambió de postura, volvió a dormirse. Reiko, tras dudar unos instantes, se llevó un cigarrillo a los labios y lo encendió.

—Luego empezó a llorar en silencio —siguió Reiko—. Me senté en su cama, le acaricié la cabeza y le dije que no se preocupara, que todo se arreglaría. Una chica joven y bonita como ella debía encontrar a un hombre que la tomara entre sus brazos y la hiciera feliz. Era una noche calurosa y Naoko estaba bañada en sudor y lágrimas, así que tomé una toalla de baño y le enjuagué la cara y el cuerpo. Incluso tenía las bragas empapadas, se las saqué... No pienses nada extraño. Nos bañábamos siempre juntas; yo la veía como si fuese mi hermana pequeña.

—Ya lo sé, mujer —intervine.

—Naoko me pidió que la abrazara. «¿Con este calor?», repuse, pero ella me dijo que era la última vez. La abracé, durante mucho rato, envuelta en la toalla de baño, para que el sudor no rezumara. Cuando se tranquilizó, le volví a secar el sudor, le puse el pijama y la acosté. Se durmió enseguida. O tal vez fingió quedarse dormida. En cualquier caso, estaba preciosa. Parecía una niña de trece o catorce años a la que nadie hubiera herido en toda su vida. Yo, por mi parte, me dormí plácidamente, contemplándola.

«Cuando me desperté a las seis de la mañana ella ya no estaba. El pijama estaba allí, pero habían desaparecido su ropa, las zapatillas de deporte y la linterna que tenía siempre a la cabecera de la cama. Enseguida comprendí que algo iba mal. El que se hubiera llevado la linterna significaba que había salido cuando aún estaba oscuro. Por si acaso, eché una ojeada encima de la mesa, donde encontré la nota: “Dadle toda mi ropa a Reiko”. Corrí a avisar a todo el mundo y les pedí que me ayudaran a buscar a Naoko. Entre todos registramos el sanatorio y rastreamos los bosques aledaños. Tardamos cinco horas en encontrarla. Hasta se había traído la cuerda.

Reiko lanzó un suspiro y acarició la cabeza del gato.

—¿Quieres una taza de té? —le pregunté.

—Sí, gracias —dijo.

Calenté agua, preparé el té y salí al porche. El día declinaba, la luz del sol había palidecido y las sombras de los árboles se alargaban bajo nuestros pies.

Entre sorbo y sorbo de té, contemplé aquel extraño jardín donde se mezclaban caprichosamente las rosas amarillas, las azaleas y las nandinas.

—Poco después llegó la ambulancia y se la llevó. A mí me interrogó la policía. En fin, es un decir. No me preguntaron gran cosa. Naoko había dejado una nota antes de morir, era evidente que se trataba de un suicidio. Parecía que lo mínimo que cabía esperar de un enfermo mental fuera que se suicidara.

—Qué funeral tan triste tuvo Naoko, ¿verdad? —dije—. Tan silencioso, con tan poca gente... A su familia les preocupaba saber cómo me había enterado de que Naoko había muerto. Supongo que no querían que la gente se enterara de que había sido un suicidio. La verdad es que no tendría que haber acudido. Me sentí aún peor, y después me marché de viaje.

—Watanabe, ¿salimos a dar un paseo? —sugirió Reiko—. Podríamos ir a comprar algo para la cena. Estoy hambrienta.

—¿Hay algo que te apetezca comer en especial?

—*Sukiyaki*^[28] —dijo—. Hace muchos años que no lo he probado. Incluso se me aparece en sueños. La carne, la cebolla, los fideos *konnyaku*^[29], el *tôfu*, las hojas de crisantemo, todo cociéndose a fuego lento.

—Sí, pero no tengo ninguna cazuela.

—No importa. Yo me ocupo de eso. Voy a pedirle una al casero.

Reiko se encaminó hacia la casa principal y volvió con una cazuela, un hornillo de gas portátil y una larga manga de goma.

—¿Qué te parece? Fantástico, ¿eh?

—¡Y que lo digas! —dije admirado.

En la calle comercial del barrio compramos la carne de ternera, los huevos, las verduras y el *tôfu*; en la bodega, un vino relativamente bueno. Aunque quise invitarla, al final acabó pagándolo todo ella.

—Si se enteran de que mi sobrino tiene que pagarme la comida, me convertiré en el hazmerreír de la familia —bromeó Reiko—. Además, tengo bastante dinero. No temas. No me he marchado del sanatorio sin blanca.

De vuelta en casa, Reiko lavó el arroz y lo puso a cocer y yo extendí la manga de gas hasta el porche e hice los preparativos para cocinar el *sukiyaki*. Cuando estuvo todo listo, Reiko sacó su guitarra del estuche, se sentó en el porche, ya sumido en la penumbra, y tocó una *Fuga* de Bach como si estuviera probando el instrumento. Tocaba los pasajes más bonitos intencionadamente despacio, con sentimiento, escuchando cada acorde. Reiko parecía una chica de diecisiete o dieciocho años

contemplando extasiada un vestido que le gustaba. Le brillaban los ojos, los labios dibujaban una sonrisa. Cuando acabó de tocar la melodía, se apoyó en una columna del porche, alzó la vista al cielo y se sumió en sus pensamientos.

—¿Puedo hablarte? —le pregunté.

—Claro. Estaba pensando que tenía hambre —dijo Reiko.

—¿Irás a visitar a tu marido y a tu hija? Viven en Tokio, ¿no?

—En Yokohama. No, no iré. Ya te lo conté, ¿no es cierto? Para ellos es mejor no relacionarse conmigo. Tienen una nueva vida y sería muy duro volver a verlos. Creo que es mejor que no vaya.

Reiko arrugó una cajetilla vacía de tabaco Seven Stars, la tiró, sacó otro paquete de la maleta de piel, lo abrió y se llevó un cigarrillo a los labios. Pero no lo encendió.

—Estoy acabada. Lo que tienes frente a ti no es más que una pálida sombra de lo que fui. Mi interioridad murió hace mucho tiempo y ahora me limito a actuar mecánicamente.

—A mí me gusta mucho cómo eres ahora. Seas o no una pálida sombra de lo que fuiste. Quizá no tenga sentido decirlo, pero estoy muy contento de que lleves la ropa de Naoko.

Reiko sonrió y encendió el cigarrillo.

—Para ser tan joven sabes muy bien cómo hacer felices a las mujeres.

Me sonrojé.

—Sólo digo lo que pienso.

—Ya lo sé —dijo Reiko riéndose.

Mientras, el arroz se había acabado de cocer. Pusimos aceite en la cazuela y empezamos a preparar el *sukiyaki*.

—¿No será un sueño? —Reiko husmeaba el aire.

—Es un auténtico *sukiyaki*. Te lo digo por experiencia —comenté.

Sin apenas hablar, picoteamos con los palillos de la cazuela, bebimos cerveza y comimos el arroz en silencio. *Gaviota* se acercó atraída por el olor y compartimos la carne con ella. Cuando nos sentimos llenos, los dos nos apoyamos en una columna del porche y contemplamos la luna.

—¿Estás satisfecha? —le pregunté.

—Del todo —dijo Reiko hablando con dificultad—. Es la primera vez en mi vida que como tanto.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Cuando acabe de fumar el cigarrillo, tengo ganas de ir a unos baños públicos. Me noto el pelo sucio.

—Hay unos baños por aquí cerca —informé.

—Por cierto, Watanabe. Si no te importa, me gustaría que me dijeras algo. ¿Te has acostado con aquella chica, con Midori? —me preguntó Reiko.

—¿Te refieres a si hemos tenido relaciones sexuales? No. Decidimos esperar hasta que las cosas estuvieran claras.

—¿Y ahora ya lo están?

Sacudí la cabeza indicando que no lo sabía.

—¿Quieres decir que, ahora que Naoko ha muerto, todo se ha puesto en su lugar? —aventuré.

—Tú ya habías tomado una decisión antes de que Naoko muriera, ¿no es verdad? Decías que no podías separarte de Midori. Y eso no tiene nada que ver con que Naoko esté muerta. Elegiste a Midori y Naoko prefirió la muerte. Ya eres una persona adulta y tienes que responsabilizarte de tus propias decisiones. Si no, las cosas te irán mal.

—Pero eso no puedo olvidarlo —repliqué—. Le dije a Naoko que la esperaría. Pero no lo hice. Al final, la abandoné. No es ahora el momento de buscar culpables. Es un problema mío. Probablemente, aunque no la hubiera abandonado a medio camino, el resultado hubiera sido el mismo. Naoko ya debía de haber elegido la muerte. Pero no puedo perdonármelo. Tú dices que no puede hacerse nada contra el flujo natural de los sentimientos, pero mi relación con Naoko no fue algo tan simple. Desde el principio estuvimos unidos en la frontera entre la vida y la muerte.

—Si sientes dolor por la muerte de Naoko, siéntelo el resto de tu vida. Y si algo puedes aprender de este dolor, apréndelo. Pero intenta ser feliz con Midori. Tu dolor no tiene nada que ver con ella. Si continúas así lo estropearás todo. Aunque sea duro, trata de ser fuerte. Crece, madura. He salido del sanatorio para decirte esto. He venido desde lejos, en aquel tren que parece un sarcófago...

—Comprendo muy bien lo que tratas de advertirme —dije—. Pero todavía no estoy preparado. Tuvo un funeral tan triste... Nadie debería morir de este modo...

Reiko alargó la mano y me acarició la cabeza.

—Todos moriremos de este modo un día u otro.

Caminamos unos cinco minutos a lo largo del río hasta los baños públicos y al volver a casa nos sentimos como nuevos. Abrimos la botella de vino y nos sentamos en el porche.

—Watanabe, ¿te importaría servirme otra copa?

—Por supuesto.

—Celebraremos el funeral de Naoko —soltó Reiko—. Uno que no sea triste.

Le traje la copa y Reiko la llenó de vino hasta los bordes, que puso sobre la linterna de piedra del jardín. Después se sentó en el porche, se apoyó en la columna, tomó la guitarra y fumó un cigarrillo.

—¿Tienes cerillas? ¿Puedes traerme una caja? La más grande que tengas.

Le llevé la caja de cerillas de la cocina y me senté a su lado.

—Cada vez que yo toque una canción, tú pones una cerilla allí, una al lado de la otra. Tocaré tantas canciones como pueda.

Primero hizo una interpretación serena y bellísima de *Dear Heart*, de Henry Mancini.

—Este disco se lo regalaste tú, ¿no?

—Sí. Hace dos años, por Navidad. A ella le encantaba esta melodía.

—A mí también. Es tan dulce, tan hermosa...

Y, tras rasguear deprisa algunos acordes de *Dear Heart*, tomó un sorbo de vino.

—Veremos cuántas canciones puedo tocar antes de emborracharme. Un funeral así no está nada mal, ¿no te parece? No es triste.

Reiko pasó, a los Beatles y tocó *Norwegian Wood*, *Yesterday*, *Michelle*, *Something*. Después cantó, acompañándose de la guitarra, *Here Comes the Sun*. Al final interpretó *The Fool of the Hill*. Puse siete cerillas en fila.

—Siete canciones. —Reiko tomó un sorbo de vino y fumó un cigarrillo—. Ellos debían de conocer muy bien la soledad y la dulzura de la vida humana, ¿no crees?

Con «ellos» Reiko se refería, por supuesto, a John Lennon, Paul McCartney y George Harrison.

Tras un breve descanso, Reiko apagó el cigarrillo, tomó la guitarra y tocó *Penny Lane*, *Blackbird*, *Julia*, *When I'm 64*, *Nowhere Man*, *And I Love Her* y *Hey Jude*.

—¿Cuántas son?

—Catorce —dijo.

—¿Y tú no cantas ninguna? —Suspiró.

—No sé cantar.

—Qué más da.

Traje mi guitarra y, a trancas y barrancas, logré entonar *Up on the Roof*. Mientras tanto, Reiko fumó tranquilamente un cigarrillo y estuvo bebiendo vino. Cuando acabé de tocar, me aplaudió con entusiasmo.

A continuación, Reiko tocó una adaptación para guitarra de *Pavanne for a Dying Queen*, de Ravel, e hizo una bella interpretación del *Claro de luna*, de Debussy.

—He perfeccionado estas dos melodías tras la muerte de Naoko —me contó Reiko—. Aunque ella, hasta el último día, sintió debilidad por las melodías sentimentales.

Luego tocó algunas canciones de Burt Bacharach: *Close to You*, *Raindrops Keep Falling on my Head*, *Walk on By*, *Wedding Bell Blues*.

—Ya tenemos veinte —informé.

—Parezco una gramola —dijo Reiko divertida—. Si mis profesores del conservatorio me vieran, se sorprenderían.

Entre pitillos y sorbos de vino, fue tocando, una tras otra, todas las canciones que sabía. Interpretó unas diez de bossa nova y otras muchas de Rogers and Hart,

Gershwin, Bob Dylan, Ray Charles, Carole King, los Beach Boys, Stevie Wonder, y también *Ue o muite arukoo*, *Blue Velvet* y *Green Fields*. En fin, todo tipo de música. A veces cerraba los ojos, o ladeaba la cabeza, o tarareaba siguiendo el compás de la música.

Tras el vino, echamos mano de la botella de whisky. Derramé el vino que había dentro de la copa sobre la linterna y llené la copa de whisky.

—¿Cuántas canciones tenemos ahora?

—Cuarenta y ocho —contesté.

La que hizo cuarenta y nueve fue *Eleanor Rigby*, y al final volvió a tocar *Norwegian Wood*. Al llegar a la canción número cincuenta, Reiko se tomó un respiro y bebió un trago de whisky.

—Tal vez sea suficiente.

—Desde luego. Es increíble.

—Ahora, escúchame, Watanabe. Olvídate de lo triste que fue aquel funeral. —Reiko me miró a los ojos—. Acuérdate sólo de éste. Ha sido precioso, ¿no es cierto?

Asentí a sus palabras.

—Una canción más de propina —dijo Reiko. Tocó, como número cincuenta y uno, la *Fuga* de Bach de siempre.

—Watanabe, ¿te apetece hacerlo? —me susurró al terminar de tocar.

—Es extraño —reconocí—. Yo estaba pensando lo mismo.

En la habitación oscura, con las ventanas cerradas, Reiko y yo nos abrazamos como si fuera lo más natural del mundo y buscamos el cuerpo del otro. Le quité la camisa, los pantalones, la ropa interior.

—He llevado una vida curiosa, pero no se me había pasado por la cabeza la posibilidad de que algún día un chico de veinte años me quitara las bragas.

—¿Prefieres quitártelas tú?

—No, no. Quítamelas tú. Pero estoy arrugada como una pasa, no vayas a llevarte una desilusión.

—A mí me gustan tus arrugas.

—Voy a echarme a llorar —susurró Reiko.

La besé por todo el cuerpo y recorrí con la lengua sus arrugas. Envolví con mis manos sus pechos lisos de adolescente, mordisqueé suavemente sus pezones, puse un dedo en su vagina, cálida y húmeda, que empecé a mover despacio.

—Te equivocas, Watanabe —me dijo Reiko al oído—. Eso también es una arruga.

—¿Nunca dejas de bromear? —le solté estupefacto.

—Perdona. Estoy asustada. ¡Hace tanto tiempo que no lo hago! Me siento como una chica de diecisiete años a la que hubieran desnudado al ir a visitar a un chico a su habitación.

—Y yo me siento como si estuviera violando a una chica de diecisiete años.

Metí el dedo dentro de aquella «arruga», la besé desde la nuca hasta la oreja, le pellizqué los pezones. Cuando su respiración se aceleró y su garganta empezó a temblar, le separé las delgadas piernas y la penetré despacio.

—Ten cuidado de no dejarme embarazada. Me daría vergüenza, a mi edad.

—Tendré cuidado. Tranquila —dije.

Cuando la penetré hasta el fondo, ella tembló y lanzó un suspiro. Moví el pene despacio mientras le acariciaba la espalda; eyaculé de forma tan violenta que no pude contenerme. Aferrado a Reiko, expulsé mi semen dentro de su calidez.

—Lo siento. No he podido aguantarme —me excusé.

—¡No seas tonto! No hay por qué disculparse —bromeó Reiko dándome unos azotes en el trasero—. Siempre que te acuestas con chicas, ¿piensas tanto?

—Sí.

—Conmigo no hace falta. Olvídalo. Eyacula tanto como quieras y cuando te plazca. ¿Te sientes mejor?

—Mucho mejor. Por eso no he podido aguantarme.

—No se trata de aguantarse. Está bien así. A mí también me ha gustado mucho.

—Oye, Reiko —dije.

—Dime.

—Tienes que enamorarte de alguien. Eres maravillosa, sería un desperdicio que no lo hicieras.

—Lo tendré en cuenta. ¿Crees que en Asahikawa la gente se enamora?

Al rato volví a introducir dentro de ella mi pene erecto. Debajo de mí, Reiko se retorció de placer y contenía el aliento. Mientras la abrazaba y movía, despacio y en silencio, el pene dentro de su vagina, hablamos de muchas cosas. Era maravilloso charlar mientras hacíamos el amor.

Cuando se reía de mis bromas el temblor de su risa se transmitía a mi pene. Permanecimos largo tiempo abrazados de este modo.

—Es fantástico estar así —dijo Reiko.

—Tampoco está nada mal moverse —añadí.

—Entonces hazlo.

La alcé asiéndola por las caderas y la penetré hasta el fondo, saboreando aquella sensación hasta que eyaculé.

Aquella noche lo hicimos cuatro veces. Al final de cada una de ellas, Reiko se abandonaba entre mis brazos, cerraba los ojos, lanzaba un profundo suspiro y temblaba unos instantes.

—Creo que no hace falta que vuelva a hacerlo en toda mi vida —dijo—. Tranquilo. Para. Te lo ruego. Ya he agotado la parte que me tocaba para el resto de

mis días.

—¿Quién sabe?

Intenté convencerla de que fuera a Asahikawa en avión, diciéndole que era más rápido y más cómodo, pero ella prefirió viajar en tren.

—Tomaré el ferry de Aomori-Hakodate. No me apetece volar —comentó.

Así que la acompañé a la estación de Ueno. Reiko cargaba el estuche de la guitarra, y yo, su maleta. Una vez allí, nos sentamos en un banco del andén a esperar el tren. Ella vestía la misma chaqueta de *tweed* y los mismos pantalones blancos que le vi el día en que llegó a Tokio.

—¿Te gustó Asahikawa? —me preguntó.

—Es un buen sitio —dije—. Iré a visitarte pronto y te escribiré.

—Me gustan tus cartas. Pero Naoko las quemó todas. Con lo bonitas que eran...

—Las cartas no son más que un trozo de papel. Aunque se quemen, en el corazón siempre queda lo que tiene que quedar; por más que las guardes, lo que no debe quedar desaparece.

—Si te soy sincera, me da pánico ir sola a Asahikawa. Así que escríbeme. Cuando lea tus cartas sentiré que estás a mi lado.

—Te escribiré tanto como quieras. Pero estate tranquila. Vayas adónde vayas, saldrás adelante.

—Me da la sensación de que todavía tengo algo metido dentro. Debe de ser una alucinación.

—Es una pálida sombra de lo que fue. —Me eché a reír.

Reiko también se rió.

—No me olvides —me rogó.

—No te olvidaré nunca.

—Tal vez jamás vuelva a verte, pero siempre me acordaré de ti y de Naoko.

Miré a Reiko a los ojos. Estaba llorando. En un impulso, la besé. Al pasar, la gente nos miraba con curiosidad, pero a mí no me importaba. Estábamos vivos y teníamos que preocuparnos por seguir viviendo.

—Sé feliz —dijo Reiko en el momento de separarnos—. Ya te he dado todos los consejos que podía ofrecerte. No me queda nada que decir. Sólo que seas feliz. Te deseo la parte de felicidad que le correspondía a Naoko, y también la mía.

Nos dijimos adiós con la mano y nos separamos.

Llamé a Midori por teléfono.

—Quiero hablar contigo —le dije—. Tengo muchas cosas que contarte. Eres lo único que deseo en este mundo. Necesito verte. Quiero empezar una nueva vida a tu

lado.

Al otro lado de la línea, Midori enmudeció durante largo tiempo. Aquel silencio recordaba todas las lluvias del mundo cayendo sobre la faz de la Tierra. Yo, mientras tanto, permanecí con los ojos cerrados y la frente apoyada en el cristal. Por fin, Midori habló.

—¿Dónde estás? —susurró.

¿Dónde estaba? Todavía con el auricular en la mano, levanté la cabeza y miré alrededor de la cabina. ¿Dónde estaba? No logré averiguarlo. No tenía la más remota idea de dónde me hallaba. ¿Qué sitio era aquél? Mis pupilas reflejaban las siluetas de la multitud dirigiéndose a ninguna parte. Y yo me encontraba en medio de ninguna parte llamando a Midori.

[1] Una especie de gramínea. (*Todas las notas son de la traductora.*)

[2] Seis tatami (*roku-jo*) equivalen a 9,9 metros cuadrados.

[3] Fideos chinos.

[4] Nombre de una revista masculina dirigida a un público joven.

[5] Establecimiento donde sirven soba, fideos de alforfón.

[6] *Mochi* es una torta de arroz, y *zôni*, un caldo con torta de arroz. Ambos son platos típicos de Año Nuevo.

[7] *Midori* significa «verde» en japonés. También es un nombre femenino muy común.

[8] *Momo* significa «melocotón». *Ko* («niño/a, hijo/a») es una palabra con la que terminan muchos nombres femeninos. *Momo-iro* (literalmente, «color del melocotón») significa «color rosa».

[9] Diálogo cómico teatral.

[10] Almuerzo servido en una caja.

[11] Distritos y barrios de Tokio donde se hallan muchos edificios oficiales y vive gente acomodada.

[12] Prefectura cercana a la provincia de Tokio, Tôkyô-to, donde viven muchos trabajadores que se desplazan diariamente a sus trabajos en Tokio.

[13] Nombre de una serie de televisión que la cadena japonesa Nippon Terebi emitió en 1967. Posteriormente, se realizó una versión cinematográfica, protagonizada por Bruce Lee, que se estrenó en Estados Unidos en 1974, y en Japón, en 1975.

[14] Título de un libro de Kenzaburô Ôe inédito en español. El título podría traducirse, literalmente, como *El hombre sexual*. En Japón fue editada en el año 1963, en la revista *Shinchô*.

[15] Pescado de mar con forma parecida al atún, aunque un poco más largo y delgado.

[16] Nombre de un lugar de veraneo en la playa.

[17] Parte de Shinjuku, en Tokio, donde se concentran los lugares de ocio.

[18] Shinkansen es el nombre del tren bala japonés. Hikari era, en aquella época, el Shinkansen más rápido.

[19] En japonés, el tratamiento para profesores y médicos es el mismo, *sensei*. Tanto «profesora Ishida» como «doctora Ishida» sería *Ishida-sensei*.

[20] *Nimono* es un plato típico japonés que suele constar de verduras, pescado o carne cocida. *Misoshiru* es una sopa de *miso*, una pasta fermentada con una mezcla de agua, soja, cebada o arroz.

[21] El *maneki-neko* (literalmente, «gato que invita o llama») es una figura de gato con la pata levantada que suele colocarse en los establecimientos para, supuestamente, atraer a los clientes.

[22] Bolas de arroz rellenas de diferentes alimentos, como, por ejemplo, *umeboshi* (ciruelas secas encurtidas en sal), *sake* (salmón), envueltas en *nori*, un tipo de alga marina seca.

[23] En japonés las dos palabras se parecen. «Pepino» es *kyûri*, y «kiwi», *kiiwi*.

[24] Terremoto, seguido de un incendio, que asoló la región de Kantô, donde se encuentra Tokio, en el año 1923.

[25] Nara y Aomori están al sur y al norte de Tokio, respectivamente.

[26] Tipo de *bentô*, menú variado servido en una caja, que consiste en arroz y otros alimentos.

[27] *Norimaki* es arroz enrollado en alga marina. *Inarizushi* es una pasta de soja frita rellena de arroz con vinagre.

[28] Plato de carne cocida con variedad de legumbres que se cocina en la mesa en un hornillo portátil.

[29] Planta de la familia de las colocasias originaria del Asia tropical con cuya raíz molida se elaboran unos fideos de consistencia gelatinosa que se emplean como ingrediente en las *nabe-ryôri*, comida que se cocina en la mesa con un hornillo, entre las que se cuenta el *sukiyaki*. En inglés se llama *konjak*.